PABLO RIVERO

LA CANGURO



¿PONDRÍAS LA MANO
EN EL FUEGO POR ELLA?

SUMA

Pablo Rivero

La canguro

SUMA de letras

A todas esas personas, en su mayoría mujeres,
que cuidan de nuestros hijos.
Especialmente a aquellas que tienen que
separarse de los suyos para poder hacerlo

Hay tantas verdades como puntos de vista.

Pero los hechos son incuestionables,

sobre todo los sangrientos.

Miércoles, 8 de octubre de 2025

Desde los arbustos puedo verlo todo. En esta zona del parque la vegetación es tan densa que, si hubiera alguien más, no me vería. No se escucha ni un ruido. No hay nadie más. Solo estamos ellos y yo. Me fijo en las dos figuras y en el carrito con Martina, pero sobre todo en ella, maldita canguro. No quiero perderle la pista. La he seguido hasta aquí por estos caminos laberínticos.

De pronto sucede algo con lo que no contaba. Algo terrible. No me lo puedo creer, ¿qué hace? ¿Qué están diciendo? Me oculto aún más para que no me descubran.

Ahora lo entiendo todo. Es cruel. Todo sucede muy rápido. Estoy temblando. Me fijo en la canguro y en Martina, que ni siquiera lloriquea. Lo único que empieza a brotar es la sangre. Después coge el carro y sale corriendo. Cuando desaparece salgo de ahí. El miedo me bloquea, pero en cuanto salgo al paseo principal y veo a una mujer grito:

—¡Ayuda! ¡La canguro! ¡La canguro!

PAULA

1

Jueves, 25 de septiembre de 2025
Trece días antes de los hechos

Lo bueno de vivir en un séptimo piso es que con la ayuda de unos prismáticos puedes ver absolutamente todo lo que abarca tu ángulo de visión. Lo bueno de vivir en un séptimo piso y tener una terraza como la nuestra, que hace esquina y tiene forma de L, es que desde aquí puedo verlo todo. Mi calle, las paralelas, la infinidad de ventanas en los edificios de enfrente y gran parte del Retiro, que está a tan solo un par de minutos andando desde casa. Pero lo mejor es que a la altura a la que me encuentro nadie puede verme. Como mucho se vislumbrará una silueta, tal vez se intuya por mis curvas que soy una mujer. Lo que es imposible es que se den cuenta de que sostengo a una bebé en brazos.

Martina pesa poco para los ocho meses que tiene ya y está muy mal acostumbrada. Cada vez aguanta menos tiempo en la cuna o en la trona, en cuanto la dejo se pone a llorar como una loca porque prefiere que la coja. Me desespera. Antes estaba asomada mirando hacia el parque, muy pegada a la barandilla, que apenas me llega al ombligo, sin reparar en lo expuesta al vacío que estaba mi bebé

hasta que una imagen escalofriante ha anidado en mi cerebro y he retrocedido, muerta de miedo.

La secuencia era la siguiente: yo estaba asomada y observaba la zona de los columpios con Martina dormida por fin entre mis brazos. De pronto Ethan, mi hijo mayor, se acercaba hacia mí corriendo para decirme algo que no podía esperar, y cuando llegaba a mi altura no controlaba la fuerza del impacto de su cuerpo contra mi espalda y me daba un fuerte empujón que me hacía perder el equilibrio, y su hermana se precipitaba al vacío. Entonces me asomaba y la veía caer los siete pisos. La imagen espantosa se me ha quedado grabada.

He cambiado de posición a Martina, y ahora que su cara está contra mi pecho la abrazo. Muy fuerte. Ya no hay peligro, pero el pensamiento ha sido tan real que no quiero separarla de mí. Me giro y no veo a mi hijo. Ethan debe de seguir en su cuarto; sabe que lo primero que tiene que hacer al llegar a casa son los deberes. Ya tendrá tiempo para merendar y jugar después. Con eso, como con otras cosas, soy muy estricta, aunque mucho menos que su padre. Así no tengo que estar el resto de la tarde persiguiéndolo para que los haga. Aun así me ha plantado cara, muy en su línea, y le he dado un grito. Martina se ha asustado, se ha puesto a berrear, y he tenido que salir a la terraza para calmarla y que nos diera un poco el aire a las dos. Estar todo el día encerradas en casa es lo que tiene.

Aunque trato de quitarle importancia a lo que ha pasado, la distancia que hay entre mi hijo y yo me duele. Quiero abrazarlo, pero no lo hago por miedo al rechazo. Me gustaría decir que solo es una etapa, pero no sería verdad. Hay algo más. Ethan siempre ha sido muy listo e intuitivo, y a él no lo puedo engañar. Lo noto en su

mirada, cuando nos observa a su hermana y a mí. No son solo celos, sino que no le gusta que la proteja tanto y que no salgamos nunca. Pero lo hago por su bien. Por el bien de todos. No quiero arriesgarme a que pueda pasar algo.

Martina se mueve agitada y aparece su cara arrugada, esa que puede vaticinar una inminente explosión. No, por favor, sigue durmiendo. Espero que solo sea un sueño y no se espabile. Estos ratos en los que está dormida son momentos de tranquilidad, y por eso aguanto la respiración hasta ponerme morada, si es necesario, con tal de que no se despierte. Ni siquiera la he querido dejar en la cuna por miedo a que vuelva a la carga.

Vuelvo a dar un paso al frente, y otro más. Casi estoy en el mismo punto que antes, pegada a la barandilla. Lo noto porque el aire me agita el pelo y siento la fuerza del abismo. Me fijo de nuevo en el parque, concretamente en el banco en el que me sentaba cuando Ethan era pequeño y se pasaba horas tirándose por el tobogán. Entonces ya me sentía atrapada, pero no era nada comparado con como estoy ahora. Hace mucho tiempo que no voy por ahí. Me gustaría pasear con Martina por esos caminos que antes recorría. Pero tengo que ser consecuente con las normas, sobre todo cuando las he impuesto yo. Entre semana la niña no debe salir, y menos conmigo, a no ser que sea necesario, y, en tal caso, no lo haremos por el portal, sino directamente por el garaje del edificio. Nunca iremos andando, siempre en coche.

Un grito dentro de casa me saca de mis pensamientos e instintivamente abrazo a Martina con fuerza para asegurarme de que está a salvo. La aprieto tanto que se despierta de golpe y se pone a llorar a lágrima viva.

—¡Mamáááá! ¡Mamáááá…, ven!

Es Ethan, también está llorando.

—¡Voy!

—¡Mamáááá, correeee!

Cada vez suena más desesperado, nunca lo he escuchado así. Algo muy grave ha tenido que pasar. El pánico corre por mis venas.

—¡¡¡Mamá, ayúdameee!!!

Mi hijo está en peligro, y como una exhalación entro en casa.

2

No hay nada más aterrador en este mundo que escuchar a tu hijo pedirte ayuda presa del pánico. Me pongo en lo peor, pienso que ha sufrido un accidente y está a punto de morir. Antes no era así. Tenía responsabilidades, pero me sentía libre. Cuando nació Ethan desarrollé un sentimiento de protección que ha terminado por ocuparlo todo y ahora vivo con el miedo constante a que a él o a su hermana les pase cualquier cosa.

A menudo fantaseo con la idea de recuperar la vida que tenía antes de ser madre, pero siento que me volvería loca si les sucediera algo terrible a mis hijos. No me imagino sin ellos. Por eso cuando despotrico porque han hecho algo, me repito que no es justo culparlos; el problema soy yo. Hay una solución, Raúl me insiste a menudo, podría buscar ayuda, aunque es muy fácil decirlo cuando te pasas el día fuera de casa y sin haber hecho renuncia alguna por la familia. Sé que en parte tiene razón y que en algún momento deberé tomar una decisión práctica que me permita encontrar la manera de acabar con esta angustia en la que me veo inmersa desde que decidí quedarme en casa para cuidar de los niños.

Desde el pasillo veo que la puerta de la habitación de mis hijos está abierta. Parece que Ethan está bien porque ya no me llama, pero un nuevo grito me eriza la piel.

—¡Mamááá, ayúdame! ¡Tienes que hacer algo!

¿Qué me estoy perdiendo? Estoy desconcertada, nunca lo he escuchado tan desesperado, y he de reconocer que durante una milésima de segundo me enternece detectar en su fragilidad a mi niño pequeño. Ahora no hay malas contestaciones ni chulerías. Me necesita, y en el fondo me encanta.

—¿Qué pasa, cariño? —le digo cuando casi estoy entrando por la puerta.

—¡Se los está comiendo! ¡Se los está comiendo! —grita entre lágrimas.

Encuentro a Ethan de espaldas y no veo qué es lo que hay sobre la cama. Me acerco y me doy cuenta de que es la jaula de los hámsters.

—¡Ratona se los está comiendo! —chilla con desesperación.

Cuando nació Martina, Ethan empezó a estar muy raro. Apenas hablaba y actuaba de una manera extraña. Así que, muy a mi pesar, le compramos la pareja de hámsteres que nos llevaba tiempo pidiendo para ver si así los celos por su hermana pasaban a un segundo plano. Cuando los trajimos a casa, nos llevó toda una tarde pensar en un nombre para ellos, y como Ethan no se decidía le facilitamos la tarea y convenimos que él se llamaría Ratón, y ella, Ratona. Hace una semana tuvieron crías, ocho en concreto, y esos bebés rosados y sin pelo me repugnan incluso más que sus padres. Menos mal que nuestros hámsteres no tienen la cola larga como la de las ratas que protagonizan algunas de mis pesadillas desde aquel verano en Nueva York, cuando aparecían por todos lados.

—¡Mamá, se los está comiendo, quítaselos! —me suplica desesperado.

«¡¿Cómo voy a meter la mano ahí para separarlos?! ¡¿Estamos locos?!», pienso mientras avanzo hacia la jaula haciendo gala de mi rol de eterna salvadora, incluso cuando no sé qué hacer, como tantas veces me ocurre. Parece que con el carnet de madre te dan un bono indefinido con soluciones a cualquier problema. Ojalá fuera así. De nuevo vuelvo a vérmelas yo sola para resolver una situación en tiempo récord si no quiero que Ethan tenga una crisis de ansiedad o algo por el estilo. Es lo que me faltaba. Así que agarro la jaula con toda la seguridad que soy capaz de transmitir.

—No te preocupes, no te preocupes.

—¡Mamá, quítaselos! —repite.

—¡Que sí, que voy! —grito contagiada por su histerismo.

Cuento hasta tres mientras intento calmarme. No quiero ni mirar a los ratones o vomitaré por todo el pasillo.

—¡¿Adónde vas?!

—No te preocupes, ahora vengo. Quédate aquí.

El llanto de mi hijo suena cada vez más lejano conforme me acerco a la terraza. Dejo la jaula sobre la mesa, miro de refilón y distingo cómo, efectivamente, Ratona se está comiendo a una de las crías. Me muero del asco. No puedo meter la mano ahí. En el móvil busco corriendo qué hacer en estos casos, leo por encima y solo encuentro los motivos por los que «tu hámster se come a sus crías»:

> El canibalismo entre los hámsteres es una señal de estrés, generalmente debido a hacinamiento severo, una negligencia o una atención inadecuada.

«Atención inadecuada»… No, si al final la culpa será mía, como siempre. No tengo suficiente con mis dos hijos que, encima, tengo que hacer un curso de buena madre para ratas. No me vale. Abro

otro enlace en busca de algo que desarrolle cómo actuar en casos como este:

> Puede que la hembra, ante tantas crías, empiece a ver que no puede con todas, que no puede mantenerlas a salvo; por ello, opta por comerse a alguna para cuidar del resto de su descendencia sin problema. Así se asegura de que no le falte nada al resto de su familia.

Ratona está matando a algunas crías para proteger al resto. Por supervivencia. Ha hecho una selección para decidir a cuáles salvar. Estoy impactada. Me ha removido por dentro. Pero es absurdo sentir esto, es solo un hámster, tras su conducta no hay raciocinio, solo es un comportamiento propio de su especie. No puede afectarme algo así. En el fondo lo que ha sucedido me viene hasta bien, ¡a ver qué iba a hacer con todos esos ratones cuando crecieran!

No oigo a Ethan, espero que esté más calmado. Le he dicho que iba a solucionarlo, que no se preocupara, pero no es verdad. Voy a dejar la jaula en la mesa hasta que Ratona se coma a todas las que quiera. Después le explicaré que las que faltan no han sobrevivido, haré pequeños paquetes con papel de plata y le diré que no los abra, que no hay que molestar a los muertos. Y el fin de semana, cuando vayamos a ver a Dolores, la madre de Raúl, los enterraremos en algún parque. Ya lo pensaré bien, pero de momento que se queden aquí y que Ratona, como buena madre, resuelva la situación. ¿Quién soy yo para interferir? Las cosas de casa son de casa. Alguien ajeno a la familia no debe entrometerse en sus asuntos si no quiere salir mal parado.

3

Diario de Ethan

Hoy ha pasado algo horrible. Cuando he vuelto del colegio me he quedado en mi habitación porque tenía deberes y no quiero que mamá se enfade.

Me he puesto a dibujar zombis en un cuaderno. ¡Me flipan! He dibujado uno sin cabeza y con un chorro de sangre saliendo del brazo que le han arrancado y el fondo era todo rojo.

De repente he escuchado unos chillidos y he pensado que era mi hermana, que no para de molestar la muy pesada y se pasa el día llorando y haciendo ruiditos raros que me molestan. Pero no era ella, venían de la jaula de mis jamters hamsters. ¡Ratona se estaba comiendo a una de sus crías! He gritado para que mamá viniera. Se los ha llevado y me he quedado solo. Luego ha vuelto y me ha dicho que los ha separado. Menos mal. Yo le he preguntado por qué Ratona le ha hecho eso a sus hijos. Me da miedo. Mamá me ha contado que lo ha hecho porque sabía que no todos iban a sobrevivir y los ha matado para que los demás vivieran, que es algo que hacen los ratones, que son animales. Yo le he dicho que los humanos también somos animales y se ha callado. Cuando no sabe qué decir no dice nada. A veces se queda mirando a mi hermana en silencio muy seria. Yo también lo hago. Ojalá se la coma.

4

Cada tarde cuando se abre la puerta de casa siento un alivio enorme porque eso significa que Raúl ha vuelto y que, aunque esté cansado o «con la cabeza como un bombo», como me dice nada más entrar, podré darme una ducha rápida y aprovechar para sentarme al menos cinco minutos en nuestro cuarto a oscuras sin tener que atender ninguna de las demandas de nuestros hijos. Pero hoy lo he arrastrado hasta nuestro dormitorio para contarle el incidente de los hámsteres sin que se entere Ethan.

—¿La consolita entre semana? —me recrimina en cuanto escucha el sonido de uno de los videojuegos a todo trapo.

Sé que hay que evitar los videojuegos porque los críos se enganchan y luego no atienden y se vuelven violentos. Pero a veces necesito que esté entretenido para, por ejemplo, limpiarle el culo a su hermana. De todas formas no hará falta que intente justificarlo porque lo entenderá perfectamente cuando le cuente lo que ha ocurrido.

Cierro la puerta con cuidado, me doy la vuelta y me apoyo sobre ella.

—Uy, cómo estamos, ¿no? —me dice juguetón mientras se quita la chaqueta del traje y la lanza sobre la cama.

—Escúchame, tenemos un problema… —Me mira con su cara de «¿puedes concretar?»—. Se trata de Ethan…

—No me asustes, ¿qué ha pasado?

—A él nada, tranquilo. Las ratas esas…

—Los hámsteres.

—A mí me parecen ratas…

—No te habrás deshecho de ellos…

—¡Claro que no! ¿Por quién me tomas? Ethan los adora…

—Pero…

—Pero ha habido drama cuando ha vuelto del colegio. La madre se ha comido a las crías y…

—Auch… —Tuerce el gesto—. Cuando éramos pequeños mis primos tenían una que hizo exactamente lo mismo. No me acordaba… de lo malas que sois las mujeres —bromea.

—¡Cállate! —le digo susurrando. Quiero abofetearlo, aunque reconozco que, después de estar todo el día sola con Martina, su salida de tiesto tiene hasta gracia—. No sabes cómo se ha puesto, me ha llamado llorando. He pensado incluso que alguien le estaba haciendo daño…

—¡Qué exagerada eres! No puedes ponerte siempre en lo peor.

—¡No me interrumpas! La cosa es que me ha pedido que sacara a Ratona para que no se los comiera a todos, pero he sido incapaz, me moría del asco. He cogido la jaula y la he llevado a la terraza. Le he dicho a Ethan que los he separado, que había que dejarlos tranquilos para que se recuperaran.

—Pero no lo has hecho.

—No. Y se las ha comido. A todas las crías. Había leído que a veces se deshacen de las que no van a poder atender, o algo así,

pero esta no ha tenido piedad. No ha quedado ninguna.

—Bueno, está Ratón. En pocos meses vuelven a tener crías y estaremos atentos para que no se repita.

—Sí, muy atento vas a estar tú —«Que no sabes ni la talla de ropa que usan tus hijos», pienso para mí—, no me hagas reír. Con todo lo que tienes.

—Pues tendrá que estar atento él, que son suyos y es su responsabilidad.

—Tenemos que decírselo, yo he preparado esto.

Voy hasta el aparador y del primer cajón saco varias figuras del tamaño de las crías que he hecho con papel de plata.

—Si parecen momias.

—Mira, nos vale como metáfora para explicárselo. Le decimos que no han sobrevivido, que habrán decidido irse con ellos, que era mejor que se fueran todos los hermanos juntos y que seguro que no han sufrido. —Veo cómo levanta la ceja, escéptico—. ¿Se te ocurre algo mejor? No, ¿verdad? Pues venga, que haces tú la cena. No le digas nada hasta que yo acabe de la ducha. Martina está en su parque.

—Señor, sí, señor —me responde mientras hace el saludo militar con la mano.

Sale por la puerta y empiezo a desabrocharme la blusa para ponerme bajo el agua cuanto antes y que desaparezca el bombardeo de imágenes repugnantes que me vienen a la cabeza. Entonces escucho un grito desgarrador, más fuerte que los de esta tarde. Es otra vez Ethan. En menos de un segundo salgo en su busca con el corazón en un puño.

5

Diario de Ethan

No es justo… Todo me pasa a mí. No ha quedado ni uno vivo. Eran lo único que me gustaba de esta casa y ahora no están. No queda ninguno… Tampoco Ratón ni Ratona. Mamá me dijo que los había llevado a la terraza y que había conseguido que sobrevivieran algunas crías que no se había comido Ratona y que las había separado. Yo he querido ir a verlas y me ha dicho que mejor no, que había que dejarlas para que se tranquilizaran y que no fuera peor, que en la terraza estaban bien porque les daba el aire. A ella le gusta mucho la terraza. Siempre que puede está ahí, mirando hacia abajo como hipnotizada, parece una zombi…

Yo le he hecho caso porque quiero mucho a mis hamsters y quería que estuvieran bien y no he ido. Lo que pasa es que después estaba jugando a la consola y he escuchado la puerta justo cuando estaba terminando la partida. He ido corriendo porque sabía que era papá, pero no lo he encontrado ni en la cocina ni en el salón y he pensado que mi madre estaría en la terraza y que él estaría con ella. He salido, he mirado dentro de la jaula y lo he visto… Ratón y Ratona estaban muertos. Me he puesto a gritar y le he preguntado a mamá en cuanto ha venido que dónde había puesto a las crías, qué dónde estaban, y no me ha dicho nada… Se ha quedado callada con cara de susto. Están TODOS MUERTOS. ¡Ratona se ha comido a todas las crías! ~~Mi madre~~ Mamá no los había separado…, me mintió. Estoy seguro. Me ha mentido como siempre. No para de mentirnos a todos. Le he dicho a papá que es una mentirosa, pero él siempre la defiende y me grita y me manda a mi cuarto castigado y sin cenar. Estoy escribiendo esto para que quede aquí y no se me olvide la próxima vez que vuelva a mentirme.

Sigo enfadado y no me arrepiento de lo que he hecho, aunque haya tenido que decir a papá que sí para que el castigo no se alargue más y me quite la consola. Pero lo volvería a hacer. Mamá los ha matado. Asesina. Y lo peor de todo es que sé que lo ha hecho aposta…

6

¡No lo he hecho aposta! —le grito a mi marido cuando veo la cara que me pone después de que Ethan se vaya a su cuarto hecho una furia—. He hecho lo que he podido, joder, como siempre. Me encanta porque a toro pasado todo resulta supersencillo y es muy fácil hablar de cómo se podría haber evitado. Pero hay que estar en el ajo día y noche para saber que cuando estás pringando a veces es difícil verlo, porque tienes suficiente con cumplir con las rutinas y llegar al final del día.

—Es que… ¡¿a quién se le ocurre dejarlos al sol, Paula?!

—¡A mí! ¿Y sabes por qué? Porque tú no estabas y, además, no se me ha ocurrido, ¡ojalá! Ese ha sido el problema, si lo hubiera pensado, es probable que hubiera caído. Pero estaba nerviosa…, porque no sabes cómo se ha puesto y Martina ha empezado a llorar también. Por eso le he prometido que los salvaría, pero he sido incapaz de hacerlo, y ahora no he podido mentirle.

—Pues es peor, ya lo has visto. Ethan no es un crío…

—Sí lo es.

—Ya no es tan pequeño y se da cuenta de las cosas, y, si le mientes así, lo nota y luego te lo recrimina como ahora.

—¡Joder, qué mal lo estoy haciendo todo!, ¿no? Debo de ser la peor madre del mundo, porque me paso el día con ellos y…

—¡Porque quieres! No empieces con el cuento de que has abandonado todo…

—¡Es que es verdad!

—Pero ¡nadie te lo ha pedido!

—Claro, porque lo ibas a hacer tú…, ¿no? Ibas a aparcar tu exitosa carrera y a colgar tus trajes a medida para ponerte un delantal todo el día.

—De hecho, lo hago y me encanta.

—Cuando estás.

—Cuando puedo, sí. Y tú también podrías hacerlo, la gente trabaja y ve a sus hijos. Existen las guarderías, los jardines de infancia y las canguros precisamente para eso. ¡Incluso tenemos a mi madre, estaría encantada de cuidarlos! No te lo voy a repetir otra vez porque este tema me agota y ya sabes cuál es mi opinión. Respeto que quieras pasar tiempo con ellos porque pienses que contigo están mejor que con nadie y que Martina es muy pequeña y le puede pasar de todo. Pero no estoy de acuerdo. Hay profesionales que podrían echarnos una mano. Pero es tu decisión, no la mía. Yo estoy fuera la mayor parte del día, como dices…, pero trato de ayudar y de poner soluciones. Así que no me hagas chantaje con eso.

Sus palabras se me agarran al pecho. En gran parte tiene razón, pero no es solo que me cueste delegar. El mayor problema es el riesgo que corremos si bajo la guardia y no puedo estar pendiente de los niños. Si Martina sale de aquí y la llevamos a una guardería, podría irse todo a la mierda. Pero eso no se lo puedo decir a mi marido. Además, me aterra la idea de que mis hijos se acostumbren a estar sin mí y que, si vuelvo a trabajar y paso menos tiempo en casa, Ethan vaya a peor, porque me necesita más que nunca.

También me da miedo volver al trabajo y descubrir que ya no encajo o que no soy capaz de seguir el ritmo tan exigente del rodaje. Desde que nació Ethan dejé de liderar equipos de arte y no he regresado ni a un solo plató ni he vuelto a localizar exteriores. Tan solo le he prestado ayuda puntual a Alberto, mi antigua mano derecha, en cuestiones técnicas, y siempre desde casa. Soy consciente de que me puedo quedar fuera del mercado cuando precisamente había ascendido muy rápido. Empecé a trabajar desde muy jovencita y tuve muy buenos mentores, pero lo que propició mi metódico ascenso fue la baja por enfermedad de uno de mis jefes. Debí asumir la responsabilidad y, pese a mi juventud, puse las cosas tan fáciles y salí tan airosa que la productora quedó encantada y fui encadenando un proyecto tras otro estando a la cabeza del departamento. Son tantas cosas que me generan mucha ansiedad.

—No me merezco esto —le digo bajando el tono—. ¿Tú te crees que yo quería que los hámsteres se murieran?

—Mucho no te gustaban…

—¿En serio me lo estás diciendo? ¿Crees que los he matado yo? —le suelto aún más exaltada.

—¡No, hombre, no! Digo que no te gustaban, no que los hayas matado.

—Te repito: los he dejado aquí para que no viera cómo se los comía. Luego, como te he dicho, tenía pensado contárselo entre los dos con un poco de literatura. No he caído en que la exposición directa al sol los dejaría secos.

No me sorprende que Ethan se haya puesto así, la imagen era de lo más desagradable. Los dos ratones habían intentado luchar en vano contra los rayos del sol que los estaban consumiendo: estaban

tiesos, como disecados, en posición vertical, levantados sobre las patas traseras, con las delanteras extendidas y las garras en alto. Su expresión reflejaba desesperación, con la boca abierta, los dientes a la vista y franjas de pelaje empapadas.

Y lo peor ha sido que Ethan ha visto que íbamos a coger la jaula para tirarlos y, muy enfadado, se ha adelantado, ha metido la mano, los ha agarrado y los ha lanzado por encima de la barandilla. Ha sido todo muy rápido. Cuando estaban vivos no podía con ellos, pero mi instinto me ha pedido no perderlos de vista mientras se precipitaban al vacío.

La discusión con mi marido hace que arranque a llorar sin poder controlar el temblor del labio inferior.

—Paula… —me dice ahora Raúl con un tono mucho más dulce.

Sabe que se ha pasado, que aunque tuviera razón no me puede reprochar las cosas así. En la vida se debe señalar cuando nos equivocamos, y más si es alguien a quien quieres, pero también cuando acertamos. En casa esto escasea porque «se da por sentado». Y no es que yo me queje, Raúl está pendiente de mí, «de todo y de todos», como se defiende él, sino que a veces necesito escuchar que hago cosas bien. Aunque no sea verdad. Porque también he hecho cosas mal, muy mal.

—Es que ¡¿cómo voy a ser la salvadora si lo que necesito es que me salven a mí, joder?! —le recrimino antes de que me arrope con un caluroso abrazo.

7

Para compensar el disgusto voy a decirle a Ethan que de cena haré una fuente de patatas fritas con huevos y que le voy a dejar que ponga todo el kétchup que quiera. Además, habrá chocolate de postre. Hoy habrá barra libre de todo lo que se le prohíbe durante la semana, lo que sea con tal de reparar la situación tan horrible que ha vivido esta tarde. Pero, cuando voy a entrar a su habitación, descubro que está cerrada, ha echado el pestillo.

—Cariño, abre. No me gusta que te encierres.

Sé que mi hijo me está escuchando.

Espero unos segundos, pero no responde. Miro el reloj, pienso que en nada Martina llorará porque le toca bibe, que es hora de ponerme con la cena —ojalá no se me queme nada porque no quiero aguantar caras largas ni quejas, y que Ethan se termine todo— y luego recoger la mesa y la cocina… Todavía no he arrancado con el último maratón del día y ya estoy agotada.

—Ethaaan, oye. Venga, ábreme, que te voy a decir lo que hay para cenar. ¡Es una sorpresa! Te gusta mucho, ¿a que no sabes qué es?

—¿Hámsteres?

El tono de mi hijo poco se parece al mío. Su respuesta está llena de ira y frustración. Quiero que no me afecte, que me entre por un

oído y me salga por el otro. Me gustaría ser ese tipo de madre que en estas situaciones es capaz de contener la emoción, mantener la calma y no entrar al trapo. Aquella que en tono afectuoso reconforta a su retoño asegurando que se pone en su lugar y que entiende su disgusto. Esa madre que no aporrea la puerta hasta que, al fin, su hijo abre, que es justo lo que acaba de pasar. Ethan quita el pestillo y asoma la cara roja de la rabia.

—Si te digo que me abras, me abres. ¿Lo has entendido? —Antes de que pueda responder, insisto—: ¡Que si lo has entendido!

—¡Sí! —chilla.

Por suerte el enfrentamiento termina cuando aparece en escena Raúl.

—Venga, haya paz, que hoy ha sido un día duro. —Rodea con el brazo a Ethan y me dice—: Ya me encargo yo. Descansa.

Le hago caso. Ya no me apetece ni ducharme, lo único que quiero es tumbarme en la cama y cerrar un rato los ojos.

No sé cuánto tiempo transcurre. Miro a mi alrededor extrañada por el silencio que hay. De pronto una idea me asalta. «Espero que no hayan bajado a la calle a por las ratas esas», me digo a mí misma mientras me dirijo a la cocina. Conozco a mi hijo, puede haberse emperrado en recogerlos y que mi marido haya terminado por ceder porque, aunque vaya de estricto, a estas horas del día no te quedan fuerzas para luchar y, como hacemos todos, acaba claudicando.

Sin embargo, cuando me acerco a la puerta que da al office, donde desayunamos y comemos cuando no tenemos mucho tiempo, Raúl está dándole el biberón a Martina. Me quedo mirándolos. Consigo apartar los malos pensamientos y me centro en la

enternecedora imagen. Aunque enseguida hago los cálculos pertinentes para saber si es la hora de la toma o si se la ha adelantado, lo que significaría que me va a descuadrar la noche. Menos mal que es su hora.

Se me había ido el santo al cielo con la comida de la bebé, seguro que ella se lo ha recordado llorando.

—¿Y Ethan? —le pregunto a Raúl cuando me percato de que no está con ellos.

—En su cuarto.

Frunzo el ceño, se supone que él se iba a encargar de todo para que yo pudiera descansar.

—Pongo la mesa —le digo mientras saco el mantel.

—Por mí no la pongas, he tenido una comida de trabajo que se ha alargado y me he puesto hasta arriba. Me bebo un batido de proteínas y estoy listo.

—Lo digo por Ethan, que en lugar de estar en su cuarto debería estar cenando.

—No va a cenar.

—¿Por qué?

—No ha querido.

—¿Cómo que no ha querido?

—Ya has visto cómo estaba —me dice muy calmado. Tanto que quiero gritarle—. Ha empezado a poner peros y le he dicho que o cenaba, o se iba a su cuarto. Ha decidido él.

Ahora, aparte de chillarle, quiero zarandearlo. Mi marido es el hombre más estricto del mundo. En el noventa por ciento de las ocasiones lo apoyo porque es importante poner límites para que te respeten, pero a veces no quiere complicarse y aprovecha la

influencia que ejerce sobre nuestro hijo para cortar por lo sano. Y es verdad que no pasa nada por que no cene, no se va a morir, pero yo me quedaría más tranquila.

—Le he puesto un vaso de leche. —Parece que me ha leído el pensamiento.

Mi yo policía mira hacia la pila. Es cierto, puedo ver las pruebas. Genial.

—Muy bien —respondo mientras me giro para volver al pasillo—. Hoy no me voy a complicar más.

—¿Tú no vas a cenar nada?

—Igual luego me tomo un vaso de gazpacho.

Camino hasta llegar a la puerta del cuarto de Ethan. En casa no tenemos más que dos habitaciones, amplias, pero dos: el dormitorio principal con vestidor, con el baño fuera en paralelo al de los niños, que tiene bañera, y el cuarto de mi hijo. De momento, la cuna de Martina sigue en el nuestro, aunque cuando le doy las tomas o se despierta por la noche suelo llevarla al salón para no molestar a Raúl.

El salón es espacioso y tiene dos ventanales que dan a la calle y a la terraza, que es la joya de la corona. En las paredes cuelgan varios cuadros, pero lo que más destacan son las estanterías, con infinidad de libros y películas, los sofás y la mesa de comedor. El recibidor es bastante amplio y la cocina con el office y un pequeño cuarto donde guardamos la lavadora, la aspiradora y los productos de limpieza.

Paso delante de la puerta de Ethan sin llamar, aunque esté deseando saber cómo está. Quiero pedirle perdón. La culpa, mi alma gemela, ya se ha vuelto a manifestar. Pero hago un esfuerzo porque creo que es mejor dejarlo tranquilo unos minutos hasta que se

calme. Voy a aprovechar para coger la jaula y meterla en el lavadero para evitar que la vea y se lleve otro disgusto.

Nada más salir a la terraza noto de nuevo el viento. Empieza a oscurecer. Me acerco a la jaula, que sigue donde la dejé, pero vacía. «Cómo se pueden torcer las cosas en un momento», pienso. Hace unas horas toda la familia de roedores estaba ahí. Los padres comían y atendían a sus crías sin sospechar cuál sería su terrible final.

8

Después de guardar la jaula, voy hasta el cuarto de Ethan y golpeo la puerta suavemente con los nudillos. No obtengo respuesta, pero esta vez decido abrir sin esperar más tiempo. Mi hijo se apresura a taparse con las sábanas. Lo que podría ser el gesto normal de arroparse me resulta extraño. Lo delata la expresión de su rostro.

Tengo ganas de dar un par de zancadas y destaparlo para encontrar lo que guarda como un tesoro secreto, y ponerme a leerlo hasta que deje de serlo. Pero no estaría bien regalarle un diario, como nos pidió, para escribir sobre lo que le pasa y luego arrebatárselo para leerlo delante de sus narices. Debo respetar su intimidad, igual que quiero y necesito que respeten la mía, pero confieso que muchas veces he fantaseado con forzar el diminuto candado con un clip.

—¿Qué tal estás? —le hablo desde el marco de la puerta para que no se sienta invadido.

Hace un gesto con la cabeza, un pequeño giro, y suelta algo que interpreto como un «bueno…» sin mucha convicción. Vamos, que está mal, pero no me lo va a decir porque lo que quiere es que desaparezca.

—Siento mucho lo que ha pasado. Descansa. Te quiero —le digo antes de cerrar la puerta.

No he oído ningún «yo también a ti», para variar. Me estoy esforzando por no entrar al trapo y no discutir con Raúl ni con él, como suelo hacer. Quiero llegar a la cama sin toparme con un nuevo reproche, sin una mirada que me taladre o que me recrimine una nueva equivocación. Estoy cansada, y no es porque hoy haya hecho algo especial o diferente de cuidar a mi hija y mantener la casa en orden. Pero eso me agota, me consume. Voy a darles un beso a Raúl y otro a Martina, a acostarme e intentar descansar para levantarme con energía cuando me despierte el primer llanto de madrugada.

Cuando abro la puerta, mi hija está en la cuna, del lado de la cama donde yo duermo, más cerca de la puerta. Gracias a Dios no está despierta. La colocamos ahí para que yo la tenga más a mano. Como Raúl se levanta muy temprano, suelo ser yo la que la atiendo y le doy el biberón de madrugada. Menos mal que corté el grifo de la leche a demanda desde bien prontito porque, si no, aún estaría esclavizada. A ratos echo de menos el contacto que tuve con Ethan, fue muy especial. Tal vez porque fue un niño muy deseado.

Me parece increíble cómo Raúl consigue que la bebé se duerma tan pronto con él, me da hasta rabia. A veces pienso que Martina pasa tantas horas conmigo que no está desarrollando un sentimiento de apego, sino que está deseando perderme de vista, como su hermano. Solo quiero dormir, pero Raúl me está esperando sentado en su lado de la cama con la luz de la mesilla encendida y el móvil en la mano. No he cerrado la puerta y ya me está hablando.

—¿Ya has cenado?

Ha utilizado un tono amable, pero a mí me irrita igualmente y consigue que rompa mi propósito de paz.

—No pasa nada, no se va a morir uno por no cenar.

Me ha salido tanta mala hostia al imitar sus palabras cuando quiero que Ethan coma más que hasta me caigo mal a mí misma. Podría ser el pistoletazo de salida para una discusión, pero… Ahora es él quien hace alarde de una gran diplomacia y me sonríe con cara de circunstancias. Se lo agradezco, porque no tengo la entereza que necesito para mantenerme firme en una bronca que no busco.

—No ha sido culpa tuya, no te tortures —me dice mirándome a los ojos. Ahora soy yo la que no responde, y hago un gesto subiendo el hombro. No sé si es mi culpa. No quiero pensarlo, me esfuerzo en bloquear mis pensamientos porque no quiero llorar y que me dé la charla con lo que debería hacer para estar bien y que no hago. Ahora no—. ¿Hoy has salido?

Va directo al grano. Preciso y demoledor. Niego con la cabeza aguantando las lágrimas. Ya no hace falta que me justifique, ha ganado la partida. Los dos sabemos que el problema no son los hámsteres, sino algo que lleva años enquistándose dentro de mí. Lo deja estar y solo repite que necesito que alguien me ayude con los niños y que me va a venir bien volver a trabajar. Me alegra que no insista con que debería salir, pasear o comprarme algo. No quiero contarle por qué no saco a Martina, no puedo compartir mis miedos con él. No me puedo permitir que me cuestione. Me da pánico que se dé cuenta de cómo soy en realidad, me aterra que descubra lo que oculto y el verdadero motivo por el que debo tener tanto cuidado.

9

Pese al agotamiento emocional que arrastro, no tardo en dormirme. Cuatro horas después, lo ocurrido durante la tarde me pasa factura y oigo un ruido familiar, el chillido de los hámsteres de mi hijo. Me tapo los oídos para dejar de escucharlo, pero los gritos se transforman en el llanto de un bebé. Es Martina. Abro los ojos y sé que la pesadilla ha terminado.

Mi pequeña me reclama para su toma y, sin saberlo, me ha salvado del mal rato. Como todas las noches, me dirijo a la cocina, preparo el biberón y se lo doy en el salón. Cuando termina la acuesto otra vez en su cuna. Doy las gracias porque cae enseguida y no tengo que estar un buen rato dando vueltas por la casa, pasando una y otra vez por delante del retrato de mi madre, que cuelga en la pared del recibidor; siempre pienso que nos vigila desde allí. Ahora la que no consigue conciliar el sueño soy yo, y todos los pensamientos que he tratado de dejar de lado afloran sin piedad. Así que me meto de lleno en la trampa: cojo el móvil, bajo el brillo de la pantalla y me entretengo deslizando el dedo sin parar, a ver si así me olvido de mis problemas y logro abstraerme. No pienso reconocer en público que estoy enganchada a Instagram. Prácticamente es mi única ventana al mundo, sin contar mi terraza y las escasas salidas que hago por necesidad. Me puedo pasar horas,

pero nadie lo sospecharía porque apenas subo nada a mi cuenta, que además es privada. Alguna foto de vez en cuando, un atardecer bonito o similar. Nada mío, nada de mi marido y, por supuesto, nada de mis hijos. No puedo despertar a la bestia. Miro el contenido de manera automática para distraerme, pero pienso de nuevo en la sugerencia de Raúl. Me da pavor volver a trabajar y descubrir que tampoco es lo que buscaba, que no me hace feliz y que sigo con este malestar que me embarga. Y encima todo mi esfuerzo por conseguir un vínculo especial con mis hijos se iría al garete.

Entonces, al hacer *scrolling*, me detengo en un vídeo. Una mujer sonríe mientras juega con un bebé, le da una papilla y después lo baña. Aparece otra mujer sonriente, y las dos posan junto a la criatura. Reconozco a la segunda, una famosa influencer, de las más conocidas de España. Siempre me salen sus publicaciones, supongo que por mi algoritmo. Es el anuncio de Nunú, una empresa de canguros cuya cuenta sigo desde hace tiempo y que visito a diario. Su logo es el cuerpo de una mujer con un bebé en brazos, pero la cabeza es la de una canguro. La ropa que lleva es rosa con detalles rojos y el fondo verde botella. Me recuerda a la película *Amélie*, y eso que no tiene nada que ver, pero tiene ese colorido que te atrapa y que a mí me gusta tanto. La decoración de mi casa es así. Por eso, pese a los techos altos y los ventanales antiguos, resulta tan moderna y parisina. He respetado su parte clásica y le he ido aportando ese toque vanguardista que mezcla el minimalismo con colores de todo tipo, incluso fluorescentes. Cojo los auriculares que tengo sobre la mesilla para escuchar lo que dicen: «No hay nada como saber que están en las mejores manos», y la influencer añade que así se va tranquila de casa. Podría buscar alguna publicación en

la que se hable del precio porque en la web no encontré nada, pero me lo quito de la cabeza, como hago siempre. Por muchas ganas que tenga de llamar, no creo que ahora mismo nos lo podamos permitir, tiene que ser carísima.

No nos quejamos de nuestra situación económica; Raúl es ingeniero, trabaja en el sector tecnológico y tiene una buena nómina, pero sin mi sueldo fijo y con dos niños lo más sensato es optar por algo más modesto. Además, no sé por qué le estoy dando vueltas si no lo voy a hacer. Dejo el teléfono en la mesilla y cierro los ojos. La imagen de la canguro con el bebé en brazos vuelve a mi mente, pero la aparto de inmediato. Vivimos en una de las zonas más privilegiadas de Madrid gracias a que pagamos una renta antigua a una tía de Raúl, que no tiene hijos y no necesita el dinero. Seguramente acabaremos heredando el piso. Nos lo ofreció antes de nacer Ethan para que tuviéramos más espacio y le bajáramos al parque, que lo tenemos enfrente. Ahora con Martina se nos ha quedado pequeño, pero podemos tirar unos años más así. Nunca nos hemos esforzado mucho por relacionarnos con los vecinos, ellos tampoco con nosotros. No tengo ni idea de quién vive o deja de vivir en esta comunidad, y lo agradezco, sobre todo desde que nació la niña. Ha sido una gran ventaja para pasar desapercibidos.

10

Viernes, 26 de septiembre de 2025
Doce días antes de los hechos

Ethan toma el desayuno con la cabeza gacha y no abre la boca, salvo para dar los buenos días. Es muy listo y sabe que las normas en casa son inquebrantables. No me ha perdonado por lo sucedido el día anterior, me sigue culpando. No hace falta que lo verbalice, su escaso lenguaje corporal me lo deja claro. Menuda novedad, siempre soy la culpable de todo lo malo que ocurre en esta casa. Su padre es su héroe y yo soy la bruja mala.

Cuando los dos hombres de la casa salen por la puerta, comienza mi rutina diaria. Ventilo y hago la casa mientras intento que Martina se entretenga con todo tipo de sonajeros y muñequitos para que me deje un poco de aire. Pero, cuando ya no le valen estas distracciones, opto por ponerle unos dibujos animados en la televisión del salón. Por suerte, al poco tiempo se queda dormida. Al ahuecar los cojines del sofá para que recuperen una forma parecida a la original, descubro que estoy utilizando mucha más fuerza de la habitual. No estoy pensando en nada, solo azoto con la mano firme, la mirada perdida y la mente en blanco. Estoy golpeando sin piedad

y no puedo parar. Aprieto los dientes mientras me desahogo con el cojín hasta que suena el teléfono. Es Alberto.

La última vez que hablamos fue más o menos al mes de que naciera mi hija. Vino a verla en cuanto volvimos a casa del hospital y, como me notó bastante baja —me conoce muy pero que muy bien porque las calamidades que vivimos en los rodajes unen mucho—, me preguntó si pensaba volver al trabajo y, en caso afirmativo, cuándo para tenerme en cuenta. Por supuesto, lo dijo con la boca pequeña; es lo que tiene conocerme tanto, que también sabía la respuesta. Pero, sincero, me confesó: «No quería dejar de preguntártelo. Te echo de menos y es una pena que tengamos que prescindir de un talento como el tuyo». «Anda, bobo, con el tuyo tenéis de sobra», le respondí con tono divertido, pero no pude controlar un par de lágrimas.

Cuando veo su nombre, me da un vuelco el corazón, sé lo que significa. Podría llamarme para preguntar por mí y por los niños, pero no es así. La llamada es profesional. Él no es padre y, aunque le tenga cariño a Ethan, su nacimiento fue un antes y un después en nuestra relación. Eso no lo olvida. No le interesan mis hijos, me quiere a mí, y podría ser para que lo ayudase con los planos como otras veces porque está hasta arriba, pero sospecho que sea para volver a trabajar mano a mano, como antes. Siento un cosquilleo en el estómago y temo no controlarlo después. Decido no responder, pero no me va a ser fácil ignorarlo, yo también lo conozco muy pero que muy bien, menudo es Alberto, nunca se da por vencido y sigue llamando cada poco. De momento me refugio en mis quehaceres y le quito el sonido al móvil para que Martina no se despierte. Estoy

segura de que se permite actuar así por un motivo de peso, lo que reafirma mis temores.

Lo confirmo cuando Ethan llega del colegio. El móvil vibra, y esta vez no lo evito.

—Anda que no te haces de rogar, guapa.

—No te lo podía coger, perdona. Supongo que no me llamas para saber cómo estamos…

—Como tampoco lo haces tú —me responde divertido.

Tiene razón, tener hijos no me da derecho a exigir que todos estén pendientes de mí y, sin embargo, yo no esté atenta a lo que les pase a ellos.

—Suelta.

—No me vas a poder decir que no.

—Ya te lo digo… No.

—No me vale, vas a escucharme y, al menos, te lo vas a pensar. Prométemelo.

—Pero si es que no hace falta porque…

—¡Prométemelo! —me interrumpe.

—¡Que sí, vale, te lo prometo!

—Escucha, me ha llamado… Paula Ortiz, vuelve a rodar en España. —Paula Ortiz es una de las directoras más famosas de nuestro país. Cosechó los mayores éxitos de nuestra cinematografía durante dos décadas y tuve la suerte de participar en sus últimos proyectos antes de que le ofrecieran trabajar en Hollywood. Me encanta Paula y recuerdo sus rodajes como uno de los grandes momentos de mi corta pero intensa carrera; se portó muy bien conmigo siendo yo muy jovencita, e hicimos muy buenas migas,

incluso nos llamaban «las Paulas»—. Y quiere hacerlo con el equipo de antes.

—Pero…

—Ya le he contado que ha habido algunos cambios en el equipo, pero me ha pedido que hablara contigo. Bueno, en realidad, me ha pedido tu teléfono para llamarte ella misma. Tranquila, que la he avisado de que eso podía ser peor, y no lo va a hacer.

—Que lo haga, le diré lo mismo.

—No te pongas brava. Escucha…

—Lo estoy haciendo…

—Es una peli gótica, terror psicológico de época, pero lleno de poesía… Imagínatelo. Nunca hemos hecho ese rollo. Va a ser realista, pero la atmósfera le dará el toque siniestro que necesita. Todo un reto.

—Desde luego, sobre todo con dos niños…

—Se lo he dicho. Le he explicado tu situación, pero ella sí que se ha puesta brava. Sois igualitas. Por eso le encantas… No, en serio. Se lo he explicado y me ha dicho que lo tendrá en cuenta. Lo ha entendido perfectamente porque además es madre.

A mí también me encanta Paula, pero no puede comprender mis motivos sin conocer mi complicada situación. Es así de sencillo…

—No sé, Alberto…, además, su hijo no es un bebé… Martina no llega al año.

—Paula, me vas a perdonar, pero no eres la única madre en el universo. Hay muchas más y una gran parte trabaja y cría a sus hijos —me suelta con contundencia—. Perdona, pero alguien te lo tenía que decir.

—¿Eso es todo? —respondo con orgullo.

—Piénsatelo, por favor. Volverías a estar al mando. Es la vuelta que necesitas y, además, lo vamos a pasar muy bien —añade en tono conciliador a modo de despedida.

Tengo un nudo en el estómago y unas ganas horribles de llorar, pero no quiero que en cualquier momento Ethan salga de su cuarto y me descubra. Además, necesito alejarme de la ratonera en la que vivo, aunque solo sea por unos segundos, y llorar a gusto. Pero no lo voy a hacer en la puerta de casa para que me escuchen los vecinos, con los que apenas tengo relación. Así que me dirijo al descansillo más pequeño, donde convergen las escaleras de subida y bajada y donde está la puerta que esconde el cuartillo donde se guarda el cubo de la basura.

El cubículo está en penumbra. Me aprieta el pecho, trato de aguantar el llanto, aunque solo lo logro durante un minuto. Lloro en silencio.

No sé el motivo por el que estoy así, no pienso en nada en concreto, pero la emoción me desborda, me sobrepasa. Me apoyo en la pared y me deslizo hacia abajo hasta que me quedo sentada en el suelo. Me tapo la boca para impedir el paso de gemidos que no puedo reprimir. De pronto escucho a alguien bajar las escaleras.

No me da tiempo a esconderme. Me quedo embelesada al ver cómo poco a poco aparece la figura de una mujer conforme baja los escalones. Primero asoman unos zapatos planos de terciopelo granate, después unos vaqueros tobilleros de color azul claro, y luego una camiseta de manga larga de rayas horizontales azul marino. El look se me antoja sacado de un anuncio de un perfume francés, pero es su cara lo que de verdad me corta el llanto. Es una chica joven, tendrá unos veintiocho años, el pelo corto con las

patillas un poco más largas y de color dorado. Los ojos pintados y las cejas rubias, muchas pecas y una sonrisa que ilumina la sombría estancia. No sé cómo se llama ni a qué se dedica, si es vecina del edificio o si está de visita, solo que parece un ángel. Sin embargo, siento un escalofrío que me recorre todo el cuerpo.

11

La «aparición» me ha pillado tan de improviso que no soy capaz de reaccionar, recomponerme y buscar una buena excusa para no quedar tan expuesta como lo estoy ahora. La chica termina de bajar los peldaños. Pulsa el interruptor de la luz y el espacio se ilumina. No me parecía tan pequeña desde lo alto de la escalera. Es una joven muy delgada y menuda, muy estrecha, parece casi una adolescente. Sus pestañas son muy largas, lo que hace que sus ojos parezcan aún más grandes de lo que son, y sus labios finos tienen un color rosado que los resalta. Es una muñequita. Se parece tanto a mi madre que tengo que controlarme para no ponerme a llorar de nuevo.

—¿Estás bien? —me pregunta con una voz suave mientras se acerca a mí. No me da tiempo a decir nada e insiste—: ¿Estás bien?, ¿te han hecho algo?

No acierto a responder porque me quedo completamente atrapada por su acento canario y su manera de aspirar el aire cuando habla. También en eso se le parece, me recuerda muchísimo a ella. En lugar de calmarme, siento más congoja y no puedo evitar un puchero.

—Eeeh, tranquila, tranquila —me susurra.

Se ha agachado y me rodea con un brazo, posa la mano sobre mi hombro con delicadeza. Un gesto que me reconforta pese a que nunca he sido una persona de dar abrazos. En casa de mis padres brillaban por su ausencia, y no sé si es porque replico lo que he visto durante tantos años, pero la realidad es que me cuesta la vida abrazar a la gente. No sé gestionar el contacto, me incomoda, aunque quiera a la persona.

—Estoy bien, gracias —consigo decir sin levantar la cabeza. Odio aparentar debilidad, y si esta chica es una vecina no imagino una peor carta de presentación.

—Me alegro.

Su voz suena igual de amable y conciliadora, pero no se separa de mí. Parece que mi respuesta no la ha convencido y vuelve a la carga.

—¿Te ha pasado algo?

De pronto me sale la vena nazi: «¡Claro que me ha pasado algo, si no, no estaría llorando! Pero no te lo voy a contar. No lo sabe ni mi gente más cercana…». Pero me callo y me limito a negar con la cabeza.

—¿Alguien te ha tocado? Dime, ¿es eso? ¿Te han hecho algo?

¡Cree que he sufrido algún tipo de abuso! No puedo culparla, yo pensaría lo mismo si me viera tirada en el suelo en un rincón con la luz apagada y llorando a mares.

—No, no. Tranquila, no es por eso…

—Me alegra escucharlo, me había asustado al verte. La verdad, pensé que…

—No, es otra cosa. Muchas gracias.

—¿Puedo ayudarte? A veces viene bien hablar con alguien —intenta animarme.

Se echa hacia atrás y me siento menos intimidada. La miro a la cara y tiene los ojos rojos, juraría que también ha estado llorando.

—¿Eres vecina del bloque?, ¿vives arriba?

—No, no, qué va.

—¿Vienes de visita?

—No exactamente. —La miro y siento que busca una respuesta más concreta—. He venido a una entrevista de trabajo, soy canguro.

12

Supongo que se me ha debido de quedar cara de boba al escuchar a lo que se dedica, porque vuelve a preguntarme si estoy bien.

—Sí, sí… —le digo disimulando—. Perdona, es que me ha llamado la atención que trabajes como canguro.

Su sonrisa se borra y le cambia el gesto de la cara. Es evidente que a ella también le ha pasado algo. Lo aprovecho para quitarme del foco.

—Y tú…, ¿estás bien?

Se piensa la respuesta.

—Bueno…, he tenido tardes mejores.

—Ya, yo también…

Está siendo tan atenta que la miro por si necesita desahogarse.

—A ver…, es que te he dicho que he venido, pero en realidad es más correcto decir «venía». Tenía una entrevista, pero al final nada.

—Vaya, lo siento… Supongo que debe de ser difícil encajar en los sitios. Quiero decir, que si eres canguro… —Trato de buscar las palabras adecuadas para resultar alentadora, pero, aunque me esfuerzo, nunca se me ha dado demasiado bien—. Cada familia somos un mundo y lo que a uno le gusta a otro le parece terrible. No te lo tomes como algo personal.

—No, no, tranquila. No es personal, eso seguro que lo sé, no he llegado a hacerla.

Ahora sí que no sé qué decirle.

—Tenía la entrevista ahora, bueno, hace quince minutos. He llegado puntual, demasiado de hecho, media hora antes, así que me he dado un paseo por el parque…, necesitaba un poco de verde, la verdad. Vivo en un piso en el centro y mucho árbol no hay. Yo soy canaria, así que imagínate… —Ve que sonrío con los ojos y me dice —: ¿Qué?

—Ay, nada, perdona. Es que mis padres nacieron en Canarias…

—¡No me digas!

—Sí…

—Pero tú no eres canaria, ¿no? O al menos ya no tienes nada de acento…

—Yo nací en Madrid. Mis padres, en Tenerife.

—¡Como toda mi familia! Qué casualidad… Bueno, lo que te estaba contando, pues eso, que he llegado antes, me he dado una vuelta para matar el tiempo, he regresado y me ha abierto el portero, que por cierto es encantador…

—Sí, Rafa. —Iba a decir Rafiki, como lo llamamos en casa por culpa de Ethan, que le bautizó con ese nombre cuando era pequeño por el mono de *El rey león*, pero no procede. El portero es la única persona del edificio con la que mantenía un contacto mínimo, al menos nos saludábamos, pero desde que nació Martina evito pasar por el portal. No quiero preguntas ni encuentros no deseados.

—He subido en el ascensor… y, cuando estaba a punto de llamar al timbre, he recibido una llamada de la agencia. Me he puesto contenta, ellos son estupendos y me he sentido muy halagada

porque he pensado que querían desearme suerte. Somos muchas, y que te presten atención pues es buena señal —me aclara—. Pero no llamaban para eso, sino para cancelarme la entrevista.

—Vaya, lo siento. Estando aquí ya, menuda faena…

—Bueno, lo que me fastidia no son las molestias por haber tenido que desplazarme y demás, sino que no han sido claros conmigo. Me han dicho que en el último momento habían visto mi perfil y que les parecía muy joven, que buscaban a alguien mayor, con más experiencia y que lo sentían mucho por avisar con tan poco tiempo, pero querían anular el encuentro.

—Normal que estés así…

—Si es que es mentira, yo sé lo que ha pasado: ellos tienen sus favoritas, las que llevan más años, acumulan más experiencia y pueden pedir una tarifa más alta. En zonas como esta es precisamente donde pueden reclamarlas porque pueden pagarlas. —«No todos», pienso—. No tenían a nadie de ese perfil disponible y me han mandado a mí, pero, por lo que sea, a última hora una de las sénior les habrá comunicado que dejaba alguna casa y han visto la ocasión para encajarla aquí. Que todas sabemos cómo funciona esto…

—¿Cómo se llama la agencia, ya por curiosidad?

—Nunú. Viene de *nounou*, es una palabra francesa que significa «niñera» o «canguro».

¡No me lo puedo creer!

—La conozco, sé cuál es. He oído hablar maravillas. —Me callo que sigo su cuenta en Instagram y que veo sus vídeos a diario—. Pensaba que era más de fiar…

—Lo es. Está mal que yo lo diga, pero aquí estamos las mejores. Los clientes son todos muy top, pero hay niveles, y el proceso de selección es muy duro. Por eso estoy así, cuesta mucho y hacen todo lo posible para que en las familias estén felices. Todas tenemos muchísima experiencia con niños y bebés. Yo he estudiado Educación Infantil, los adoro. Son mi vida. Exigen profesionalidad, puntualidad, seriedad. El concepto es muy inglés, como sus famosas *nannies*, y buscan ese estilo de lo que aquí se llamaba antes «institutriz». Lo malo es que, aunque paguen mucho, su comisión es muy alta, me quitan una barbaridad y se me queda en nada, pero, por lo menos, te garantizas que vas a trabajar en casas donde no te vas a encontrar cosas raras y donde se supone que te van a tratar bien. Eso es muy importante…

—Ya…

—Aunque, mira, mejor… El trabajo solo era para un mes. Eso sí que es lo que menos me gusta, que los servicios de canguro son para periodos concretos y en la mayoría de los casos no de larga duración, son trabajos más puntuales. A mí me gustaría algo más estable porque yo me implico. Me encantan los niños y les cojo cariño. Si voy a pasar tanto tiempo con ellos, no quiero irme a los dos días. Aunque hay algunas veces que me iría al día siguiente, porque hay cada maleducado…

—Sí. —Sonrío, pero me quedo pensando en qué categoría encajaría Ethan.

—¿Tú tienes hijos?

—Sí, tengo…

No puedo terminar la frase porque una voz me interrumpe. Enseguida me doy cuenta de que es Ethan.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¡Justo! Mi hijo, perdona.

Me levanto para volver a casa cuando Ethan se sitúa frente a mí. Viene con el gesto torcido, muy en su línea.

—¿Dónde estabas?

—Perdona, cariño, he salido un momento y…

—¡No te encontraba!

Me doy cuenta de que, además de enfadado, está asustado.

—¡¿Dónde estabas?!

—Aquí, hijo, perdona, iba ya…

—Estaba conmigo, me estaba ayudando. —La voz cálida de la canguro surge a mi espalda como un milagro. Veo cómo Ethan se queda mirándola sin pestañear—. Disculpa por haberla entretenido.

—¡Martina no para de llorar! ¡Me estoy volviendo loco! —me grita antes de desaparecer por donde ha venido.

—Tengo dos —le explico con cara de circunstancias—. Me tengo que ir.

—Por supuesto. Soy Yurena —me dice estirando la mano.

—Yurena…, una prima de mi padre se llama así.

—En Canarias es muy típico, era una diosa de La Palma a la que se le atribuían poderes místicos —contesta con una sonrisa.

Yo le devuelvo el gesto, le doy la mano sonriente.

—Encantada, Yurena, soy Paula y no sé qué significa mi nombre. —Me río—. Mucha suerte. —Y le doy la espalda para entrar en casa.

—¡Paula!

Me giro y la veo buscando algo en su bolso. Saca un pañuelo de papel y escribe con un boli.

—Es mi número, por si conoces a alguien que necesite una canguro y que quiera ahorrarse la comisión de la agencia. —Me guiña un ojo.

Cojo el pañuelo, me lo guardo en el bolsillo y me despido con un gesto amable. Trato de disimular las ganas que tengo de que me ayude en casa, pero no quiero darle esperanzas porque sé que no voy a llamarla y además casi no tengo contacto con los padres de los amigos de Ethan, así que tampoco puedo recomendarla. Espero acordarme de sacarlo antes de meter el pantalón en la lavadora y que se haga pedazos.

13

Cuando entro en casa, la realidad se impone de nuevo. Tengo que atender a mis hijos antes de que todo se me vaya de madre y sea peor. Voy directa al salón, donde dejé durmiendo a Martina. Sin embargo, para mi sorpresa, no la encuentro berreando como me ha dicho Ethan. De lejos, veo que está quieta en la cuna, debe de estar dormida, sí que para no despertarla opto por no acercarme.

No encuentro a mi hijo por ninguna parte; me asomo al pasillo y no hay luz en la cocina. La puerta de su habitación está cerrada, como de costumbre. Estoy convencida de que está jugando con la maquinita de videojuegos que le regaló mi suegra por Navidad; le tenemos prohibido jugar con ella entre semana. Debería entrar de golpe y echarle la bronca, pero no tengo energía para tratar de entender a mi hijo ni para intentar que él me entienda a mí. No es que me dé por vencida, pero ahora no encuentro la fuerza para hacerlo.

Salgo a la terraza y miro al horizonte mientras pienso en la llamada de Alberto. Su propuesta es un sueño. Debería estar feliz, Paula Ortiz quiere volver a trabajar conmigo. Ha preguntado por mí y, aunque Alberto no me lo haya explicado así, ha dejado caer que debe ser una condición indispensable que yo dirija el departamento para confiarle el proyecto. Tiene razón, llevo años esperando este

momento. Supondría una vuelta por todo lo alto que borraría de un plumazo todos los años de desconexión. Además, aunque los rodajes siempre son una paliza, me vendría muy bien retomar mi amistad con Alberto en el día a día. Echo de menos su sentido del humor y sus consejos.

La alarma del móvil interrumpe mis pensamientos y me hace dar un brinco. Me ha pillado tan ensimismada y el volumen está tan alto que casi me provoca un infarto. Me avisa de que tengo que quitar la olla del fuego si quiero que no se fastidie la cena y enfrentarme a las malas caras que a duras penas disimularán los dos hombres de la casa. Pensaba que tendría un ratito de descanso, pero no es así. Veo en el móvil que no he estado en la terraza más de un minuto de reloj. Entorno los ojos y entro de nuevo en casa para encontrarme con la peor de las pesadillas. Al dirigirme a la cocina, paso cerca de la cuna. Freno de golpe porque me percato de que la niña tiene el rostro de un color azulado. No llora, no gime, pero sus ojos están muy abiertos. Un pensamiento me cruza la mente: «¿Está muerta?».

Reacciono cuando me doy cuenta de que se está ahogando. La bebé se mueve débilmente, así que la saco, me la coloco boca abajo en un brazo y le doy golpes secos en la espalda. He visto mil veces los vídeos en los que se explica cómo hacerlo y en los que se especifica que no hay que aplicar mucha fuerza porque se le podría provocar una lesión. Pero, a la hora de la verdad, estoy tan desesperada que no soy capaz de saber si le doy muy fuerte. ¡Bastante que he conseguido actuar con rapidez y no me he quedado paralizada! Gimo sin parar mientras continúo golpeando con desesperación.

De pronto algo sale disparado de su boca y cae al suelo. Inmediatamente escucho el llanto de Martina, que vuelve a respirar. La abrazo entre lágrimas. Cierro los ojos y siento el latido de mi bebé junto a mi pecho mientras doy gracias por haberla salvado de milagro. Cuando los abro, veo que Ethan nos mira desde el marco de la puerta antes de darme la espalda y correr hacia su habitación. Lleva un bocadillo en la mano.

14

Cuando consigo que me bajen algo las palpitaciones, me acerco para ver lo que Martina acaba de soltar por la boca. Es un trozo de pan. Hace ya un tiempo que hemos introducido en su dieta algunos alimentos sólidos para que se familiarice con ellos y prevenir así posibles atragantamientos. El pan es uno de ellos, le damos el cuscurro, que es la parte más dura, para que la chupe. El pedazo que hay en el suelo es duro pero muy pequeño. Solo hay una persona que podría habérselo dado.

—¿Cómo se te ocurre darle un trozo de pan así a tu hermana? —le digo a Ethan cuando entro a su habitación con ella en brazos.

—Siempre le dais pan, pero yo no puedo dárselo, ¿no?

—¡No si le vas a dar una parte que le quepa en la garganta y que se atragante, que es lo que ha sucedido! ¿En qué estabas pensando?

Mira hacia otro lado. Quiero agarrarle de la camiseta y zarandearlo para que me conteste.

—¡No lo he hecho queriendo!

—No puedes darle un trozo de pan y dejarla sola, y menos tumbada. Te lo digo siempre, que no comas tumbado, que te ahogas… Podrías haberla matado, ¿te das cuenta?

Se pone rojo y llora.

—Pero es que estaba sentada y no paraba de llorar. ¡Te lo he dicho! —exclama fuera de sí—. Lloraba y lloraba, y yo te llamaba, pero no estabas. Cuando te he encontrado, te he dicho que no paraba de llorar, que vinieras. ¡Y no lo has hecho!

—Sí, he venido…

—¡Has tardado! —me interrumpe—. Te he dicho que era urgente, que no paraba de llorar, y no has venido, has tardado un rato. Y como no sabía qué hacer le he dado un trozo de pan del bocadillo que estaba merendando y que había dejado en la mesa del salón cuando he ido a buscarte. Se lo estaba comiendo sentada, no tumbada. ¿Qué iba a hacer si no venías, eh? ¡¿Dónde estabas?!

Hacía mucho tiempo que no veía llorar así a Ethan, desde que tenía los típicos berrinches a los tres y cuatro años. Mis palabras le han herido, suena desesperado, y lo peor de todo es que lo que dice es bastante razonable, no puedo rebatirle nada… Yo soy la adulta y quien debería haber estado cuidando de ella. Como bien dice mi hijo: ¿dónde estaba yo?

No puedo seguir estando sin estar. Estaba tan ocupada pensando en el trabajo que me he olvidado de mi hija. Solo es un bebé, un bebé que está a mi cargo y que depende completamente de mí. No puede volver a ocurrir, tengo que hacer algo… Soy incapaz de dejar de dar vueltas por el salón y el recibidor. Entonces, como si fuera una señal, me echo la mano al bolsillo y saco la servilleta de la canguro. Veo lo que ha escrito:

HA SIDO UN PLACER

Y, a continuación, su nombre y su número de móvil.

Al leer la nota sonrío. Me he acordado de su acento canario que tanto me recuerda al de mi madre. ¿Será por su enorme parecido por lo que he estado tan a gusto con ella? Y entonces reparo en que estoy justo en el recibidor, delante del enorme retrato de mi progenitora. Me fijo en ella. La pintura la refleja tal y como era: los enormes ojos chispeantes, llenos de alegría, la nariz respingona y el pelo corto de color dorado. Sin embargo, es su sonrisa lo que hace que se me encoja el pecho. La siento tan real que hasta pienso que lo hace porque me ha visto sonreír a mí. Mi madre vuelve a guiarme, como cuando era niña. Su sonrisa es la señal, me dice que deje de lado mis miedos y siga mi instinto. Estoy convencida de que el incidente de esta tarde va a marcar un punto de inflexión en nuestro hogar. Sobre todo cuando mañana escriba un mensaje a Yurena para que el lunes venga a casa.

15

Diario de Ethan

Sé perfectamente lo que piensa mamá y alucino con cómo me ha mirado cuando ha pasado todo. Nos ha dejado solos… Nos tiene encerrados y encima se va y pasa de nosotros. Me pregunto si hace eso con Martina cuando estoy en el colegio, si la deja sola intentando que tenga un accidente o que se muera.

¿Por qué se porta así ~~con nosotros~~, por qué nos miente? ¿Y quién era esa chica?

Dirá que yo he sido el culpable, pero mamá quería que pasara, estoy seguro, o a lo mejor no, no lo sé…, aunque tampoco creo que lo hubiese sentido tanto…, por mucho que llore.

Casi no me deja salir. Antes íbamos al parque y me dejaba estar con mis amigos. Podía jugar al fútbol… Los martes y jueves entrenaba con el equipo, me quedaba por las tardes y lo dábamos todo. Era lo mejor. Pero ya no me deja ir a los entrenamientos. Tengo que venirme a casa y encerrarme con la enana llorona. Todo es por su culpa, desde que nació cambió todo. Mamá empezó a comportarse de manera extraña y a mentir. Ahora es diferente, antes no era así. Dice que es por nuestro bien, para que no nos pase nada malo. Pero yo sé que no es verdad…

Un día me enfadé tanto que le pregunté por qué nos hacía esto y se puso a llorar. Cuando me dijo que era por nuestra familia, tuve que aguantarme para no decirle lo que pienso, porque sé el verdadero motivo. Necesitamos ayuda. Primero fueron mis hamsters, y ahora nosotros. Como sigamos aquí todo el tiempo, vamos a acabar comiéndonos unos a otros.

16

Lunes, 29 de septiembre de 2025
Nueve días antes de los hechos

No recuerdo sentir este nivel de excitación desde que era pequeña y me levantaba como una moto para ver si habían llegado los Reyes Magos. No he sido capaz de volver a dormirme después de que Martina me despertara a las cinco de la madrugada exigiendo su comida. No ha habido forma, estaba ansiosa por empezar el día.

Durante el desayuno he logrado disimular mi estado delante de Ethan y de Raúl. Cuando se han ido y he cerrado la puerta, he notado que el corazón se me desbocaba. Ahora tengo el teléfono en la mano, ha llegado el momento de llamar a Alberto. De pronto siento terror. Es un miedo irracional que se me agarra a la garganta y no tiene que ver con el trabajo. Pero no dejo que se apodere de mí. Va siendo hora de soltar las riendas de casa y tomar las de mi vida. Como me conoce tanto, sabe que le voy a decir que sí desde que me escucha decir: «Hola». Si yo estoy como una niña abriendo sus regalos de Navidad, él no está menos emocionado. Es genial que exista esta relación entre nosotros en la que ninguno se ve amenazado. De hecho, enseguida pasa a hablar sobre cómo repartir las funciones y cómo exponérselo al director de Producción para que

todo quede claro. Paula Ortiz me quiere a la cabeza. Yo seré la directora de Arte, pero, dadas mis circunstancias, tras la primera fase de preparar las propuestas, elaborar el diseño —lo cual no me puede apetecer más— y visitar las diferentes localizaciones, delegaré mucho en él, sobre todo en el set. Confieso que ahora mismo, mientras hablamos, me vengo tan arriba que en ningún momento pongo la excusa de que tendré que estar con los niños. Es como si me hubiera quitado de encima parte del peso que tanto me oprimía. Aunque me asuste, me apetece muchísimo la guerrilla del rodaje y enfrentarme a los obstáculos que irán surgiendo, son parte de la aventura.

Alberto me cuenta un poco más sobre el proyecto y queda en avisar a Producción para que me hagan la oferta. También me enviará toda la información que le han mandado.

—Paula se va a poner muy contenta —me dice antes de despedirse—. Seguro que quiere una reunión contigo…

—Si puede ser por Teams, mejor.

—No creo que haya problema, eres su niña bonita. Yo le digo que vas viendo el material y preparando propuestas, y que nos vemos en unos días.

—¡Perfecto, eso está hecho! —digo ilusionada.

—¡Oye!

—Dime…

—No me has dicho qué vas a hacer con los niños. Vas a meter a una interna, ¿no?

—¡Ah! No, no. A una canguro. Por eso te decía que habrá días…

—No te preocupes. Haces bien en buscar ayuda, pero ten cuidado. No te conté lo que me pasó con la chica que trabajaba en casa,

madre mía. Mejor no te digo nada para no desanimarte. Pero, si vas a meter a trabajar a alguien en tu casa, déjale bien claro quién manda ahí. Hazme caso, marca los límites desde el principio; si no lo haces desde el primer día, se te subirá a la chepa y luego ya no habrá manera.

«Marcar límites», me digo cuando cuelgo la llamada. Primer objetivo del día cumplido, ahora me queda el segundo y no menos importante: la canguro. Le he pedido a Yurena que venga a las cuatro, es una buena hora para tener una primera toma de contacto con Martina, hacerle una pequeña entrevista y contarle por encima lo que necesita saber. Ethan volverá del colegio después y podrán conocerse.

Ahora dudo si ha sido una buena idea mantener la sorpresa, tal vez habría sido mejor avisarlo y allanar un poco el terreno para que no le pille de golpe. Lo mismo con Raúl. Pero no le doy muchas vueltas. Mi marido lleva años animándome para que demos el paso y mi hijo ya no es tan pequeño; si le cuesta una buena pataleta, que le sirva de aprendizaje, que en la vida todo son cambios y etapas, y no siempre se corresponden con lo que esperábamos. Doy fe de ello.

La casa ya estaba limpia, así que solo he ordenado y repasado por encima. Es importante causar una buena primera impresión por ambas partes. Si las estancias no está recogidas, sino hechas un desastre, luego no le voy a poder exigir que cuide las cosas y que lo deje todo colocado. Aunque entre sus tareas no se encuentra la limpieza, cuando esté inmersa en el trabajo voy a necesitar orden a mi alrededor.

El telefonillo suena a la hora; que sea puntual es un gran punto a favor. Odio que me hagan esperar y sentir que pierdo el tiempo. Voy hacia la entrada, ya no hay marcha atrás. Escucho la llegada del ascensor y los pasos. Toca el timbre y me doy prisa en abrir para que no vuelva a llamar y Martina se despierte. La recibo con la mejor de las sonrisas, pero, al verla, enseguida se me congela.

17

Yurena sonríe, pero muestra algo de extrañeza cuando se percata de que mi gesto ha cambiado. Al verla me ha dado un vuelco el corazón porque va vestida con un jersey fino de cuello redondo de color rosa palo, igual que el jersey favorito de mi madre. De hecho, es el que lleva puesto en el retrato que preside la entrada de casa.

—Pasa, pasa, por favor.

Abro la puerta del todo y estiro la mano invitándola a entrar. Mi mente me la juega y pienso en todas las películas de vampiros que vi durante mi adolescencia. La regla número uno es que no pueden entrar en tu casa si no los invitas, y acabo de hacerlo. Ahora podría hacer conmigo —con nosotros— lo que quisiera. Me abofeteo mentalmente, estoy fatal. ¡¿Cómo no me va a querer Paula Ortiz para su cuento gótico si transformo una entrevista con una canguro en una película de terror?! Creo que tengo que intervenir, la chica se ha quedado plantada frente al cuadro sin pestañear.

—Es mi madre —le digo para romper el silencio.

Sigue absorta ante el retrato. Mi progenitora viste una falda larga con vuelo y ella se ha puesto un pantalón vaquero claro; salvo eso, parecería que estuviera frente a un espejo. Ahora que las tengo a las dos delante, lo confirmo. No es que sean clavadas, pero tienen los mismos rasgos, corte y color de pelo. Aparte, también está su voz.

Su tono amable, cálido y aterciopelado me traslada directa a mi niñez y me hace sentir en casa. No sabía hasta ahora cuánto lo echaba de menos.

—Perdona que me haya quedado así, pero es que impresiona mucho. ¿Quién lo pintó?

—Un amigo de la familia.

—Pues es un artista, parece una fotografía de lo realista que es. Es como si te mirase de verdad…

—Sí, lo sé. —Y muy bien, si yo le contara…

—Me ha hecho gracia que llevemos el corte parecido y vayamos las dos de rosa.

—¡Sí, he pensado lo mismo! —Intento restar importancia al impacto que he experimentado al verla.

—Es que nos parecemos. Cuando la conozca, voy a saber cómo seré de mayor —dice con una sonrisa—. ¿Viene mucho? ¿Tus padres viven en Madrid o en Canarias?

—No. No viene…, murió.

—Vaya, lo siento.

—No te preocupes, fue hace bastante. Yo era adolescente… —No me gusta nada hablar de la muerte de mi madre, me trae imágenes que me persiguen y que años después aún no he sido capaz de olvidar, y que por supuesto no deseo compartir con nadie. Así que cambio rápidamente de tema—. Martina está dormida. Vamos a aprovechar y hablamos en la terraza.

La canguro asiente con una sonrisa. Espero que cuando coja confianza no sonría tanto porque resulta un poco siniestro. Atravesamos el salón; me fijo en que mira alrededor con disimulo.

Después le haré un *house tour* y le explicaré bien, pero quiero entrar en materia antes de que la bebé nos interrumpa.

Abro la puerta de la terraza y la invito a que pase antes que yo, una excusa para observarla de espaldas. Tengo suerte de que no pueda verme la cara porque el rastro de su perfume con aroma a coco me ha puesto el vello de los brazos de punta y los ojos vidriosos. No puede ser la misma colonia que utilizaba mi madre, quizá sea una loción corporal, pero el olor me traslada a los mejores momentos de mi infancia junto a ella. Es increíble que compartan hasta eso. La sonrisa de mi madre se hace presente de nuevo. Sé que está contenta por verme avanzar en el camino correcto.

Aun así, no puedo despistarme, tengo que ponerme manos a la obra. Nunca llegamos a conocer a quienes nos rodean, pero, si voy a meter a una completa desconocida en casa a cargo de mis hijos, debo averiguar todo lo que pueda sobre ella. No necesito sus referencias, cualquiera podría falsearlas. Debo ir más allá, hacer todo lo posible por saber el máximo sobre Yurena. Después seguiré el consejo de Alberto: voy a establecer las normas desde ya para dejarle bien claro quién manda aquí y que no haya malentendidos. Tendré que estar pendiente para asegurarme de que las sigue y que no nos ponga en peligro. Y lo más importante: pase lo que pase, he de mantener a salvo mi secreto.

18

Fuera la temperatura es perfecta y, aunque corre un poco de aire debido a la altura, se está a gusto en la terraza.

—¡Guau, qué impresión! —dice la canguro acercándose a la barandilla—. La caída desde aquí tiene que ser…

—Terrorífica —sentencio—. Siéntate —le digo señalando una de las sillas del pequeño conjunto de comedor que tenemos para cuando hace buen tiempo. Yo me siento en otra frente a ella—. Ya que lo has mencionado, algo que no puedes olvidar es dejar la terraza siempre cerrada. Es muy importante, Ethan es sonámbulo y nos ha dado más de un susto.

—Por supuesto.

Cojo aire.

—Es la primera vez que hago una entrevista, así que paciencia, porque igual te sueno un poco… —Conforme hablo me doy cuenta de que su mirada se ha nublado, creo que piensa que aún no he decidido darle el trabajo—. ¿Ves? He dicho «entrevista». Esto es solo una toma de contacto, aunque ya la tuvimos el viernes, más que nada para explicarte las cosas y que nos vayamos conociendo, aunque eso será poco a poco, imagino, y que no haya malentendidos.

—Claro. —Vuelve a sonreír.

—Empiezo por el principio y trato de resumir para ver si te encaja la propuesta. En principio mi intención es que vengas todos los días. Podemos ajustar el horario, pero mi idea es que esta semana sea de diez a siete. Por supuesto, hasta que venga Ethan del colegio y mientras Martina esté durmiendo, podrás descansar. Así que te puedes tomar dos horas, más la de la comida. No sé cómo podemos hacerlo para que…

—No te preocupes, yo no tengo nada que hacer y siendo Martina tan pequeña tampoco voy a necesitar parar tanto porque esté deslomada. Lo vamos viendo, pero, cuando duerma, puedo preparar la comida…

—No, no hace falta.

—Lo que me digas, yo lo haría encantada.

—Lo único que necesito es que me eches una mano con los niños, que atiendas a la bebé. Tiene ocho meses. En cuanto se despierte, vamos a verla. Ethan tiene doce años, pero está superadolescente. Además, siente celos de su hermana y eso le ha vuelto excesivamente hermético. Unos días llega a las cuatro y otros a las cinco, pero no te preocupes, que vuelve solo del colegio, no hay que ir a buscarle. Va a ser tu mayor reto. No te quiero asustar; aunque está un poco rebelde, es un buen niño. Raúl, mi marido, se pasa casi todo el día fuera, no vais a coincidir demasiado, quizá un rato como mucho antes de irte. Es encantador, él seguro que te lo pondrá fácil —digo cómplice, y recibo una nueva sonrisa.

Aprovecho que todo está yendo viento en popa para plantearle el resto de las condiciones. Me molesto en resultar transparente para que, cuando empiece a hacer preguntas sin obtener respuestas y vea que hay muchos detalles que prefiero guardar, no sospeche de

mí. He preguntado a un par de conocidas y también me he informado en internet, y no pienso racanear con el sueldo, ya me ahorro los gastos de la agencia. La cantidad le parece bien, así como la propuesta de establecer un periodo de prueba, antes de formalizarlo todo, para ver si ambas nos sentimos a gusto, y resulta un alivio que nos pongamos de acuerdo desde el principio. La sonrisa no se le borra de la cara. Lo pensé la primera vez que la vi y ahora lo reitero: es un ángel.

Es hora de saber más sobre su vida. Me he embalado tanto que ni siquiera sé su edad. No creo que llegue a los treinta.

—Por cierto, ¿qué edad tienes?

—Treinta y dos —me responde.

La miro y sonrío. De pronto me asalta un pensamiento que no ha querido asomarse hasta ahora. Es tal el parecido que trato de buscarle alguna lógica. Mi madre podría haberla tenido antes de morir, pero desecho la idea por absurda. Si contara que he especulado con la posibilidad de que Yurena sea mi hermana, me dirían que estoy loca. Solo coincide que las dos son canarias y que huelen igual. El tono de voz, los rasgos y el estilo que lleva son solo parecidos. De hecho, ella y yo no nos damos ni un aire, pero mirarla me remueve y me perturba.

—Esta es tu casa. A partir de ahora eres una más de la familia.

Su sonrisa ilumina la terraza, pero unos ruidos estropean el momento. Es el llanto de Martina, lo escuchamos distorsionado a través del monitor de vigilancia, que desde ayer vuelvo a llevar siempre conmigo.

—Es hora de que conozcas a la princesa de la casa.

Me levanto y voy hacia el salón seguida de la canguro.

—Me encantan las princesas.

Ahora soy yo la que le sonríe, pero me doy cuenta de que lo ha dicho en serio y de una forma tan extraña y sombría que me provoca un escalofrío.

19

La habitación huele al ambientador que he echado hace un rato y que tanto odia Ethan; ya sé cuál será el primer reproche de la tarde. Al fondo, junto a la ventana, están la cama y el escritorio de mi hijo, rodeado de pósteres de futbolistas, y en la zona más cercana a la puerta, la cuna, la cómoda y todos los peluches de Martina. Es una mezcla imposible, pero no tenemos más espacio y la cuna nos la llevamos a nuestra habitación por la noche.

La bebé está llorando como una descosida. Me espera sentada con los brazos extendidos. La canguro entra detrás de mí.

—Menudo recibimiento… Te vas a querer ir —le digo bromeando, aunque una parte de mí lo piense en serio porque seguramente es lo que yo haría.

—Tranquila, yo ya no me asusto de nada. ¿Puedo? —me pregunta Yurena con la dulzura que la caracteriza.

—Claro.

No muestra premura por coger a Martina, como yo suponía. Se toma unos segundos para mirarla. Apuesto a que está pensando en cómo se llevarán. Luego se la pega cerca del pecho y le canta una nana con voz dulce y susurrada:

A la rorro, niña.

A lo rorro ya.
Duérmete, mi niña.
Duérmeteme ya…

No necesito más que escuchar el comienzo de la primera estrofa para que los ojos se me llenen de lágrimas y tenga que hacer esfuerzos para que no me explote el pecho. «A la rorro, niño» es una nana tradicional canaria que me cantaba mi madre.

Esta niña linda,
que nació de día,
quiere que la lleven
a ver a su tía.
Esta niña linda,
que nació de noche,
quiere que la lleven
a pasear en coche…

Cuando escucho el verbo «pasear» se me corta la emoción de cuajo. Tengo que mantenerme firme y explicarle bien lo más importante: la niña no sale de casa si no es por fuerza mayor, y en ese caso siempre conmigo o con su padre y bajando al garaje en ascensor para salir en el coche. Nada de usar las escaleras y salir por el portal.

Martina se ha dormido otra vez. Es increíble, nunca vuelve a caer y menos cuando tiene un berrinche así.

—Estaba agotada —me dice con un brillo especial en los ojos.

Deja a la bebé en la cuna y me mira, expectante. Intento disimular mi asombro, prefiero que crea que no es algo excepcional y que yo también tengo esa mano con mi hija. Me aseguro de activar el dispositivo de aviso y le hago un gesto para salir de la habitación. Mientras recorremos el pasillo, le indico que la puerta del fondo es nuestro dormitorio y que ahí no tiene que entrar. Le señalo el baño de los niños y todo lo necesario para atender a Martina. Después aprovecho y le explico bien las restricciones alrededor de la niña. Soy consciente de que lo que digo suena muy extremo, pero tengo mis motivos. Bastante me cuesta vivir con ello como para tener que rendir cuentas.

—Yo puedo hacerlo si quieres, a Martina le vendrá bien que le dé el aire.

Tengo que controlarme para no girar la cabeza ciento ochenta grados y soltarle un ladrido. Pero consigo dominar mi primer impulso cuando percibo que simplemente se está ofreciendo y que no me está juzgando.

—Vais a pasar mucho tiempo en la terraza, tranquila. —Le doy la espalda y zanjo así la conversación. Cuando llegamos al recibidor la miro a los ojos y le digo—: Esto es muy importante. —Debo de haberme pasado de contundente porque traga saliva—. En esta casa apenas usamos redes sociales… —miento descaradamente, yo las miro todo el tiempo—. Y mucho menos compartimos imágenes de nuestros hijos, tampoco vídeos. Somos muy cuidadosos. —Esto es verdad—. Así que, por favor, nada de hacer fotos de la casa o de los niños ni compartir nada, aunque solo se te vea a ti… Es importante, hay mucho buitre que se dedica a vigilar las redes y se pueden

obtener datos como si hay cámaras de seguridad, alarmas y demás. No queremos correr riesgos, ¿verdad?

—No.

Haberle dicho todo esto junto a la puerta de salida ha resultado bastante efectivo. Igual que has entrado puedes volver a salir, es así de simple.

—Mejor no sacar nada. Está claro, ¿no?

—Muy claro, pienso igual… Los niños deben tener su privacidad. Es su imagen y ellos no pueden decidir.

Nos vamos a llevar bien. Vuelvo a notar el aroma a coco y, por el rabillo del ojo, veo el cuadro de mi madre y su sonrisa perenne.

—¡No te he ofrecido nada! No hemos pasado a la cocina, qué desastre…

—Ay, muchas gracias.

—Así nos hacemos un café…

Intento resultar lo más amable posible, pero si alguna vez la descubro haciéndole una sola foto a mi hija se lo lanzo hirviendo a la cara.

20

Aunque nunca lo hubiera dicho, a Yurena le gusta el café solo. No soy capaz de recordar cómo lo tomaba mi madre. Podría preguntárselo a mi padre, pero nos distanciamos tras la muerte de mamá por motivos que solo nosotros sabemos, aunque hayamos corrido un tupido velo y en la actualidad apenas tengamos contacto. A veces me pregunto si esa necesidad de sobreproteger a mis hijos viene por la ausencia de mis padres en mi vida. La realidad es que, en la práctica, los perdí a los dos.

Se ha levantado más aire y nos hemos sentado cada una en una silla de comedor del salón. Le pido que me deje su DNI para hacerle una foto por las dos caras, pero no lo tiene en ese momento. A mí me parece rarísimo, aunque me explica que con los nervios del primer día se ha dejado la cartera. Espero que no sea una mentira y que de mañana no pase. Continúo con las preguntas para ir conociéndola mejor.

—Cuéntame, Yurena, ¿tienes familia aquí?

—No, qué va, están todos en Canarias. Aquí no tengo familia, pero me siento arropada porque tengo amigos, no estoy sola. Además, soy bastante independiente.

Me gusta su respuesta, me tranquiliza.

—Me alegro. ¿Qué tal te pilla esta casa para venir? ¿Por dónde vives?

—Me viene muy bien. Como te dije, vivo en el centro y estoy tan solo a cinco paradas de metro.

Aunque me dé un poco de apuro, toca una pregunta obligada.

—No tienes hijos, ¿verdad? ¿O sí?

—No, no, qué va…

¡Bingo! Los hijos serían un verdadero problema. Si los tuviese en Canarias, por mucho que dijese que lo lleva bien, no se centraría en sus tareas. Una conocida tuvo una chica interna que había dejado a su familia en Santo Domingo y era un alma en pena, la pobrecilla. No me puedo imaginar lo que ha de ser vivir separada de tus hijos, saber que están creciendo y tú te lo estás perdiendo.

—¿Pareja?

Espero la respuesta con el corazón en un puño.

—¡Qué va! Tampoco.

Esto no me gusta tanto. Estaría más tranquila si tuviera novio. Pero todo no puede ser perfecto y confío en Raúl. Además, el pobre siempre llega desganado, no se va a fijar. Por no tener, casi no tiene ojos ni para mí. Ethan está a punto de volver del colegio y aprovecho para contarle todas las normas que le atañen a él.

—Cuando llega del cole, lo primero que tiene que hacer son los deberes, porque si no luego no hay manera y se convierte en una tortura, tienes que estar repitiéndoselo cada cinco minutos y empieza la batalla campal. Los hace, merienda y luego puede jugar un rato. Pero no al revés.

—Entendido.

—Paciencia porque es de armas tomar, como yo. —Sonrío, pero se lo estoy diciendo bien clarito para que lo entienda.

—Eso está bien, hay que serlo para que no te pisen.

¿Me la acaba de devolver? Me concentro para no cortar la sonrisa de golpe.

—Te va a hacer chantaje para usar la consola o que le dejes mirar tu móvil para buscar cualquier cosa. No hay pantallas. Solo los fines de semana o en casos excepcionales y con límite de tiempo. Para no complicarnos es mejor que no le dejes.

No como hago yo cuando necesito tenerlos distraídos.

—Muy bien, cuanto más tarde empiecen, mejor. El problema es que a veces les pedimos eso y nos están viendo hacer lo contrario… La mejor manera de educar es con el ejemplo.

Paso palabra, no voy a entrar en eso. No quiero arriesgarme a tener diferencias irreconciliables y que nuestro idilio sea casi tan fugaz como el de la entrevista que no llegó a tener el otro día.

—El azúcar —continúo—. No toma chuches ni zumos de bote o de briks ni bollería industrial ni todo lo que nos han dado durante toda la vida. Tiene fruta, pan integral para tostadas, tortas de arroz, que se puede hacer con queso y pavo… Mil opciones. Por supuesto, nada de refrescos, solo agua, zumo natural y leche. Que no te dé pena, no lo echa de menos porque no está acostumbrado. —Justo suena el timbre de la puerta—. Hablando del rey de Roma…

Me levanto y voy hasta el recibidor para abrir a Ethan. Entra como una exhalación, con la mochila en los hombros, y corre por el pasillo.

—Me meooo…

—Está tu hermana dormida, ¡la vas a despertar!

Un portazo sirve como punto final a mi frase. No falla, no sabe cerrar una puerta sin golpearla. Cómo no, Martina se despierta. Escucho los lloros por partida doble gracias al monitor, que apago enseguida antes de que me estalle la cabeza.

—Voy yo. —Escucho a mi espalda.

Yurena se dirige a la habitación de los niños sin esperar mi respuesta. Me gusta que tenga iniciativa. Me asomo al pasillo y sale con Martina en brazos. Intenta calmarla, pero ahora lo que tiene es hambre. No va a ser tan fácil como antes. La puerta del baño se abre e Ethan se queda clavado en el sitio al ver a la canguro. Me apresuro a acercarme para calmar las aguas.

—Cariño, te presento a Yurena, es una canguro. Nos va a ayudar con tu hermana…

Prefiero poner todos los huevos en la misma cesta, porque se va a enfadar si le digo que también le va a cuidar a él.

—Genial, tengo que hacer los deberes —dice mientras se mete en la habitación y cierra.

La canguro me mira con cara de circunstancias y yo arqueo las cejas. Es la primera vez que no me toca perseguirle para que haga los deberes. La cosa es dejarme mal. Espero que tenga paciencia porque nos va a hacer falta. Después hablaré con él para que cuide sus modales. A Yurena no le he hablado de lo poco que me ayuda con su hermana. Nunca ha sido un niño mimado, ni siquiera cuando era hijo único, pero al nacer Martina cambió. Se ha vuelto esquivo e irascible, no muestra paciencia ni con su hermana ni conmigo. No sé si es por los celos o porque no le sale. A veces veo que la mira detenidamente, cuando cree que no le estoy observando, y como mucho le roza la mejilla. Aunque también creo que actúa así porque

no sabe expresar sus sentimientos, pero quién soy yo para intentar cambiarle si yo soy igual que él.

Vamos a la cocina y preparo un biberón para que sepa las cantidades que poner y dónde está cada cosa. Ella permanece atenta al tiempo que sigue intentando que la bebé deje de llorar.

—Yaaa, mi niña, ya…

Observo cómo le da la toma, pero cuando termina me llaman por teléfono y tengo que salir. El biberón es infalible y el resto de la tarde Martina está de lo más adorable. Sonríe a la canguro y le sigue el juego todo el tiempo. Me tranquiliza comprobar el tacto y cariño con el que la trata. Todo sería perfecto si no fuera porque Ethan no ha salido de su cuarto ni para merendar, con lo que devora —aunque, si pasa hambre, se lo pensará dos veces la próxima vez—, y porque todavía me queda presentársela a Raúl.

Cuando suena la puerta de la entrada, suplico que no se lo tome a mal. Ethan sigue encerrado en su cuarto, y Yurena y yo nos hemos mudado al salón con Martina. Le está contando en voz baja un cuento, creo que inventado, mientras yo intento empaparme de los últimos proyectos de Paula Ortiz porque, de momento, Alberto no me ha enviado el material para empezar, lo que me pone de los nervios.

Pero lo que definitivamente me pone muy nerviosa es algo con lo que no contaba y que ni siquiera me había planteado, y es el efecto que provoca la presencia de mi marido. Raúl aparece enfundado en su traje azul marino de raya diplomática que le queda como un guante, con su tupé castaño algo despeinado y un mechón que le cruza la frente. De pronto lo veo con otros ojos, con los que seguramente lo estará viendo ahora mismo la canguro, y pienso que

no puede ser más atractivo, lo que me da mucho pero que mucho miedo.

21

Veo la cara de extrañeza de Raúl cuando descubre que estoy acompañada por una chica que no conoce y que además tiene a Martina cogida en brazos. Soy consciente de que en nuestra casa es una escena inusual, así que corro hacia él para darle un beso y tratar de tomar el mando de la situación.

—Te presento a Yurena…, es… nuestra canguro.

Ahora sí que se ha quedado muerto y, para lo resolutivo que es siempre, no acierta con las palabras adecuadas. Espero que, con lo poco que le gusta no tener el control de las cosas, luego no me lo eche en cara.

—Soy Raúl, encantado.

Dibuja la mejor de las sonrisas enmarcada entre sus dos hoyuelos y estira la mano. Yurena se acerca y se la estrecha. Él actúa de manera torpe. Creo que le asaltan muchas preguntas, pero no sabe si debería hacérmelas mejor en privado. Se aproxima a ella, tanto que no puedo evitar dar un respingo. Pero es a la niña a quien besa en la mejilla, y respiro aliviada.

—¡Hola, princesa! ¿Se está portando bien? —le pregunta a la canguro.

¿Soy yo o le ha hablado impostando la voz? Por un momento me ha recordado al tono que usan los galanes de las telenovelas. Espero

que no sea porque le gusta; si es así, la pongo de patitas en la calle ya mismo.

—Es una santa —le responde ella con su bonita sonrisa.

Mi marido es un hombre guapo, bastante, de hecho. Raúl está muy por encima de la media y no solo por su planta, sino porque es elegante y encantador. También es muy cariñoso y tiene mucho carácter, a veces demasiado. De hecho, hace poco tuvo una temporada de mucho trabajo en la que estaba ausente y con los nervios a flor de piel. Defiende lo suyo a ultranza, eso me encanta de él, y posee un gran sentido de la justicia. De pronto me planteo algo que no me atrevía a pensar: a ver si los meses que llevamos de abstinencia sexual van a desembocar en una aventura que haga justicia a lo que de verdad merece un hombre como él. Ya estoy otra vez, ¡tengo que parar! Pero no puedo y, cuando él sale hacia la habitación para saludar a Ethan y ponerse cómodo, me quedo observando a la mujer que he metido en nuestro hogar. ¿Estoy segura de que quiero que se quede?

No sé mucho de Yurena, pero viene de una de las mejores agencias de canguros de España, por no decir la mejor. El problema es que lo que más me gusta de ella también es lo que más me preocupa: me recuerda a mí, pero con la frescura y el candor que yo he perdido. Además tiene los papeles en regla, y eso me da tranquilidad en el caso de que sucediera algo porque podría llamar a la policía o a urgencias sin miedo.

Qué absurda soy, no puedo ser tan insegura. ¡Por Dios! Raúl nunca me ha fallado, ni cuando estuve encerrada en casa durante casi todo el embarazo de Martina y se me quitó el apetito de lo tensa que estaba. Yo también sigo estando muy bien. Mi figura no se

acerca ni de lejos a la que tenía antes de dar a luz a mi hija, pero tampoco pretendo ser una modelo ni la más guapa de Instagram. Está mal que yo lo diga, pero tengo una cara bonita. Así que no debo anticiparme, porque lo único que hago es boicotearme a mí misma.

Yurena es una chica serena y relajada, transmite calma y me da paz saber que, al contratarla, yo voy a poder trabajar.

No sé para qué le doy tantas vueltas a todo. Me lo digo en cuanto me despido de ella. Sin embargo, al marcharse la canguro y quedarme envuelta en el aroma de su perfume a coco, me devora la nostalgia. No hace falta que me vuelva hacia el retrato de mi madre. Todos los malos recuerdos me vienen de golpe, las malas acciones, aquello que no debí hacer… De pronto no soy capaz de mirarla a los ojos. Me froto la cara intentando recomponerme cuando una idea me asalta de repente. Me he tomado la llegada de la canguro a mi vida de una manera mística, ancestral, como si se tratara de una presencia divina que me envía mi madre para salvarme, pero no he tenido en cuenta en ningún momento lo que hice. Y entonces una pregunta me golpea: ¿y si Yurena no es un ángel salvador, sino una presencia diabólica que ha venido a castigarme para hacer justicia?

22

Si últimamente las cenas en casa no son muy animadas, la de hoy es un velatorio. He hecho lasaña, porque les encanta a los dos y sé que con eso me los gano. Sin embargo, Ethan no ha abierto la boca y Raúl me mira con cara de «ya hablaremos». La he cagado, pero es tan buen padre que intenta convencer a Ethan de que es una buenísima idea tener una canguro. Sospecho entonces que no me va a pedir que la despida, lo cual es un verdadero alivio.

—No va a haber tanta diferencia. Si haces lo que tienes que hacer, nadie va a estar detrás de ti y ni vas a notar que está —lo animo.

Martina tampoco ayuda; no sé si es que ha dormido mucho, pero desde que se ha ido Yurena está insoportable.

—Pero, mi amooor, ¿qué le pasa a mi princesa, a ver? —le dice Raúl con la vocecita amorosa que solo le pone a ella.

Cuando voy a nuestro dormitorio, después de recoger la cocina, me encuentro con que Martina ha caído rendida. Mi marido está junto a la cuna y levanta la mirada al verme entrar. Empieza lo bueno. Me he pasado veinte pueblos y, si fuera Raúl quien hubiese actuado como yo lo he hecho, tomando decisiones a su espalda, sin contar con él, yo estaría furiosa. Y eso que todavía no le he explicado el motivo que ha desencadenado que, al fin, busque ayuda.

Cierro la puerta, cojo aire y comienzo a contarle la propuesta de Alberto. Él me mira fijamente, casi sin pestañear, me escucha y no abre la boca. Cuando termino, se acerca a mí. Su silencio me perturba. Cuando se cabrea, estalla a la mínima de cambio. Esta templanza es mortal. Sin embargo, para mi sorpresa, me da un beso en los labios lleno de amor.

—Enhorabuena.

Disimulo mi desconcierto.

—¿No te ha molestado?

—Me molesta que no me lo hayas contado. Pero sabes que te apoyo y que celebro tu decisión. Me alegra que hayas dado el paso, felicidades. Vamos a estar bien, sobre todo los niños. Confía.

Una vez pasada la tensión, todo fluye de otra manera. Entro en el baño y me aseo. Me arreglo un poco el pelo, pero no sigo mi rutina nocturna de productos de limpieza porque no quiero desperdiciarlos cuando me los quite a lametones. Hay que inaugurar esta nueva etapa rompiendo la maldición de la sequía sexual de la que me considero bastante culpable. No sé si es por la liberación que siento, por el hecho de volver a ser consciente del atractivo de Raúl, después de verlo desde la perspectiva de una extraña que lo mira por primera vez, o por marcar territorio, pero lo cierto es que tengo una necesidad imperiosa de tener sexo con mi marido.

Cuando salgo, está en pijama y con las gafas, y está leyendo un informe o algo parecido. Mala señal. Me tumbo en la cama, pero no me tapo. Me he puesto el camisón de raso que me marca los pezones. Me arrimo todo lo que puedo a él con la fantasía de que se lance a mordérmelos.

—Tenemos referencias, ¿verdad? —pregunta sin levantar la vista del papel.

Qué manera de arruinar el momento. Paso de ser la maja de Goya a sentarme con la espalda tiesa para dar el parte. No me gusta mentir, y menos a Raúl, pero ya tengo experiencia y debo hacerlo si quiero que me tome en serio. Ha sido épico sentir su apoyo y no quiero que me lo arrebate de golpe si se entera de que he sido tan impulsiva y tan poco seria que no he pedido referencias de la persona que estoy metiendo en nuestra casa con nuestros hijos, porque yo sola me basto para recabar todos los datos que necesito sobre ella.

—Claro —miento, aunque lo compenso con lo que le digo a continuación, que sí es verdad—: Pero, vamos, que, aunque no las tuviéramos, la referencia más fiable es que trabaja para la mejor agencia de canguros, Nunú. Es carísima y está en todos lados, la mayoría de las influencers la etiquetan en redes porque usan sus servicios. Con ellos no he hablado porque no se pueden enterar de que está trabajando aquí sin avisarlos. La conocí porque le habían conseguido una entrevista en nuestro edificio, aunque al final se la cancelaron. He preferido no llamarlos, imagínate que después no nos gusta por lo que sea y la echamos y no la vuelven a contratar… No lo he considerado correcto.

—Ya…

—Por cierto, ¿qué te ha parecido?

—Bien, parece una chica maja y a Martina la he visto muy a gusto con ella.

—Me refiero a qué te parece ella. —Me mira sin comprender—. Que si te ha gustado. La has mirado fijamente… No sé, ¿debería

preocuparme?

—¡Qué dices! Me he quedado mirándola porque me ha recordado al cuadro de tu madre. Iba igual vestida y el pelo…

—¡Menos mal! Pensaba que eran imaginaciones mías.

—No, me ha recordado a ella. Luego viéndola bien no, pero por eso me he quedado mirándola… —Mientras se explica sí se fija en el camisón que llevo puesto—. No estarás celosa, ¿no?

No respondo, tan solo sonrío cuando se abalanza sobre mí.

Como primera toma de contacto, después de tanto tiempo, el sexo ha sido maravilloso. Lo necesitaba, y no tanto por el acto en sí como por el rato que hemos estado después abrazados. Sentir su piel, olerlo, me ha llevado al origen de nuestra familia y me ha hecho coger fuerzas para seguir hacia delante sin echar la vista atrás.

—Deja el móvil… —me dice, cariñoso, cuando me pongo los auriculares de la mesilla y cojo el dispositivo.

—Un segundo.

—Luego te vicias…

—Que no —le rebato juguetona, aunque sé que tiene toda la razón.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

No nos damos un beso, pero una mirada fugaz nos sirve para cerrar el día con muy buen sabor de boca. Apaga la lámpara de su mesilla y se gira para dormir. Esta sensación me dura solo un instante porque, al deslizar el dedo por la pantalla, me encuentro con una noticia que me pone mal cuerpo. Es un fragmento de un

programa de actualidad en el que una periodista se dirige a cámara y cuenta algo que me inquieta: «Tenemos una noticia desalentadora para los padres y madres: un hombre ha alertado de que su agresor sexual está en la calle y podría estar actuando de nuevo. Estamos hablando de uno de los mayores pederastas de nuestro país, que ingresó en prisión en los años noventa cuando se descubrió el cuerpo sin vida de una de sus víctimas, un niño que llevaba un año desaparecido y que era vecino y el mejor amigo de su hijo mayor. A este crimen se le sumaron otros muchos. Se reveló que también abusaba de sus hijos. Después les contaremos la tragedia que sacudió a la familia, pero —un primer plano de un hombre de pelo moreno y rasgos fuertes que sonríe a cámara llena la pantalla, parece un modelo—, según hemos sabido, este peligroso pederasta cumplió su condena y salió de la cárcel justo antes del confinamiento. Hasta el momento no se conoce su paradero ni que haya reincidido, pero una antigua víctima, que sufrió sus abusos cuando era un niño, nos avisa de que está actuando de nuevo». A continuación un hombre de mi edad que mira a cámara con los ojos muy abiertos advierte: «Vigilen a sus hijos, es un monstruo y su perversidad no tiene fin. No confíen en nadie. Acuérdense de lo que les estoy diciendo».

Apago el móvil al instante, después de lo que acabo de ver me quema en las manos. Cierro los ojos e intento saborear todo lo bueno que ha pasado hoy, pero algo me lo impide. No puedo evitar recordar las palabras de la víctima del pederasta: «Vigilen a sus hijos… No confíen en nadie».

23

Diario de Ethan

Mamá ~~se ha vuelto~~ está loca. Hoy ha hecho una cosa muy extraña y me da miedo. Ha traído a una mujer para que cuide a Martina. No nos había dicho nada y me la he encontrado de golpe cuando he llegado del colegio y casi me meo encima del susto. He pensado que era la abuela, la del cuadro. Me da miedo desde que era pequeño, y eso que está sonriendo. Aunque eso es lo que más me asusta, que desde donde la mires parece que te sigue con esos ojos grandes y esa cara en plan "te sigo viendo"…

Al verla con mi hermana en brazos, he pensado que se la estaba llevando y que luego vendría a por mí.

Mamá está pirada. Le ha debido de pedir que se corte el pelo y se vista de rosa como ella. A veces, cuando voy a hacer pis por la noche, mamá está llorando frente al cuadro. Le dice cosas, pero tan bajito que no puedo escucharla. Pensaba que rezaba, pero no, le pide perdón por algo sin parar de llorar.

La canguro también tiene una sonrisa que asusta porque sonríe por todo y yo creo que uno no puede estar tan contento siempre. Marimar, mi profesora de infantil, estaba todo el tiempo sonriendo y nos hablaba como si fuéramos bebés, pero luego tenía una mala hostia… Eso me ha pasado con Yurena, la canguro se llama así. He salido de mi habitación para ir al baño y cuando me ha visto me ha sonreído y me he cagado de miedo.

Luego, mientras mamá preparaba la cena, papá me ha echado la bronca por no haber salido del cuarto y haber sido un "maleducado". Ella Sé que se lo ha dicho mamá porque sabe que a él le hago más caso. Aunque me da mucho más miedo mamá, ella es capaz de todo.

Luego me han mandado a echar la bolsa de la basura al cubo que hay en el cuartito del descansillo y cuando he salido, como iba rápido, se me ha olvidado dar la luz. Entonces me he acordado de que Yurena estaba el viernes ahí con mamá. El corazón me iba a toda leche y me ha dado mucho miedo porque me las he imaginado a las dos ahí a oscuras como dos brujas… Cuando he encendido la luz no estaban, pero he seguido teniendo miedo. Me pregunto qué estarían planeando, tiene que ser algo malo. Mamá es así. No tiene suficiente con mentirnos y encerrarnos. Creo que tiene preparado algo aún peor.

24

Martes, 30 de septiembre de 2025
Ocho días antes de los hechos

No hay día que no me cueste quitarme el retenedor que uso para que no se me muevan los dientes mientras duermo. Aprieto tanto por la noche que se me incrusta en las encías y es toda una hazaña despegarlo. Una vez que he preparado desayunos y despachado a los hombres de la casa, me dispongo a leer el correo de Alberto con todo lo relacionado con el proyecto que va a suponer mi vuelta al trabajo. Menos mal que lo ha enviado a primerísima hora; si lo hubiese abierto anoche, no habría pegado ojo porque me habría puesto como una moto, imaginando sin parar.

Me siento a trabajar en la mesa de comedor del salón, con Martina a mi lado. La bebé está sentada en la hamaca, que se balancea un poco cuando se mueve. Es el mejor invento del mundo porque en esa posición puede verlo todo, y puede pasarse un buen rato así, si no tiene hambre o sueño, claro. Cruzo los dedos para que aguante sin quejas hasta que llegue la canguro.

Comienzo a leer el dosier de Producción y enloquezco con la sinopsis, el argumento no puede ser más oscuro. Tiene una parte muy realista y otra que roza lo fantástico, muy al estilo del cine de

Alfred Hitchcock. Ya empiezo a visualizar la película, con una atmósfera enigmática pero con una estética muy colorida, como sucede en *Vértigo*, por ejemplo.

Una llamada de teléfono me interrumpe. Es Dolores, mi suegra. Nunca lo he hablado con Raúl, porque me asesinaría, pero su abuela se debió de quedar a gusto con el nombre, le viene al pelo: su hija se pasa el día quejándose de todo lo que le duele. Bueno, son casi ochenta años. Sus padres tuvieron a mi marido bastante mayores para aquella época. La mujer tiene buena disposición, pero es agotadora. Por eso he ido cortándole las alas poco a poco para que no se presente aquí y se lleve a pasear a Martina a la calle. Le propuse a Raúl ir a verla todos los sábados y matar dos pájaros de un tiro: salimos todos, pero no por la zona, y me libro de mi suegra durante la semana sin que rechiste.

—Buenos días —dice con su tono risueño.

—Buenos días, Dolores, ¿cómo estás?

—Pues bien, hija, bien, con dolor de cuello y de tobillos, pero bien.

«¡Bingo!», me río para mis adentros.

—Cuánto lo siento, ¿necesitas algo? —pregunto sin sospechar aún el motivo de la llamada.

—Llamo porque ya me he enterado. —¿A qué se refiere? No puede ser…—. He preguntado a Raúl por los niños y me ha contado lo de la canguro. —Ay, madre, no había pensado en ella ni en el ataque de celos que le iba a dar. No ha sido nada premeditado. A mí me encantaría que las cosas fueran diferentes, pero no puedo consentir que saque a Martina. Ojalá pudiese venir y pasar tiempo con los niños, pero, además de que podría meter la pata y ponernos en peligro, corro el riesgo de que se instale aquí y que encima los

malcríe o que me toque cuidarla también a ella, como tengo poca plancha ya… Aunque en ningún caso ha sido por maldad. Me preparo para un buen rapapolvo envuelto en sarcasmo—. A ver…, lo primero —me dice—, que al final no me ha contestado Raúl, porque ha salido con otra cosa, viene por una agencia, ¿verdad?

—Sí, por supuesto, Dolores. Una de las mejores, si no la mejor.

—Eso está muy bien, así tenéis referencias y está todo regulado y bien clarito. Pero ¡ojo! —grita tanto que casi me deja sorda—, cuidadito con las amigas. Esas son las peores, a las que hay que vigilar. Les llenan la cabeza de historias y consiguen frustrarlas, que nunca estén contentas. Las engañan y piensan que les estamos tomando el pelo y que sus condiciones deberían ser mejores, aunque sigas los convenios a rajatabla. Te lo digo yo, que llevo unas cuantas. No me duran nada. —«Normal», pienso yo—. Bueno, pues ya me decís un día para ir a ver a los niños y dar el visto bueno.

—Muy bien, Dolores. Eso haré. —Aprovecho que solo está marcando territorio para empezar a colgar y seguir con mi tarea.

—Pero ¡¿cuándo?! —Otra vez me pita el oído.

—Esta semana va a ser complicado. Ánimo con los dolores, Dolores. —Me encanta despedirme así siempre—. Y gracias por llamar.

Cuelgo sin dejarle decir nada más. Voy a volver al dosier, pero no me centro, he vuelto a mentir. Y, encima, me estoy saltando la primera regla que me propuse: investigar y descubrir todo lo que pueda sobre la mujer que va a cuidar de mis hijos. No lo he hecho y no sé si debería estar tan tranquila como estoy. Es maravilloso que Raúl confíe tanto en mí, pero resulta una temeridad que nos fiemos tan ciegamente de alguien que acabamos de conocer.

Entro en el buscador, aunque ignoro por dónde empezar. No tenemos ningún contacto de ella, hemos quedado en que, cuando pase este periodo de prueba, las condiciones serán las que establece el convenio, pero nos viene bien a las dos no formalizarlo legalmente por ahora. En nuestro caso, por si nos arrepentimos. Y, en el suyo, para evitar problemas con la agencia. Por supuesto, le pagaremos un seguro médico. Lo único que sé de ella es que tiene treinta y dos años, se llama Yurena, es de Canarias y no tiene pareja ni hijos.

Busco en Instagram, pero hay cientos de Yurenas. A primera vista, ninguna parece que sea nuestra canguro. Hoy tiene que traer el DNI, así que con los apellidos me resultará mucho más sencillo encontrar su perfil. Mientras, escribo en el buscador «Yurena, Canarias» con la esperanza de que me devuelva fotografías de los perfiles de Facebook o LinkedIn de mujeres que se llamen así. Lo que salen son un montón de imágenes de la cantante… No tengo nada en contra de la antigua Tamara, pero prefiero asociar la canguro con mi madre que con ella. Voy descartando perfiles hasta que llego a una foto que llama mi atención, la de una niña tapándose la cara con las dos manos delante de un fondo negro. Pincho en el enlace y descubro un artículo que habla sobre el nombre propio de Yurena. Cuando nos conocimos en el descansillo, me dijo que era una diosa con poderes. Lo que leo ahora es muy diferente:

> En sus orígenes, la palabra «Yruene», o sus variantes (como «Hirguan» o «Yruena»), se usaba para nombrar a un espíritu maligno, a veces asociado con la figura de un demonio.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Sigo leyendo:

Uso moderno: a pesar de su origen, Yurena se ha convertido en un nombre femenino común en Canarias, especialmente en las últimas décadas.

¿Por qué me mintió? Aunque, bueno, yo habría hecho lo mismo, no es buena idea presentarse diciendo: «Hola, ¿qué tal? Me llamo Yurena y mi nombre viene de un espíritu maligno». Es pensarlo y me acuerdo de mi madre. El temor de que la canguro sea una enviada para hacerme pagar por lo que hice me sobrecoge.

—Mamá está fatal, cariño —le digo a Martina, que está haciendo pedorretas para que le haga caso sin mucho éxito.

25

Siento un verdadero alivio cuando veo aparecer a Yurena con un vestido hippy largo y una camiseta de rayas de manga larga debajo. Le queda cero sexy y, sobre todo, es muy diferente a la ropa que lleva mi madre en el cuadro, así no la tendré tan presente y no me sugestionaré con mis voladuras de cabeza.

Me encanta que sea puntual y que lo primero que haga sea darme su DNI, al que hago una fotografía. En un abrir y cerrar de ojos ya tiene a Martina en brazos y le está haciendo monerías. La bebé lleva una mañana tan buena que me siento hasta mal, la culpa me invade de nuevo y pienso que, si me organizara, podría apañármelas yo sola. Aunque enseguida me quito la idea de la cabeza; hay días que no hay quien la calle y voy a necesitar concentración. Además, no podré atenderla cuando tenga que ir a localizar, supervisar los decorados e ir al rodaje.

Sigo trabajando en el salón. Cuanto más leo sobre la película, más me gusta porque, como suele pasar con el buen material, está lleno de capas que me abren infinidad de posibilidades. No le he quitado el ojo a Yurena, que ha estado un buen rato en la terraza con Martina. Ahora se la ha llevado a la habitación. Ahí no controlo lo que hacen, así que me levanto sigilosamente y camino por el pasillo tratando de no anunciar mi llegada. Cuando me asomo por el quicio

de la puerta, la canguro le está dando el biberón. Miro el reloj, es la hora de su toma. Estaba tan absorta en la lectura que no la he escuchado ni calentar la leche. Si no supiera que vino ayer por primera vez, pensaría que lleva con la cría desde que nació. La mira con cariño, muy fijamente, y no levanta la vista de ella hasta que me oye.

—Al principio me sentí mal por darle biberón, pero es que no había manera de que se agarrara al pecho —le digo—. Lo rechazaba y lloraba sin cesar, poco a poco se ha ido relajando… Con los niños nunca se sabe.

—Es que, aunque no lo creamos, lo perciben todo —me responde.

Espero que no todo.

—Con Ethan estuve dos años dándole el pecho, ¡no había quien lo destetara! Podría haberlo intentado más, pero no me veía capaz, no tenía muchas fuerzas. No fue un embarazo fácil.

—Lo siento mucho.

—Tranquila, todo salió bien. No podemos quejarnos.

—Y tanto, por ahí hay muchos dramas relacionados con los bebés. Te lo aseguro.

Esa afirmación me inquieta, pero opto por restarle importancia.

—Casi prefiero no saberlos.

—Es mejor, desde luego. De todas formas —continúa—, cada niño es diferente, llegan en distintos momentos vitales y su crianza no puede ser igual por mucho que nos empeñemos.

—No habría podido resumirlo mejor. Con Ethan hice colecho, y con ella es otra de las cosas que no he hecho igual. Es lo que dices, en mi caso a la segunda, en lugar de estar más mimada, intento dejarle

más aire. En eso he fallado con Ethan, que es demasiado dependiente, aunque no lo parezca.

—¿Por eso no la sacas?

La pregunta me pilla tan desprevenida que se me clava en la yugular.

—Sí la saco. Salimos a la terraza, le da el aire… —Busco las palabras—. Tampoco me gusta que le dé el sol tan pequeñita, tienen la piel muy fina…

—Lo sé, hay que ponerles siempre protección… Entonces ¿no es por ningún motivo en especial?

Esto es lo malo de haber sido maja y cercana, que no sabe cuándo hay que parar. Mi marido me echaría la bronca y me diría que la culpa es mía por no saber poner límites. Llegados a este punto creo que lo mejor es actuar con normalidad, sin levantar sospechas.

—No, nada en especial.

—Yo podría darle algún paseo. Si lo que te preocupa es el sol…

¡Joder!

—Me preocupa que cambie horarios, con ella va todo como un reloj y nos funciona a las dos.

—Yo me encargo, puedo sacarla a la hora de comer o un poco después y así…

—¡No! Si sale, que sea por la mañana, antes de comer.

Yurena me sonríe de oreja a oreja como lo solía hacer mi madre y me da un escalofrío.

—¡Gracias!

Sonrío apretando los dientes. ¿En qué momento he cedido y por qué está tan contenta? ¿Me ha insistido para demostrarme su valía y

que puedo confiar en ella, o porque busca estar sola con Martina? Aún no ha salido a la calle con ella y ya me estoy arrepintiendo. Pero ¡¿qué iba a hacer?! No había contemplado la posibilidad de que las decisiones que tuve que tomar en su día le parecieran extrañas y pudiera denunciarme, por ejemplo. Ya veo los titulares por todos lados: «Detenida una madre que tenía prácticamente encerrados a sus hijos». Además, es una completa desconocida, vete a saber lo que podría hacer…

—Pero ya mañana, más temprano… —Puedo ver su decepción—, que hoy pega mucho.

—Muy bien.

Ya no puedo dar marcha atrás. Tengo un día entero para buscar una razón de peso para impedir ese paseo, o al menos retrasarlo. Me siento al borde del abismo.

26

En qué momento he accedido a que saliera con Martina?! Podría decirle ahora que he cambiado de idea, pero parecería una loca, no tengo argumentos y no quiero que sospeche. Me lo he dicho desde el principio: no puedo dejar que descubra mi secreto.

Ahora me es imposible seguir leyendo el material sobre la película, soy incapaz de dejar de mirar lo que hacen Yurena y la niña. Así que decido irme a trabajar en el escritorio de estilo nórdico que tengo en mi habitación, a ver si consigo concentrarme. Con todo, no dejo de darles vueltas a todos los riesgos que corro saltándome la más importante de mis normas. Mañana, antes de que la prepare, le diré que salgan mejor por la tarde y que se lleve a Ethan, así no irá sola y mi hijo podrá vigilar tanto a su hermana como a la canguro.

Al fin logro centrarme en el proyecto y me sumerjo en los personajes. La protagonista es una condesa que vive atrapada en el castillo de su familia, donde empiezan a suceder extraños eventos. Estoy tan abstraída que no me percato de que ya tiene que ser tarde. ¡Ethan! Pero ¿qué hora es? Miro el reloj, ya tendría que haber vuelto. Me preocupo por mi hijo, ¿dónde está? No le he oído volver. Aunque siguiera cerrado en banda, habría escuchado el timbre y algún portazo. Espero que no haya hecho ninguna tontería, ¡por Dios! Pero mis nervios me traicionan cuando me acuerdo de las

palabras de ese hombre que advertía sobre el peligro que suponía que el pederasta que abusó de él estuviese en la calle: «Vigilen a sus hijos… No confíen en nadie». Y me temo lo peor. Salgo a paso acelerado por el pasillo.

—Yurena, el niño…, Ethan, no ha vuelto. Tendría que haberlo hecho. Voy a buscarlo.

Estoy tan alterada que me falta el aire. De pronto me siento la mujer más ridícula del mundo. Mi hijo está sentado a la mesa del comedor comiendo un bocadillo. Me mira y suelta un risita maliciosa que me fastidia enormemente. La canguro sale de la cocina con la niña en brazos.

—Perdón, Paula, no te he dicho nada, pero le he abierto la puerta. Me acordaba de la hora a la que llegó ayer y le estaba esperando.

Quiero estrangularla, pero no tengo motivos. No ha hecho nada mal; al contrario, ha estado pendiente de Ethan, lo que yo no he hecho. ¡No! Me fijo en la hora y confirmo que sí, que la ha cagado. Ayer se lo dejé bien clarito. Me alegro, porque necesito sacar la ira que tengo dentro.

—Te dije que primero los deberes y luego ya la merienda. —No le voy a recordar el motivo delante de mi hijo para no echar más leña al fuego, pero le hago un gesto exagerado con los ojos, algo así como un «ya sabes».

—Los voy a hacer en cuanto termine —interviene Ethan para mi sorpresa, sin rechistar, como suele hacer.

—Hemos hecho un trato, y, si no lo cumple, será la última vez, ¿verdad?

Ethan asiente con una sonrisa que me resulta hiriente. ¿Se comporta así solo para molestarme o verdaderamente es mérito de

la canguro? No tengo tiempo ni paciencia para averiguarlo. Vuelvo a mi habitación al mismo paso con el que he venido y casi igual de revolucionada.

27

Martina apenas ha llorado en todo el día. Pensé que me costaría más dejarla tanto tiempo con una extraña, que me reclamaría constantemente, pero no está siendo así. La verdad es que por una parte lo prefiero, porque puedo concentrarme, pero por otra me inquieta que no muestre la misma necesidad de estar conmigo que Ethan con sus mismos meses. Aunque también es cierto que a cada rato voy a verla.

Raúl me ha enviado un mensaje para decirme que tiene que quedarse un rato más y que no cuente con él para la cena. Me agrada que hoy no coincidan. Lo que no me ha hecho tanta gracia es que la canguro me preguntara por él justo cuando estaba recogiendo sus cosas para irse. Una vez más sé que no está bien culparla solo por estar pendiente, pero no puedo evitar preguntarme si no lo hace por interés. En cualquier caso, no estoy acostumbrada a responder a preguntas en mi casa y siento invadida mi intimidad.

—Perdona por lo de antes con Ethan, menudo susto te has dado. No era mi intención —me dice con su voz aterciopelada desde el marco de la puerta.

—Ahí fuera pasan muchas cosas y…

He contestado sin pensar, pero logro detenerme a tiempo. No quiero parecer una paranoica. No conoce los verdaderos motivos y

mis palabras resultarían desmesuradas. Jamás lo comprendería.

—Lo sé. Si yo tuviera hijos, estaría siempre preocupada.

Tengo que volver a imponerme; si voy de buenas, no entenderá quién manda aquí.

—Recuerda que nada de azúcar ni de pantallas.

—Lo tengo clarísimo. Ethan ha hecho los deberes, los he revisado, ha sido bastante rápido y encima estaba todo bien.

—¿Te ha dejado revisar sus deberes?

—Sí —me responde como si nada—, lo del trato ha funcionado, es importante darles autonomía, que no sientan que es una imposición, aunque está muy bien que lo sea, y que es una decisión suya. Realmente es lo mismo, solo que elijo el momento…

—Sí, a mí eso me parece genial, la teoría me la sé. Pero conmigo nunca es el momento.

Me hace un gesto para que baje la voz e Ethan no nos escuche. Lo cual me repatea, entre otras cosas, porque sé que tiene razón.

—A ver si lo va haciendo poco a poco. ¿Puedo repetir la operación mañana?

—Claro —le digo con escasa efusividad. Tengo que mencionarle el paseo. El paseo…, me sale una úlcera solo de pensarlo—. Por cierto, he pensado que lo de salir mañana con Martina mejor lo dejas para cuando vuelva Ethan de clase, para que te acompañe. Yo se lo digo, tampoco hará ya mucho sol y así le da el aire.

—Ah, muy bien —me responde algo descolocada.

—Te lo digo porque los deberes serían después.

—Entendido. Como Raúl va a tardar, ¿quieres que te ayude con la cena?

—No, no hace falta. Vete a casa, tienes que descansar.

Ha sido un detalle que se haya ofrecido y me hace sentirme mal. No puedo exigirle que entienda mi situación y actúe en consonancia sin contárselo. Pero eso jamás va a ocurrir. Nadie puede saberlo, así que debo tener paciencia.

—Gracias por este primer día.

Su cara se ilumina y vuelvo a reconocer el gesto familiar que me conquistó en nuestro primer encuentro. Mientras la despido noto los ojos de mi madre clavados en la nuca. Me giro lentamente y ahora soy yo la que observo su rostro en el retrato. Aparto la mirada enseguida porque me asaltan los recuerdos de aquel día. ¿Por qué regresan de nuevo ahora? Pensaba que ya había conseguido pasar página, aunque en el fondo sé que es imposible olvidarme de nuestro último y fatídico encuentro.

Doy un respingo y abro la puerta de golpe para ver si intercepto a la canguro antes de que llegue al ascensor. Salgo tan rápido que casi la mato del susto.

—¡Yurena!

—¿Sí? —me responde con cara de pollito.

—Oye, que no había caído, pero no sé si tienes Instagram o Facebook o algo…

Me estoy dando vergüenza ajena, no sé cómo voy a poder mantener un poco de autoridad después de esto, pero he de cotillear su cuenta para estar más tranquila. Siempre está bien tenerla localizada y saber por dónde se mueve y con quién.

—No, lo siento.

¡¿Que no tiene?! Eso sí que no me lo esperaba, había sacado el teléfono ya para buscar. ¿Cómo puede ser que en 2025 una chica de su edad no tenga redes sociales? Me ha dejado tan perpleja que no

acierto a pronunciar palabra alguna, y se mete en el ascensor sin más. Mientras se cierran las puertas, me pregunto si realmente es tan radical con las pantallas o si me ha mentido. Y, si es así, ¿por qué motivo?

28

Diario de Ethan

Joder, joder, joder… Hoy papá me ha pedido que bajara a la calle para echar unos cartones en el contenedor de reciclaje. ~~Cuando él está, me dejan~~ Él me deja salir más y no solo del colegio a casa. Por eso los fines de semana los cuatro visitamos a la abuela o nos vamos fuera en coche. Pues eso…, que me ha dejado salir de noche, y eso que mamá se ha negado. Yo he salido tan contento que no me he dado cuenta de que no he encendido la luz y casi me doy una leche con un escalón. Pero es que llevaba tantos cartones que no podía ver. Y encima, cuando he llegado al contenedor, estaba tan lleno que las cajas se salían. Así que he roto las esquinas de las que traía yo, como me enseñó papá, para dejarlas planas y que entraran. Luego he arrimado una caja enorme que había dejado en el suelo y me he subido en ella para intentar hacer hueco…

En cuanto he puesto el primer pie he notado cómo se hundía y me he dado prisa antes de que se rompiera por el centro. He empujado los cartones y he podido meter algunos, pero no entraban todos, había que aplastarlos más para hacer hueco. Así que me he puesto de puntillas y me he metido hasta el pecho en el contenedor. Y es cuando ha pasado: he notado que me agarraban por los brazos y tiraban de mí con mucha fuerza para meterme dentro. En un segundo me he visto a oscuras rodeado de cartones que se me clavaban y me hacían heridas por todo el cuerpo. Ha sido un instante, pero me ha parecido que duraba siglos y que era real…, tanto que he sacado los brazos corriendo, he tirado los cartones al suelo y me he caído de la caja. Todo por culpa de mamá, porque no quería que saliera solo y ha empezado a decir que me podía pasar algo, en plan que me podían coger…, que hay gente muy peligrosa que va a por los niños…, y me lo ha

metido en la cabeza. Me mete tanto miedo que luego veo el peligro por todas partes. Siempre diciendo que no pierda de vista a mi hermana, que mejor nos quedamos en la terraza.

Estoy seguro de que no quería que saliera para devolvérmela por lo de esta tarde con Yurena. Jajajajaja, ella sí que se ha acojonado cuando pensaba que no había vuelto a casa y luego me ha visto merendando. Le he puesto una sonrisa que le ha jodido mogollón, pero es que me ha hecho mucha gracia. Ha sido genial. Me encanta Yurena, es una crack. Ayer me equivoqué con ella, no es una bruja como mamá, y me flipa que se le haya ocurrido lo del susto.

Aunque cuando me la he encontrado esperándome fuera con la luz apagada, me he cagado de miedo… Parecía salida de una peli de terror… Tenía a mi hermana en brazos dormida y era como si estuviese muerta o yo qué sé. Me ha dicho que no hiciera ruido, que me iba a poner la merienda, que ya vería el susto que se iba a llevar mamá cuando se diera cuenta de que no había vuelto. Al principio no me ha parecido tan gracioso, porque me ha asustado con esos ojos enormes que tiene y esa sonrisa que no se le quita. Por eso no he podido decirle que no, y menos mal, porque ha sido total. Ha merecido la pena solo por ver la cara de mamá. Luego me la ha devuelto. No vuelvo a sacar cartones nunca más, eso sí. Un momento, que están llamando a la puerta, es mamá. Es como si me estuviera leyendo, siempre pasa. Parece que lo sabe todo.

29

Ethan no ha tardado en abrirme la puerta de su habitación. Después del día raro que hemos tenido, me esperaba cualquier cosa. Está sentado en la cama y no hay rastro de la sonrisa endiablada con la que me miraba cuando me he dado el susto de muerte; ahora me observa expectante. Apuesto a que lo que tiene debajo de las sábanas es su diario. Cuando se queda así sin hacer nada, reconozco en él a mi pequeñín y se me pasan todos los males. Todas las barreras que hemos ido levantando poco a poco se desploman de golpe. Y que conste que no lo culpo a él, que, aunque ya le queda muy poco para alcanzarme en altura, sigue siendo un niño. No me he sentido capaz de actuar con la determinación necesaria para que el problema dejara de crecer. Desde que Martina llegó a nuestras vidas he tenido que centrarme en que no se fuera todo al garete, con los sacrificios que ello conlleva. Todavía estoy mosqueada por el retintín con el que me ha vacilado, pero le necesito a mi lado, y quiero que las cosas vuelvan a estar bien entre nosotros.

—Cariño, me gustaría hablar un momento contigo. —No responde, pero por lo menos no me aparta la mirada—. Siento haberme enfadado cuando papá te ha dicho que bajaras los cartones. —Eso sí que no se lo esperaba—. Pero quiero contarte algo…, es para que entiendas por qué no me gustaba que bajaras tú solo, de dónde

viene este miedo… No quiero que le cuentes esto a papá o a Yurena. Tiene que ser nuestro secreto. No se lo digas a nadie, porque igual piensan que no debería compartirlo contigo, pero a mí me gusta ser sincera y contarte las cosas como son. Están diciendo en muchos sitios que hay un hombre que hizo cosas terribles en el pasado a unos niños y que podría estar haciéndolas de nuevo. Estuvo en la cárcel, pero salió en la pandemia, y, claro, como ya lo he escuchado varias veces, pues me preocupo, porque pienso que igual está en el portal o en la calle. —No me rebate nada, luego se está quedando con lo que le estoy contando—. Y, por eso, no me gusta que salgas tanto…, ni tu hermana… Siempre te lo digo, que hay gente muy peligrosa, pero esta vez es un tipo sobre el que ya están advirtiendo en los medios…

—Pero, si hizo cosas a niños, a Martina no le…

—Eso no lo sabemos, cosas terribles de ese estilo pasan todos los días, pero no lo cuentan tanto en televisión para que nadie se asuste, porque entonces no saldríamos a la calle.

—¡Como nosotros, que casi no salimos!

—¡Sí salimos!

—¡Muy poco!

—Baja la voz, que no quiero que me escuche tu padre. Salimos lo necesario…, porque, piénsalo, cuanto más salgas, más posibilidades tienes de que te toque a ti. Mañana Yurena quería salir con tu hermana, pero yo no me quedo tranquila. Prefiero que vayas con ellas, pero vamos a esperar un poco… por lo que te he contado. Así que te propongo un trato. —A ver si negociando con buen tono a mí también me funciona, como a la canguro.

—¿Cuál? A ver…

—Mañana, cuando te pregunte, di que tienes muchos deberes…

—¿Y si no tengo?

—Seguro que tienes trabajos que adelantar…

—¿Cuál es el trato?

Es igualito que su padre, al grano siempre.

—Te dejo que juegues un poco con la consola. —Le cambia el gesto al instante. Lo de los videojuegos nunca falla—. Pero solo quince minutos.

Prueba superada, mañana ninguno de mis hijos saldrá con Yurena de esta casa.

30

No seguirás pensando en lo que ha ocurrido en la cocina, ¿no? —me pregunta Raúl cuando me ve con la mirada perdida.

Estamos metidos en la cama, él viendo una repetición de unas carreras de coches en un canal que no sé ni cuál es y yo con el portátil, echándole un ojo a un par de referencias que me han venido a la cabeza después de leer el dosier de la película. Aunque el sonido de la televisión me distrae, no dejo de darle vueltas a cada detalle del día junto con Yurena para ver si hay algo que no encaje. Sobre todo porque aún no he podido averiguar nada sobre ella, ni siquiera ahora que tengo los datos del DNI. Lo acabo de intentar, pero no he tenido suerte. Solo sé lo que me ha contado, y eso me inquieta.

—¿Todo bien? —insiste al ver que le he ignorado.

—¿Eh? Sí, sí, muy bien.

—Antes te he preguntado qué tal Yurena, pero no me has contado nada…

—Es que no hay mucho que contar. —Menos el episodio del susto y la merienda—. Todo bien.

—Uyyy, no suenas muy convencida…

—No, bien… Martina está bien con ella, Ethan en su línea. Mira, por lo menos no está todo el rato con el móvil, no la he visto sacarlo

en todo el día.

—Pues tiene mérito, porque son muchas horas.

—Bueno, que no está trabajando en una mina.

—¡Qué tendrá que ver! Entiéndeme, hablo de que podría aburrirse…

—Es su trabajo.

—Joder, no seas así. No es tan normal pasar tantas horas sin mirar el móvil. Todo el mundo está enganchado a Instagram. A mí me cuesta…

—Y a mí… —reconozco.

—Pues eso me gusta de ella.

Si ya estaba a la defensiva porque había dicho algo bueno de ella, ahora ya ni te cuento…, pero no voy a demostrarlo.

—Es muy tranquila, tanto que resulta inquietante —digo.

—A ver, ¿qué ha pasado? Algo habrá hecho, si no, no estarías así…

—No, nada…, lo hace todo bien…, no puedo decir otra cosa…

—Pero…

—Se ha saltado una norma que le había dejado bien clara.

—¿Ha habido consecuencias negativas?

—No.

—¿Entonces?

—No sé, me molesta que le haya dicho algo y que luego no lo cumpla.

—Lo entiendo, pero si no ha afectado negativamente… —Al contrario, ha sido muy positivo, pero no lo pienso reconocer—. Para que no te quemes, mi consejo es que no se lo tengas en cuenta. No es un robot ni un perro y tal vez sea su manera de organizarse o de

demostrar que aporta algo. Si afecta negativamente, díselo, eso sí…, pero si no… Es lo que tiene la convivencia… Hay que hacer muchos esfuerzos —me dice divertido.

—¡Anda ya, idiota! Mucho esfuerzo tendrás que hacer tú…, te quejarás.

—Para nada, soy muy afortunado… Tengo la mejor mujer… Me encanta volver a casa con mi familia.

¿Soy yo o está demasiado positivo? ¿Será porque me ve bien o por algo más? Ya no sé si estoy perdiendo la perspectiva. Desde que ha llegado Yurena, está *in love* total conmigo. Solo espero que no sea porque está encantado con la canguro y no quiera que yo sospeche ni un poquito.

No me quito de la cabeza lo que me ha dicho Yurena antes de marcharse, eso de que no tiene Instagram ni redes sociales. No pensaba comentárselo, pero ahora necesito conocer la opinión de mi marido.

—Antes has dicho que todo el mundo está enganchado a Instagram… —le digo.

—Porque es verdad…

—¿Te parece normal que haya gente que no tenga redes sociales?

—¿De qué edad?

—Más joven que nosotros.

—Más joven es un poco raro…

—Entonces ¿desconfiarías de alguien que no tiene?

—¿Yurena?

¡Mierda! Tengo que remediarlo antes de que se vuelva en mi contra.

—¡No! Por Dios, nunca se me ocurriría pedirle sus redes sociales, ¿por quién me tomas? Es una compañera de la película con la que voy a trabajar mano a mano.

—Ah…, ¿piensas que sí las tiene y que te ha mentido?

—Por ejemplo…

—O que diga la verdad y sea aún peor…

—¿A qué te refieres? —le pregunto intrigada.

—Pues que intente pasar desapercibida para que nadie la encuentre.

A ver quién duerme ahora.

31

Miércoles, 1 de octubre de 2025
Siete días antes de los hechos

Por mucho que trate de sacarle un pero, me es imposible. Yurena es silenciosa como un fantasma. A veces hasta me cuesta saber en qué parte de la casa está con Martina porque no escucho ni siquiera sus pasos por el pasillo. Como no me relajo, pienso que está haciendo algo que no quiere que sepa. Pero, para ser justos, entiendo que lo que no quiere es molestarme mientras trabajo. No tengo remedio, mis paranoias no me dejan vivir.

Apenas escucho llorar a mi hija porque prepara la toma antes del berrinche. Encima apunta las horas del biberón en un cuaderno para que no dudemos de cuándo ha sido la anterior, como me ha pasado más de una vez. Además, está todo impoluto, nunca he visto la habitación de los niños ni el salón tan ordenados. Mientras Martina duerme, ella recoge o limpia; yo me hago un poco la loca porque eso que me quito. Aunque cuando lo hace delante de mí le insisto en que no hace falta, pero ella me dice que no le cuesta nada. Lo único que me pone un poco nerviosa es que pide perdón todo el tiempo y me mira con esos ojos enormes y una expresión de cordero degollado. Por ejemplo, hace un rato estaba ensimismada

trabajando en el salón, he apartado un momento la vista del ordenador y la he visto trajinando. Pues enseguida me ha soltado un «lo siento». No sé si creía que me molestaba, pero me he puesto seria.

—No hace falta que digas «lo siento».

—Es que no quiero molestar…

—No molestas. Gracias a ti puedo trabajar.

He sido sincera. Debo admitir que me cuesta desconfiar de ella, la miro y me parece que es incapaz de matar ni a una mosca. Ni siquiera se le ha borrado la sonrisa cuando le he dicho que mejor salieran a pasear por la tarde, cuando volviera Ethan, para que se diera una vuelta también él. Creo que le ha sorprendido, pero para bien.

Todo es perfecto, pero tengo un mal presentimiento. No lo puedo evitar, me mosquea que no haya rastro de ella. He vuelto a buscar en las redes y en Nunú, pero no hay fichas visibles de sus trabajadoras. Si te metes en el perfil de Instagram o Facebook de la agencia, hay fotos de mujeres con niños, pero están tan preparadas que juraría que son modelos de diferentes edades. Aparte de su DNI, realmente podría pedirle más información, como un certificado de vida laboral o su pasaporte, pero, al estar en periodo de prueba y no tener contrato, no quiero que se lo tome a mal. Tampoco me apetece decirle nada a Raúl, porque, aunque le conté que la hemos contratado al margen de la agencia, no imagina que no hemos firmado ningún tipo de acuerdo.

Lo que me da rabia es ser tan boba como para no exigirle nada, pero es que me da muchísimo pudor. Va a pensar que desconfío, y no quiero herir sus sentimientos. Si lo hubiera hecho al principio,

todavía, pero ahora sería muy raro y quizá estropearía el buen ambiente o se querría marchar. Y no me lo puedo permitir. No me perdonaría cagarla ahora que empiezo a ver la luz.

Vivo el tiempo que queda para que vuelva Ethan del colegio como una cuenta atrás. He visto a Yurena preparar muselinas, pañales y todo lo que necesita para el paseo con Martina, y me ha hervido la sangre. No quiero que salga, es arriesgado. ¿Y si está esperando y va a por Martina?, ¿o si se fija en ella alguien que no debe? Ese pederasta… No quiero que la vean ni que se sepa dónde vive. No hasta que no haya peligro. Me da pavor que pase algo. Aquí, en casa, está a salvo.

Esta vez estoy preparada para recibir a mi hijo antes de que lo haga ella y lo estropee con ese don suyo para la persuasión. Soy consciente de que ella también ha venido y espera en el descansillo detrás de mí. No dejo ni que Ethan se quite la mochila y le digo:

—Cariño, ¿qué tal el día?

A mi hijo no le sorprende la pregunta, siempre se la hago, pero quizá sí la premura.

—Bien…

—Oye, Yurena y yo habíamos pensado —como la canguro está a mi espalda, abro un poco más los ojos y sonrío buscando su complicidad, para que entienda que me refiero a lo que hablamos justo anoche— que podíais salir con Martina a dar un paseo, seguro que te apetece…

—No puedo.

Quiero lanzarme y abrazarle con todas mis fuerzas.

—¿Por qué, cariño?

—Tengo muchos deberes que hacer. —Eso ha sonado muy mecánico, pero está en la adolescencia y tampoco canta tanto—. Imposible.

Yurena da un par de pasos hacia nosotros.

—Yo te ayudo luego si quieres, ahora…

—Yurena —intervengo firme pero sonriente—, si dice que tiene deberes, vamos a dejarle. Ya salís otro día. Además, la tarde está un poco fea.

La mirada de la canguro se tiñe de gris, detecto su decepción. No le gusta que le cambien los planes. Presiento que querría decirme que lo hará igualmente, solo espero que no lo haga. Sin embargo, sucede lo contrario.

—Claro, ¿puedo hacerle la merienda?

Me sorprende el cambio brusco de energía, pero la mayoría lo interpretaría como una virtud.

—Gracias, yo voy a seguir trabajando en mi habitación. Ya tengo el guion y está muy interesante.

Antes de entrar en el pasillo guiño un ojo a Ethan, ha estado perfecto. Voy a por el portátil para seguir trabajando en mi dormitorio.

Un rato más tarde sigo inmersa en el misterio que rodea la trama principal de la película. La protagonista sospecha que su madrastra no es la persona que su padre y el resto de la familia creen. En ocasiones, tengo que volver a leer ciertos fragmentos porque lo que se narra es muy similar a lo que me está ocurriendo con Yurena.

Entiendo a la perfección la descripción del pálpito del personaje principal. Por una parte esto es genial, porque significa que funciona, pero por otra mi cabeza no descansa y se revoluciona aún más. De hecho, según avanzo en la lectura, me digo que tengo que estar pendiente, no vaya a ser que la canguro hable con Ethan y le termine sonsacando que le he sobornado para que diga que no quiere salir.

Así que dejo lo que estoy haciendo y salgo al pasillo en dirección a la cocina, pero no los encuentro ahí. Por el tiempo que ha pasado, Ethan debería estar merendando todavía. Voy al salón y tampoco los veo, qué raro. Vuelvo a la habitación de los niños, y nada. ¡No puede ser! Como se los haya llevado a la calle sin decírmelo no vuelve a pisar esta casa. Intento calmarme, pero ya estoy a mil por hora. Noto cómo toda la sangre se me va a la cabeza y no hace falta mirarme en el espejo para saber que estoy de color granate. Siempre me pasa cuando me cabreo mucho.

Voy hacia la terraza y me los encuentro sentados en el comedor. No se percatan de mi presencia y están hablando. Ethan sonríe y se mete algo en la boca. Yurena se halla frente a él con Martina en brazos. La bebé se entretiene con un sonajero en la mano.

Me fijo en lo que ha preparado para merendar: unas tortitas con chocolate y un batido. Ha vuelto a desobedecerme, pero no sé si eso es lo que me molesta tanto o ver que mis hijos están felices con ella y no parecen necesitarme. Abro la puerta de golpe y les doy un buen susto, que me sirve de venganza por el que me dieron ellos ayer. Ethan y la canguro dan un bote y Martina se pone a llorar.

—No lo entiendo, te dejé muy claro que en esta casa los niños no toman nada de dulce. Fui bastante explícita con eso, ¿no?

Yurena aún se está recomponiendo del sobresalto e intenta calmar a la niña. Ethan me mira asustado. Cojo el plato y el vaso, y me los llevo a la cocina. Me acerco a la pila, abro la puerta de abajo y tiro todo a la basura. Noto unos pasos detrás de mí. Estoy tan metida en la película que vamos a rodar que me imagino a Yurena, aprovechando que estoy de espaldas, golpeándome en la cabeza con saña hasta matarme.

—Paula, lo siento mucho, déjame explicarte.

Me giro sin decir nada y la asesino con la mirada.

—No llevan azúcar, son de avena. Solo llevan huevo, avena, leche y una pizca de levadura.

—Me estás mintiendo, no tenemos avena ni levadura…

—Lo he comprado yo, era una sorpresa. Como dijiste que no comían dulce, pensé que a Ethan le haría ilusión un sustituto. Que le vendría bien para aflojar… y todo lo que hablamos ayer…

—Y por eso le das chocolate.

—Son pepitas de chocolate negro, cacao puro, y llevan muy pocas, pero son muy escandalosas…

Me repatea darle la razón, así que me mantengo en mis trece…

—Y el batido era de hierbas, ¿verdad?

—Fresas, plátano y leche, no lleva más. Ethan se merece un premio de vez en cuando, con lo responsable que ha sido hoy con sus deberes, que no ha querido salir para hacerlos…, qué mínimo, ¿no?

Me doy cuenta de que mi hijo está en la puerta, asomado al pasillo. No ha entrado en la cocina, pero por su expresión sé que lo ha escuchado todo. Joder, he vuelto a quedar como una loca, y ella, como la mujer más sensata del mundo. Lo que acaba de argumentar

suena más que coherente, vuelve a tener razón, y me repatea. Buscaba que se adaptara a los niños, pero no que ganara todo el territorio.

Yo misma se lo digo muchas veces a Raúl, que castigando se consigue más bien poco. También hay que recompensarlos cuando se portan bien. Menos mal que luego le voy a dejar jugar a la consola y podré compensar lo de la merienda. Pero es que no puedo evitar pensar que me ha tendido una trampa. Me lo podía haber contado antes, si no, es como si hubiera ido a pillarme. Espera a que salte y luego me da la lección. Siempre me deja expuesta. Llevo fatal que sea tan sumamente perfecta y que explique las cosas con tanta lógica y serenidad.

Ethan se da la vuelta y se mete en su habitación, escuchamos el portazo. Me giro de nuevo hacia ella.

—La próxima vez avísame.

—Perdón, era una sorpresa…

—En esta casa no nos gustan las sorpresas.

32

Cuando me baja la sangre de la cabeza y consigo calmarme un poco, pienso en lo sucedido. La situación se me ha vuelto a ir de las manos. Me da rabia porque yo no tenía por qué saber que había preparado una merienda saludable. Aunque reconozco que estoy muy a la defensiva y veo problemas donde no los hay. La película no me ayuda, y, siendo justa, el personaje misterioso sería yo y no ella. A fin de cuentas soy yo la que oculta cosas y la que no actúa con normalidad. La que no quiere que salgan mis hijos.

Hace rato que no estoy vigilando, así que me separo del escritorio para levantarme cuando a través de la cortina intuyo la silueta borrosa de la canguro. Debe de estar con Martina tomando el aire. Me acerco a la ventana desde donde se ve la esquina lateral de la terraza y retiro la tela lo justo para asomarme sin delatarme. Estiro el cuello y veo que Yurena está de espaldas a mí, pero no distingo si tiene a mi hija en brazos o si está sentada en la mecedora.

No tarda mucho en inclinarse, por lo que intuyo que la niña está sentada y que no la tiene cogida. Entonces descubro que tiene el móvil en las manos. ¿Va a llamar a alguien? No, le está haciendo fotos. Otra cosa no, pero tengo una mirada de lince y pongo la mano en el fuego a que lo que aparece en la pantalla es la imagen de mi hija. Aprieto tanto los dientes que me duelen. Yurena se vuelve

hacia mí, pero reacciono rápido y suelto la cortina a tiempo. Sin embargo, no estoy segura de si me ha llegado a ver o no. ¿Qué estoy haciendo? Estoy pegada a la pared, espiando, oculta tras una cortina cuando debería poder mirar sin temor. Es mi hija y es mi deber vigilarla y saber qué hacen con ella. Le estaba haciendo fotos y la he pillado. ¡Eso sí que no!

Salgo al pasillo envalentonada, no pienso esconderme en mi propia casa y mucho menos permitir que fotografíe a Martina. A mis hijos no se les hace fotografías, debo protegerlos, sería un riesgo muy grande que circularan imágenes de ellos. Doy unos pasos tan fuertes que el parqué antiguo de la casa cruje como si estuviera en el pasaje del terror, parece que el suelo se fuera a venir abajo. De hecho, Ethan sale asustado de su habitación.

—¿Qué pasa?

Su reacción no es normal, parece atemorizado. Una notificación en mi móvil capta mi atención y no le respondo. Es un mensaje de WhatsApp de Yurena. Me ha enviado un bloque de imágenes. Son fotos de Martina, muy sonriente y con el cielo muy bonito de fondo.

—No me he podido resistir. —La voz de la canguro, que se ha asomado al salón, al otro lado del pasillo, me asusta y me hace levantar la vista de golpe de la pantalla—. Es que estaba tan guapa que quería que la vieras. Las borro ahora mismo.

Miro a Ethan, me conoce y está esperando a que salte. No voy a volver a caer en la trampa y quedar otra vez como una histérica.

—Lo siento —me dice sin ni siquiera pestañear.

Debo de parecer una psicópata. Me fijo en ella. Es como cuando me enfrentaba a mi madre sin razón. Era cruel con ella sin pensar en

las consecuencias. Se parece tanto que es imposible que no me afecte.

—No hace falta, son muy bonitas. —Consigo esbozar una leve sonrisa y me giro hacia Ethan para asegurarme de que ha presenciado la reacción ejemplar de su madre—. Mientras sean para ti…

¡¿Por qué he dicho eso?! Una cosa es no perder los nervios y otra ser idiota. Me cuesta ser borde de golpe, me lo dice siempre Raúl. Soy más de estallar cuando menos se espera. Desde la muerte de mi madre, pienso en cómo mis actos tienen consecuencias, pero la gente no piensa en mí, porque cedo y cedo y me la acaban dando. Espero que este no sea el caso y no vuelva a hacer una foto a Martina. Mi teléfono me avisa de una nueva notificación de WhatsApp, es Yurena de nuevo. No la he visto escribir, seguramente por la distancia. Me ha enviado un emoticono sonriente con las mejillas sonrosadas. Levanto la vista y la encuentro mirándome con la misma expresión, levanta una mano y me saluda moviendo los dedos arriba y abajo con energía.

33

Como no quiero que Raúl pille a Ethan jugando a la consola y que se entere de que le he sobornado, entro en su cuarto antes de que se vaya Yurena y le digo que puede jugar con la consola pequeña. Es la que le regaló mi suegra y la tenemos confiscada en nuestro dormitorio.

—Un rato, hasta que llegue papá…

—Vale.

—Has hecho los deberes, ¿verdad?

—No tenía tantos… —«Aunque me hayas hecho mentir», me dice con la mirada.

—Gracias. Ahora te aviso para que te despidas de Yurena antes de que se vaya, no quiero que entre en el cuarto y te vea jugar con la consola.

—Vaaale.

Cuando llega el momento, aviso a Ethan para que termine su misión y escucho desde el pasillo, sin que puedan verme.

—Hasta mañana, Yurena.

—¡Hasta mañana, Ethan, gracias por venir a despedirte!

Entonces noto cómo baja la voz y le susurra algo. Me molesta muchísimo no saber de qué están hablando. En esta casa los únicos secretos son los que guardo yo. En buena hora he propiciado que

hubiera mayor complicidad entre ambos. En cuanto mi hijo vuelve a su cuarto, le tomo el relevo y voy hasta el recibidor.

Yurena se está cambiando las bailarinas impolutas, que usa para estar en casa, por unas botas militares, que deja siempre debajo del mueble de la entrada.

—Martina está dormida en el salón, no he querido moverla para no despertarla. Te iba a avisar ahora, supongo que se despertará en nada para su toma —me informa.

¿Cómo? Ya sé que le toca en breve. Soy yo la que llevo pegada a ella estos últimos ocho meses. Tengo un problema, me irrito aunque me haya hablado con buen tono, me lo tomo a mal. No sé qué me pasa.

—Muy bien, gracias. Yurena…

Ha llegado el momento. Voy a seguir a rajatabla lo que me propuse el primer día, tengo que estar segura de que puedo confiar en esta mujer.

—Dime.

—Verás, ya sé que no te había dicho nada antes, porque yo no las necesito. No me parece importante, estoy muy contenta contigo. —Me mira extrañada, no sabe de qué estoy hablando—. Me refiero a las referencias.

—Ah… —Pone cara de circunstancias.

Parece que la he importunado, y eso me intriga.

—Ya te digo que yo no las necesito, pero Raúl… —Voy a pasarle todo el marrón a él, que crea que mi marido es el poli malo, y así mato dos pájaros de un tiro—. En su mundillo todo es muy cuadriculado, es un hombre de ciencias. Funcionamos de manera

muy diferente y no me gusta mentirle. La sinceridad es muy importante para nosotros —miento como una bellaca.

—Pero ¿he hecho algo mal?

Esa cara de perrito abandonado, se me cae el alma a los pies.

—¡No, por favor…! No te lo quería decir, pero… es su madre… Le ha contado que trabajas en casa y ella es bastante metete y le ha debido de insistir. Raúl habrá accedido ya por aburrimiento. Cuando la conozcas, lo entenderás.

—Claro, es normal. No sabía que Ethan y Martina tenían una abuela cerca.

—¡Uy, sí! Más de lo que me gustaría —digo divertida. El recurso de la suegra me está viniendo genial para echar balones fuera y salir de mi tono sargento—. Pues eso, que cuando puedas…, para que se queden tranquilos.

—Lo entiendo…, lo único… es que como en Nunú no lo saben, pueees… tampoco les puedo pedir referencias a ellos…

—No, no, por supuesto… Eso lo entiendo. Con hablar con alguien de alguna de las casas en las que hayas estado me vale. Yo les diré que es a través de la agencia, tranquila.

—No, no hace falta.

Espero a que me dé el teléfono, pero no lo hace.

—Qué faena, los contactos los tengo en el móvil que nos dan en Nunú. —No lo sabía, pero como es de tanto nivel no me sorprende —. Lo consulto en cuanto llegue a casa y te envío un mensaje desde el mío para no molestar.

—No molestas.

—¿No te importa que te escriba por WhatsApp?

—Por supuesto que no, esta vez es por trabajo.

—Luego te lo mando. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Me quedo satisfecha por haber sido capaz de encarar la situación y cruzo los dedos para que no les diga nada a Raúl ni a su madre. Se me caería el pelo, menudos son los dos.

Martina sigue dormida y quedan más de veinte minutos para que mi marido vuelva a casa, así que salgo a la terraza a tomar el aire. Es mi vía de escape, me encanta sentir la brisa en la cara. Me asomo a la barandilla y miro hacia el parque. Una mujer cruza la calle hacia la entrada del recinto. Juraría que es Yurena y que está hablando con alguien por teléfono, aunque enseguida lo baja. Me extraña porque para coger el metro no necesita cruzar, y mucho menos meterse en esa zona llena de arbustos. «No empieces», me digo, aunque… ¿con quién hablaba? Y, sobre todo, ¿qué está haciendo ahí?

34

Diario de Ethan

Hoy mamá ha vuelto a darme mucho miedo… He hecho lo que me pidió, me he inventado que tenía muchos deberes para que ni Martina ni yo saliéramos a la calle con Yurena. Parecía contenta, me ha guiñado un ojo y todo. Ha dejado que la canguro me preparase la merienda y de pronto ha aparecido como un perro rabioso y la muy gilipollas me ha tirado toda la comida a la basura.

Luego la he escuchado andar como una loca, dando unas pisadas tan fuertes que parecía que se iba a caer el suelo. ¡Pensé que era un terremoto! No sabía qué pasaba y he salido asustado, y cuando la he visto creía que venía a por mí, que me había escuchado contarle a Yurena nuestro secreto de ayer.

No hacía falta que me hiciera las tortitas, aunque estaban realmente INCREÍBLES…, se lo habría contado igual. Yo no quiero más secretos ni que mamá me obligue a tenerlos. No se lo merece, bastante tengo con lo que debo hacer por ella, mejor dicho, la de cosas que he tenido que dejar de hacer por su culpa. Encima la muy loca no le ha dicho nada, estaban cada una a un lado del pasillo, pero mamá tenía tal cabreo que pensé que le iba a dar una leche.

Es que me explota la cabeza, no entiendo nada. Y va después y me viene a buscar para que me despida de Yurena. Flipo. Y me ha dejado jugar a la consola hasta que volviera de trabajar papá, pero con la condición de que parara cuando lo escuchara entrar si no quería que me regañara. Solo miente y me obliga a hacerlo a mí. Estoy hasta los huevos de estar siempre así. No puedo con tantas mentiras.

35

Es meterme en la cama y, por mucho que traiga el portátil para avanzar en el trabajo, mi cabeza vuelve una y otra vez a la canguro. Sigo inquieta por no tener aún sus referencias y me mosquea que sea tan buena, me pregunto si no se lo estará haciendo. Mientras cuide bien de mis hijos y yo pueda trabajar me debería dar igual, pero hay algo que me produce desconfianza y que me impide mirar hacia otro lado.

Esta noche me adelanto yo antes de que me pregunte Raúl cómo ha ido el día. Quiero buscar su complicidad.

—No sabes lo que me ha pasado hoy… —le digo.

Raúl deja de mirar esa aplicación del móvil con todos los periódicos nacionales que le gusta tanto.

—¿Qué ha pasado?

Le cuento el episodio de la merienda intentando ser lo más fiel a la realidad que puedo.

—Y ya sé que seguramente no lo ha hecho aposta, pero es que ya van un par de veces que siento como si me hubiese puesto una trampa.

—Hombre…, era una sorpresa, te lo ha dicho…

—Bueno, sí…, aunque también puede ser una excusa para que no me cabreara más…

—No sé por qué iba a querer dejarte mal delante de los niños. ¿Qué gana? ¿Que la echemos?

—No, porque tampoco ha sido tan grave como para echarla.

—¿Entonces?

Odio que me cuestione, aunque tampoco puedo pretender que me dé la razón a ciegas.

—Ay, bueno, pues nada. No te digo nada…, pues que no me ha gustado. Nada más, que la veo muy lista…

—Es que si fuera boba también te molestaría y estaríamos teniendo una conversación parecida…

Ha dado en el clavo, aunque sienta que hay algo más que no puedo explicar racionalmente. Y menos si no le reconozco que la he contratado a ciegas.

—Es que ya van un par de veces —replico con la boca pequeña.

—Cariño, Yurena no te está tendiendo trampas delante de los niños. No te vuelvas paranoica, nadie haría eso. —Lo de paranoica me duele—. No es tu enemiga. Lo que pasa es que son muchos cambios de golpe y estás nerviosa. Te conozco y quieres controlarlo todo, te sientes mal por no estar todo el tiempo con ellos y te buscas excusas para tener que estarlo. —Le escucho atenta. Sé que no me he inventado lo que he vivido, pero lo que dice también es verdad y confirma mis temores de que a lo mejor estoy sacando las cosas de quicio. Pero él no tiene todos los datos para poder opinar, y tampoco se lo puedo reprochar, porque yo soy la culpable de que no los tenga. No puedo confesarle que no he pedido referencias de su trabajo en anteriores casas, y no pienso hacerlo ahora porque iba a salir escaldada—. Los niños están contentos con ella, era lo que buscábamos —continúa—, y el resto…, no le prestes tanta atención,

disfruta de la vuelta al trabajo, de esta primera fase que tanto te gusta, y olvídate de Yurena y de quién hace mejor las cosas, que no es una competición… —¿Quién ha dicho que me moleste que haga mejor las cosas? Esa conclusión la ha sacado él solito. Pero no me voy a picar y rebatirle nada, voy a intentar hacer un poco de autocrítica. Además, he omitido el episodio de las fotografías a Martina; si se lo cuento ahora, una de dos: o refuerza su idea de que soy una exagerada, o me echa la bronca por no haberme impuesto—. Haga lo que haga, algo te va a molestar —me sigue diciendo—. A mí me pasaría igual. Es la primera vez que hay alguien ajeno a nosotros en casa. A mí no me irrita porque llego tarde y ni lo noto, pero tú lo sufres todo el día… Tiene que ser muy extraño.

Menos mal que ha ido reculando, porque si me llega a decir que soy yo, que me obsesiono con algo y no paro, le tiro la lámpara a la cabeza. Me llega un mensaje al teléfono. Es Yurena.

> Buenas noches, Paula, perdón por molestar a estas horas. Te escribo para darte el contacto de Conchi, es la abuela de la familia para la que trabajaba antes de conocerte. Ellos se han mudado a Inglaterra. Pero, como les corría prisa, espero que te valga. Me ha dicho que puedes llamarla ahora si quieres, que no hay problema. Yo creo que cuanto antes les puedas decir algo a Raúl y a tu suegra, mejor. No queremos que se molesten 😊

El mensaje no puede ser más oportuno, pero estoy enojada, lo reconozco, e intento saber por qué. Una vez más ha hecho lo que debía hacer: le he pedido referencias y me está mandando el contacto. Me sienta mal cuando se muestra sumisa y pide perdón todo el tiempo, pero tampoco me ha sentado bien que se muestre

tan cómplice. No puedo culparla, porque ya lleva varios días con nosotros y lo normal es que empiece a utilizar un tono más cercano. Más en nuestro caso, que tuvimos un primer encuentro en el que parecía que éramos amigas de toda la vida. Por eso me gustó y pensé que funcionaría. Además, he sido yo quien le ha dado permiso para que me escriba por aquí. Pero ahora no me gusta. Me violenta. Ay, no sé qué me ocurre. Raúl tenía razón. Aunque tal vez me siento mal por tener esa complicidad con ella y que Raúl, que está a mi lado, no sepa nada. No me estoy portando bien porque vuelvo a hacer de las mías. Soy consciente de que debo parar antes de que todos suframos de nuevo las consecuencias de mis actos. Pero no soy capaz y vuelvo a hacerlo. Una vez más miento a Raúl.

—Voy un momento a la terraza, necesito aire.

No intenta disuadirme, sabe que cuando estoy así es mejor dejarme un rato hasta que se me pase. Cojo el móvil y salgo de la habitación.

36

Antes de que salte la alarma del pasillo, la desconecto desde el móvil. Camino sin hacer ruido para no despertar a Ethan y salgo a la terraza sin encender la luz. No es tarde, pero prefiero no empezar con la cantinela para que se vuelva a acostar. Me acerco a la barandilla y llamo al contacto que me acaba de proporcionar Yurena vía WhatsApp.

—Dígame.

—Buenas noches, ¿hablo con Conchita?

—Sí, dígame.

—¿Qué tal, Conchita? Mi nombre es Paula, la llamo porque Yurena me ha dado su teléfono. Está trabajando en casa y, bueno, es por…

—Sí, sí. Me ha avisado, sí.

No sé si será su carácter natural, la edad o las horas que son, pero me cuesta sacarle las palabras. Me siento bastante incómoda, tengo la impresión de que la estoy importunando.

—Yo estoy muy contenta con Yurena —prefiero no contarle mis dudas por si habla con ella—, pero mi marido se ha empeñado en que…

—Yurena es un encanto y muy trabajadora.

—Sí, lo es, sí. Pero no trabajaba para usted, ¿verdad? Tengo entendido que estaba en casa de su hija.

—Así es, pero se han marchado fuera. Les dio mucha pena cortar la relación con Yurena, los niños le habían cogido mucho cariño. Pensaron incluso en llevársela con ellos, pero después de lo que pasó…

—¿Qué sucedió?

—Nada, nada…

—¿Algún accidente con los niños? ¿Algo grave?

—No, con los niños no. A ella…, lo siento, pero es muy personal, yo no puedo contarle. Solo puedo decirle que es un cielo de chica.

Cuando cuelgo, tengo una sensación extraña. Creo que me ha ocultado algo, que se ha controlado para no decir nada que no debiera. También es cierto que ha hablado con mucho cariño de Yurena, y sonaba sincera. ¿Qué pasaría para no poder irse con ellos? Cuando la conocí me dijo que buscaba precisamente eso, trabajar con una familia a largo plazo. De pronto me da pena.

Me quedo mirando hacia el parque y me parece ver a alguien metiéndose entre los arbustos. Seguramente se trata de un camello que va a trapichear, pero yo no puedo evitar pensar en Yurena, cuando la vi perdiéndose entre la maleza.

37

Jueves, 2 de octubre de 2025
Seis días antes de los hechos

Desde anoche no puedo dejar de pensar en por qué Yurena no pudo marcharse con la familia con la que tenía tan buena relación. Hoy la recibo con mi sonrisa habitual, pero he tenido que controlarme para no abrazarla. Me arrepiento de haber sido injusta y pensar mal de ella, cuando siempre se esfuerza en agradar. Tenemos mucha suerte de que esté con nosotros, las palabras de Conchita me han ayudado a verlo así. Además, saber que lo ha pasado mal me produce mucha ternura.

Cuando al rato me pide salir a pasear con Martina, no puedo negarme. Ya he conseguido las referencias que quería y tampoco tengo una excusa coherente para impedirlo. Tarde o temprano iba a llegar este momento y prefiero que, si se fijan en ella, vaya con Yurena, pues nadie la asocia conmigo, no como con mi suegra, a quien ya han visto más veces por aquí. La canguro se pone muy contenta, le falta dar saltos de alegría, resulta muy tierna.

—¿Prefieres que esperemos a que vuelva Ethan para ir los tres? —me pregunta con la excelente educación de la que siempre hace gala.

El simple hecho de hacerlo ya me da mucha tranquilidad. Además, pensándolo mejor, prefiero que tampoco vean a Martina con Ethan. Es más arriesgado que vayan mis dos hijos juntos, no sé cómo no lo había pensado antes. Estaba tan obsesionada con la idea de que Yurena era una desconocida que no pensé que juntos es más fácil ubicarlos. Menos mal que conseguí que no salieran ayer y hoy tengo la excusa perfecta para que lo hagan sin él.

—No hace falta —le respondo en el mismo tono—. Ethan hoy sale más tarde. Para compensar que le sacamos de su equipo de fútbol hace la optativa después de las clases en el colegio, así puede jugar un poco más con los compañeros. A mí me infarta, pero como también se queda el amigo que vive en el bloque de al lado, con el que vuelve cada día, me quedo más tranquila. Aunque ahora con el pederasta ese suelto… Encima ha bajado un poco la temperatura y por la tarde hará más fresco…, mejor salid ya, que no se ponga mala.

—Eso pensaba yo.

—Yurena, esto es importante —me pongo seria—. Sé que te lo he dicho ya, pero… Nunca salgas a la calle con la niña por el portal, prefiero que bajes en el ascensor hasta el garaje y vayas por ahí. Hay un botón para abrir y a la vuelta te abro yo. —Noto que me mira extrañada, pero no pregunta, lo cual agradezco—. Verás, lo del pederasta me tiene preocupada, he leído que hay uno reincidente que anda por la zona —exagero—, y no me fío un pelo. No quiero que le echen el ojo a Martina o a Ethan. Por lo visto es muy peligroso, ha salido en todos lados que es un depredador. No dejes que se acerque ningún hombre a la niña, por favor.

—No, no, descuida. La protegeré como si fuera mi hija.

Sus palabras deberían consolarme, pero, no sé por qué, causan en mí el efecto contrario. Aun así, le sonrío amablemente. Al rato las veo salir por la puerta con un nudo en la garganta. Tengo que confiar, no tiene por qué ocurrir nada, ya ha pasado un tiempo prudencial. Yurena no llamará la atención. En cuanto se alejen un poco del edificio, parecerá una de tantas madres que está dando un paseo con su bebé. No obstante, no puedo bajar la guardia. Salgo a la terraza, miro hacia abajo y espero a verlas cambiar de acera. Apuesto a que entra en el parque siguiendo la misma dirección que ayer, cuando creí distinguirla. No me equivoco: cruza al otro lado de la calle con el carrito. Entra en el Retiro y camina hacia la zona más frondosa, donde me es imposible seguirles la pista.

38

Me pongo de nuevo a trabajar. A primera hora he enviado un correo a Paula, la directora, con algunas referencias y propuestas de lo que voy viendo para tantearla antes de la reunión que mantendremos los distintos equipos de la película con ella y Producción. Cuando me siento en el escritorio, ya me ha contestado. Como ocurre casi siempre, anda con poco tiempo porque está hasta arriba con la preproducción y confía en mí.

Cuanto más me sumerjo en el guion, más fantaseo con claras referencias al canibalismo, uno de los temas que plantea la historia. No debe ser muy evidente, pero sí que esté de fondo, detalles para que los más avispados se fijen en ellos. Hay un momento en el que los dos protagonistas se encuentran en un museo y quiero proponer que lo hagan al lado del cuadro de Goya, el de *Saturno devorando a su hijo*. Si Producción ve una locura rodar en el Prado, podrían conseguir una buena réplica y simular el espacio. A Paula le ha encantado la idea, pero aún tengo que desarrollarla en condiciones para la presentación oficial y dejarles con la boca abierta mañana.

Un rato después suena el telefonillo. Estoy tan contenta con que a la directora le haya entusiasmado mi idea que no me apetece que Yurena y Martina regresen tan pronto del paseo. Quién me ha visto y quién me ve. Sin embargo, no es la canguro la que quiere subir. Es

Dolores, mi suegra. No me lo puedo creer. Nunca viene un día de diario, a estas horas, y mucho menos sin avisar antes.

—¡Qué sorpresa! —le digo mientras le planto dos besos.

—Hola, hija.

Dolores tarda un suspiro en quitarse el abrigo y ofrecérmelo para que se lo cuelgue.

—¿A qué se debe este honor?

Intento sonar amable, pero he resultado sarcástica. Lo confirmo en cuanto me responde:

—Como desde que ha nacido la niña venís siempre a verme a mí…, pues hoy he venido yo. Sé que estáis todo el día en casa…, espero que no te moleste.

Ahí me ha dado.

—Pues has tenido suerte, porque podríamos haber ido al pediatra o…

—Si no sales —masculla tajante mientras avanza hacia el salón.

Está medio sorda y se cree que no la escucho.

—De todas formas es mejor avisar siempre —replico mientras la sigo.

Hace aspavientos buscando por el salón, la terraza y el pasillo.

—Bueno, ¿dónde están?

Mierda. Ha preguntado en plural y sabe de sobra que Ethan a esta hora está en el colegio. No sé cómo no me lo he imaginado. Viene por la canguro, a dar su aprobación. Al final, me voy a quedar corta y todo con lo de las referencias. Espero que Yurena no saque el tema, ¡no, por favor! Temo la reacción de Dolores cuando se entere de que la niña y ella no están. Me da tanto miedo que busco las palabras adecuadas para explicarle que las he dejado salir cuando a

ella nunca se lo he permitido, a no ser que sea por su zona. Mi suegra me mira expectante; cuando quiere es encantadora, pero tiene una presencia de lo más intimidante.

—Pues resulta que justo…

El sonido del timbre me interrumpe. Ella me mira confundida, ha atado cabos en un santiamén. No hace falta que digamos nada más, mi suegra arquea tanto las cejas que parece que le van a llegar al cuero cabelludo. Me dirijo al recibidor. Si es Yurena, ¿por qué no me ha llamado para abrirle la puerta del garaje? Se lo he dejado bien claro, me da igual que esté mi suegra. Me va a oír. Cuando abro, la canguro y Martina están pletóricas. Enseguida cojo a mi pequeña para darle un beso.

—No sabes lo que ha disfrutado —me dice antes de que pueda abrir la boca—, esta señorita es muy lista y muy curiosa. —Martina suelta una carcajada cada vez que se dirige a ella haciéndole carantoñas—. Hemos visto los patos y las barcas. Luego se ha quedado hipnotizada con el escaparate de la tienda de juguetes que hay abajo, al lado de la pastelería.

—¿Por qué no me has llamado? No habrás entrado por el portal, ¿verdad?

—No, qué va. Es que justo salía una señora y he aprovechado para pasar. Tenía que haberte avisado, perdona.

—No, no te preocupes —respondo aliviada—. Mientras no pases por el portal…

A Yurena le ha dado tiempo mientras hablaba a plegar el carrito y meterlo en el armario. Estira los brazos para que le dé a la niña.

—Aquí hay una señorita que se ha hecho popó y necesita que la cambien, menos mal que ha sido en el ascensor…, aunque menudo

olor, puajjj…

Martina se ríe sin parar con los gestos que le hace. Su risa es contagiosa, nunca le había escuchado esas carcajadas. En otro momento me habría sentido amenazada, pero bastante tengo con lo que me espera.

El crujido de la madera suena el doble con los zapatos de Dolores y anticipa su llegada. Yurena ha cogido la bolsa que se ha llevado al paseo para cambiar a la bebé en la cocina. Así que se encuentra a mi suegra de frente.

—Eres muy afortunada, bonita… —Hace una pausa tensa—. A mí no me deja pasearla.

Ahora que estoy en paz con la canguro, Dolores va a conseguir que salga por patas.

—Yurena, esta es Dolores, mi suegra. Ya te he hablado de ella.

La canguro se gira y me sonríe disimuladamente.

—¡Hola! Sí, claro. Paula me ha hablado maravillas de usted.

Le debo una por la ayuda. Mi suegra estira el brazo y le ofrece la mano sin dejar opción a los dos besos. Yurena se la estrecha como puede porque tiene a la niña en brazos, aunque mi suegra enseguida la retira y le quita a la niña.

—Ay, mi niña preciosaaaaaa, que tan solo te dejas ver los fines de semana. Con las ganas que la abuelita tiene de llevarte por ahí…

Odio que Dolores utilice a Martina para enviarme mensajes indirectos que acaban siendo de lo más directos.

—Es que con el trabajo… —intervengo.

Buen intento, pero mi suegra se limita a sonreír de oreja a oreja sin decir nada más. Las dos sabemos que no es verdad.

—Cuéntame…, Yurena, ¿verdad?

—Sí.

—Yurena, ¿eres de aquí?

—¿De Madrid?

—No, de España.

—Sí, soy de Canarias…

—No, si mi hijo me lo había dicho, pero ahora, al oírte, me parecías sudamericana.

No lo ha podido decir en un tono más despectivo. Me siento muy avergonzada por su actitud.

—A veces me preguntan si soy venezolana, sí, incluso cubana —responde la canguro sin borrar la sonrisa—, pero no, soy de Tenerife.

Si lo que buscaba era una salida de tono, no lo ha logrado; Yurena ha estado impecable.

—Pues, si eres de Tenerife, mucha experiencia no debes de tener, imagino…

Ahora arruga la nariz y se separa de la canguro.

—En Tenerife también hay canguros, Dolores —me adelanto yo.

—Pero dudo que haya agencias como para la que trabaja, que es lo que nos interesa.

Yurena y yo nos miramos.

—Llevo años en Madrid trabajando para Nunú y…

—¿Con cuántas familias?

—Pues… —Yurena cuenta mentalmente.

Vuelvo a salir en su ayuda.

—Yo conocí a la última. Se han mudado hace unas semanas a Londres.

No quiero darle muchas más explicaciones ni especificar que con quien he hablado es con la abuela.

—Sí —secunda la canguro.

—Por eso dejó de trabajar para ellos. ¡Suerte la nuestra! ¡Ay, Dolores! Que Martina se ha hecho caca y Yurena tiene que cambiarla.

—¡Ah! Había notado el mal olor, pero no he caído en que fuera ella…

Mi suegra siempre tan acertada. Le hago un gesto a la canguro para que coja a la niña y la cambie. Yurena obedece y sale hacia la cocina. Antes nos dedica un gesto amable y nos da la espalda. Pero, cuando se acerca al cerramiento de cristal que separa las dos estancias, la veo reflejada en una de las láminas, y su expresión ha cambiado por completo. Ha bajado la barbilla y juraría que tiene sus enormes ojos clavados en el reflejo de mi suegra.

39

Yurena ha estado evitándonos desde que ha llegado mi suegra. Me mira con cara de circunstancias cada vez que Dolores se le adelanta y coge a la niña cuando llora. No le digo nada, aunque nuestras miradas lo dicen todo. La entiendo perfectamente. Nos limitamos a acompañar a mi suegra, como si fuéramos el coro de la solista principal.

—Tranquila, que esto es muy excepcional, no suele venir —le digo, cómplice, una de las veces que nos cruzamos en el pasillo.

Yurena sonríe haciendo alarde de su prudencia, pero no es tonta y sé que se da cuenta de que ha venido a marcar territorio y a examinarla.

Según van pasando los minutos, me pongo más nerviosa, hago que escucho sus hazañas, pero no dejo de pensar en que mañana tengo la reunión y que me gustaría llegar con los deberes hechos y con nota. No sé hacerlo de otra manera. Me he propuesto esperar a que vuelva Ethan, lo malo es que hoy llega más tarde.

Cuando escucho el timbre, me levanto de golpe. La espera se me estaba haciendo eterna. Le doy dos besos y, como siempre, le pregunto qué tal el día. Ethan vuelve mucho más contento cuando le dejo hacer más cosas. Ojalá pudiera borrar lo que pasó y que todo fuese como antes. Pero hay que ser pacientes, los meses no dejan

de correr, y confío en que regresaremos a la normalidad y este sinvivir que me acompaña desde entonces desaparecerá.

—¡Ha venido la abuelitaaa!

Mi suegra entra en acción, le ha dado la niña a Yurena y se acerca para comerse a Ethan a besos.

—¡Abuela, que me dejas sordo, nunca apuntas! —le dice él, cariñoso, frotándose la oreja.

Ethan adora a su abuela. Normal, se lo consiente todo. Mi suegra saca un paquete lleno de sobres de cromos de fútbol y se los da. No falla, para qué le va a traer un par cuando le puede comprar una caja entera. A mi hijo casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¡Gracias! —exclama mientras se lanza a abrir el primer sobre.

—¡Ay, mi futbolista! Qué bien que hayas vuelto al equipo.

—No he vuelto, abuela, me quedo en el del colegio…

—Ah, como tu hermana ya va de paseo, he pensado que…

No escucho a mi suegra, solo me fijo en la mirada de Ethan al enterarse de que Martina ha salido a la calle.

—¡La próxima vez voy yo también! —grita mientras va hacia su cuarto para dejar la mochila y la bolsa de deporte.

No ha esperado a mi reacción. Lo da por hecho y no puedo negarme. Tenemos un secreto y no quiero que lo cuente. Fui yo la que se lo propuso. Además, aunque me he convencido de que es mejor que mi hijo no las acompañe, no podré evitarlo.

Aprovecho su llegada para volver a mi habitación y seguir trabajando, que se las apañen ellas con los deberes. Hoy por lo menos Ethan se ha llevado un sándwich y su termo de agua, y ya ha merendado. Por el pasillo escucho a Yurena.

—Ahora vuelvo.

Voy con prisa y no me paro a mirar, pero oigo que ha abierto la puerta de la calle. No le doy mayor importancia.

Cuando por fin consigo encontrar una galería que me permite descargar las imágenes que necesito a buena resolución para la presentación, mi suegra me llama a voces:

—¡Paulaaaaaa, Paulaaaaaa…, me voy!

Me levanto y voy corriendo a despedirme de ella. Al llegar al recibidor, Yurena, con Martina en brazos, está junto a mi suegra. Ethan debe de estar en su habitación.

—Perdona, Dolores, que mañana tengo una reunión importante y…

—Tranquila, ya me he despedido de Ethan. Ahora que vas a tener más lío, llámame para que venga cuando quieras, os traigo comida, lo ayudo con los deberes…, lo que sea.

Noto cómo la canguro se ha ido irguiendo conforme mi suegra habla.

—No te preocupes, está Yurena. —No necesito mirarla para saber que sonríe para sus adentros, mientras que a mi suegra le está a punto de salir humo por los oídos. Tengo que compensar para que no le dé algo—. Pero tú puedes venir cuando quieras, Dolores, ya lo sabes.

Mi suegra me da un beso y le lanza una mirada llena de orgullo a Yurena para que se dé por despedida. Sale por la puerta y no me da tiempo ni a echar la llave. De pronto escuchamos un porrazo seguido de un fuerte grito de dolor que retumba por todo el edificio.

40

Estoy en una ambulancia que ha venido a recoger a mi suegra. Al salir de casa, se ha resbalado, no ha dado más que un par de pasos para acercarse al ascensor y se ha caído en plancha. Me la he encontrado boca arriba gimiendo y soltando gritos de dolor. La mujer que hacía unos instantes mostraba una fuerza que podía haber hecho arder Troya, de pronto yacía, vulnerable e indefensa, en el suelo, precisamente hoy que no le dolía nada. Temblaba y miraba hacia arriba desorientada. El golpe ha sido tan fuerte que esperaba que en cualquier momento asomase la sangre por debajo de la nuca, pero ha habido suerte. No sabía qué hacer, no se podía mover y yo sola era incapaz de levantarla. Mientras yo estaba de rodillas, Yurena presenciaba la escena con Martina en los brazos desde la puerta.

—Ayúdame a levantarla —le he pedido.

—Es mejor llamar a una ambulancia para que se la lleven —me ha respondido visiblemente preocupada.

Por suerte el equipo de SUMMA 112 ha venido en tiempo récord, pero, como vaticinaba la canguro, tenían que trasladarla a urgencias. No la iba a dejar sola.

Me he despedido de Martina y, cuando estaba a punto de meterme en el ascensor, antes de que la canguro cerrara la puerta,

ha aparecido Ethan.

—¿Qué ha pasado? —ha preguntado extrañado.

—Es tu abuela… —No he podido terminar la frase porque me ha interrumpido Yurena:

—Ha tenido un accidente.

Así que me ha tocado acompañar a mi suegra. Adiós a preparar con calma la presentación de mañana. Menos mal que Yurena se ha ofrecido enseguida a cuidar de los niños hasta que llegara Raúl y me he ido tranquila; solo por situaciones como esta merece la pena tenerla con nosotros.

De camino al hospital, le he dado la mano a Dolores, que tiene los ojos cerrados. Todo ha sido tan rápido que no he tenido tiempo ni de pensar en lo que ha ocurrido. ¿Cómo se ha podido resbalar de esa manera? El suelo es de mármol, y lleva unos zapatos con cuñas, sí, pero… Cuando me he agachado junto a ella, he notado que había un líquido ligeramente azulado. Tal vez fuese suavizante o algún detergente, pero ¿qué estaba haciendo ahí?

De pronto me viene una idea a la cabeza que, como una ametralladora, dispara una sucesión de imágenes: la canguro. La escucho de nuevo diciendo: «Ahora vuelvo». ¿Por qué ha salido? ¿Qué iba a hacer? Intento pensar respuestas lógicas. Es difícil no recordar la tensión entre Dolores y Yurena, las preguntas con mala intención de mi suegra. La cara de la canguro mientras se dirigía a la cocina, cuando pensaba que nadie la estaba viendo. Esos ojos enormes que se tornaron afilados. Y lo peor de todo, lo que más me pesa, es que fui yo la que le dijo que la madre de Raúl quería sus referencias y que había convencido a su hijo para que las consiguiéramos. Por mi culpa es probable que Yurena haya visto a

Dolores como una enemiga y se haya sentido amenazada. Por eso ahora me pregunto angustiada si la canguro podría haberse tomado la justicia por su mano.

41

Diario de Ethan

Escribo esto porque estoy muy preocupado… Acaba de pasar algo muy malo y se han llevado a la abuela al hospital. No me han dicho nada. Mamá se ha ido corriendo y ni me ha mirado. Me asusta cuando no lo hace, casi más que cuando me mira sin pestañear para que obedezca o para pedirme que haga algo aunque esté mal. Tengo miedo de que la abuela esté muy grave.

Yurena me ha dicho que ha tenido un accidente y cuando nos hemos quedado solos he conseguido sacarle que se ha caído al salir de casa. He visto las caras que tenían mamá y la abuela cuando he llegado del fútbol. Hacen que se llevan bien, pero no se soportan y me da miedo que mamá le haya podido hacer algo. Es capaz de haberlo hecho y ocultarlo, es especialista. Por favor, por favor, por favor…, que la abuela no se muera ni le pase nada malo y, por favor, por favor, por favor, que mamá no nos lo haga al resto.

42

En cuanto el doctor que ha atendido a Dolores me da un parte más completo de las lesiones, llamo a Raúl para informarlo del estado de su madre. Ya ha pasado lo peor, por lo que intento suavizar los momentos que he vivido para no preocuparle de más.

Al llegar al hospital mi suegra se encontraba muy mareada, confusa, no veía bien. Me han explicado que son síntomas de una conmoción cerebral leve y que le iban a hacer una radiografía y una resonancia para descartar algo peor. La han inflado a analgésicos, antiinflamatorios y corticoides.

Ha habido suerte, porque tampoco hay rotura de cadera, como temían. Lo que sí se ha roto es el radio del brazo derecho, por lo que la han escayolado, y tiene una lesión en la médula espinal agravada por la artrosis que padece desde hace años. Piensan que no le va a dejar secuelas, como pérdida de movilidad o sensibilidad, como a veces sucede. Esa es la gran noticia.

Mi marido insiste en que quiere venir a verla, pero le convenzo para que se quede en casa con los niños.

—Si es que, aunque vengas, no se va a enterar porque está tan dopada que duerme profundamente. Me han dicho que me vaya a descansar, que está en las mejores manos.

No llego a casa hasta casi las once de la noche. Los niños llevan un buen rato dormidos, Raúl me envió un mensaje para contarme que Ethan había preguntado varias veces por su abuela.

Abro la puerta y echo la llave con sumo cuidado para no despertarlos. El interior de nuestra casa está totalmente en penumbra; me asomo al pasillo y al fondo veo que la puerta de nuestra habitación está medio abierta, pero no hay luz. Raúl no ha dejado la lámpara de la mesilla encendida como otras veces, y me extraña. No creo que se haya dormido, se encontraba nervioso por su madre.

Me acerco de puntillas y muy despacio para que no me delate la madera del suelo, tan traicionera, y empiece a llorar Martina. Cuando entro en la habitación, la cama está tal y como la hizo Yurena por la mañana. Sí, mientras duerme la bebé, insiste en ayudarme para aligerar mi carga de trabajo. Y, aunque le prohibí que entrara en mi dormitorio, no le puedo decir que no, sobre todo porque es bastante insistente y me viene genial, no voy a mentir. Solo tengo que pulular por el cuarto lo poco que tarda en hacerla para no dejarla sola.

En el salón no me ha parecido escuchar a nadie y en la cocina no hay luz. «Estará en la terraza», pienso. Me acerco hasta la ventana y muevo la cortina para confirmarlo. El corazón me da un vuelco. Mi marido está apoyado en la barandilla junto a la canguro. ¿Por qué no se ha ido a su casa ya si los niños llevan casi dos horas dormidos? Me pego un poco a la pared y me asomo con cuidado para poder verlos bien, pero que no me descubran.

No puedo atisbar la cara de Raúl porque está de espaldas a mí, pero a Yurena la veo con claridad. Asiente con la cabeza mientras él habla. Lo mira fijamente y le toca el brazo. Tal vez no sea nada más

que un gesto de consuelo, pero están lo suficientemente cerca como para que me entren los siete males. De pronto se echan a reír. Entonces me fijo en que Raúl se está tomando una copa de vino. ¡¿Qué es esto?! Ya tengo suficiente. Igual debería tranquilizarme, pero no puedo. Voy a hacer de las mías.

43

Podría haber optado por la versión sencilla: encender la luz y salir a la terraza de lo más normal. Pero no, lo haré a mi manera. Camino hasta el salón; desde ahí puedo verlos mejor, los tengo de frente. Raúl mira hacia el cielo, no se ha percatado de mi presencia. Sería muy difícil que me viera, debo de ser una mancha negra sobre un fondo aún más negro. Bajo la luz de la pantalla y le mando un mensaje:

Ya estoy

Quiero ver si actúan como si los hubiera pillado haciendo algo que no deben. Raúl tarda un segundo en leer el mensaje y, enseguida, se encamina hacia el salón. Recorro el mismo camino de hace un par de minutos en el más estricto silencio. Con cuidado quito la llave de la puerta de la entrada y abro para después volver a cerrar y que parezca que acabo de llegar. Todo sucede como esperaba y los dos vienen a recibirme. Lo malo es que ha sido tan rápido que no soy capaz de valorar su reacción.

—¿Qué tal está? —me pregunta mi marido.

—Seguía dormida cuando me he ido —disimulo intentando que no se me note que tengo el corazón desbocado—. A ver qué dicen

mañana… —Debería calmarle, pero, después de lo que acabo de presenciar, no me sale.

—Lo siento, Paula, si el suelo estaba mojado, tendría que haberlo secado yo.

—¡Cómo ibas a saberlo! —dice Raúl. Yo tengo que controlarme para no preguntarle: «¿Lo sabías?»—. No es tu trabajo, no te preocupes. Ha sido un accidente.

—Lo importante es que no hay rotura de cadera, que era lo que más les preocupaba. Me voy a la cama, que mañana tengo la reunión y voy a tener que levantarme antes para terminar la presentación.

—Perdona, Paula. —Me para Yurena—. ¿Las llaves para mañana?

—No te preocupes, estaré yo cuando llegues. No las necesitas.

Me doy la vuelta, pero se dirige a mí de nuevo.

—Lo digo para poder dar un paseo a Martina como el de hoy. Estaba feliz y le ha sentado genial, ha comido y dormido muchísimo. Pero si no estás tú para abrirnos…

Veo por el rabillo del ojo que Raúl está sonriendo. Tengo la batalla perdida. Como soy muy mal pensada, creo que seguramente Yurena ya se lo ha contado y que a él le parece fantástico. Para Raúl es muy fácil; si supiera por qué tuve que poner unas normas, la cosa cambiaría.

—Hombre, no se van a quedar aquí encerradas. Lo normal es que tenga unas llaves por si pasa algo o tiene que salir. Yo además tendré que ir al hospital y si tú no tienes una hora exacta para volver… —añade él.

Lo normal…, ¿qué es normal y qué no lo es? Nosotros desde luego no somos normales, al menos yo, y bastante tengo.

—Sí, sí, claro, si contaba con ello. Mira, ¿por qué no vas a la habitación y se las traes tú? —«So listo», estoy a punto de decir.

No pienso dejarlos solos ni un segundo más, por lo menos hasta que me tranquilice un poco, y para eso tengo que estar muy segura de que no hay ningún tonteo entre ellos.

—Voy.

—He dejado la cena hecha por si te apetece comer algo, un guiso canario que seguro que conoces. Es sorpresa, aunque no sé cómo habrá salido, porque me faltaba algún ingrediente. A Ethan y a Raúl les ha encantado —me dice en cuanto mi marido se aleja.

Me alegro mucho. No quiero volver a mis andadas, pero estoy muy cansada y no tengo humor.

—Gracias, no tengo apetito.

—Normal. —Se acerca más a mí—. Paula, yo me puedo quedar más mañana sin problema.

Ya estamos, es imposible cabrearse con ella. Me reconforta que me hable así, me hace regresar a mi infancia, cuando mi madre era la solución para todos mis problemas. Es curioso, casi siempre que tengo esa sensación estamos en el recibidor. No sé si será casualidad, pero, después de toda la tensión de hoy, no puedo evitar que se me pongan los ojos llorosos.

—Ay, mi niña, estás agotada. Se pondrá bien, ya lo verás.

Me he dejado abrazar y me muerdo el labio para no romper a llorar mientras cierro los ojos y me regodeo en ese sutil aroma a coco que tanto me recuerda a mi progenitora. Pero algo me hace separarme de golpe, algo que me lleva reconcomiendo toda la tarde.

—¿Dónde fuiste antes?

Me mira sorprendida, la pregunta la ha pillado completamente desprevenida.

—A pasear a Martina, hemos ido…

—No, no. Me refiero a después. Cuando ha vuelto Ethan del colegio y estaba Dolores en casa, que me has dicho que ahora volvías.

—¡Ah! He ido a tirar la basura. —«Y casualmente la bolsa goteaba», pienso para mí—. Estaba preparando el guiso sorpresa; como tenías visita y no ibas a avanzar en el trabajo, lo he hecho para que luego no perdieras más tiempo cocinando. Pensé que la madre de Raúl se quedaría y era una manera de mostrar mi agradecimiento por haber aceptado mis referencias.

La miro a los ojos. Parece sincera, pero creo que hay algo que no me está contando. Espero que no tenga que ver con el accidente y, sobre todo, que no haya sido premeditado.

44

El estado de inquietud de toda la tarde me sigue acompañando. Odio los hospitales, me traen muy malos recuerdos, y ver a Dolores tendida sobre la camilla, inconsciente, me ha alterado aún más. La vuelta a casa tampoco me ha ayudado, no me ha gustado ver a Raúl y a la canguro juntos. Ojalá fuera de otra forma, pero soy así, qué le vamos a hacer. Quizá es mejor que revise lo de mañana y por lo menos no pierdo el tiempo.

—Pensé que Yurena se marcharía a casa, no me esperaba verla al volver —le digo a mi marido cuando viene de lavarse los dientes.

—Quería saber qué tal estaba mi madre. Ha estado muy pendiente, la verdad. Me gusta mucho esta chica. —No, si pendiente ha estado. Doy fe—. Ha preparado un guiso espectacular, deberías probarlo.

—Es que no puedo con mi alma.

—Mi amor, estás agotada. —Me abraza y me dejo querer, no tengo fuerzas ni para estar celosa—. Gracias por encargarte, ¡qué mala suerte que justo me haya pillado reunido con una cuenta tan importante! Te tenía que haber dado el relevo al salir, pero como no me has dejado…

—Si es que estaba durmiendo y solo faltaba que el doctor me diera el informe. No la ibas a ver hecha un cristo…

No se lo digo, pero es que estaba segura de que iban a soltarnos que se había quedado paralítica o senil, y me daba un miedo horroroso que se lo contaran a él estando solo y que luego cogiera el coche en ese estado. Tampoco le digo que, para estar tan mal su madre, parecía que se lo estaban pasando muy bien en la terraza. Sobre todo porque, en cuanto me hace caricias en el cuero cabelludo, me quedo dormida.

Estoy inmersa en un profundo sueño cuando la alarma del sensor de movimiento, que apunta hacia la puerta del dormitorio de los niños, me despierta a bocajarro. Como siempre, Raúl tarda en abrir los ojos, pero yo me incorporo del tirón, en un no intencionado homenaje al conde Drácula, para apagar el teléfono, donde tengo instalada la aplicación, y que Martina no se despierte.

Abro a toda prisa la puerta de nuestra habitación, dispuesta a alcanzar a Ethan antes de que llegue a la terraza, pero no lo veo. Me muevo lo más rápido que puedo por si ya hubiese alcanzado el salón. El suelo rechina sin parar y cuando paso por su cuarto el sensor vuelve a sonar. No he cogido el móvil y no puedo apagarlo. Escucho a Martina llorar, pero no puedo acudir a consolarla porque tengo los cinco sentidos centrados en impedir que su hermano se acerque a la barandilla. Ethan tampoco está en el salón ni en la terraza. Me giro de golpe, ¿dónde se ha metido? Ha tenido que salir, si no, no hubiese saltado el aviso. Sigo oyendo el llanto de fondo. Vuelvo al pasillo y me encuentro a mi hijo asomado a la puerta de su habitación al mismo tiempo que mi marido sale de nuestro

dormitorio con la niña en brazos, que sigue llorando. Pero es la cara de terror de Ethan la que se me mete muy dentro.

Es evidente que se acaba de despertar por el alboroto y que no entiende nada. Seguramente piense que he sido yo quien ha despertado al resto y no sea consciente del verdadero problema: si nosotros no hemos sido, ¿quién se estaba moviendo de madrugada por el pasillo de nuestra casa?

45

Viernes, 3 de octubre de 2025
Cinco días antes de los hechos

Estoy tan agotada que no tengo fuerzas para pensar en un posible intruso, aunque me maldigo por no tener alguna cámara dentro de casa.

—Podríamos dejar una un poco escondida en el salón —sugiero a Raúl mientras nos metemos en la cama.

—Como quieras, pero, vamos, que habrá sido algún fallo del sensor, que suena enseguida. Lo vimos en las opiniones antes de comprarlo, o igual es que Ethan ha abierto la puerta, pero se ha dado media vuelta y la ha cerrado, cosas más raras ha hecho.

Vuelvo a darme un susto de muerte cuando suena mi despertador. Son las seis de la mañana, pero no me queda otra que ponerme a trabajar si en la reunión de hoy quiero estar a la altura de las expectativas, sobre todo de las mías.

En el desayuno sigo con el portátil, aunque percibo que Ethan está especialmente raro y que apenas levanta la mirada del plato. Me

preocupa que piense que yo soy la culpable de lo que le ha sucedido a Dolores.

—¿Me vais a contar qué le pasó ayer a la abuela? —pregunta Ethan de golpe.

Mi marido y yo nos miramos. Menos mal que no tengo nada en la boca porque seguramente me habría atragantado.

—Se cayó al salir de casa —responde Raúl.

—Se resbaló —añado yo. Mi hijo me mira pensativo—. Fue un accidente —aclaro.

Y eso que no lo tengo tan claro, pero me sirve para que deje de mirarme así. Yo no he intentado matar a mi suegra, por pesada y desagradable que se ponga a veces.

—Creemos que debió de gotear algo de detergente de la bolsa de la basura o habría restos de cuando limpiaron el suelo, porque había algo azulado, ¿no? —me pregunta, cómplice, Raúl.

—Sí, pero muy poco. No sabemos qué era.

—Le han escayolado un brazo y tiene que descansar —le sigue contando mi marido con mucho tacto—. Luego iré a verla, pero lo más probable es que tarde un poco en estar tan ágil como estaba, y seguro que tendrá que hacer rehabilitación.

Ethan sigue con la vista puesta en mí, se le ve cada vez más preocupado.

—Voy un momento a mi habitación.

Se bebe de un sorbo lo que le queda de leche y sale por la puerta. Yo voy a ir tras él para calmarlo, pero Raúl me frena.

—Déjalo, es normal. Está asustado. Podría haber ocurrido una verdadera desgracia.

46

Diario de Ethan

Escribo esto un momento antes de irme al colegio, tengo que ser muy rápido… Era lo que yo pensaba, es horrible. Joder, la abuela…, ¡no puede ser! ~~Creo que me dicen que~~ No me cuentan la verdad para que no me preocupe, pero sé que está fatal. Como se muera…, me muero yo. ¿Por qué todo tiene que ser así en esta casa? Es que no es normal. Esta noche mamá me ha despertado, se ha puesto a correr por la casa, y, cuando abro la puerta de mi habitación, me la encuentro quieta en el pasillo con esa cara de terror. Me da mucho miedo. Me están llamando, luego sigo… Que no le pase nada malo a la abuela, por favor. Todo por mi culpa. Si no hubiera venido a vernos…

47

Se me había olvidado la vorágine de horas que implica mi trabajo. La reunión de hoy era para hacer una lectura del guion de la película entre el equipo técnico, la directora y los productores, y después hacer una pequeña presentación de cada uno de los departamentos para unificar criterios y que quede una película redonda. Suena maravilloso, pero la hazaña se complica a causa de los egos, interrupciones y discusiones que no tocan, y se hace eterno.

Aunque no todo va a ser malo, ni mucho menos. Paula es maravillosa, y los productores también. Que ella tenga tan claro lo que quiere facilita mucho el trabajo.

Yo no me puedo quejar. Mi propuesta ha sido muy bien recibida.

Pero lo mejor es que lo que planteo se adapta al presupuesto y encima han conseguido permiso para rodar en el Prado, así que no tendremos que construir un decorado que lo simule. Menos mal que todo ha ido bien y mientras hablaba notaba que gustaba, porque bastante presión tenía al ver cómo las agujas del reloj avanzaban y que al final iba a regresar tardísimo a casa.

No me quiero ni imaginar si Ethan ha llegado tarde, aprovechando que sabía que yo no estaba, y le ha montado algún pollo a la canguro, como me los monta a mí, cuando le haya llamado la atención o si habrá sido Martina la que le haya dado guerra. He

pasado tantas horas pegada a ellos que me preocupa que los haya hecho demasiado dependientes, que no sepan estar sin mí. Y no quiero ni pensar en el riesgo que siempre hay, aunque solo yo lo sepa. He tenido que minimizarlo, si no, seguiría sin moverme de casa. Así que, en cuanto han empezado a despedirse, he metido el turbo y he salido escopetada para casa.

Dejo el coche en el garaje de nuestro edificio, es casi ya la hora de cenar. De camino al ascensor me encuentro con el portero, que baja con unas bolsas al cuarto de instalaciones.

—Buenas tardes, Rafa —le saludo.

—¡Hombre! Qué casualidad… Tanto tiempo sin verla y nos encontramos justo hoy, que he estado con la chica que trabaja en su casa. Iba con la bebé… —¡No me lo puedo creer! Mira que le dije que usara el garaje para salir y entrar con la niña. Tenía que habérselo recordado cuando le dimos las llaves. Maldita sea—. Está preciosa. Martina, ¿verdad?

—Sí, sí, Martina.

Cuando pienso en las llaves me vuelve a la mente el incidente durante la madrugada. Es una locura. ¿Por qué iba Yurena a entrar en casa en mitad de la noche? Aun así, no puedo evitar imaginarme a la canguro escondida detrás del sofá. La visión me aterroriza.

48

Mientras calibro el grado de gravedad que supone que el portero que conoce a todo el mundo en la finca haya visto a Martina con la chica nueva que trabaja en nuestra casa, este sigue hablando sin percatarse de mi nerviosismo.

—Qué grande está ya, es una preciosidad.

—Muchas gracias —respondo amable, pero sin darle bola.

—Como hacía tanto tiempo que no la veía, es que ni la conocía. Ya me ha dicho esta chica tan maja que la voy a ver más a menudo, así que me ha dado una alegría. Va a ser un soplo de aire fresco. En este edificio faltan niños, si no fuera por los suyos, ¡no habría ninguno!

¿Cómo? Rafa ya tiene sus años y empiezan a hacer mella en él. Nosotros no nos relacionamos con nadie, pero tiene que haber más niños a la fuerza, por lo menos en la casa donde iban a entrevistar a Yurena. No recuerdo el piso que era, de hecho creo que no lo mencionó, pero era en uno por encima del nuestro porque ella bajaba las escaleras cuando me encontró llorando.

—¿La familia con niños que vivía en uno de los pisos de arriba se ha mudado?

—¿Qué familia?

—Es que no los conozco, pero sé que vivían más arriba que nosotros…

—Pero no tienen niños…

—Yo creo que sí tienen…

—Imposible. Aquí no ha habido niños en años, solo los suyos. Serían unos familiares.

Recibo la información como un jarro de agua fría. ¿Cómo que desde hace años no hay niños en el edificio? Si es así, ¿dónde iba ella entonces y por qué me mintió?

49

Nada más abrir la puerta de casa me encuentro cara a cara con Yurena y me pego un susto de muerte.

—Ay, perdona, Paula, es que he venido en cuanto he escuchado la llave para avisarte de que Martina está dormida en el salón. Los paseos le sientan de maravilla y duerme mucho más. Es una angelita, no da nada de guerra.

Cierro con cuidado y me quito la gabardina mientras busco las palabras apropiadas para que la situación no se vuelva de nuevo en mi contra.

—He dejado cena preparada, tortilla de patatas y judías verdes, seguro que una cosa compensa la otra y así Ethan no se queja por comer verduras…

—Yurena —la interrumpo tajante con tono seco—. Te dije que usaras el ascensor para salir por el garaje con Martina.

—Es lo que hago.

«No me mientas porque entonces ya sí que no tienes nada que hacer conmigo». Y eso que a mentirosa me llevo la palma.

—Hoy no —me aventuro a decir.

—Hoy también, ¿por qué lo dices?

—El portero me ha dicho que os ha visto.

—Rafa, sí, es encantador. Pero ha sido en el garaje, estaba subiendo cosas y nos hemos cruzado ahí.

Mierda, no lo había pensado, debía de estar limpiando el cuarto de instalaciones y se ha topado con él como yo, en el garaje. Me ha dado un buen corte, qué ganas de esconder la cabeza como las tortugas, si no fuera porque aún no le he preguntado por lo más gordo.

—También me ha dicho que no hay más niños en el edificio. —¿Ahora qué? ¿Por qué no reaccionas? Te he pillado pero bien—. ¿En qué piso tenías la entrevista?

—En el noveno —dice sin dudar.

Mentirosa. Podrías haber reculado, pero me sigues mintiendo. Has perdido la oportunidad de arreglar las cosas.

—No me mientas.

Se le abren los ojos como platos.

—No te estoy mintiendo, iba al noveno. Noveno, letra A.

—Muy bien, pues, si no te importa, ahora cuando se despierte Martina, vamos a bajar y le preguntamos a Rafa si en este edificio hay niños en el noveno A.

—De este no…, es el de al lado. Me confundí de bloque. —Yurena me mira con los ojos vidriosos—. Todo era verdad, salvo que me cancelaran la entrevista, me confundí con la dirección y llegué tarde. Cuando estaba en las escaleras, me llamaron para decirme que no me molestara en aparecer porque buscaban a alguien puntual. Ese era uno de los motivos por los que no quería que la agencia mediara, me dijeron que tenían que pensar si iban a seguir trabajando conmigo.

Tiene todo el sentido del mundo y debería tranquilizarme, pero me repatea.

—No vuelvas a mentirme —le digo antes de pasar por delante de ella.

Me dirijo con energía a ver a los niños. Es la primera vez que me separo tantas horas de ellos y he vivido un remolino de emociones, desde la intranquilidad y la culpa al goce más absoluto cuando he conseguido no tenerlos presentes. Voy a tener que controlarme para no resultar excesiva y despertar a Martina o que Ethan me suelte un bufido, pero quiero que les quede claro que, aunque trabaje, siguen siendo mi prioridad.

Al pasar por el salón, descubro mi portátil sobre la mesa; juraría que lo dejé en mi habitación antes de irme a la reunión porque, para mostrar las imágenes de la presentación, prefería llevar el iPad. Pero no es eso lo que más me sorprende, sino que muy cerca está sentado Ethan, junto a la cuna portátil de su hermana, leyendo uno de sus cómics de superhéroes, y a su lado está Raúl. ¡Raúl! Mi marido nunca llega antes a casa, ¿por qué lo ha hecho precisamente hoy que sabía que yo no estaría? Quisiera no pensar mal, pero, como siempre, me pongo en lo peor.

50

Mira que intento no pensar mal, pero es que no puedo ignorar lo que sucede a mi alrededor, no pienso permitir que nadie me tome por tonta y mucho menos en mi cara y en mi propia casa.

—¡Sorpresa! —exclama Raúl, con energía pero susurrando, cuando me ve alucinar.

Además de por que haya llegado tan pronto, me mosquea que esté tan contento cuando su madre está ingresada en el hospital y se suponía que estaba tan preocupado.

—Hola, cariño —saludo a Ethan, al que beso con énfasis.

No se queja ni se retira para limpiarse el beso. ¡Esto sí que es una sorpresa! Así que aprovecho y le abrazo. A ver si va a ser verdad que no verme en casa le ha hecho darse cuenta de lo mucho que me necesita. ¡Ojalá! Porque no quiero que se acostumbren a estar sin mí. Aunque he de confesar que me he sentido tan sometida con la maternidad que hoy he vuelto a fantasear con la idea de recuperar mi vida anterior, antes de ser madre, y no volver a encerrarme en casa. Pero solo ha durado un momento, no podría vivir sin mis hijos.

Me acerco a Raúl para darle un beso. Estoy tan intrigada por conocer el motivo por el que ha vuelto temprano y está de tan buen humor que se me olvida mirar a Martina, que duerme en su cuna.

—¿Qué tal está tu madre? —pregunto con la esperanza de que de ahí venga la alegría y que no sea una farsa para disimular.

—Bien, muy bien… Para como podría estar, claro. Tiene buen pronóstico —dice revolviendo el pelo de Ethan, que le sonríe; por lo menos tampoco está ya preocupado por la abuela—. Han confirmado que la conmoción cerebral ha sido leve y que tiene que descansar, nada de esfuerzos físicos o de concentración. El rollo es la recuperación de la lesión medular, es un proceso más largo y tiene que hacer rehabilitación para recuperar la movilidad del hombro. Pero en cualquier caso lo de la cabeza no ha sido nada gordo.

—Pues menos mal, porque el golpe que se dio era para haberse quedado ahí.

Es decirlo y arrepentirme al instante, sé que puede afectarle a Ethan.

—Es una buenísima noticia, ¿verdad? —me susurra Yurena mientras entra en mi campo de visión para llevarse los restos de la merienda de Ethan de la mesa de centro.

—No hace falta que recojas eso. —No he podido reprimirme. Y no lo digo por despecho, es que no es su trabajo.

—No me importa, no tengo nada que hacer —responde con su eterna sonrisa antes de ir hacia la cocina.

Miro a mi marido y a mi hijo, que la siguen con la vista. Están felices, antes les servía una y ahora somos dos. Pero no es eso lo que más me fastidia, sino que me ronda por la cabeza la idea de que Yurena está actuando así con Raúl por mi culpa. Al fin y al cabo, le dije que él me había pedido referencias instigado por su madre. Seguramente se esté esforzando para ganárselo.

Odio que me dejen con la palabra en la boca, así que me levanto y voy tras ella. Si vamos a jugar a ser buenas, yo seré la madre Teresa de Calcuta.

—Yurena, me parece un poco abusivo. Bastante trabajo y responsabilidad tienes ya como para encima…

—Es que yo lo hago feliz, con Martina tanto rato dormida me sobra el tiempo. Además, si me puedo llevar un poco en un táper a casa, eso que me ahorro.

—Quizá no sea bueno que duerma tanto, a ver si le va a pasar algo.

—Los bebés tiene que comer y dormir. Incluso más dormir que comer, descansar los alimenta —me dice guiñándome un ojo.

—Quédate a cenar con nosotros, Yurena —le dice Raúl al verla sacar el táper.

Lo que me faltaba ya, en mis propias narices.

—No, no quiero molestar…

—No molestas —responde él enseguida.

La canguro me busca con la mirada, pero soy incapaz de disimular que no me hace gracia. No solo por los malentendidos, sino porque vuelvo agotada y quiero estar tranquila con mi familia. Del mosqueo que tengo por que mi marido le insista tanto, mejor no voy a hablar.

—Es que he quedado con una amiga para ver una serie. —Seguro que miente, pero esta vez no me importa. Que se vaya a ver la serie con su amiga imaginaria.

—Otro día, ¿verdad? —intervengo yo, ahora sonriente.

Yurena mira a Raúl y a Ethan, pero ninguno dice nada. ¿Qué ha sido eso? No tarda en marcharse y los tres nos sentamos a la mesa a cenar lo que ha dejado preparado. Martina sigue dormida, lo cual

me inquieta, tanto que voy varias veces para comprobar que está respirando. Lo he hecho siempre con mis dos hijos, pero llevaba un tiempo sin hacerlo.

—Sigue dormida —digo al entrar de nuevo en la cocina.

—Mejor, así cenamos tranquilos —responde Raúl.

—Ya, pero es que ni se mueve. Me asusta. —Ethan pone cara de «cómo no». Sé que mi marido piensa igual que él, pero se reprime y no responde para dar por terminada la conversación. Sigo hablando —: Luego no nos va a dejar dormir, nos va a dar una nochecita…

—Está buenísima —dice Raúl, ignorándome, mientras mastica la tortilla.

—Ya ves —apoya Ethan.

He comido solo un poco, pero la verdad es que está muy buena. A ellos les encanta la tortilla, y a mí me cuesta calcular las proporciones y me suele salir un mazacote.

—Está buena, sí —digo—, pero no es su trabajo hacernos la cena…

—Pero, si ella quiere, ¿qué problema hay? —responde Ethan.

Raúl me mira.

—Pues que quiera algo a cambio, aunque no es el caso. ¡Bueno, sí! Ha pedido un táper.

Los dos se ríen. Yo no, a mí no me hace gracia. No estoy de humor y no sé si son celos o un sexto sentido lo que hace que me salten las alarmas.

—Yo quiero que haga la comida siempre, ¿se lo podemos decir? —Ethan me mira suplicante.

—Igual le interesa formalizarlo y le damos un bonus. Ahora con el trabajo a ti te va a venir bien delegar y no estar pendiente de eso.

Cuando empiece el rodaje…, y si acepta, ¡nos la podemos llevar de vacaciones!

Tengo que hacer un esfuerzo para sonreír. La idea suena bien; por primera vez en doce años, yo disfrutaría por fin de un verano para descansar. Pero no me gusta que haya sido él quien lo plantee y mucho menos la idea de compartir con ella nuestra intimidad tanto tiempo.

—¡Sí, que se venga! —se anima nuestro hijo.

Me gustaría poder odiar a Ethan en este momento, pero me puede verlo tan entusiasta. Se encuentra más tranquilo y objetivamente debería estar contenta con que hayan estado bien sin mí, pero me siento desconectada de mis hijos. Raúl me mira y le devuelvo la mirada con temor de que me haya leído el pensamiento.

—Está más contento porque sabe que la abuela va a estar bien, ¿verdad?

—Y no se va a morir —añade Ethan muy serio.

—Cariño, ¿tenías miedo de que se muriera la abuela? En nada se recuperará. —Le doy un beso en la cabeza—. Aunque hay que prepararse porque algún día…

—¡Paula! —me interrumpe mi marido.

—¡Mamá! —salta Ethan también.

—Qué manera de joder el momento, chica, de verdad… —dice Raúl para sí mientras se limpia la boca con la servilleta.

—Lo siento —mascullo.

Raúl mira a Ethan.

—Tenemos que darte una noticia. —Le vuelve a mirar, parece que intenta animarlo.

Me echo a temblar.

—Tengo que trabajar fuera dos días, me voy a Toledo —me informa Raúl—, y, como estás a tope con la película…, le hemos pedido a Yurena que se quede con vosotros.

Tardo en decir algo, pues no entiendo muy bien lo que me están proponiendo. El año pasado Raúl tuvo una temporada que viajaba todas las semanas para visitar a algún cliente fuera de Madrid, pero desde que nació Martina lo habitual es que solo lo haga una o dos veces al mes.

—Claro, aunque en principio trabajaré desde casa, voy a necesitar que siga viniendo…

—No, nos referimos a dormir aquí. Como una interna…

¿Una interna? ¡¿Qué?! De pronto, me asalta la imagen de Yurena escondida detrás de algún mueble del salón en mitad de la noche y siento un escalofrío que me recorre todo el cuerpo. No se me ocurre una noticia peor.

51

Raúl habla con entusiasmo sobre que se quede Yurena como interna en casa los días que él estará fuera por trabajo.

—Ya lo he hablado con ella y hemos llegado a un acuerdo.

«Hemos llegado a un acuerdo» me suena vomitivo en esta espiral de celos en la que me hallo. Tanto que me da más miedo abrirle las puertas de nuestra más absoluta intimidad que encontrármela por la noche escondida por la casa.

—Igual quiere venir tu madre —respondo cruzando los dedos para que así sea.

—Mi madre no se puede mover y estás trabajando, necesitas ayuda.

—Pero, si no tenemos habitación, ¿dónde va a dormir?

—Con los niños, en la cama nido. A Ethan le parece bien.

No me lo puedo creer… Voy a rebatirle, pero me interrumpe mi hijo.

—Y la película que vas a hacer es de miedo, ¿no? —me pregunta Ethan.

Los dos lo miramos sorprendidos. Es la primera vez que le importa algo de mi trabajo.

—Sí, bueno, es más de misterio…, pero hay elementos de terror.

—Pero ¿da miedo?

—Sí, hay gente que pasará miedo.

—¿Qué tal te ha ido? No nos has contado —se interesa Raúl.

Tampoco me habían preguntado hasta ahora, pero bueno.

—Bien, bastante bien. Ha gustado mucho todo lo que he propuesto.

—Me alegro, enhorabuena.

—¿Y la sangre es de verdad? —interviene Ethan ignorando mi comentario.

—No, la sangre en los rodajes suele ser artificial… —le respondo sin darle mucha bola.

—Yo leí una vez que usan sangre de vaca.

—Ufff, no sé, hijo, espero que no.

—¿Hay muchos muertos?

—¡Ethan! Cariño, ya… —le corto.

Mi marido me mira sin intervenir.

—¡Luego dices que nunca hablo y cuando lo hago me mandas callar!

Ethan se mete de golpe en la boca los tres trozos de tortilla que le quedan en el plato.

—Come despacio, que te vas a ahogar —le aviso.

Termina de masticar, bebe un poco de agua, recoge su plato y el vaso y los deja en la pila.

—Buenas noches.

Lo veo salir por la puerta mientras Raúl me recrimina mi comportamiento con la mirada. «Con lo bien que estábamos», parece decir.

52

Cuando termino de recoger la cocina, veo que Raúl ha salido a la terraza, lo que interpreto como que desea que hablemos. Compruebo que Martina respira en la cuna y que mi hijo también está dormido, aunque sospecho que se lo está haciendo.

—Ethan tenía razón, para una vez que te pregunta… —me dice mi marido sin mirarme.

Ya está, vuelvo a ser la aguafiestas de la casa.

—Es que me resultaba un poco siniestro.

—Es un niño, a esa edad a mí también me gustaban las pelis de terror, los monstruos y la sangre. Yo lo veo normal.

—No solo eso, me refiero a que Yurena duerma con los niños.

—¡Paula, por favor, ¿qué va a pasar?! Aprovecha y que le dé la toma de la noche ella, y así descansas.

Me han entrado ganas de llorar. Es mucha presión: el trabajo, los niños y la canguro. Los padres siempre queremos lo mejor para nuestros hijos. Entonces ¿por qué me molesta tanto que Yurena sea tan perfecta? ¿Acaso es que quiero lo mejor para Ethan y para Martina, pero que ella no sea mejor que yo? No es eso, y lo que está claro es que no tengo que comérmelo yo sola. Voy a contarle lo que ha sucedido. Lo demás seguiré callándomelo, como todo este tiempo.

—Es que venía un poco mosca…

—Has dicho que la presentación ha ido bien, ¿no? ¿Ha pasado algo luego con algún compañero?

Me mira expectante.

—Ha sido al volver aquí. —Veo que Raúl se pone serio, me está juzgando antes de saber de qué se trata, y eso me cohíbe—. Me he encontrado con Rafiki en el garaje y me ha dicho que ha visto a Martina y que está muy guapa…

—Es que es verdad…

—Sí, sí…, y también que es un soplo de aire fresco para el edificio —corro antes de que vuelva a interrumpirme para mostrar su conformidad— porque no hay más niños viviendo aquí.

Raúl me mira confuso.

—¿Y?

—Pues que me he preocupado, porque, si no hay más niños, ¿por qué Yurena me dijo que tenía una entrevista aquí?

—Igual también es cuidadora…

—No, no lo es…, ella me dijo que trabajaba para la agencia Nunú…

—¿Seguro que no hay más niños? Juraría que Tomás, el vecino que te digo que me encuentro mucho en el ascensor cuando vengo de trabajar…

—Sí, sé quién es. Vamos, no lo conozco, pero sé quién me dices.

—Es muy majo, siempre hablamos de cosas de los hijos y nos contamos. Yo juraría que es padre…

—Igual está separado y no viven con él.

—No sé, lo mismo…, la agencia…, me acuerdo de que era supertop y tú llamaste, ¿no?

—No, entre otras cosas para no pagar la comisión.

—¡Joder, Paula!

—¡No! ¡Escúchame antes de echarme la bronca! Fue ella la que me lo pidió, porque además no quería quedar mal con ellos… Si creo que te lo conté…

Me pone un gesto de que no se acuerda.

—Pero sí tenemos referencias…, ¿verdad?

—Sí, eso sí.

—¿Entonces?

Me siento acorralada, diga lo que diga siempre acabo teniendo la culpa yo.

—Nada, solo que no me gusta que me mientan…

—¿Crees que te estaba mintiendo?

—Hombre, Rafiki me ha dicho que hace tiempo que no hay ninguna familia más con niños, así que es obvio que me ha mentido.

—Igual se equivocó de edificio.

Raúl es muy inteligente, pero me sorprende que acierte con tanta rapidez. Sobre todo porque me deja bastante mal.

—Eso me ha dicho ella —afirmo con la boca pequeña.

—Tiene todo el sentido, los dos bloques son casi iguales. Si lo buscó antes y vino desde el metro, al ver el nuestro pensaría que era el suyo.

—Pero ¿no te parece mucha casualidad que justo se encontrara conmigo, la única madre de todo el edificio?

—También te digo que bendita casualidad, ni en nuestros mejores sueños contábamos con alguien así.

—Si solo te lo cuento para que sepas por qué venía un poco…

Raúl me interrumpe:

—Los niños están genial, es muy maja, cero rancia, con flexibilidad de horarios y encima cocina de la leche. Menos mal que se equivocó y que os encontrasteis.

—Lo de que los niños están genial… Martina se pasa el día durmiendo, no es normal…

—¿Qué insinúas?

—Nada. —No quiero historias.

—Dilo.

—¡Que nada!

—¿Crees que la está drogando o algo por el estilo?

—No…

—¿No?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas, o por lo menos lo dejas caer…

—¡Pienso que hay algo raro con Yurena, sí, pero no sé lo que es! —estallo.

—No hay vez que no haya algo raro, no sé cómo te las apañas… Disfruta un poco, mujer. Que siempre tienes que buscarle cinco pies al gato…

—¡Eso intento, pero me cuesta!

He levantado tanto la voz que Martina se despierta llorando con fuerza.

—Mira, ya sabes que no la ha drogado. Martina duerme porque Yurena le da calma —me dice antes de entrar a cogerla.

—Llora porque tiene hambre —contesto entre dientes.

No voy detrás. Me quedo en el mismo sitio mirándole con desconfianza. No me gusta nada lo que me ha dicho, pero mucho menos lo que me ha venido a la mente mientras le contaba lo del

portero y la casualidad de que Yurena y yo nos encontráramos. ¿Y si ha sido cosa de Raúl? ¿Y si fue él quien se encargó de buscar una buena profesional en su empeño por ayudarme y por eso me estaba esperando en el descansillo? Parece muy loco pero no imposible. Lo que me preocupa no es tanto que me esté mintiendo, sino averiguar si lo hizo por mí o porque quería tener a Yurena cerca.

53

Lunes, 6 de octubre de 2025
Dos días antes de los hechos

Aunque me inquieta quedarme sola en casa con Yurena y los niños, me estoy acostumbrando a tener ayuda y el fin de semana intensivo con mis hijos se me ha hecho un poco cuesta arriba. Me estresa más estar con ellos que trabajar. El tiempo ha pasado lento y no hemos hecho gran cosa. Solo hemos salido para visitar a Dolores, como cada sábado; la pobre mujer sigue convaleciente, ahora sí que de verdad se ha ganado el nombre.

Después de mis sospechas, no he dejado de observar en silencio a Raúl. Siento un profundo desasosiego y necesito saber si me estoy volviendo loca por culpa de los celos o si no ando desencaminada.

Tengo que hablar con Alberto sobre el calendario que hemos recibido a primera hora con los tiempos para tenerlo todo listo, y aprovecharé para que me dé su opinión sobre Yurena y la situación en casa.

Mientras Ethan está desayunando y yo preparo café para mí y para su padre, intento calmar las aguas, porque sigue de morros conmigo.

—He estado mirando lo de la sangre que me preguntaste. —Ethan me mira sorprendido—. Lo que he encontrado es lo que a mí me sonaba, que la artificial es la opción más común y segura para simular sangre en los rodajes. La sangre de vaca no se utiliza.

—Pues yo lo había leído…, o alguien me lo dijo.

—Dicen que no es la opción más práctica y que tampoco se usa por un tema ético. Existen diversas opciones de sangre artificial. La más habitual la elaboran con jarabes, colorantes y otros ingredientes que hacen que el aspecto y la textura sean muy similares, que gotee igual y todo eso —le explico.

—Gracias —me dice volviendo a los cereales.

Un «gracias» de mi hijo en este momento significa mucho y se me humedecen los ojos, lo que me confirma que estoy hecha un flan.

—De todas maneras la próxima vez que vea a los del equipo de Maquillaje de la película les preguntaré.

Le guiño un ojo, pero no se da cuenta, sigue centrado en su cuenco, aunque levanta el pulgar dándome el OK. En ese momento, entra Raúl y ve a Ethan sonriente.

—¿Pasa algo?

¡¿Qué va a pasar?! Me ofende que vea algo raro porque el niño esté sonriendo.

—Nada, le he estado explicando cómo se hace la sangre que se usa en los rodajes. —Ahí va mi revancha.

—Ah, muy bien. Nos vamos, ¡venga!

Ethan da un trago a la leche que quedaba y lleva el cuenco a la pila.

—Que tengas un buen día —le digo al tiempo que le hago una carantoña en el pelo.

—¡Mamá! Que me despeinas…

He cantado victoria demasiado pronto.

—Adiós. —Raúl se despide besándome en los labios, como cada mañana.

No soy capaz de devolverle el beso porque no he podido evitar imaginar cómo besaba los labios de Yurena, y se me ha vuelto a subir toda la sangre a la cabeza.

No los acompaño hasta la puerta, sino que llevo a Martina, que ya está despierta, al salón con Sophie, su jirafa para morder, y la dejo en su mecedora. Cuando escucho que la puerta se cierra, salgo a la terraza.

—¡Buenos días! —me saluda Alberto efusivo; a entusiasmo no le gana nadie.

—Has visto el correo, ¿no?

—Sí, te iba a llamar ahora. Pensé que estarías con todo el mogollón mañanero.

Aunque estoy ansiosa por contarle todo, tengo que esperar a que terminemos de organizar el trabajo para compartir mis sospechas. Le explico que estoy segura de que Yurena no es completamente clara conmigo y pongo sobre la mesa todo lo que me ha llevado a desconfiar de los dos adultos con los que convivo a diario. Lo hago como si fuera un caso que estuviera exponiendo, con suposiciones, indicios y pruebas. Solo me falta el veredicto del juez.

—A ver, pero ¿quién es claro del todo? Ninguno lo somos, y mucho menos con nuestros jefes —dice con sorna en cuanto le cuento todas mis sospechas sobre la canguro.

Pues sí que empezamos bien. Aunque tiene razón, si ellos supieran… Tampoco acabamos mejor, porque, después de explicarle

mis teorías conspiranoicas sobre lo extraño que fue nuestro encuentro, me dice:

—Querida mía, yo lo único que te puedo decir es que si entonces no te pareció increíble no debería parecértelo ahora.

—Pero es que entonces no sabía que no había más niños en el edificio.

—A mí sí me encaja que se equivocara, el bloque de al lado es prácticamente igual. Yo mismo me he confundido alguna vez. Además, si el encuentro hubiese sido muy extraño no te habrías puesto a hablar con ella. ¡Con lo que tú eres! No habrías caído. Que es una casualidad, sí. Pero no un imposible. —Como no respondo, mi amigo continúa—: Y lo de Raúl, no sé, chica, hace mucho que no lo veo, pero no me pega que haga todo eso. Más peligro tienes tú.

—¡Idiota! Ay, es que no sé lo que me pasa…

—Pues que estás nerviosa, tenemos un proyecto muy gordo y muy bonito entre manos y es normal que estés así. Yo estoy igual, y eso que no llevo tanto tiempo fuera del ruedo. Confía y tranquilízate, creo que tienes mucha suerte en casa y en el trabajo todo irá bien. Si Paula no supiera que lo vas a hacer increíble, no te habrían pedido…

—Que lo *vamos* a hacer, que somos un equipo.

Tras colgar, camino pensativa hasta el recibidor. Alberto ha restado importancia a mis sospechas y he decidido no seguir exponiéndome. Pero hay algo que no le he contado, y es la otra gran casualidad que tanto me preocupa: el enorme parecido que hay entre Yurena y mi madre. Tal vez tengo este mal presentimiento porque se están repitiendo algunos de los últimos momentos que viví con ella, salvo

que entonces no era yo la que desconfiaba, como ahora, sino que era ella la que sospechaba de mí.

54

Ya no salgo a recibir a Yurena porque utiliza sus propias llaves para entrar por la mañana, sin tener que llamar al telefonillo o al timbre, y así no corremos el riesgo de que se despierte Martina. La verdad es que a estas alturas me da igual si esto ocurre, me encierro en la habitación y que se ocupe ella, que para eso está. Pero, con tal de no poner trabas, que haga lo que quiera. Aunque, por si acaso, sigo pendiente de lo que hace. En una de las salidas, me la encuentro en el pasillo.

—¡Justo! —exclama al verme—. Iba a preguntarte si te parece bien que en lugar de preparar comida para la cena lo haga ahora. Así la comemos tú y yo, y ya se queda hecha para ellos. Es mejor comer fuerte y cenar ligero.

No puedo decirle que no a Miss Coherencia, pero no pienso comer con ella.

El resto de la mañana transcurre con normalidad, Martina pasa bastante tiempo despierta y Yurena juega con ella y le lee cuentos. También la veo por la ventana de mi habitación señalándole con la mano algo desde la terraza. Al rato escucho unos nudillos golpeando la puerta.

—Paula, perdona…

Me levanto y me asomo. No la dejo entrar, marco distancia.

—Dime.

—La comida está preparada, voy a salir con Martina.

—¿Ahora?

—Es que estaba esperando a que terminara de hacerse el puré de calabaza para dejarlo bien triturado por si lo quieres comer. Martina ya ha comido.

Me parece raro porque suelen salir antes, pero es la una y cuarto, no es tan mala hora para pasear. Lo prefiero, así no tengo que poner la excusa de que voy a almorzar en la habitación mientras trabajo.

—Muy bien, gracias. Acuérdate de entrar y salir por el garaje.

—Por supuesto.

Yurena espera una sonrisa, pero le cierro la puerta en las narices; no quiero que gane demasiada confianza porque no me parece transparente, aunque lo mismo podría decir ella de mí.

No tardo mucho en ir a la cocina para tomarme el puré cuanto antes y no coincidir con su regreso. Reconozco que está muy bueno, las cosas como son. Después vuelvo a trabajar, pero estoy tan cansada que se me cierran los ojos delante de mis bocetos. La mala noche me pasa factura.

No sé cuánto tiempo transcurre hasta que el móvil me pone en jaque. Lo peor no es que la música me despierte de golpe, sino que en la pantalla leo que la llamada es del colegio de Ethan. Ha tenido que pasarle algo, no he contestado y ya estoy temblando.

—Dígame.

—Buenas tardes, ¿Paula?

—Sí, soy yo. ¿Ha pasado algo?

—Qué tal, soy Lara, la tutora de Ethan.

No la había reconocido, pero no necesito recordatorios, quiero saber si le ha sucedido algo malo a mi hijo. La sombra de la figura del pederasta en libertad planea sobre mi cabeza.

—Hola, Lara, no te había reconocido, perdona. ¿Ethan está bien?

—Sí, está bien. Pero quería hablar contigo sobre el correo que os he enviado.

¿Correo? ¡Joder, lo ha debido de enviar cuando estaba dormida y no lo he visto!

—Pues es que he estado reunida hasta ahora y no lo he visto, lo siento. ¿Lo leo y hablamos?

—No, no hace falta. Pensé que no iba a tener hueco y os lo he contado por encima. Pero siempre es mejor hablar las cosas que por escrito…

—Totalmente —respondo.

Estoy a punto de morderme las uñas hasta los nudillos.

—Verás, es que hoy durante una de las clases de arte ha sucedido algo… que quiero que sepáis. —Esa pausa me ha parecido un poco peligrosa, ¿qué has hecho, Ethan?—. Estaban hablando sobre cuadros, si sabían su historia y en qué museos estaban… El caso es que Ethan no sabía el nombre de la obra de la que quería hablar y ha comenzado a describirla. Ha hablado de un hombre desnudo comiéndose a un bebé, que es su hijo pequeño.

—*Saturno devorando a su hijo* —respondo yo.

El cuadro es fuerte, pero tampoco son niños pequeños. La mayoría ve cosas mucho peores.

—Exacto, la profesora lo ha captado al momento.

—Pero ¿ha sido demasiado explícito…?

—No, porque ha intervenido enseguida y le ha explicado que hay dos versiones, una de Rubens y otra de Goya. —Me apasionan las dos—. El problema es que, cuando estaba en mitad de la explicación, la ha interrumpido y le ha preguntado: «¿Tú crees que en la vida real una madre se comería a su bebé si le molestara o si la pusiera en peligro?». —Recibo las palabras de mi hijo como un mazazo. Soy incapaz de responder, no sé qué decir ni qué pensar—. Paula, ¿estás ahí?

—Sí, sí, perdona.

—Es un tema delicado y me gustaría citaros para una tutoría, no quiero dejar pasar más tiempo. ¿Está todo bien en casa?

—Sí, claro. Bueno, no. No lo está. Hace una semana pasó algo que creo que es la explicación a esa pregunta. Ethan tenía una pareja de hámsteres que tuvieron crías y se encontró a la hembra comiéndoselas. Se puso a llorar porque no lo entendía y le expliqué lo primero que me vino a la mente —improviso—, queee… los roedores son diferentes a nosotros y que igual sentían que las crías los molestaban o que iban a llamar la atención de algún depredador y se las comían antes para salvarse. Admito que no es la mejor explicación y siento que su pregunta es la consecuencia a mi mal enfoque…

—Él no ha contado nada de eso, solo ha dicho que te lo ha visto a ti. Que tienes muchas fotos de cuadros y de fotografías de películas por el estilo.

Tierra trágame, ¡el dosier de la película que preparé para la reunión! Ha tenido que verlo. Pero ¿cómo? ¡El portátil estaba en el salón! Lo vi el viernes cuando volví de trabajar. Yo estaba convencida de que lo había dejado en mi escritorio, pero hasta la fecha Ethan

nunca me lo había cogido, por lo que tengo serias dudas de que lo haya hecho ahora. Solo pienso en que Yurena está detrás de esto, estoy segura, y en que, por mucho que mi hijo haya visto esas imágenes, no se estaba refiriendo a ellas cuando le ha preguntado la profesora. Le inquieta que sea yo quien se coma a su hermana. Pero lo que me preocupa a mí es que sepa que estuve a punto de hacerlo.

55

He conseguido explicar lo mejor que he podido a la tutora de Ethan que las imágenes que ha visto son referencias para la película en la que estoy trabajando. Por suerte, es una gran admiradora de la filmografía de Paula Ortiz y ha ido suavizando el tono conforme le iba contando. Al final, hemos quedado en que nos emplaza a Raúl y a mí a una tutoría en su despacho la semana que viene.

Al colgar pienso otra vez en la pregunta de Ethan: «¿Tú crees que en la vida real una madre se comería a su bebé si le molestara o si la pusiera en peligro?».

Me siento mal, muy mal. No soporto que mi hijo pueda albergar un pensamiento tan salvaje sobre mí, como tampoco saber que habría sido capaz de hacerlo; no de comérmela, por supuesto, pero sí de abortar para no llegar al punto en el que nos encontramos ahora.

Me tumbo sobre la cama y me pongo a llorar. Estoy desconsolada y no lo disimulo, dejo salir hasta el último de mis suspiros y gemidos de dolor. Entonces alguien toca a la puerta. Tiene que ser Yurena, pero no la he oído volver de la calle.

—Paula, ¿estás bien?

Me recompongo en un segundo, aunque no va a entrar.

—Sí, sí.

—Ya hemos vuelto. Ahora, cuando se duerma Martina, comeré yo, pero, si necesitas algo, dímelo.

—No, no. Muchas gracias —respondo mientras trato de limpiarme los mocos.

Me siento como cuando era adolescente y daba largas a mi madre para que me dejara en paz aun sabiendo que la necesitaba más que nunca. Eso fue antes de que cayera a los infiernos.

Lo que queda del día podría resumirse en una sucesión de broncas. La primera se la he echado yo a Ethan nada más volver del colegio.

—¿Me puedes explicar por qué has estado mirando en mi ordenador?

Por su cara está claro que mi hijo se esperaba un rapapolvo, pero lo que me perturba es que lo primero que hace es lanzar una mirada fugaz a Yurena, que está a mi espalda. ¿Qué me están ocultando?

—Vamos a tu habitación —le ordeno.

Me niego a que me mienta delante de ella. Ethan recorre el pasillo pisando con tanta fuerza que parece que se va a hundir el suelo. Entra en su cuarto y da un portazo.

—Si vuelves a cerrar así, arranco la puerta y la tiro por la terraza, ¡¿me oyes?! A ver qué gracia te hace quedarte sin puerta.

Intento resultar comprensiva, pero soy incapaz. Si llego a ir un paso por delante, me da en toda la cara. Al entrar lo veo sentado en la cama, apoyado en la pared.

—No me has respondido —le digo.

—Yo no he cogido tu ordenador.

—¿No? Pues eso no es lo que le has dicho a tu tutora.

—La culpa es mía —dice una voz que irrumpe en la habitación.

He dejado la puerta abierta y, cuando me giro, veo a Yurena junto al marco.

—¿Cómo? —pregunto intentando entender lo que está ocurriendo.

—Fui yo la que cogí el ordenador. Me llamaron desde Canarias porque en casa había una urgencia. Tenían que hacer un pago y no tenían dinero. Intenté hacerles una transferencia, pero no me dejaba desde la aplicación y no se me cargaba el buscador. Pensé en salir al banco con Martina, pero era por la tarde y ya habían cerrado. Les insistí en si podía esperar al día siguiente, pero me contestaron que no, que tenía que ser ya. No sabía qué hacer y entonces vi el portátil que te habías dejado en el salón. —Aunque estoy casi segura de que no lo deje ahí, no se lo rebato porque el viernes iba muy pillada de tiempo y podría estar equivocada—. No me parece bien tocar tus cosas, iba a preguntarte, pero como tenías la reunión tan importante de trabajo pensé que sería peor interrumpirte con una llamada o un audio. En ese momento, vino Ethan del colegio, fui a abrirle y al pasar vio el portátil abierto. No estaba encendido, pero entonces se me ocurrió que, si estaba él delante, te daría seguridad saber que yo no había hecho o mirado nada que no debiera. El problema es que cuando lo encendí aparecieron las imágenes del dosier que tenías abierto… y las vio. —Miro a mi hijo y, cuando se da cuenta, asiente levemente y clava la vista en el suelo—. Apenas le dejé verlas, pero la imagen de *Saturno devorando a su hijo* se le quedó grabada y quiso volver a verla. No se la enseñé, pero le conté lo que recordaba de ella, porque a mí también me impactó mucho cuando la vi en el colegio. Hice la transferencia y lo cerré. Pensaba explicártelo, pero…

—No lo hiciste —la corto—. Que sea la última vez que tocáis mis cosas cuando yo no estoy, ¿estamos? —les digo conteniendo mi

furia.

Ethan asiente. No busco la mirada de Yurena porque estoy segura de que le ha quedado bien clarito. Salgo con decisión, pero no doy más de un par de pasos antes de que me llame.

—Paula… —me dice casi susurrando. Yo me giro sin contestar nada—. De verdad, lo siento mucho. No he querido decirlo delante de Ethan para que no le afectara, pero no te lo conté porque no quería que te enfadaras con él, sobre todo porque sabía que, como es normal, no te gustaría que fuera cómplice de algo así y que encima hubiese visto todo eso. Y eso que, como te he dicho, al principio pensé que Ethan sería mi mejor tapadera frente a ti… Pero quiero que sepas que alucinó contigo. —Eso sí que no me lo esperaba—. Empezó a hacer preguntas… No sé si le has contado mucho sobre el rodaje y lo que haces, pero le encantaría y podríais estrechar mucho más los lazos.

Recuerdo la cena del viernes, Ethan estaba muy interesado y no dejaba de hacerme preguntas. Yo solo vi la parte siniestra, pero no tuve en cuenta que las cuestiones estaban relacionadas con el rodaje y mi trabajo, como dice Yurena. Hoy en el desayuno también le ha gustado que se lo explicara… Aunque me pongo mala de pensar que esta mujer ha entrado en mi portátil sin mi permiso, me llena de esperanza la posibilidad de haber encontrado la llave que abra una puerta donde nos encontremos mi hijo y yo, que recuperemos nuestra relación, que sea igual que antes de que naciera su hermana.

—Gracias, pero que sea la última vez.

—Te lo prometo.

No le doy más bola, ya estoy perdiendo tiempo. Tengo que volver a mi habitación para comprobar en el historial si en realidad se ha metido en la página de su banco, como asegura.

56

La segunda posible bronca se queda solo en un intento. Yurena introdujo el nombre de su banco en el buscador de mi ordenador, he podido comprobarlo en el historial. No hizo ninguna otra búsqueda, como me ha asegurado. Estoy tranquila, no hay rastro de nada que pueda comprometerme. Me cuidé mucho de limpiar todo aquello que pudiera usarse en mi contra y ahora me alegro de haberlo hecho, la duda no me dejaría dormir.

Por desgracia, no tengo la misma suerte con la tercera bronca, que hace más que justicia a aquello de «a la tercera va la vencida», porque es de las gordas. Raúl llega puntual. Hoy no ha ido a ver a su madre, al menos que yo sepa, porque no me ha escrito en toda la tarde. Eso solo puede significar una cosa: quiere hablar conmigo en persona, y, después del correo que nos ha mandado la tutora de Ethan, que ya he leído, no puede ser bueno en absoluto. Así que nada más ver la seriedad con la que me saluda, sin ningún disimulo y con los agujeros de la nariz inflados, me preparo para lo peor.

Sin embargo, no la paga conmigo, sino con nuestro hijo, que está en la cocina esperando que le sirva el puré que ha hecho la canguro al mediodía. Raúl va hacia él como un miura y la escena se repite. Empiezan las preguntas y los reproches, y Yurena, que estaba a punto de irse, sale en su rescate. El final no me sorprende. Una vez

más, mi marido se muestra comprensivo y amable con ella; él es así, pero me repatea que lo haga con otras. Con Ethan, en cambio, es mucho más tajante, lo cual agradezco porque no quiero que vuelva a ocurrir.

La batalla campal empieza un poco más tarde en nuestro dormitorio, cuando los niños ya están dormidos. Por eso, pese a los reproches, entre nosotros impera el susurro.

—Es que… ¿tú has visto el correo? ¡Parece que estamos criando a un psicópata! —me recrimina intentando no subir la voz.

—He hablado con Lara y cuando le he explicado bien lo que ha sucedido lo ha entendido. Ya verás cuando vayamos la semana que viene. Por cierto, tenemos que llamar a ver qué día nos dan cita con ella. De todas formas, no sé por qué te preocupa tanto. El viernes por la noche te parecía normalísimo que preguntara por lo más truculento…

—¡Por favor! ¿Has leído lo que le ha preguntado? Que si una madre se puede comer… ¿Es que no te preocupa?

—¡Raúl! Eso es por lo de las ratas que teníamos, como Ratona se comió a sus crías…, ha mezclado la idea con el cuadro de Saturno…

—Me da igual… Es que… ¿en qué momento…?

—Lo dices como si yo tuviera la culpa —le interrumpo—. Te recuerdo que aquí la que cogió mi ordenador y se lo enseñó fue Yurena. Pero la bronca me la llevo yo. Si llego a hacer yo eso…, u otra persona, vamos, ¡arde Troya! Cualquiera te coge a ti el ordenador y…

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oyes.

—No le he dicho nada a Yurena porque me ha dado pena. No sé lo que le habrá tocado vivir a esa chica, pero no hay que ser muy listo para saber que tuvo que ser algo muy duro. Por eso es tan dócil y necesita esa aprobación constante, siempre pidiendo perdón e intentando agradar…

Al escuchar las palabras de Raúl me acuerdo de la conversación con Conchita, la mujer que me dio las referencias de la canguro. No me quiso contar aquello tan grave que le ocurrió y que le impidió irse a Londres con la familia con la que trabajaba. Me sabe mal hacer hincapié, pero estoy en caliente y yo no tengo la culpa de lo que le haya pasado en la vida.

—De todas formas, Yurena dice que se encontró el portátil en el salón y nunca lo dejo ahí… —me defiendo.

—Alguna vez sí que…

—Alguna sí. Pero es muy raro y juraría que ese día no fue uno de ellos. Pongo la mano en el fuego.

—¿Dices que también está mintiendo en eso? —No le respondo, no me la quiero jugar, ya he soltado lo que pienso—. Vamos, que vuelve a ser ella, tenemos una canguro que parece ser un diez, pero que en el fondo es malísima.

—Yo no he dicho eso, solo que el ordenador no estaba donde dice.

—Es que, aunque fuera verdad, ¿qué diferencia habría? No ha hecho nada malo, no nos ha robado nada ni se ha comprado cosas con nuestras tarjetas. Si la tutora no llega a escribirnos con esta historia, ni nos habríamos enterado.

—Pues ese es el problema, que si no nos lo cuentan no sabríamos nada. Cuántas cosas no sabremos, ¿eh? Miedo me da.

—Paula —tiemblo, porque cuando me llama por mi nombre es que está muy pero que muy cabreado—, solo te pido que no empieces a ver peligros donde no los hay y a inventarte monstruos, por favor. No puede ser. Lo que es innegable es que Ethan está muy raro desde que tú haces cosas raras. La noche del jueves, sin ir más lejos…, tú no te viste en mitad del pasillo…

—Porque sonó la alarma…

—Déjame terminar, por favor —me corta—. A veces me das miedo. Este último año prácticamente no has salido y cuesta una barbaridad sacarte de casa, porque todo son peros y, si salimos, tiene que ser a tomar por culo… Te pasas el día aquí, espiando desde la terraza… Ya no sé si es que tienes manías persecutorias y piensas que nos van a atacar en el portal… Pero que ahora empieces con la canguro no puede ser. Lo digo porque parece que te estás obsesionando con ella y eso tiene un nombre…

No quiero escucharlo. Quiero explicarme, que me entienda, pero no puedo. No sabe todo lo que debería para comprenderme.

—Yo tampoco lo sé, pero no estoy loca. No tengo ningún problema con ella, pero desde que ha llegado no paran de suceder cosas.

—Sí, un montón de cosas y todas malísimas: has vuelto a trabajar, tienes tiempo para ti, los niños salen más de casa…, cosas horribles.

—¿Y la caída de tu madre? ¿Y lo de hoy con Ethan?

—De verdad, ¿crees que fue Yurena? —No le contesto porque el bucle puede ser infinito—. En cualquier caso, ya puedes reconciliarte con ella, porque mañana me marcho y voy a estar dos días fuera, y mi madre no va a poder venir a rescatarte. Así que tú sabrás…

—¿Mañana? No me lo habías dicho…

—Sí, te lo dije.

—No me dijiste que era ya, solo que…

—Pues ya lo sabes.

Mierda, ¡es ya! No me gusta nada la idea de quedarme sola con Yurena y los niños. Quiero gritarle que no sé por qué, pase lo que pase en esta casa, la culpable siempre tengo que ser yo. Pero no puedo hacerlo porque me lo merezco. Es cierto. Todo lo que ha pasado y está pasando es por mi culpa, y eso que ellos no saben ni la mitad.

57

Diario de Ethan

He visto cómo me miraban todos después de saber lo que pregunté en clase…, han flipado. Menudas caras han puesto, les ha asustado lo que dije. Piensan que yo fantaseo con que mamá se coma a mi hermana o me devore a mí. No puedo echarles la culpa… Lo he pensado muchas veces. Cuando pasó lo de Ratón y Ratona me imaginé a mamá viniendo por la noche a nuestra habitación con la luz y el sensor de la alarma apagados. No hacía ruido, pero yo notaba algo extraño y al abrir los ojos la descubría observándome con Martina desnuda en brazos. Tenía los ojos muy abiertos, como si se le fueran a salir, y después apretaba los muslos y el torso de mi hermana y la mordía jugando. Entonces me daba cuenta de que se iba separando la carne suave y rosada de la cara y que empezaba a sangrar. Se la estaba comiendo…

Lo alucinante es que yo no conocía el cuadro cuando lo pensé, por eso me quedé en shock cuando lo vi. Era casi como me lo había imaginado. Pero eso no significa que quiera que ocurra, sino que me da miedo que pase. Quiero dejar de escucharla llorar, salir a la calle y que todo vuelva a ser como antes, pero no que se la coma. Solo tengo ganas de que las cosas sean como cuando no había nacido, luego mamá cambió. Mamá sí que da miedo. Es a ella a quien deben temer, no a mí.

58

Martes, 7 de octubre de 2025
Un día antes de los hechos

Visto lo visto, he decidido ser práctica y no entrar en guerras con Yurena. Voy a interactuar con ella lo mínimo para que pasen cuanto antes estos dos días en los que tenemos que convivir. Además, el calendario de trabajo es apretado y no puedo perder el tiempo, sobre todo porque mañana por la tarde me han citado para explorar una localización muy especial, el Casino de Madrid, y quiero llevar los deberes hechos y planear alguna propuesta más. Además, salvo que descubriera algo revelador, no gano nada dejándome la salud ni acumulando rencor contra Raúl. Así que dejaré mi orgullo de lado y me centraré en todo lo bueno que tiene Yurena.

Llueve desde las nueve de la mañana y la canguro no ha salido con Martina a dar el paseo de rigor. Yurena ha notado que estoy más distante con ella. Sigo vigilando sus pasos, la evito todo lo posible, pero no es tonta y, en cuanto puede, se me acerca.

He ido a la cocina para hacerme un té que me ayude a no quedarme dormida, tengo demasiado trabajo y necesito estar atenta; no puedo permitirme dar una cabezada. Cuando me lo estoy sirviendo, aparece la canguro.

—No para de llover, así que no voy a pasear con Martina. —Mejor, aunque, la verdad, preferiría no tenerla por aquí—. Espero que se os haya pasado el susto de ayer —continúa diciendo con su voz melosa —. Anda que no hacía yo cosas por el estilo de pequeña… —Le he sonreído con cara de circunstancias, pero no la atiendo. He sacado un limón de la nevera para echarme un poco en el té—. Hubo una vez que llamaron a mis padres porque descubrí la serie *Twin Peaks* por mi hermano mayor, que tenía los VHS, y me obsesioné tanto que en los recreos les hablaba a mis compañeros de Bob, el espíritu maligno, y del manco que se cortó el brazo para dejar de matar…, imagínate. —Se ríe, y ha conseguido captar mi atención.

Es la primera vez que la escucho hablar de su familia, no sabía que tenía un hermano, pero me gana porque también me encantaba la serie de David Lynch.

—A mí el que me daba miedo era el padre de Laura Palmer, Leland, cuando se le ponía el pelo blanco… —arranco a decir, vencida por la nostalgia.

—¡Ufff, sí! Cuando se miraba en el espejo y se ponía los guantes de plástico antes de entrar en acción… Se me pone la piel de gallina solo de acordarme, mira. —Yurena se acerca un poco para enseñarme el brazo—. Solo quería repetirte que siento mucho lo que pasó con el ordenador. Me hubiera encantado grabarte la cara de Ethan para que lo vieras cuando observaba tu trabajo, lo mucho que te admira. *Twin Peaks* hizo que me convirtiera en una apasionada del terror; yo me dedico a otra cosa, pero quién sabe si a Ethan no se le ha despertado esa curiosidad maravillosa y le lleva a valorar lo que haces. Oye, igual acaba trabajando contigo en el futuro o

estudia Dirección y rueda sus propias películas. Desde luego, coco tiene y cuenta con la mejor maestra.

Maldición. Ya estamos. Siempre logra tocarme la vena sensible. Me tiene tan descolocada… ¿Cómo puede parecerme tan buena persona y al mismo tiempo tan sibilina? Aunque, como me diría Alberto, ¿quién no lo es? Yo la primera.

—Ojalá lo fuera —respondo—, he perdido mucho fuelle. Hace mucho que no trabajo y noto que me cuesta concentrarme… Hoy llevo un día…

No sé cómo lo hace, pero le explico a Yurena la película entera. Le hablo de la trama principal, de los personajes y de lo que he pensado para sus casas y decorados. Cómo voy a intentar que hablen de lo que no se menciona para completar el guion. Ese es el reto. Pocas veces he tenido un público tan entregado, y lo mejor de todo es que sabe del tema. Conoce todas las referencias que menciono y, cuando le hablo de las partes en las que ando un poco atascada, me da otras nuevas, que apunto para investigar después en mi habitación.

Seguimos hablando de películas y series hasta que nos damos cuenta de que ya es la hora de la comida. Ella va a preparar algo mientras yo me pongo en faena.

Ethan vuelve del colegio y le pregunto qué tal ha ido con su tutora. Me explica que ha sido bastante benevolente con él, pero que quiere vernos la semana que viene, ¡que no se me olvide pedir cita!

Mientras hablamos, Yurena me lanza sonrisas cómplices, se nota que se alegra de que haya paz entre nosotros. Ojalá no se

equivoque y poco a poco vayamos limando asperezas. Espero que también me pase lo mismo con ella.

—Ha dejado de llover, voy a aprovechar y le doy un paseíto a la reina de la casa. —Le hace pedorretas en la mejilla a Martina, que se derrite con ella—. Así os dejo solos…

Me gusta la idea; ya que estoy trabajando, puedo incluir a Ethan en lo que estoy haciendo. Le voy a decir que, en cuanto termine los deberes, me puede ayudar y le enseño mis nuevos diseños.

—¡Voy contigo! —exclama mientras abre el armario de la entrada para coger su balón de fútbol.

Mi gozo en un pozo. No tengo nada que hacer. Por eso no me resisto. También sé que, sin interferencias, el tiempo me cundirá más.

—Pero luego en cuanto vengas haces los deberes, ¿eh?

—Vaaale, no tengo muchos.

Otra vez será, en fin. Aunque me lleve un chasco, hoy todo me parece bien. Tengo tanto material nuevo que me ha sugerido Yurena para revisar que estoy deseando sentarme a mi escritorio para empezar.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que se han marchado, estoy viendo por encima *Delicatessen* en Filmin, y mis cuadernos de notas y esbozos están que arden. Entonces escucho que entran en casa, pero, como apenas hay luz y no hacen ruido, de pronto me planteo si no será que Raúl ha adelantado su vuelta, aunque no me preocupa tanto que pueda ser porque quiera estar con Yurena como que sea porque les ha pasado algo a los niños. El pensamiento apenas me cruza la mente, pero ya me he puesto nerviosa. Cuando alcanzo el recibidor, Yurena está plegando el carro para guardarlo en

el armario e Ethan está junto a ella con Martina en brazos. Nunca le había visto cogerla; miento, solo una vez, que se la pusimos encima para hacerle una foto cuando acababa de nacer. No contaba con que la rechazase de esa manera siendo tan mayor. Raúl y yo creíamos que eso pasaba cuando se llevaban menos años o eran más pequeños, pero con su edad…

—Menudo paseo os habéis dado, ¿no? ¡Venga, los deberes!

Al oírme, Yurena se gira y le quita la bebé a Ethan de las manos.

—Toma, tendrás ganas de verla —me dice mientras me la planta encima.

Su reacción me extraña mucho, parece que diera a entender que no veo a mi hija desde hace días. Pero ¡si hemos estado todo el rato juntas en casa! Dejo de darle vueltas cuando reparo en Ethan. No se ha inmutado cuando Yurena le ha arrebatado de una forma tan brusca a su hermana. Permanece de pie con la mirada en un punto. Pienso que quizá ha visto algo, una araña en la pared, o no sé…, pero no hay nada. Me fijo bien en su cara y me doy cuenta de que no es eso, es otra cosa y tiene que ser mucho peor, porque está pálido, como si acabase de ver a un muerto.

59

Cariño, ¿estás bien? —pregunto a Ethan, que sigue con el rostro desencajado.

—¡Uy, venía con un hambre! ¿Verdad? Y se nos ha olvidado la merienda.

Yurena suena forzada, creo que nunca la he visto tan fuera de lugar.

—Ethan, dime, ¿ha pasado algo? —insisto acercándome a él e ignorando a la canguro.

Mi hijo ya ha vuelto en sí, me mira ahora con extrañeza y me hace sentir que la exagerada soy yo.

—Voy a hacer los deberes —me responde.

Y después se va hacia su habitación como escapando. Yurena me sonríe, divertida.

—Adolescentes…, voy a ayudarlo. Me ha dicho que no entendía una cosa… —Me la quedo mirando y añade—: Igual me la llevo y así trabajas, ¿no? —me pregunta retóricamente mientras me quita de los brazos a Martina.

Se equivoca, yo no la miraba así porque me estorbara mi hija, sino porque sé que algo está pasando. Ethan no está bien. Tengo la sensación de que no se ha atrevido a hablar delante de Yurena, como si buscara su aprobación o ella le dirigiera. Quiero ir a hablar

con él a solas, pero voy a tener que esperar a que ella se vaya. ¿Por qué ese interés en ayudarlo con los deberes? ¿Le habrá pedido ayuda mi hijo o es que le quiere atar en corto?

«Piensa en positivo, Paula», me digo a modo de recordatorio. Los deberes son un suplicio. Raúl entiende de todo y disfruta demostrándolo, pero yo no tengo paciencia porque muchas veces no sé las respuestas y me pongo irascible por la rabia de no ser capaz de ayudarlo.

Espero pegada a la puerta de mi habitación a que salga Yurena del cuarto de los niños. La he dejado entornada y por la ranura que queda se cuela algo de luz que ilumina el pasillo, prácticamente a oscuras. Llevo un buen rato ya, he bajado la claridad de la pantalla del teléfono y aprovecho para buscar inspiración en Pinterest.

Veinte minutos después escucho llorar a Martina. La canguro sale con ella en brazos. Me viene genial que sea la hora de la toma para no eternizarme. Lo primero que hace Yurena es mirar hacia donde estoy, pero, por suerte, no me ha visto. Justo tenía el teléfono en el bolsillo y no me ha delatado. En cuanto se aleja, le tomo el relevo y me cuelo en la habitación de mis hijos.

—¡Mamá! ¡Qué susto me has dado, joder! —me grita Ethan, que da un bote cuando me descubre a su lado.

He sido tan cuidadosa para que no me escuchara Yurena que casi le da un infarto al pobre y otro a mí, porque no me esperaba su reacción y me he asustado también.

—Ay, lo siento, cariño. Perdóname. Es que quería hablar un momentito contigo. —Me mira expectante, abre tanto los ojos que parecen el doble de grandes—. Porque me he quedado un poco preocupada y me gustaría saber —conforme hablo me enorgullezco

del tono suave que utilizo; si a Yurena le funciona, seguro que a mí también— si ha pasado algo.

Ethan no responde, pero tampoco aparta los ojos; si está disimulando, lo hace muy bien.

—No, qué va —dice finalmente cuando ve que no me doy por vencida y le mantengo la mirada.

—Ethan, si sucediese algo, me lo contarías, ¿verdad? —Trago saliva—. Porque sería la única manera de poder ayudarte… —Va cediendo—. ¿Qué ha pasado, cariño? ¿Te han hecho algo Yurena u otra persona? —insisto.

—Había un hombre en el parque…

¡¿Cómo?! Ahora es a mí a la que se le van a salir los ojos de las órbitas, debo de tener la vena de la frente a punto de estallar porque puedo notar cómo me palpita.

—¿Quién era?

—No lo sé.

—¿Lo conocías? ¿Lo habías visto antes?

—No, qué va…

—¿Y qué ha pasado? ¿Te ha hecho algo? —Su silencio resulta demoledor. No puedo permitir que se bloquee, tengo que ayudarlo. No puede ser que esto nos esté pasando, con lo que me he esforzado en evitar que ocurriera, ¡maldita sea! Vuelvo a utilizar un tono más amable—. Cuéntame qué ha pasado, poco a poco… De lo que te acuerdes, sin prisa…

—Hemos entrado en el parque y hemos ido hacia el fondo a la derecha, donde hay más árboles y arbustos. A Yurena le gusta ir por ahí porque no hay casi nadie. Ella ha ido paseando con el carro hasta la parte más cerrada, que parece un laberinto, y yo me he

quedado dando toques con el balón antes de entrar ahí. No te gustaría nada esa zona porque hay tantos árboles altos que casi no entra la luz. Como tardaba, he ido por el camino más ancho, por el que se habían ido paseando. Allí había aún menos gente, pero he seguido andando y he visto que estaba parada en mitad del paseo con el carrito, y justo a unos pasos de ella había un hombre que me estaba mirando fijamente.

—Pero ¿estaban juntos? —le pregunto, alarmada.

—No lo sé, él iba un poco por delante. No sé si es que se dirigía hacia ellas y ha visto la cara de Yurena al ver que me acercaba y, por eso, se ha girado, o si ya había pasado de largo y venía en mi dirección. La cosa es que avanzaba hacia mí y, como estábamos solos y venía tan directo y sin dudar, me he asustado.

—¿Cómo era?

—Moreno, alto…

No puede ser…

—¿Te ha dicho algo?

—Sí… Se ha pegado a mí y me ha preguntado si estaba solo.

Me muero del miedo.

—¿Qué le has dicho?

—Que no, que estaba con ellas y las he señalado.

—¿Y qué más?

—Nada, me ha dicho que si era mi hermana y me ha preguntado por ella, si era buena. Lo típico que me preguntan, si llora mucho y todos esos rollos, pero…

—Pero ¿qué?

—Pues que me ha dado miedo, no sé si era por el sitio o por lo que me contaste del señor ese que hacía cosas a los chicos, pero me

he asustado.

Puedo verlo en sus ojos, ha vuelto a palidecer. Le abrazo fuerte.

—Normal, cariño. Pero tranquilo, no ha pasado nada…, ¿verdad?

—Sí…

—¿Te ha dicho algo más? —Me mira y parece pensativo, temo que le dé pudor contarme algo—. Me puedes contar lo que sea, lo sabes, ¿verdad? No podré ayudarte si no lo haces…

—Nada más, se ha ido.

—¿Y Yurena? ¿Qué ha hecho?

—Nada.

¡¿Cómo que nada?!

—¿No se ha acercado o le ha dicho algo?

—No, se ha quedado parada y ha esperado hasta que me he acercado a ellas. Parecía más asustada que yo.

No puede ser. Ese loco ha ido a por Ethan y tengo el pálpito de que es solo el principio. Antes de intervenir, necesito saber por qué coño Yurena no ha hecho nada.

60

Tengo que hacer algo, no sé muy bien qué, pero no puedo permitir que ese individuo se acerque a mis hijos.

—Ethan, cariño, si vuelves a ver a ese hombre, nunca más hables con él. Echas a correr o gritas y pides ayuda. Aunque esté Yurena, si no es capaz de protegerte, tienes que apañártelas tú. ¿Me oyes? Y no le dejes que se acerque a tu hermana. Ahora hablo con ella para decírselo también.

—No, no le digas nada, ¡por favor!

—¿Por qué? ¿Te ha dicho algo? —No me responde—. ¿Te ha pedido que no me lo cuentes?

—No, pero es que a ella le gusta ir por esa zona tan escondida, que parece que te vas a perder, y no quiero que le eches la bronca y que no la dejes ir más, yo quiero seguir saliendo a la calle. No me quiero quedar aquí siempre.

Mi hijo se calla de golpe para no romper a llorar. Se me parte el alma. ¿Qué le he hecho? Me da mucha pena. Soy consciente de que soy la culpable de todos sus males, pero no lo lamento. He hecho lo que tenía que hacer. De lo único que me arrepiento es de lo que le hice a mi madre.

Lo que ha pasado esta tarde es el claro ejemplo de que las medidas que he tomado parecían radicales, pero son pocas. Mira lo

que sucede cuando bajo la guardia. ¿Cómo no voy a encerrarlos? Por mucha lástima que me dé Ethan no pienso recular. Al contrario, es la única forma de que ese depredador no se acerque más a mis hijos. No voy a consentirlo. Volveré a encontrar la manera de evitarlo.

Lo que me reconcome es que Yurena no me ha contado nada al llegar y que no haya intervenido. Tal vez no le ha dado tanta importancia. Alguien que se acerca a un menor en un parque tiene que hacerlo con sutileza, como un encantador de serpientes, para no llamar la atención y aproximarse a él sin problema.

—No vuelvas a hablar con un extraño, sea quien sea y diga lo que diga. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Salgo de la habitación. La casa está prácticamente en penumbra, es casi de noche y solo hay encendida una lámpara del salón y otra de la terraza. Yurena debe de estar fuera porque entra aire y las cortinas cogen vuelo.

Me doy media vuelta y me encierro en mi dormitorio. No doy la luz y me acerco a la ventana. Desde ahí pellizco la cortina para dejar el hueco exacto para observar sin ser descubierta. Yurena está sentada en una de las sillas sujetando con los dos brazos a Martina, que está sobre la mesa. La canguro le hace carantoñas y le muerde los mofletes mientras ella se ríe a carcajadas. La escena resulta idílica, pero, ahora que conozco lo que ha ocurrido hace un rato en el parque, la veo con otros ojos y me parece de lo más sombría. Trato de calmarme y apartar los celos que asoman de nuevo cuando veo cuánto disfrutan juntas. Igual no le ha dicho nada al hombre porque le ha visto peligroso y no ha querido tener problemas, y no me lo ha contado para no alarmarme y que les prohibiera salir, como temía

Ethan. Tal vez no haya sido capaz de encararse por mero pudor. En cualquiera de los dos casos, es un problema, porque si no tiene carácter no es la persona indicada para cuidar de mis hijos. Necesitamos a alguien que los proteja con uñas y dientes, como hago yo. Si no, por mucho que me duela voy a tener que echarla.

61

Trato de tranquilizarme, no quiero parecer una histérica cuando hable con Raúl. Además, para que no se ponga a la defensiva, tampoco voy a reprocharle nada a Yurena, aunque ardo en deseos… Eso lo solucionaré después. Ahora necesito compartir esta preocupación con mi marido. No pienso contarle el origen del problema, por supuesto que no, pero es la ocasión idónea para que entienda el porqué de mis miedos y me apoye cuando endurezca las normas, que para mí más que normas son garantías. Todas mis expectativas se van al carajo cuando Raúl no me responde. Estará reunido o en mitad de una cena temprana con los clientes. ¡Mierda, no he pensado en eso! Creía que era un horario normal y como le haya sonado o vibrado el teléfono le habrá sentado fatal.

Espero un minuto a que me devuelva la llamada dando vueltas por la habitación sin perder de vista la silueta borrosa de la canguro con mi hija al otro lado de las cortinas. Raúl no me llama, y ahora soy yo la que echo humo por las orejas solo de pensar que ha visto mi nombre en la pantalla y me ha ignorado. ¿Y si le llamaba para decirle que le ha pasado algo a uno de sus niños? ¡O a los dos! ¡O a mí! ¡Qué cojones, es que les ha pasado! Con el calentón que tengo le dejo un audio en nuestro chat de WhatsApp. Intento controlarme, pero lo voy dividiendo para que no parezca un pódcast y que le dé

pereza y espere a estar en la cama del hotel para escucharme. En cuanto termino de contarle, siento un pinchazo en la cabeza, ¡joder, lo que me faltaba! La migraña. Mira que hacía tiempo que no tenía una de forma tan aguda, y, cuando empieza a palpitar, miedo me da, porque me deja muerta y estos días tengo que estar al cien por cien.

En la terraza se ha levantado algo de viento, pero Yurena sigue haciendo monerías a Martina. En cuanto la canguro me ve aparecer, se pone en guardia.

—Hace un poco de aire, pero en esta parte —se refiere a la que queda cubierta, como un porche— estamos más resguardadas. Es que me la podría comer entera a bocados. —Le da un mordisco en el cuello y Martina se ríe—. Se está partiendo de la risa porque…

—¿Qué ha pasado en el parque? —Yurena palidece—. Ethan me lo ha contado, así que te puedes ahorrar el numerito de actuar como si no supieras de lo que te estoy hablando.

—Es que no sé de lo que me estás hablando —me responde atónita.

—El hombre que se le ha acercado…

—¿Qué hombre?

—¿Por qué los llevas por una zona poco transitada? Me ha dicho que parece un laberinto…

—Precisamente por eso, si Martina se duerme, intento que no haya mucho ruido… La parte de los jardines de Cecilio Rodríguez es perfecta para eso.

Voy al grano porque me está poniendo de los nervios.

—¿Quién era el hombre que se ha acercado a mi hijo?

—No lo sé.

—¿Por qué no le has dicho nada?

—Porque no me ha parecido oportuno. —¿Perdona? No me lo puedo creer. Si Yurena no tuviera agarrada a mi hija, la tiraría por la terraza—. He visto que se ha parado para hablar con él, pero, al acercarme un poco, Ethan estaba señalando el balón y me he imaginado que estaban hablando de fútbol. Ha sido un momento y, cuando le he preguntado al niño, no me ha dicho que hubiera pasado algo grave, ¿ha sido así?

—Él no cuenta eso. Dice que le ha preguntado por su hermana, la relación que tienen…

Conforme hablo, me doy cuenta de lo comunes que son las preguntas, pero desconozco con qué intención las ha hecho. De pronto soy consciente de que, depende de los ojos con los que se miren, los hechos cobran distintos significados. Quizá ha sido mi culpa contaminar los ojos de Ethan y que haya terminado viendo peligros por todos lados… Menos mal que Raúl no está presente, sé lo que me diría, sería la gota que colmaría el vaso. Pero yo creo a nuestro hijo, entiendo ese miedo. Sé de dónde viene y por qué se lo he metido con calzador. Lo he hecho por su bien, por el bien de todos.

No voy a juzgarme, no estoy loca. Aunque hubiese sido Ethan quien interpretara las palabras del desconocido de manera errónea, ¿por qué en un primer momento Yurena no sabe de qué le estoy hablando y luego atina al instante? ¿Por qué me dice que se acercó cuando mi hijo me ha contado que lo dejó solo? ¿Cómo pensó que no le había dicho nada malo si un rato después, cuando han vuelto a casa, el pobre seguía blanco del susto? Solo hay una respuesta: me está mintiendo. Y no voy a permitirlo.

Suena el móvil, es Raúl. Ha sido un acierto enviarle un audio corto contándole lo más gordo. Lo cojo y hablo con él bajo la estricta mirada de la canguro, que no me quita ojo. Al principio, mi marido intenta normalizar la situación y quitarle hierro, pero, cuando ve que no me bajo del burro, termina por hacerme la pregunta que esperaba:

—¿Crees que es el pederasta?

Podría ser, aunque también podría no serlo, y no sé qué me asusta más. No puedo contarle todo lo que sé, mis sospechas. No puede saber mi secreto. Nadie debe saberlo. Pero creo que es algo más, algo mucho más complejo, que me gustaría enterrar bajo tierra, pero no se lo digo, aunque tampoco le miento. Simplemente me baso en lo ocurrido.

—Un hombre se ha acercado a Ethan en el parque y tenemos que impedir que lo haga de nuevo. Me da igual que no sea él, ningún hombre tiene que acercarse a nuestra familia. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Con qué intención? Porque digo yo que querría algo…, creo que debería llamar a la policía. —Dejo de escuchar la respiración de Raúl al otro lado. La policía son palabras mayores—. Pero lo quería hablar antes contigo, porque supongo que le harán muchas preguntas…

Yurena se retuerce en su sitio, está muy tensa.

—Aunque igual solo le piden identificarlo, le enseñan fotos… Estaría bien para quedarnos tranquilos y saber que no era ese cerdo —me responde.

—Yo lo que quiero es que nos protejan y que pongan más vigilancia en el parque porque ¿y si no es el pederasta? ¿Y si es otro diferente? Él no podría identificarlo si no lo ha visto antes. Estamos,

quiero decir, está en peligro… ¡Y su hermana también! Voy a llamar a la policía. Luego te cuento.

—Sí, estaré pendiente.

Cuelgo y, cuando estoy marcando el 112, Yurena se levanta y se acerca con premura. Viene con tanta brusquedad que me asusta verla tan pegada a la barandilla con Martina en brazos.

—No llames, por favor. Hay algo que tengo que contarte.

62

Separa a la niña de la barandilla, por favor —le pido a Yurena.

La canguro da un paso hacia dentro, pero me sigue mirando con ojos de cordero degollado.

—Es cierto lo que ha contado Ethan —empieza a hablar—. Se le ha acercado un hombre que venía hacia nosotras en el parque…, y yo no he hecho nada. —¡Lo sabía!—. Pero no por lo que te he contado, porque no me pareciera raro y pensara que no era necesario que interviniera, sino por otra cosa…

—¿Por qué? —pregunto ansiosa.

—Porque lo conozco. Estaba conmigo antes de que viniera Ethan y, cuando le ha visto acercarse de lejos, ha ido hacia él para que no nos viera juntos. Siento que haya sido una situación extraña y que Ethan se haya asustado, pero solo estaba disimulando para que no nos viera juntos. No pensaba hacerle nada. Te lo prometo. No llames a la policía, por favor.

Se cree que soy idiota, pero no me voy a dejar engatusar otra vez.

Quiero más información. Necesito saber.

—Yurena, ¿quién es ese hombre y qué hacías con él mientras cuidabas de mis hijos? Eso no me lo has contado.

—Esss… mi novio.

No reacciono. Trato de asimilar lo que acabo de escuchar. ¿Su novio? Pero ¡si me dijo que no tenía pareja! Ahora lo entiendo todo, por eso quiere salir tanto, porque así lo ve. Debería sentirme aliviada, pero mi cabreo no me lo permite.

—Me dijiste que no tenías novio —suelto sin concesiones.

—Porque no es algo formal, nos estamos conociendo…

—¿Os estáis conociendo y le juntas con mis hijos en la zona más oscura del parque sin mi permiso?

—Yo no quería, Paula…, llevamos meses viéndonos. Es muy buen niño, muy cariñoso. Me trata bien y me quiere. Por eso insiste en verme, y desde que trabajo con vosotros nos vemos mucho menos. Llego cansada o no coincidimos. Un día me llamó y se lo cogí porque estaba dando el paseo, e insistió en acompañarme. Le he ido dando largas, explicándole que no era buena idea y demás. Pero hoy me ha esperado… Supongo que por lógica se imaginaba que saldría en cuanto dejara de llover. Estaba paseando con Martina por la zona más tranquila para que aguantara dormida cuando me lo he encontrado. Me ha dado un susto de muerte, no me lo esperaba, y le he regañado. Pero mientras le explicaba que no estaba bien que nos viera Ethan, porque te lo iba a contar y no quería que te disgustaras, he visto que el niño venía hacia nosotros. Así que le he dicho que se apartara y, en vez de disimular, pasar de largo y no llamar su atención, se ha parado a hacerle preguntas. Ay, mi niño, el pobrecito se asustó, y con razón, porque Nacho, que así se llama, ha debido de actuar de forma tan forzada que tenía que dar miedo. Lo siento mucho…

No tengo palabras. No sé por dónde empezar. Le compro que haya sido casual y todo el rollo, pero ¿cómo no ha calmado a Ethan

estando tan asustado?

—Si lo peor no es lo que me cuentas, es que no le hayas explicado nada a Ethan viendo cómo estaba. ¿No has sido consciente de que estaba asustado? Estaba blanco…

—Lo siento, de verdad, he pensado que se le pasaría al llegar… Me daba miedo que…

—¿El qué? ¿Que te echara? ¿Que te pusiera de patitas en la calle? Pues mira por donde, al final…

Le quito a Martina de los brazos, pero Yurena no me deja terminar la frase y rompe a llorar desconsoladamente. Yo viví un momento parecido hace muchos años. La veo así y me parece que estoy viendo a mi madre…

—Me daba miedo volver a querer quitarme la vida.

Noto cómo el corazón me golpea fuerte.

63

Soy consciente de que ahora mismo debo de parecer la mujer de hielo porque no muestro ningún sentimiento. Pero me da igual, por mucho que vea llorar a Yurena y me provoque un remolino de emociones, no pienso abrazarla ni consolarla. Estoy cansada de tantas mentiras.

—Es que, por primera vez en mucho tiempo, soy feliz… Lo he pasado muy mal —me dice entre lágrimas.

De pronto pienso en las palabras de Conchita, la madre de la antigua jefa de Yurena, cuando me dijo que le había sucedido algo tan grave como para no irse con ellos a Londres. La miro y me reconozco en ella cuando trato de que Raúl me entienda sin contarle toda la verdad.

Veo esa impotencia en Yurena. Se ha intentado quitar la vida en algún momento, pero ¿por qué motivo? ¿Debería sentir lástima o preocuparme por meter en casa con mis hijos a una extraña con ideas suicidas?

—Yurena —le digo mirándola a los ojos—, si no me lo cuentas todo, no voy a poder entenderte. —«Es tu última oportunidad», aunque eso no lo verbalizo.

—Tuve un aborto, estaba de seis meses cuando lo perdí. —No para de llorar—. Mi pareja me dejó tirada y me hundí…

Santo Dios. Se me empañan los ojos y aprieto a Martina contra el pecho.

—Yurena… —repito con un hilo de voz.

—Deseaba tanto ser madre… No le había visto la carita, pero quería tanto a mi bebé…

La observo rota de dolor y veo de nuevo a mi madre. Me parece que estoy frente a ella y se me parte el corazón.

—Lo siento mucho. —Me muerdo el labio inferior para no echarme a llorar.

—Gracias por entenderlo… Hacía mucho que no era tan feliz.

La canguro no oculta su congoja y me lanzo a abrazarla. Martina queda muy pegada a la cara de Yurena y aprovecha para hacer una pedorreta. Nos pilla tan de sorpresa y estamos tan blanditas emocionalmente que las dos soltamos una carcajada y lloramos, pero de ternura.

—Pero bueno, ¡gamberra! —Me la como a besos.

—¡Ay, mi niña, que me hace pedorretas! —exclama Yurena tocándole la mejilla.

Yo sigo dándole besos a mi hija, que los recibe con carcajadas. La canguro se separa y se nos queda mirando en silencio. Y ocurre algo que vivo como un momento mágico: consigo verme a través de su mirada, de la misma manera que sentí el atractivo de Raúl cuando la vi observarlo por primera vez. Para mi sorpresa, descubro que lo hace con admiración, respeto y cariño. Y provoca en mí algo que no había experimentado con Martina hasta este momento: me hace ser consciente de que puedo ser una buena madre para ella. Me doy cuenta de lo mucho que la quiero.

—Tienes mucha suerte de tener a tu hija. Disfruta mucho de ella. Voy a hacer la cena.

Yurena no sabe lo importante que es lo que me acaba de decir. En cuanto entra en casa, rompo a llorar. Me permito hacerlo mientras apoyo la barbilla en la cabecita de Martina y me empapo de su dulce olor. Miro hacia la oscuridad del parque. Cuando la entrevisté me parecía importante que no tuviera hijos, pero, ahora que conozco su historia, pienso que haber perdido a su bebé es mucho peor. Y no solo por la pérdida, sino por la posible necesidad de sustituir su ausencia.

64

Los recientes acontecimientos podrían haber desembocado en una sucesión de dramas, como temía cuando Raúl me dijo que pasaría dos días con la canguro en casa. Pero no ha sido así. Juntas hemos conseguido sortear las dificultades y está mereciendo la pena. Tras nuestra charla, Ethan ha estado más participativo de lo normal en la cocina y le he descubierto varias veces mirándome como lo hacía antes de que cambiase tanto. Eso sí, no me quito de la cabeza la conversación con Yurena en la terraza. Ha sido muy duro conocer su historia y hay una parte que me preocupa, pero también ha resultado muy sanador. Miro a Martina, que duerme en su cuna junto a mí, y me doy cuenta de lo mucho que me ha ayudado escucharla.

Desde que la canguro ha aterrizado en nuestras vidas no percibo a mi hija como una carga llegada para alterar la paz que había en nuestro hogar, como me ocurría hasta ahora. Aunque jamás lo reconocería. En estos momentos la veo como una suerte, soy una privilegiada porque hay muchas mujeres, como Yurena, que han perdido a sus bebés o que no pueden ser madres.

Estos días compartidos con ella he vivido una montaña rusa de sentimientos y situaciones. Pero ahora la siento más cerca que nunca, porque, cuando nuestra relación ha estado a punto de saltar

por los aires, hemos sido capaces de vernos, de conectar y de entendernos. Me siento orgullosa de ello. Dos mujeres que, lejos de ser rivales, se ayudan y acompañan; ojalá fuera siempre así. Ojalá me atreviera a contarle lo que pasó. Ojalá hubiera abrazado a mi madre aquel día por última vez en lugar de hacer lo que hice.

No es tarde, pero estoy agotada, noto cómo la calma que me invade me va relajando hasta que cierro los ojos. Prefiero dormirme ya y apurar los últimos detalles del trabajo mañana temprano. Me estoy rindiendo al sueño cuando suena el móvil, es un mensaje. Me maldigo por no haber bajado el volumen, no tanto por mí, sino por Martina, pero no se ha despertado. Lo leo.

Qué te ha dicho la policía? Cuéntame por aquí. Estoy intranquilo y no puedo llamarte

¡Mierda, se me ha olvidado informar a mi marido! Intento pensar con claridad, pero estoy medio dormida. Voy a dejarle un audio contándole la conversación con Yurena, aunque tengo mis dudas. Me sabe mal exponerla así cuando ella ha sido tan sincera conmigo. No puedo responderle de esta manera.

Sí, perdona, termino ahora con Martina, que no se dormía. Al final, no he llamado, porque ha sido un malentendido

Cruzo los dedos para que le valga mi respuesta mientras pienso en la explicación más detallada que tendré que darle.

Cómo que un malentendido?

Ya la he cagado. No han empezado los reproches y ya estoy viendo que me la voy a llevar yo, como siempre, la exagerada que ha puesto el grito en el cielo por nada. Y encima le va a sentar el doble de mal por haberle interrumpido sabiendo lo importantes que son los clientes a los que ha ido a visitar y lo poco que le gusta que lo distraigan cuando está reunido. Intento pensar lo más rápido posible, no puedo cometer el error de siempre y culpar a Yurena, pero tampoco quiero que me rebote en toda la cara. De momento, no le puedo contar por lo que ha pasado, pobrecilla, es demasiado íntimo y siento que traicionaría la confianza de Yurena. Además, tampoco tengo necesidad de que él empatice demasiado con ella. Por otra parte, yo mejor que nadie sé lo que es convivir con algo tan doloroso que deseas mantener en secreto a toda costa, y no puedo hacerle eso. Solo me queda una opción.

Me ha dicho Yurena que no ha sido tan grave como ha contado Ethan. Así que no pasa nada, todo bien. Olvídate, ya me contarás

Todo bien no

Joder. Lo que yo decía, seguramente piensa que no quiero hablar de por qué he vuelto a hacer un mundo de algo sin importancia. Tengo que arreglarlo antes de que me la monte cuando termine con los clientes.

Ya sabes cómo es Ethan, pero ya está más tranquilo

Me alegro por él porque me va a escuchar.
Mañana hablamos. Te quiero

Te quiero

Me he vuelto a revolucionar y no me quito a Ethan de la cabeza. Espero que mañana se le haya pasado el calentón a su padre y no le eche la bronca. Sobre todo porque él podría defenderse y mi marido acabaría por descubrir que le he mentido. Una vez más, aunque eso no lo sepa.

Quién me iba a decir unos días atrás que engañaría de nuevo a Raúl y que lanzaría a Ethan a los leones para cubrir a la canguro. Nunca habría imaginado que gracias a ella empezaría a verme como me veo ahora y que me daría cuenta de que necesito a Martina y no solo a los hombres de la casa. Quién me iba a decir que me acostaría pensando en lo mucho que la necesito también a ella, a Yurena, nuestra canguro, nuestro ángel de la guarda, y que ahora mismo no podría vivir sin ella.

65

Diario de Ethan

He estado a punto de acostarme sin escribir nada… porque no sé si quiero acordarme de lo que ha pasado y además Yurena me había pedido que no se lo contara a mamá. Me ha dicho que, si me callaba, me dejaría jugar más con la consola, pero he sido incapaz.

¿Y si el hombre del parque es uno de esos enfermos, como los llama mamá, y se ha fijado en mí por culpa de mi hermana? Cuando me ha preguntado cómo era, se ha puesto blanca. Espero que no sea el guarro ese que me dijo que habían soltado. No me ha gustado nada cómo ese hombre me ha mirado, me da miedo.

Ahora me siento mal por mamá, ella ha intentado protegerme. No se ha puesto histérica, solo lo hace por Martina. Estoy harto de mi hermana… Si me quedo aquí encerrado, me voy a acabar volviendo loco, y, si salgo, porque como a ella hay que sacarla a pasear, me pasa lo de hoy. Es lo peor, no sé qué hacer.

Espero que Yurena no se enfade conmigo si mamá le dice algo… y que no me deje solo la próxima vez. Aunque de verdad espero que no vuelva a pasar algo así.

Voy a pensar en cosas bonitas para poder dormir, como me decía siempre mamá cuando era más pequeño y tenía miedo, porque como vuelva a acordarme de la mirada de ese señor no voy a parar de tener pesadillas.

66

Tengo que reconocer que Yurena ha tenido una buena idea al proponerme llevar a Ethan al parque de atracciones por su cumpleaños. Después del año tan complicado que llevamos, mi hijo se lo merece.

Raúl no está, hemos venido los cuatro: los niños, Yurena y yo.

Hacía siglos que no venía y estoy disfrutando mucho, sobre todo por ver tan feliz a mi niño. Verlo gozar es una suerte. Quisiera quedarme a vivir aquí con este cosquilleo constante y un sube y baja de risas y emociones.

Ethan quiere que nos subamos a las sillas voladoras, menos mal que aún no hemos comido para no vomitarlo todo.

Yurena, que lleva a Martina en brazos, le agarra la mano y nos dice adiós como si fuera un ventrílocuo. Luego Martina reproduce ella sola el gesto.

—Adiós, cariño. ¡Adiós! —grito entusiasmada mientras agito la mano.

Ethan también le devuelve el gesto a su hermana. La atracción se pone en marcha y empezamos a coger altura al tiempo que damos vueltas sin parar, cada vez a más velocidad. ¡Me había olvidado de esta sensación, qué locura! Me estoy mareando, así que tomo como

referencia a Yurena y Martina, que, cada vez que completamos una vuelta, nos saludan.

—¡Adiós, bebé, adiós!

Conforme vamos subiendo las distingo cada vez más pequeñas, pero aún puedo ver su rostro. En una de las vueltas me parece que la canguro ha dejado de saludar y tiene un gesto serio. Está tan tiesa que contrasta con el ambiente festivo. Me encuentro mal y no es por la atracción, sino porque intuyo que algo no está bien y, pese a que giramos cada vez más rápido, los segundos en que las pierdo de vista se me hacen eternos. Una vuelta más y la veo mirándome fijamente. Otra más y ahí sigue. Una más y no están. ¡¿Dónde han ido?!

—¡Martina! ¡Martina! —grito, desesperada.

Ethan se altera y me pregunta qué sucede. Intento permanecer tranquila, pero estoy a punto de desmayarme.

Cuando tocamos tierra de nuevo, salgo escopetada y las busco de un lado a otro, pero no las veo. La cabeza me da vueltas y mi cuerpo se balancea. Estoy muy mareada, pero no me importa, solo quiero encontrarlas. ¡¿Dónde están?!

Saco el teléfono y llamo a la canguro, pero no me responde, lo que me desespera aún más. Ethan va detrás de mí y trata de contenerme. Pero nadie puede calmarme. He visto cómo me miraba y sé lo que pretende hacer. No tengo ninguna duda. Gritaría para que me oyese todo el mundo: «¡Devuélveme a mi hija!».

Atravieso unas jardineras grandes y, de pronto, las descubro detrás de unos setos. Yurena se ha arrodillado en el césped, donde ha estirado una muselina sobre la que está tumbada boca abajo mi hija, sin nada de ropa. Corro hacia ellas y agarro su cuerpo desnudo.

Me giro para ver a Ethan, pero no está. Corro hacia los lados en su busca, no lo encuentro por ninguna parte.

—¡Ethan! ¿Dónde estás? ¡Ethan!

En uno de los giros, un hombre está plantado frente a mí, me mira fijamente con una sutil sonrisa que me hiela la sangre. Me suena mucho, pero no sé quién es. ¡Miento! Lo reconozco enseguida: es el pederasta que tanto temo y que vi en el reel de Instagram. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Por qué me sonríe de esa manera? ¡¿Dónde está Ethan?! Me volteo mientras suplico encontrarlo cuanto antes, pero me quedo petrificada al descubrir a Rafiki, el portero de nuestra finca, que también tiene los ojos clavados en mí con un gesto desafiante que nunca le había visto. No entiendo nada, ¿qué hace aquí y por qué me reta? No puedo perder más tiempo intentando encontrar respuestas, tengo que hallar a Ethan. Me vuelvo a girar y me topo con Dolores. Mi suegra también está parada frente a mí, de pie. Me sorprenden los moratones en su rostro. Me vuelvo rápidamente y descubro a Lara, la tutora de Ethan, que me observa retadora mientras me regaña negando con la cabeza. Sigo rotando, y Alberto y Raúl me vigilan. Aparecen todos menos mi hijo. Cuando giro trescientos sesenta grados, me encuentro pegada a mí a Yurena, que se ha puesto de pie y me mira con sus enormes ojos. Casi me muero del susto.

La primera vez que la vi me pareció un ángel, pero ahora es igual que Mia Farrow en *La semilla del diablo*. La canguro sujeta a mis hijos, que permanecen de espaldas a mí, pegados a su pecho. Todas estas personas que conozco me rodean, y el círculo se va estrechando. ¿Qué van a hacer? Quiero coger a Ethan y a Martina, pero Yurena no los suelta. Tengo que conseguir llevármelos o sé lo

que va a pasar: se los van a comer, como Ratona se comió a sus crías. Escucho una especie de alarma, ¿o es un timbre? Solo espero que sea la policía y que eviten que devoren a mis criaturas.

67

Unas voces me despiertan.

—¡Paula! ¡Paula!

Me levanto de un bote, es Yurena. ¿Qué ha pasado? Sigo tan metida en la pesadilla que me espero lo peor. ¡Los niños! ¡Algo les pasa a los niños! Salgo lo más rápido que puedo al pasillo, pero aún estoy dormida y me voy chocando con la pared.

—¡Ethan! ¡Ethan!

Estoy aterrorizada, no puede haber salido a la terraza. No, por favor.

—Estamos aquí.

Yurena me habla desde el recibidor. Al llegar me encuentro con una estampa kafkiana. Alicia, la vecina de al lado, está plantada en el umbral de la puerta y cruzada de brazos, en bata, con el pelo enmarañado y cara de susto. ¡Oh, no, no puede ser, otra vez no!

La canguro está más cerca de mí, sin Martina, que debe de seguir dormida, y me mira con gesto preocupado. Mi hijo está parado en mitad del descansillo, no se mueve, solo mira al frente, al enorme retrato de mi difunta madre. Tiene los ojos abiertos, pero sigue dormido. Está completamente sonámbulo.

—Me ha vuelto a despertar, no paraba de tocar el timbre —explica la vecina, bastante alterada.

—Lo siento mucho, Alicia —me apuro a decir—, debería haber sonado la alarma, no sé qué ha pasado. No lo entiendo. Prometo que será la última vez.

—Eso espero —me dice antes de meterse en su casa y cerrar de un portazo.

—A mí me ha despertado ella cuando ha llamado a la puerta. —El tono de Yurena es de verdadera preocupación.

El timbre era lo que escuchaba dentro del sueño. No era la policía que venía a salvarnos, era mi vecina. Madre mía. Pero ¿cómo puede ser? ¿Cómo es posible que Ethan haya salido de la habitación sin que sonara el sensor? Mi hijo sigue de pie frente al cuadro con la mandíbula apretada. Se me pone la piel de gallina porque me recuerda a los personajes de mi pesadilla, plantados frente a nosotros antes de estrechar el cerco. Me da tanta impresión que incluso dudo unos segundos si aún sigo dormida.

—Ethan, cariño, vamos a la cama.

Sé que es inútil hablarle porque no me escucha. Voy a acercarme para cogerle del brazo y llevarlo con cuidado de vuelta a la cama, pero por el pantalón del pijama desciende una mancha oscura que llega hasta el suelo y forma un charco de pis. Lo que me faltaba. Ahora tengo que bañarlo, como cuando era pequeño. Mi madre le sonríe desde lo alto, pero él parece ajeno a ella. Su gesto es frío e intimidante. Me da miedo que Ethan pueda hacer algo malo en este estado, sobre todo porque siempre podría alegar después que no era dueño de sus actos.

68

Miércoles, 8 de octubre de 2025
Día de los hechos

Hoy va a ser un gran día, hoy va a ser un gran día», me repito sin parar, como si fuera una cancioncita pegadiza. Necesito ánimos, he dormido poco y sigo impactada por la pesadilla y el escabroso episodio de Ethan sonámbulo que parece sacado de una película de Polanski. Pero lo cierto es que este pensamiento positivo no se corresponde con mi lenguaje corporal, porque estoy tensa desde que me he despertado.

Tanto es así que, al levantarme, tenía tan incrustado el retenedor que me ha costado horrores quitármelo y al sacarlo me he visto la boca llena de sangre. Lo peor de todo es que cuando aprieto tanto los dientes se me agudizan las migrañas, y hoy he amanecido con una nube espesa sobre la frente que amenaza con bombardearme durante todo el día con una estruendosa lluvia de truenos.

En cuanto toca despertar a Ethan, empieza la carrera para llegar a tiempo al colegio. Cuando estamos en la cocina y está a punto de desayunar, suena mi teléfono. Es una videollamada de Raúl y suplico que solo sea para darnos los buenos días y no porque se haya guardado la bronca.

—Buenos días, cariño —le digo sonriente nada más aceptar la llamada.

—Buenos días, pásame a Ethan.

Ya está. Adiós tranquilidad. Nos va a arruinar la mañana; lo único positivo es que seguramente el día ya no podrá ir a peor.

—Tu padre —le digo mientras estiro el brazo para que alcance el teléfono.

Ethan lo agarra. No sospecha la que se le viene encima.

—Hola, papá.

—Ya hablaremos bien tú y yo cuando vuelva a casa, pero quería darte las gracias por lo de ayer —dice con el sarcasmo que siempre utiliza cuando algo le fastidia mucho.

—¿Por qué? —pregunta Ethan sin entender.

—Por ser tan egoísta de inventarte el numerito ese en el parque para llamar la atención.

—¡Yo no me inventé nada! —salta.

Ahora es cuando sale la verdad a la luz y me acabo llevando yo la bronca de ambos, como si lo viera.

—Venga, no discutáis, que no merece la pena —intervengo para quitarle hierro al asunto—. Lo pasado pasado está.

—Déjame hablar con él —me responde tajante mi marido—. Todo lo del tipo ese…, ¿te parece poco? Yurena dice que no fue así…

—¡¿Cómo que no fue así?! —pregunta desesperado Ethan a la canguro, que se queda de piedra antes de lanzarme una mirada. Pero no soy capaz de darle ninguna indicación, a estas alturas ya está todo perdido. No sé qué es mejor, si que diga la verdad o que mienta descabelladamente. La canguro calla, ignora la petición de

Ethan y se refugia en el cuidado de Martina—. Yurena, díselo, dile que ayer se puso a hablar conmigo ese tío.

Mi hijo suena tan desesperado que resulta agresivo. Tanto que ella lo mira y responde con un hilo de voz:

—Ayer Ethan se asustó, pero en realidad no pasó nada. Siento que te alarmáramos —le dice a mi marido.

Ethan la mira atónito.

—Gracias, Yurena, pero no tienes que sentir nada. Ethan, me estás oyendo, ¿verdad?

—Sí —responde enfadado.

—Eres tú quien debería disculparse. Solo te recuerdo que estoy trabajando y es importante que esté concentrado para que mi visita sea fructífera y no me tenga que quedar más días.

—Pero ¡es que yo no he hecho nada malo, no me lo he inventado!

—¡Basta ya!

Los tres nos quedamos de piedra.

—Has escuchado lo que te he dicho, ¿no? ¿Lo comprendes? ¡No te oigo!

—Que síííí.

—Pues eso, así que te pido que me entiendas y que no seas egoísta. Y que no seas tampoco tan orgulloso de no admitir tus errores. ¿Entendido?

Ethan no dice nada. Yurena y yo nos miramos, pero no intervenimos.

—Sí, entendido.

—No la vuelvas a liar… ¡y cuida de tu hermana! —Mi hijo me devuelve el teléfono y aprovecha para lanzar una mirada asesina a Martina—. Que paséis un buen día. Luego te llamo. Os quiero.

—¡Espera un momento! No cuelgues —le pido a Raúl—, que quiero…

—Tengo que ir a mi habitación —me interrumpe Ethan, que fulmina con la mirada a la canguro antes de salir de la cocina.

—No te enfades, cariño…

—¡Paula! —exclama Raúl, impaciente.

—Ay, sí, perdona. Es que quería contarte que anoche tuvimos otro episodio de sonambulismo —me justifico.

Me separo un poco de Yurena y le doy la espalda.

—No me jodas, ¿qué pasó?

—Pues sobre las tres de la madrugada, Ethan salió de la habitación, abrió la puerta de casa y se puso a llamar a la puerta de la bicha.

—¡Se pondría hecha una furia!

—Tampoco tanto, llamó al timbre para que saliéramos y estuvo bastante contenida para la putada que es que te despierten a esas horas y con esa cara. Ethan daba miedo. Cuando salí, estaba mirando fijamente el cuadro de mi madre.

—Si es que no sabe lo que hace…

—Espera, que viene lo mejor… Se hizo pis.

—¡No!

—Imagínate la cara de Yurena… Y luego lo tuve que lavar, acostarlo… En fin, un numerazo…

—Pero ¿y la alarma?, ¿por qué no sonó?

—Es que eso era lo que te iba a decir, que hay que mirarla cuando llegues, porque el sensor debe de estar fastidiado o algo, ya es la segunda vez. Igual se ha mojado al limpiar, o yo qué sé. Esta noche pongo una silla delante de la puerta.

—Buena idea. Lo veo en cuanto llegue. Anda que Ethan me tiene contento. No puede ser, tenemos que pararle los pies porque se nos está subiendo a la chepa.

—Cariño, te tengo que dejar, me está llamando Paula Ortiz, debe de ser algo urgente de la película.

Miento descabelladamente.

—Sí, yo también tengo lío. Luego te llamo porque no quiero que la cosa se quede…

—Claro, aunque igual me pillas ya con el equipo. —Me niego a empezar el día como una moto, necesito tener los cinco sentidos puestos en todo lo que tengo que hacer—. Te dejo. Adiós.

Cuelgo y al girarme hacia Yurena la noto preocupada. No nos hemos portado bien con Ethan. He visto cómo la ha mirado antes de irse y, conociéndole, estoy convencida de que habrá represalias.

69

Diario de Ethan

Pensaba que ella era distinta, pero es mucho peor que mamá. Mamá lo único que quiere es lo mejor para mí, ~~al menos~~ eso dice. Yo ya no sé qué creer… Cuida de tu hermana, me dice. Cuídala tú, no te jode. Estoy harto, todavía tengo que dar las gracias y todo por poder salir un rato por las tardes porque la llevan de paseo. No soy un crío, no necesito que me den la mano, pero tampoco me gusta sentir que soy el segundo plato o que voy de rebote, como me hace sentir Yurena, que prefiere que no vaya, no soy idiota. Después de lo de ayer menos todavía, pero ahora voy a ser yo el que será su sombra… Antes de irnos, le pediré que me espere para ir con ella y mi hermana al parque, pero, para que no sospeche y se imagine lo que quiero hacer, le diré que es para llevarme el patinete eléctrico. Eso le gustará a mamá, porque con eso no me puedo meter en la tierra ni en los caminos más escondidos por los que quiere ir Yurena. Así que se va a quedar más tranquila y la canguro no va a dejar de hacer lo que hace siempre, que se cree que no me he dado cuenta. Hoy sí que pienso ver todo lo que hace. No sabe con quién se ha metido. Se ha equivocado si se cree que me puede echar la culpa de todo a mí y ella librarse. Se va a cagar… La voy a delatar. Me voy, que me están esperando.

70

Me sabe mal admitirlo, pero me encanta que Ethan me reclame como antes. Me reconforta sentir que vuelvo a ser su centro y que, después de tantos meses de agonía, las cosas poco a poco vuelven a su sitio. Aun así, me ha dado mucha pena que se haya marchado al colegio de morros. Ha pedido ir él solo, sin que le acompañe la canguro, y le he dejado para que se calmen las aguas con la condición de que espere a su amigo del bloque de al lado. Pensaba que era porque estaba molesto con Yurena, pero luego le ha dicho que quiere ir al paseo con Martina para llevar el patinete eléctrico. A eso sí que iba a negarme, porque me preocupa que se caiga o se lo lleven por delante. Pero es una batalla perdida porque Raúl hizo campaña para que mi suegra se lo regalase al niño por el cumpleaños, lo va a seguir usando por mucho que yo me oponga. Y, puestos a que lo haga, mejor en el parque y así no se meten por la misma zona de ayer y no se topan con el novio de Yurena, cosa que le he pedido encarecidamente.

—Nada de novios —me ha respondido con una sonrisa cómplice.

Me equivoqué respecto al dolor de cabeza y, por suerte, no ha ido a más. Hoy tengo bastante trabajo. Me apetece mucho ir al Casino de Madrid esta tarde con Alberto, Paula y la gente de Producción y Dirección. Es una de nuestras localizaciones estrella y es importante

ver bien qué necesitamos y qué podremos hacer con lo que nos dejen, y quiero llevar todo preparado. Además, como estaremos los equipos reunidos, aprovecharé para avanzar un par de propuestas importantes. Tengo que preparármelo bien para que no me lo tumben.

Trabajo concentrada, porque, si voy bien de tiempo, después quiero ir un rato al parque con los niños y Yurena. Ya me preocupa bastante que vayan los tres solos, pero… de perdidos al río. Cuando esté más segura, lo anunciaré. Solo necesitaré buscar una excusa para no salir todos juntos y llamar la atención. Les diré que tengo que responder un correo importante y que luego los alcanzo. La verdad es que me hace ilusión ver la cara de Martina descubriendo cosas. Es arriesgado, lo sé. Tendré que ponerme una gorra y gafas para que no se me reconozca fácilmente y estar poco tiempo para que las probabilidades de peligro sean las justas.

Así que me organizo para dejar mucho avanzado y así conseguir estar un poco con ellos. Después echaré otra hora larga antes de la reunión. Es lo bueno de que nos citen tan tarde de Producción, en el Casino no tenían las zonas en las que vamos a rodar libres hasta esa hora.

Poco antes del mediodía, recibo otra llamada de Raúl, espero que no sea para reincidir en el tema de Ethan y me altere. Le ignoro, por si acaso. De momento, Yurena y Martina no me han interrumpido en toda la mañana. Yo me he relajado, ni siquiera he ido a echarles un vistazo.

Tengo la esperanza de que, en cuanto Raúl vuelva de Toledo y vea que todo ha ido de maravilla, el rapapolvo a Ethan se quede en nada. Pero no tarda en llegar una notificación. Me ha dejado un

audio. No puedo evitar pensar que merezco tener un buen día, sin sobresaltos. Hace tiempo que me regalé el momento ducha, por mi salud emocional y porque me merezco un ratito de desconexión. Pues ahora decido regalarme el momento fuera móvil, que consiste en no estar disponible, salvo por una urgencia. Así que voy a darme el permiso de ausentarme todo lo que necesite. Bajo el volumen del teléfono, no quiero que nadie me desconcentre o no podré disfrutar con mis hijos en el parque porque tendré que seguir trabajando.

Sin embargo, al rato veo que Raúl no se ha dado por vencido: tengo varias llamadas perdidas y un nuevo audio. Igual es que ha pasado algo. ¿Dolores? Ya empiezo, no quiero volver a ser la Paula preocupada, la que se espera cualquier contratiempo. Me niego a ser la esposa que, por atender cualquier petición de su marido, acaba llegando tarde a todo… Él sabe que tengo mucho lío, así que tengo la excusa perfecta para seguir ignorándolo. Pero no tarda en intentar ponerse en contacto conmigo, esta vez por mensaje de texto.

ESCUCHA LOS MENSAJES.
ES IMPORTANTE

Se me para el corazón, Raúl no se comporta así. ¿Qué es tan importante como para que insista tanto? Mi cabeza va a mil por hora, espero que no haya descubierto mi secreto. Ya no sé qué pensar. Voy a reproducir el audio, pero en el último momento decido que es mejor llamarle.

—¡Paula! —exclama Raúl cuando descuelga.

El tono de desesperación de su voz es suficiente para saber que lo que me tiene que decir es peor de lo que esperaba.

—¿Qué pasa? Me estoy asustando.

—¿Has escuchado los audios?

—¡No, no! ¿Qué pasa? Dime, ¿qué es tan urgente?

—La canguro…

—Dime, ¿qué pasa con Yurena?

—¿Recuerdas lo que me has contado esta mañana sobre el sensor de la habitación de Ethan, que pensabas que estaba fallando porque no había sonado…?

—Sí —respondo expectante.

—Pues después de la última vez que nos despertaste a todos decidí comprar la cámara que me pediste.

—¿Qué?

Me acuerdo de que aquella noche dudé si podría haber alguien dentro de casa y que la imagen de Yurena oculta detrás del sofá me persiguió durante días. También que se lo comenté a Raúl, que podríamos poner una cámara oculta en el salón. Lo que no me esperaba es que fuera a hacerlo.

—Antes de irme, la instalé y la escondí para que no la vierais. Me quedaba más tranquilo, por si quería saber qué tal iba todo o si pasaba alguna cosa… —Vamos, que desconfiaba de todos nosotros. De mí la primera, está claro. Pero no le digo nada porque quiero saber ya qué ocurre con la canguro.

—Sí, ¿y qué pasa con Yurena?

—Como me has contado lo que ha sucedido con Ethan y que había sido a las tres de la madrugada, he revisado la grabación…

—¿Y?

—Pues que efectivamente a esa hora se ve a Ethan salir de su habitación, sonámbulo. Minutos después aparece Yurena, que sale corriendo hacia el recibidor, supongo que para abrir a la bicha, y un

poco después sales tú. El tema es que, cuando estás liada con la vecina y luego con Ethan, Yurena hace algo inesperado, ¿sabes qué?

—Sorpréndeme…

—Coloca el sensor de alarma en la posición en la que debía haber estado.

—¡¿Qué?!

—He vuelto a rebobinar hasta que he llegado a las once de la noche, a un momento en el que se la ve salir de la habitación a oscuras, con la linterna del teléfono encendida, e ir hacia la terraza. He seguido yendo hacia atrás hasta que se te ve a ti ir hasta nuestro cuarto con Martina para acostaros. Entonces, y aquí viene lo preocupante, aparece Yurena, que está manipulando el sensor para que no la delatara cuando sale después a la terraza…

Estoy preocupada porque la canguro me ha mentido e Ethan podría haber salido y haber tenido un accidente. Las consecuencias podrían haber sido irreversibles. Pero yo también me he despistado alguna vez y me cuesta juzgarla. Sobre todo porque sé en el estado emocional en el que se encontraba anoche. Me siento mal por tener otra vez más información que Raúl y no compartirla con él para que entienda por qué yo no vivo la situación con tanta gravedad. Estoy segura de que Yurena pensó que necesitaría volver a salir a tomar aire y por eso movió el sensor. Ni se imaginaba que se le olvidaría conectarlo otra vez. Me alegro de que no le haya pasado nada a Ethan y celebro que las intenciones de la canguro no fuesen de carácter autodestructivo. Hoy la he visto muy sonriente.

—Ahora mismo hablaré con ella. Seguramente querría salir a fumar o algo así y la ha cagado pero bien.

—No puede volver a mentirnos. Me da igual que quisiera fumar o porque se fuera a lanzar al vacío. —Él no se da cuenta de que esa versión, lejos de ser una exageración, es una posibilidad—. Lo que me inquieta es tener a alguien así en casa.

—No te preocupes, voy a hablar con ella —le repito.

—No la dejes sola con los niños, por favor te lo pido.

—Ay, Raúl, no empieces ahora tú. Voy a ir un rato al parque con ellos y luego sabes perfectamente que tengo que ir al Casino, te lo dije. —No puedo perder más tiempo—. Piensa en lo que me dirías si yo estuviera diciendo eso… Es ridículo, no va a pasar nada. Fíjate, si me apuras, es ella la que tiene que tener cuidado de Ethan y no al revés. Aunque se está portando muy bien. No seas muy duro con él.

—Paula, te digo en serio que no estoy tranquilo. No sabes lo que me alegra que me hayas dicho que vas con ellos al parque, hace tanto tiempo que no vais juntos… Sé que no puedo pedirte que no vayas al Casino, pero, Paula, por favor, invéntate algo. Ahora soy yo el que no quiere que Ethan y Martina se queden solos con Yurena hasta que aclaremos a qué diablos está jugando.

Hago un esfuerzo para no discutir con él, sobre todo cuando me vuelve a presionar.

—Cariño, no les puedo hacer esa faena. Hoy no puedo faltar. Por favor, no insistas. Créeme si te digo que todo está bien.

—No sé, Paula. No me ha gustado nada lo que he visto en las grabaciones.

Nos despedimos, pero noto que Raúl se ha quedado intranquilo. Intento ignorar sus palabras, todo está bajo control. Estoy convencida de que no va a pasar nada con Yurena, aunque debo reconocer que me ha inquietado escucharle tan preocupado porque

nunca se pone así. Y eso que no sabe que Yurena perdió a su bebé. Le comprendo, yo ya he pasado por esa fase varias veces. Aunque tampoco le viene mal, así la próxima vez se pondrá en mi lugar.

71

No estaba convencida de que Ethan fuera a recibir bien que quisiera ir con ellos al parque antes de ir a trabajar. Pero, cuando me escucha, abre los ojos y sonríe con entusiasmo. Es evidente que la sorpresa le ha encantado. Sin embargo, percibo un gesto extraño en Yurena. Me gustaría hacerle saber que no los acompaño para vigilarla o porque no confíe en ella, sino porque, después de nuestra conversación de ayer, me siento mejor conmigo misma y con mis hijos. Aunque no pienso bajar la guardia, va siendo hora de disfrutar plenamente de ellos. Cuando estamos cogiendo las cosas para bajar, empieza mi *acting.*

—¡Anda! Qué faena —digo mirando mi móvil—, me ha llegado un correo de la directora para un tema de esta tarde y tengo que responderle. Id bajando y os alcanzo en cinco minutos. Yurena, estate pendiente del teléfono.

—Muy bien —responde la canguro—. ¡Ay! Se me olvidaban las toallitas. Un segundo, perdona.

—¿Te has puesto la crema que te compré?

—Mamáááá…, si está nublado —rechista Ethan.

—¿Y qué? Hay que llevar crema siempre, hasta los días nublados. Nos lo dijo el dermatólogo.

Como no quiero que se cruce, voy yo a buscar el *stick* que le compré para la cara, el cuello y detrás de las orejas, que es una de las zonas más peligrosas para los chicos.

—No tardo nada, te lo traigo.

Me fijo en el teléfono. Raúl volvió a llamarme poco después de nuestra última conversación. Ahora sí que tiene que esperar. Que aprenda a controlarse como tengo que hacer yo. Tardo un segundo en volver y, al hacerlo, me sorprendo con la estampa que me encuentro: Ethan está de pie con la mirada fija, con una postura y expresión muy similares a las de anoche y que me provocaron escalofríos. Pero no es el cuadro de mi madre lo que mira con tanta intensidad, sino a su hermana. La está analizando con frialdad. Lo peor de todo es que me reconozco en él, yo la observo así desde que nació. Ethan y yo nos parecemos mucho, los dos somos intuitivos y tenemos mucho carácter, por eso chocamos tanto. Pero, aun así, me hiela la sangre que la observe de esa forma. Martina le está sonriendo desde el carro y estira las manos para que la coja, pero él permanece impasible y extremadamente serio. Me pregunto qué se le estará pasando por la cabeza. Prefiero no saberlo, pero eso es precisamente lo que más me asusta.

—Ay, es que me había dejado también los polvos, ¡qué desastre! Ayer no rellené el dispensador, perdón —dice Yurena, que aparece de nuevo, interrumpiendo el extraño momento.

Cuando me quedo sola en el recibidor me invade una sensación rara, algo cercano a la tristeza. Supongo que nos sucede a las personas que hemos rozado la depresión en algún momento de nuestras vidas, como a los adictos, y nunca podemos cantar victoria.

Me giro y me encuentro con los ojos de mi madre; ella mejor que nadie me entendería.

Poco después suena el timbre. Es Ethan, está apurado y aparece sin el patinete eléctrico.

—¿Qué pasa? —pregunto alterada.

—Nada, nada, es que tengo que ir al baño. Una urgencia…, prefiero venir aquí, que en el parque no es plan.

—Haces bien, no me gusta tampoco que vayas a los baños públicos tú solo, que hay cada cosa. No te fíes de nadie.

—Que síííí, mamá…

Cuando sale, le espero en el recibidor y le digo que coja un plátano.

—Madre mía, no me voy a poder ir nunca —refunfuña.

Me río y, antes de que salga, le digo que se lo coma.

Tengo una sensación maravillosa, las cosas no pueden ir mejor. Pero, de pronto, se me frunce el ceño porque, si es así, significa que a partir de ahora solo pueden ir a peor.

72

Me coloco frente al espejo la gorra y unas gafas de sol oscuras, y me subo el cuello del abrigo para que me tape media cara. Salgo por el garaje, no veo a nadie, y exactamente nueve minutos después me encuentro con Yurena y los niños en la fuente en la que nos hemos citado a través de un enlace de Google Maps.

—Pero ¡qué contenta está mi niña! —le digo a Martina, que sonríe al verme.

La saco del carro y la cojo en brazos mientras la beso en la mejilla. Es maravilloso experimentar este nivel de libertad, aunque la mirada sombría de mi hijo me recuerda que no todo va a ser tan sencillo. No me puedo olvidar de él y de sus celos por su hermana, menos ahora, que me lo he ganado de nuevo. Más me vale no volver a la casilla de salida.

—¿Qué tal va el patinete por aquí?, ¿hay mucho desnivel?

—Va bien, ¡mira!

Ethan acelera entusiasmado por que le haya prestado atención. Es solo un crío.

—¡Madre mía, puedes echar carreras con tu padre en su coche! ¡Qué barbaridad! —le grito, cómplice.

Lanzo un par de miradas para asegurarme de que nadie nos sigue o nos está observando. Yurena está pendiente de mí, seguro que

piensa que no confío en ella, que imagino que su novio aparecerá en cualquier instante. La noto expectante, intranquila, pese a que me sonríe cada vez que capta que la miro disimuladamente. Tal vez teme que se repita el episodio de ayer…, pero eso no es lo que me inquieta a mí, no es él quien me da miedo.

—¡¿Y esto?! ¡Esto no estaba antes! —exclamo cuando veo que cerca de la zona infantil han instalado un columpio giratorio circular de gran tamaño, de los que coges carrerilla con las piernas con fuerza y al subirlas va a mucha velocidad.

—¡Ya! Está guay, ¿nos subimos? —me invita Ethan.

—¡No! Ni hablar, que no quiero llegar escayolada al trabajo.

—¡Venga, mamá! ¡No seas cagada!

Yurena se ríe. Debe de ser gratificante vernos así después de toda la tensión que ha presenciado entre nosotros desde que llegó.

—Espera a que se baje esa niña —le digo—. No nos la vayamos a cargar por hacer el bruto.

Cuando el columpio se queda libre, mi hijo y yo nos subimos corriendo, como dos críos.

—¡Agárrate! —me avisa.

Me sujeto con fuerza y me preparo para lo que viene. Antes de cerrar los ojos para mitigar la impresión al sentir que aumenta la velocidad, miro a Yurena, que espera con Martina en brazos. Las dos están sonrientes.

—¡Adiós, mamá! —exclama la canguro, y agarra la manita de mi hija para despedirse—. ¡Adiós!

—¡Adiós, cariño! —le grito conteniéndome la risa que me producen los nervios que tengo.

No ha sido buena idea cerrar los ojos porque me mareo el doble. Los abro corriendo y me encuentro con Yurena y Martina saludándonos.

—¡Adióóós!

Ya no puedo responder, tengo miedo de vomitar si hago esfuerzos.

—¡Agárrate bien! —grita Ethan, que aumenta la fuerza con la que empuja.

Vamos adelante y atrás cada vez más rápido, y, en lugar de suplicarle que pare, me da un ataque de risa. Ethan también se ríe sin parar. Yurena y Martina no nos pierden la pista, sonrientes. En este instante de mi vida puedo decir que sé lo que es la felicidad.

Pero, de pronto, después de uno de los giros, las busco y no están. La canguro ha desaparecido, y con ella mi hija. Lo sé cuando combato el vértigo, miro alrededor y no las encuentro. ¿Dónde han ido? El idílico instante de hace unos segundos se estropea de golpe cuando me veo inmersa en la pesadilla de la noche anterior, y me aterra que termine de la misma manera. Tampoco ayuda recordar las advertencias de mi marido sobre la canguro.

—¡Paraaa, paraaa! —grito a Ethan.

Estoy tan desesperada que mi hijo no duda ni un segundo en frenar de golpe.

—¿Vas a vomitar? —pregunta en cuanto logra detener del todo el columpio. Pero yo ya me he bajado y me alejo haciendo eses para buscarlas—. ¡Lo siento!

Levanto el brazo y le hago un gesto para que no se preocupe. Un sudor frío me empapa, no puedo estar viviendo lo que soñé. ¿Cómo es posible que se haya ido de manera tan repentina?

—¡Yurena! ¡Yurenaaa!

No me responde y me pongo aún más nerviosa. Doy la vuelta a unos setos y entonces la veo: la canguro se ha arrodillado en el suelo, como en mi sueño, con Martina tumbada sobre una muselina. Mi hija está desnuda, como ocurría también en mi escabroso sueño, y me lanzo a por ella.

—¡Cuidado, que hemos tenido un accidente!

¡Juraría que también me decía esas palabras! ¿Qué está pasando? La cojo y me doy cuenta de que mi hija tiene la espalda resbaladiza y huele muy mal. En el césped hay un montón de toallitas limpiadoras hechas un burruño y manchadas de marrón. Ato cabos: se ha hecho caca, le ha llegado a la espalda, como le ha pasado más de una vez, y Yurena la está cambiando. Me siento ridícula y mal pero muy aliviada. Le devuelvo a Martina a la canguro, que no parece haberse dado cuenta de nada. Ethan aparece a mi lado y está asustado.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí, cariño, sí. Me he mareado un poco.

Le acaricio la cabeza y lo beso. Estoy empapada en sudor y el corazón aún me late a mil por hora. Pero todo está en orden. Miro el reloj, tengo casi dos horas, pero debo darme prisa si quiero ducharme, arreglarme y terminar de perfilar la propuesta mientras me tomo un té para estar despejada.

Les digo que tengo que marcharme ya y me despido de ellos. Ethan me sorprende con un abrazo que me emociona. Yurena me sonríe cómplice. Martina está esperando a que le haga alguna carantoña, y se me cae la baba. Le doy un beso en la mejilla y le digo que la quiero. Es la primera vez que lo hago. Me doy la vuelta y antes de alejarme escucho:

—¡Adiós, mamá!

Me giro y mis dos hijos están agitando las manos.

—¡Adiós! —respondo con énfasis.

Yurena sonríe. Esta escena no se repetirá nunca más.

73

Una hora y pico más tarde he terminado lo que me quedaba de tarea y consigo estar presentable. Estoy satisfecha, pero no me puedo relajar porque voy pillada de tiempo. Todavía he de llegar hasta el Casino y aparcar, que no será fácil. Cuando pare en algún semáforo, buscaré un parking. Seguramente tarde menos en metro, pero es probable que, si terminamos pronto, quieran acercarse a la productora, que está más lejos, y no me apetece tener que coger un taxi después. Compruebo que he metido en el bolso la tablet, el cuaderno de notas y los bocetos, y salgo por la puerta.

Mientras espero el ascensor, tengo la tentación de devolverle la llamada a Raúl, pero no voy a darle más bola, ahora soy yo la que está trabajando.

Casi me mato en el garaje, he resbalado porque hay agua en el suelo, como si Rafa hubiese fregado de mala manera o se le hubiera caído algo. Supongo que será porque sigue acondicionando el cuarto de instalaciones, debería tener más cuidado. Al salir a la calle con el coche, me lo encuentro tirando unas cajas al contenedor de la acera de enfrente. El portero también repara en mí y no me entero muy bien de lo que me dice en un principio, no quiero retrasarme y tengo la cabeza a otras cosas.

—Veo que tiene mucha prisa. Tenga cuidado, no se preocupe si llega un poco tarde, que es más importante llegar al destino sin que le pase nada…

—Ya, muchas gracias. Perdona, es que tengo que ir al Casino de Madrid y no sé si voy a poder aparcar.

—¿El de la calle Alcalá?

—Sí.

—Tiene enfrente el parking de Canalejas, el de las galerías de lujo que abrieron, mi hijo trabaja ahí.

—¡Gracias, Rafa!

—Un placer —me responde mientras yo ya he arrancado.

Cuando aparco en la planta más baja del garaje, me llama la atención lo oscuro que está todo. Al salir del coche, observo que la gran mayoría de los leds de diseño del techo están apagados y unos pocos parpadean. Me extraña muchísimo, es un edificio de lujo. La atmósfera me pone los pelos de punta, pero me consuelo pensando que no va a pasar nada. En una de las esquinas hay una escalera alta pegada a un cajetín de electricidad. Supongo que ha habido una avería y están arreglando las luces, pero no hay nadie. Entonces escucho algo a mi espalda y, cuando veo quién se perfila al fondo, sé que me estoy equivocando. Todavía pueden pasar muchas cosas. Y ninguna buena…

74

El fluorescente del techo sigue vibrando al ritmo de los latidos de mi acelerado corazón, estoy tan nerviosa que no distingo al hombre que avanza hacia mí. ¿De dónde ha salido? ¿Me ha estado siguiendo? Ahora recuerdo que me ha llamado la atención un coche que venía todo el rato pegado a mí hasta que he dejado de verlo. El desconocido es alto, fuerte y tiene el pelo moreno. No necesito más para saber quién es.

Tengo que llamar a la policía y avisar de que estoy sola aquí abajo, de que corro peligro. Saco el móvil, pero no hay cobertura, imposible realizar una llamada. ¡No puede ser! No quiero ponerme nerviosa y vuelvo a guardar el teléfono. Miro hacia el techo, me fijo en los rincones. No hay ninguna cámara que deje constancia de lo que pueda sucederme. Seguramente las hayan instalado junto a la máquina para pagar el tíquet, al lado de la puerta. Aunque hubiese dispositivos que recogieran este ángulo, dudo que se fuera a ver algo por la falta de luz. Qué hijo de puta, ¡es perfecto! Acelero el ritmo y avanzo con firmeza. Él también lo hace, lo sé porque escucho sus pasos con más fuerza a mi espalda y no necesito darme la vuelta para saber que, si no echo a correr, va a alcanzarme.

Trato de pensar con claridad. Saco el móvil de nuevo para llamar, en vano. Sigo sin cobertura. Corro, pero oigo sus pasos cada vez

más cercanos. El hombre es más rápido que yo y me siento indefensa. Ahora no estoy segura de haberlo visto antes, ¿lo han contratado para hacer un *encargo*? Por favor, que aparezca alguien.

Vuelvo a mirar al frente y ahora veo una puerta por la que asoman unas escaleras. Llega algo de luz y supongo que dan a la calle. Tengo que conseguir acercarme rápido para gritar fuerte para que me escuchen arriba y baje alguien para salvarme. Aunque también puedo presionar el botón de atención al cliente de la máquina y pedir ayuda. Eso si no vuelvo a tener línea antes y puedo llamar al fin.

Me fijo en la pantalla mientras avanzo y es cuando viene lo peor: en un segundo se llena de mensajes y alertas, ¡ha vuelto la cobertura! Tengo llamadas perdidas de números desconocidos, pero también de Alberto y ¡de la policía! ¿Qué ha pasado? En medio de la confusión que me invade, una idea terrible toma forma en mi cabeza: me estaban llamando porque sabían que iban a ejecutarme, como la crónica de una muerte anunciada. Si fuera así, no contarán con que yo esté viendo sus llamadas perdidas, quizá debían matarme antes, pero no han podido porque no estábamos solos como ahora. Prefiero creer eso y no que algo grave les ha pasado a mis hijos, por ejemplo.

La respuesta a todas mis inquietudes llega en unos segundos. El hombre sigue corriendo hacia mí y yo trato de seguir manteniendo la distancia, pero me es imposible. El miedo se ha apoderado de mí y lo veo todo negro; la duda de qué ha podido pasar me pesa y me impide que logre mis objetivos. No consigo llegar a la máquina ni aparece nadie para socorrerme. Grito, pero es difícil que alguien me escuche desde las plantas superiores. Unas manos grandes y

desconocidas me sujetan los brazos y me frenan. Grito más fuerte, las lágrimas me anegan los ojos, pero saco fuerzas para girarme de golpe hacia él y confirmo que no lo conozco. Cuando le miro a los ojos, algo me desconcierta: su mirada no transmite la furia ni la frialdad que esperaba, sino algo que me da más miedo… Puedo leer lástima, hasta compasión, hacia mí. Abre la boca y me dice:

—Cálmese, soy policía.

Entonces veo otra vez a mis hijos diciéndome adiós en el parque. Su imagen se me clava en el corazón y me desplomo de golpe.

JOAQUÍN

75

Tres semanas antes de los hechos

Mi madre me enseñó desde pequeño que en la vida, para alcanzar las metas, hay que ser constante. Hay que tener objetivos y ser persistente para lograrlos. Mi objetivo estaba muy claro. Sin embargo, aún no estaba seguro de cómo lo conseguiría. Pero, cuando cada día le pones energía, al final las cosas poco a poco van saliendo solas.

He estado meses esperando a que llegara el momento. Tenía que entrar en el edificio para acceder a ellos sin que se enteraran. Ella ha extremado las precauciones y cada vez me lo pone más difícil, pero no pienso darme por vencido. «Nunca te rindas», es otra de las enseñanzas que mi madre me ha grabado a fuego. No lo he hecho.

Cada semana hablaba con Rafael, el portero de la finca, y me lo camelaba para que me avisara tan pronto como quedara una plaza de garaje libre. Esa fue la única forma que encontré de acceder al inmueble sin depender de nadie ni llamar la atención. Esperé meses, un día tras otro, hasta que, por fin, me llamó para darme la buena noticia. Entrar en el bloque cuando quisiera y saber que me encontraba más cerca de ellos fue el primer paso para lograrlo, pero aún tenía que ser paciente.

El primer día que pasé dentro y me monté en el ascensor no pude reprimir una enorme sonrisa. Aquel era el lugar perfecto para obtener toda la información que necesitaba. Los vecinos se saludan y hablan entre ellos. Quizá al principio no. Pero cuando se coincide una y otra vez se suele romper la barrera del monosílabo y se van contando más cosas, sobre todo si uno de los dos sabe mucho más de lo que el otro nunca sospecharía y puede tirarle de la lengua.

Solo debo tener mucho cuidado y esperar al momento adecuado para hacerlo, cuando ella no pueda verme. Por mucho que se empeñe, no podrá impedir que me acerque. Aún no me lo creo, no me equivocaba, y después de pasearme a diario por el edificio la siguiente parte del plan también ha dado resultado: he obtenido todos los datos que necesitaba para poder dar el próximo paso. He de conseguir entrar en la casa familiar y se me ha ocurrido la manera perfecta para hacerlo. Mi madre va a estar muy orgullosa de su hijo.

YURENA

76

Lunes, 22 de septiembre de 2025
Dieciséis días antes de los hechos

Antes de sentarme para la entrevista, el hombre que tengo delante me hace saber que no soy la primera chica que ha visto esta tarde. «Muy bien», pienso yo. Quiero el trabajo, pero no hace falta que vaya tan de sobrado. Me repatea la gente que piensa que con su atractivo lo puede conseguir todo. Sin embargo, cuando observo cómo me habla, me parece que me necesita mucho más de lo que demuestra a simple vista.

—El trabajo es ligeramente diferente de lo que ponía en el anuncio —comienza cuando estamos ya los dos sentados a cada lado de la mesa.

Empezamos bien. Otro cerdo; si no quiere que llegue su San Martín, es mejor que me vaya ahora mismo.

—No me interesa, gracias.

Ya he tenido suficiente, no pienso volver a pasar por lo mismo. Estoy a punto de levantarme para irme cuando se echa hacia delante para frenar la silla con el brazo.

—Espera, me has malinterpretado. No te asustes, no estoy hablando de nada que tenga que ver con sexo. Es algo diferente.

No sé leer su expresión, pero, en cuanto me da los detalles de lo que se espera de mí y los motivos por los que me convertiría en algo así como su cómplice, entiendo esa necesidad que intuí al llegar.

Me hace varias preguntas, es un asunto tan delicado que comprendo que quiera saber cuánto necesito el trabajo, qué estaré dispuesta a hacer y, sobre todo, en qué condiciones. En algo así no puede haber fallos si no queremos salir mal parados los dos.

No opongo mucha resistencia. En general, todo me parece bien. Me habla con una sinceridad aplastante y enseguida consigue que su objetivo se convierta también en el mío. Quizá en otro momento de mi vida me hubiese pensado más embarcarme en algo como esto, pero estoy muy harta. Antes de huir de Tenerife, me prometí que no iba a seguir tragando con todo aquello con lo que no comulgara y que iría a muerte con las cosas en las que creo.

En la vida solo hay gente mala y gente menos mala. También hay personas repugnantes y egoístas, individuos con egos desmesurados que utilizan a los demás como si les pertenecieran hasta que dejan de interesarles. Yo sé mucho de eso y, después de lo que he tenido que pasar, me parece increíble que me vaya a pagar todo lo que me ofrece por hacer algo que probablemente habría hecho gratis. Porque me ha dado el trabajo y yo he aceptado. Hemos acabado mucho mejor de lo que empezamos. Tal vez lo que voy a hacer no esté bien visto, quizá no sea una manera ética de comportarse, pero no imagino mejor forma de comenzar esta nueva etapa. Salvo por la última petición que me hace, tengo que transformarme e interpretar un personaje completamente diferente a mí. No va a ser fácil. Y para eso no solo necesito un cambio en mi manera de actuar, sino también de imagen.

77

Martes, 23 de septiembre de 2025
Quince días antes de los hechos

Estamos en Usera y ni por asomo me esperaba que quisiera que me cortara el pelo en una peluquería china donde la pobre peluquera no nos entiende ni una palabra. Vivo en una habitación de un piso compartido en Lavapiés y me lo podría haber cortado en cualquier local del barrio. Otra de las cosas que me preguntó fue por mis compañeros de piso. Saltó del asiento cuando le dije que eran dos estudiantes italianas que se pasaban el día de fiesta y con las que ni siquiera me cruzaba en la minúscula cocina.

—Tenemos que ser muy discretos, que nadie nos relacione ni que puedan ubicarte —me dice cuando le pregunto el motivo de haber elegido este local para mi cambio de look.

Mi jefe piensa que tal vez aquí pasemos más desapercibidos, aunque yo creo que damos bastante la nota. Quizá sea porque sé lo que nos traemos entre manos. Cierro los ojos cuando cae el primer mechón al suelo, pero eso no me impide atender a las nuevas instrucciones que me da, aprovechando que la peluquera no nos comprende.

—Necesito que seas mucho más dulce. Es importante que, cuando hables, susurres, y que seas extremadamente amable y prudente. Es fundamental para conseguir nuestro objetivo.

Vaya, con lo que a mí me gusta dar voces, aunque también es cierto que llevo toda la vida siendo prudente. Por eso me han dado por todos lados. Mis padres me educaron para ser dócil y agradecida, pero la vida me ha enseñado a dejar de serlo y a castigar a los que se aprovechan de ello. Estoy deseando empezar mi misión.

Cuando me contó la imagen que buscaba, sentí un poco de vértigo, pero ahora que me veo en el espejo que tengo enfrente casi me caigo para atrás. Yo me veía a mí misma como Jean Seberg en *Al final de la escapada.* Sin embargo, observo unos ojos enormes heredados de mi padre y unos pómulos marcados por culpa de los disgustos y la falta de recursos. No obstante, estoy tan cambiada que apenas me reconozco.

—Madre mía, si parezco Mia Farrow en *La semilla del diablo*, ¡qué impresión! Me doy miedo a mí misma.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. —Lo miro sin saber a qué se refiere—. Sonreír.

Relajo el rostro y desaparece el ceño fruncido. Logro que se esfumen la violencia y la rabia que me reconcomen a diario. El milagro se produce con una sonrisa amable.

—Sonríe mucho, todo el tiempo. Grábatelo a fuego en la cabeza.

78

Jueves, 25 de septiembre de 2025
Trece días antes de los hechos

Llevo dos días prácticamente encerrada en este maldito edificio, y estoy a punto de perder la cordura. Aunque nunca he sido claustrofóbica, estoy agobiada por llevar tantísimas horas esperando en el mismo rincón de las escaleras que conducen al piso al que tengo que acceder. No puedo dar la luz, tampoco hablar por teléfono, apenas he comido y el sándwich guarro que me he preparado lo he engullido en un santiamén, por si justo nuestra amiguita se dignaba a salir de casa de una puta vez. Voy a pegarme un tiro, no sé cuántos días voy a tener que estar así hasta que se produzca nuestro orquestado encuentro. Tal y como voy vestida ahora y con este maquillaje rosado tengo el aspecto de una joven que no ha roto nunca un plato.

¡Qué desesperación! Si ya me caía mal antes, ahora quiero estrangularla. Como no salga hoy, me planto en su puerta y la aporreo. No sirve de nada encabronarme. Mi jefe me ha escrito un par de veces para saber si había habido suerte y casi le mando a la mierda y le digo que no me dé la brasa, que, cuando hable con ella, le informaré enseguida. Obvio. Pero después me he dado cuenta de

que era la oportunidad perfecta para poner en práctica mi nueva yo. Así que le he contestado de manera ejemplar:

Todavía no. Sigo pendiente, te aviso en cuanto haya alguna novedad

Lo perfecto habría sido decírselo por audio y que así escuchase la suavidad con la que voy a hablar a partir de ahora, alargando cada palabra hasta el infinito y más allá. Pero por experiencia sé que siempre es mejor prescindir de los audios, cuantas menos pruebas y rastro dejemos, mejor. Sobre todo cuando se trata de temas como este, por el que podríamos acabar los dos en la cárcel. Pero pienso más bien que dentro de nada tendré los bolsillos llenos y podré pagarme un curso de quiromasaje de la leche. Después espero encontrar nuevas oportunidades y puertas abiertas. Le escribo a mi jefe otro mensaje:

Quieres que mañana esté antes por si es por el horario?

No, tiene que ser a partir de las diez, antes no. No quiero que te cruces con el marido. No hay prisa. Repito: todo tiene su momento, y el mío está cerca

Qué misterioso. Me cuesta ponerme de pie, me duelen las rodillas de llevar tanto rato sentada. Subo una planta y bajo en el ascensor para salir por el garaje, como me señaló reiteradamente. Por la mañana me trae él, pero por la tarde salgo sola. De momento no me he encontrado con nadie, ni siquiera con el portero, así que bien.

Cuando salgo a la calle, veo que aún hay luz, me esperaba ya que fuera de noche. He perdido completamente la noción del tiempo. Debería ir hacia el metro, pero necesito caminar un poco, y tener

uno de los accesos del Retiro justo enfrente es de lo más tentador. Cruzo la calle y, antes de entrar en el parque, me doy la vuelta. Entonces observo el edificio del que he salido. Se ha levantado viento, pero ya no tengo que apartarme ningún molesto mechón de la cara. Empiezo a contar desde abajo hasta el séptimo piso. No sé a qué lado corresponde cada letra, pero sí que el piso que me interesa hace esquina y que es de los que tienen terraza. Miro hacia la derecha y no me parece ver nada, hay demasiada distancia y no sobresale ninguna figura. Miro al lado opuesto y a la izquierda del todo, pegada a la barandilla, vislumbro una silueta. Juraría que es una mujer. Es ella, Paula. Estoy convencida. Pero no es eso lo que me deja petrificada, sino que me da la impresión de que tiene algo en los brazos. No es posible, ¡cómo va a tener a la bebé tan expuesta al vacío! Esa mujer es mucho más peligrosa de lo que me habían dicho. Y va siendo hora de que alguien le pare los pies.

79

Viernes, 26 de septiembre de 2025
Doce días antes de los hechos

Cuando pienso que otro día más la suerte me ha dado la espalda, escucho gemidos y sollozos en la planta de abajo. Es una mujer, ¿será ella? Por Dios, que no haya hecho nada a sus hijos. Es mi momento, tengo que actuar con rapidez antes de que entre en casa y pierda la oportunidad que estaba esperando. Bostezo un par de veces y me froto los ojos para simular que he llorado también. Distingo una silueta sentada en el suelo y, cuando enciendo la luz, *voilà!* La reconozco, es Paula. Él tenía razón, todo llega.

Le pregunto si está bien forzando mi acento y confirmo que causo en ella el efecto deseado. Al verme, se ha quedado en shock, soy como una aparición. Ahora entiendo por qué tenía mi jefe tanto empeño en recrear meticulosamente mi nueva imagen. Paula parece asustada y triste. No sé si se debe a mi presencia o a los remordimientos por lo que hizo. Yo la rodeo con un brazo e intento consolarla. No sospecha que le estoy tendiendo una trampa porque me pregunta si soy una vecina del bloque y después si estoy de visita. Le explico que he venido por una entrevista de trabajo y que soy canguro. Este último detalle es importante.

Se asombra tanto que parece una niña que ha descubierto a Papá Noel. Es genial, pero tengo que seguir con mi *acting.* Ahora soy yo la que se muestra afectada y es ella quien me pregunta si estoy bien. Lo siguiente viene todo rodado, sobre todo porque se traga lo que le cuento. Ha sido un acierto saber que le gustaba la agencia Nunú y haber centrado el tiro, ¡casi se le caen las bragas cuando se lo he dicho!

Mi actuación es de óscar. Me hago la sorprendida cuando me explica que sus padres son de Tenerife. Justo cuando le pregunto si tiene hijos, aparece el niño, que la llama desesperado y asustado. Me inquieta que les haya hecho algo. El chico le grita de malas maneras que la bebé no para de llorar y que se va a volver loco. Antes de desaparecer, me mira de arriba abajo.

Paula, antes de ir tras él, me anuncia que tiene dos. Pensé que me mentiría u omitiría la respuesta, es una buena señal. No se ha cerrado en banda. Le suelto un rollo sobre mi nombre para que se le quede en la cabeza y crear un momento amable, mágico. Soy más dulce y cercana que nunca, me interesa fomentar ese halo maternal que le haga pensar en su progenitora. Se despide y remato la faena. Saco un pañuelo de papel y apunto a toda prisa una frase amable, mi nombre y mi número de teléfono. Me despido con unas palabras que sirvan de cebo, que le quede claro que estoy libre y dispuesta para trabajar. Ella me sonríe y se guarda el pañuelo.

Trato de ser cauta cuando doy el reporte a mi jefe, le describo el comportamiento de Paula aún más extraño de lo que ha sido para justificar mi fracaso en el caso de que no se ponga en contacto conmigo. De todas formas, sé que, si fuera así, mi trabajo acabaría aquí.

Pero sí lo hace. Al día siguiente, mientras me estoy preparando un café, recibo un mensaje desde un número desconocido.

Soy Paula, podríamos vernos el lunes en mi casa?

80

Lunes, 29 de septiembre de 2025
Nueve días antes de los hechos

Estoy subiendo en el ascensor mientras repaso todo lo que he hablado con mi jefe para que nada salga mal. Cumplo a rajatabla todos los requisitos: llego superpuntual, me he bañado en el perfume de coco que me facilitó y llevo puesto el jersey rosa con este cuello de monja que yo nunca me hubiese comprado, aunque reconozco que me favorece para mi nuevo rol.

Ya en el descansillo preparo la mejor de mis sonrisas y toco el timbre. Paula me abre y se le congela el gesto. Supongo que será mi aroma, pero cuando me invita a entrar me fijo en el enorme cuadro que preside el recibidor. Me quedo de piedra. Parezco un calco de la mujer retratada, y no es porque vayamos prácticamente igual vestidas y peinadas, son los rasgos y el aire que desprendemos.

Me señala que es su madre y no miento cuando le confieso que me veo muy parecida. Tengo que aparentar que no sé que está muerta, así que le pregunto si viene mucho por casa y Paula me cuenta que falleció cuando ella era casi una adolescente. Enseguida cambia de tema y me lleva a la terraza para no despertar a su hija, que duerme. Prefiero que la entrevista continúe allí, me ha dado

muy mal rollo el retrato de su madre, como si supiese mis verdaderas intenciones.

Al pasar por el salón me llama la atención lo ordenado que está todo. Si quiero ser indispensable, voy a tener que estar a la altura. He de buscar cosas que mejorar para que se vaya acostumbrando a mi presencia y no desee prescindir de mí. Cuando llegamos a la puerta de la terraza, me invita a pasar delante de ella y, mientras lo hago, siento su mirada clavada en mi nuca. Con toda la información que tengo, de pronto, temo que también haya intuido mis intenciones y me empuje al vacío. Sin embargo, se muestra amable mientras me enseña las vistas. Yo, por supuesto, correspondo. Respondo a cada frase con una sonrisa. Ya no hay nadie que me pueda parar, debo poner en práctica las claves para lograr mi misión. Si voy a trabajar en esta casa, lo primero que tengo que hacer es ganarme la confianza de toda la familia para que ninguno me cuestione. Después fingiré que acato las normas, pero haré lo que esté en mi mano para conseguir dos objetivos: llevarle a mi jefe lo que me ha pedido y sacar a la bebé a la calle.

81

Desde la calle no pensé que daría tanta impresión acercarse a la barandilla de la terraza. Paula está de acuerdo en que la caída desde aquí sería terrorífica. Recuerdo cuando la vi asomada con la bebé y espero que estuviese más separada de lo que estoy yo ahora, porque, de ser así, se merecería que la agarrase de los tobillos y la hiciese sentir al borde del abismo.

Después me pide que nos sentemos. Me cuenta que Ethan es sonámbulo y me indica que la terraza siempre debe quedar cerrada. Sonrío y asiento a todo lo que me dice, pero, cuando me pide paciencia porque es la primera entrevista que hace a alguien para que trabaje en su casa, me alarmo. ¿Aún no me ha dado el trabajo? Menos mal que enseguida me aclara que solo es para conocernos y evitar futuros malentendidos.

Por fin entra en materia y me habla de la parte que más me intriga: las condiciones. Estaba segura de que iba a querer explotarme. Sin embargo, todo suena más que aceptable. Supongo que las chicas de Nunú cobrarán bastante más, pero, teniendo en cuenta que no voy a pagar comisiones a nadie y que tampoco soy una profesional, no está nada mal. Sobre todo porque a lo que me ofrece le sumo el alto salario que me paga mi jefe por cada día de trabajo. Además, voy a recibir un suplemento en cuanto cumpla los

objetivos pactados. Me voy a hacer de oro. Lástima que va a ser poco tiempo, aunque no me quedaría aquí ni muerta. Cada rincón de esta casa transmite oscuridad y tristeza.

Continúo seduciéndola y me ofrezco a preparar la comida mientras la bebé duerma. Paula me dice que no es necesario, pero ya encontraré la manera de que prueben mis platos, no se podrán resistir. Esa puede ser una de las claves para hacerme indispensable.

Me habla sobre su marido y sus hijos, pero estoy atenta a analizar su lenguaje no verbal. Es increíble cómo la gente más cruel siempre parece la más sensata. Alucino cuando me dice que soy una más de la familia. Un llanto a través del monitor de vigilancia que Paula lleva consigo nos indica que Martina está despierta.

He estado a punto de meter la pata con el rollo de las princesas y decir que me encantaban, en pasado, porque es verdad. Ahora, sin embargo, no puedo escuchar esa palabra, me revuelvo porque me traslada al peor momento de mi vida. Por suerte, he podido recular en el último momento, pero mi tono sombrío no ha pasado desapercibido para Paula. Aunque lo arreglo cuando calmo a la bebé cantándole «A la rorro, niño», una canción de cuna tradicional canaria que mi jefe me ha obligado a aprenderme, a mí nunca me la cantaron de niña.

Al escucharme, a Paula se le ponen los ojos vidriosos. Soy intuitiva y me doy cuenta de que, cuando llega la estrofa que habla de pasear, su rostro se transforma, como si le hubiesen puesto una máscara hierática. Como me temía, ahora me bombardea con su retahíla de indicaciones respecto a Martina, que no me pilla de sorpresa, pero escuchar de su boca que la bebé no sale de su casa si no es por fuerza mayor me resulta escalofriante. Mi reto es

conseguir que esta enferma mental ceda y me permita sacar a la calle a la niña con la excusa de llevarla de paseo. Se lo dejo caer, aunque sé la respuesta.

No le ha gustado. Debo aprender a controlarme, al menos hasta que la tenga ganada del todo. Sus absurdas disculpas me dan ganas de vomitar. Después me explica que en su casa no se usan las redes sociales y que no puedo hacerles fotos ni vídeos a los niños, y mucho menos compartirlos. Tampoco puedo retratarme y que se vea el interior de la vivienda, por temas de seguridad. Me parece lógico que lo haga, pero me sienta como el culo. Se dirige a mí como si fuera una delincuente. ¡Ni que supiera lo que he venido a hacer aquí! Pero pienso igual que ella en cuanto a la exposición de sus hijos, los niños deben tener su privacidad. Es su imagen y ellos no pueden decidir. Porque, si pudieran, saldrían corriendo de aquí.

82

Continuamos la conversación en el salón y, cuando ya estoy cantando victoria, viene el interrogatorio de verdad. Primero me pide mi DNI para hacerle una fotografía a las dos caras y soy tan idiota que he cumplido con todo lo difícil, pero, con las prisas por ser puntual y los nervios, me he dejado la cartera en una cazadora. Se lo explico y me mira algo extrañada, pero me pide que se lo lleve al día siguiente. Mi jefe, por supuesto, no se va a enterar de este pequeño detalle. Entre otras cosas Paula quiere saber si tengo familia aquí, dónde vivo y si tardo en llegar o no. Tengo las respuestas preparadas con mi jefe, estoy bien entrenada. Para no contradecirme en el futuro, trato de no mentir demasiado, tan solo maquillo mi realidad. Hasta que llega la pregunta que tanto temía y, por mucho que pensara que estaba preparada, tengo que hacer un verdadero esfuerzo para que no se me note que se me revuelven las tripas. Aunque me incomode y me duela, soy capaz de decirle que no tengo hijos. Es cierto, pero la información es incompleta. Quiere saber asimismo si tengo pareja. Y también le digo la verdad, pero oculto un detalle sin importancia.

Entonces empiezan las reglas para atender a su hijo Ethan; parece que el pobre niño estuviera encerrado en Guantánamo. Ella señala que es un crío de armas tomar, igual que ella. Y le desconcierta mi

respuesta, le digo que está bien que sea así, hay que evitar que te pisen. No he querido retarla, es que realmente lo pienso.

También me advierte de que nada de pantallas para los niños, me parece bien. Sonrío, me muestro agradecida, pero de vez en cuando le dejo caer alguna. Le apunto que los adultos no queremos que los niños usen los móviles, pero que nos ven todo el día con ellos. A las restricciones se suma la del azúcar. Me está haciendo una lista de lo que debe merendar cuando suena el timbre de la puerta. Paula va a abrir a su hijo, que entra como un torbellino hacia el pasillo. Su madre le grita para que no despierte a su hermana y el niño le responde con un portazo. ¡Por fin una situación normal en esta casa! Y como respuesta escuchamos llorar a su hermana.

Le digo a Paula que voy yo sin esperar a que me responda. Me pongo manos a la obra para demostrar desde ya lo eficaz que soy. Pero Martina me fastidia la jugada, porque llora sin parar y no soy capaz de calmarla. En cualquier otro caso diría que quiere estar con su madre, pero aquí lo dudo. Así que debe de ser hambre. Salgo con ella en brazos y coincido con Ethan, que sale del baño. Al verme se queda clavado en el sitio y me mira como a un extraterrestre. Este pobre no ha visto a nadie que no sea de su familia aquí en meses. Yo le sonrío, como me han aconsejado, porque hasta que no le tenga pillado el punto es lo mejor. Pero él me mira de arriba abajo, sin disimular, y me hace sentir ridícula; debe de pensar que soy la versión de AliExpress de su abuela. No muestra interés hacia mi persona ni tampoco educación alguna cuando Paula me presenta como la canguro que ha venido a cuidar de su hermana. Supongo que se lo dice así para que no se agobie. Anoto en mi cabeza que con él hay que ir poco a poco. No pasa nada, me gustan los retos.

En la cocina Paula me enseña cómo preparar el biberón a Martina. Tomo nota y demuestro mis buenas dotes dándole yo la toma. Al acabar la llaman por teléfono y aprovecho que me quedo a solas con la bebé para llevar a cabo una de las partes más importantes del plan. Tengo que ser rápida pero muy cuidadosa. Nada puede fallar.

Más tarde le susurro un cuento en el salón mientras su madre está junto a nosotras con el portátil. Al rato suena la cerradura de la puerta principal, alguien está entrando. Cuando llega donde estamos, lo identifico de inmediato: su marido, uno de mis principales objetivos.

83

Uno de los puntos en los que más hincapié hizo mi jefe, cuando le dije que aceptaba el trabajo, fue en que era fundamental debilitar a Paula. Tenía que conseguir, de una manera inteligente y sutil, que hasta ella misma dudara de sus acciones. Y qué mejor manera que seduciendo a su marido para desestabilizarla. Yo no me opuse del todo, pero no quiero malentendidos. Desde fuera es muy sencillo, pero si juegas con fuego puedes arder, y yo aún estoy recogiendo mis cenizas.

Una de mis prioridades es tener de mi lado a Ethan, porque eso me facilitará bastante las cosas. Pero a Raúl me lo he de camelar con prudencia, necesito un aliado adulto dentro de la casa que me sirva de apoyo cuando me haga falta.

No sabía que el marido de Paula era tan atractivo, ni tampoco me esperaba que ella no le hubiese contado que iba a empezar a trabajar en su casa. Lo sé por la reacción de Raúl al verme. Esta tía es tan retorcida que no ha avisado ni a su marido ni a su hijo de que venía. Aun así él me sonríe, yo diría que se ha tomado mi presencia muy pero que muy bien. Esto tiene buen pronóstico.

He superado la primera prueba con creces, así me lo hace saber mi jefe cuando, al acabar mi jornada, cruzo la calle, me adentro en el parque hasta los árboles donde me espera y le doy lo que me

había pedido. Después le hablo sobre el ambiente tan oscuro que hay en esa casa y lo tensa que se pone Paula cuando me explica lo que no debo hacer. Está psicótica perdida y, aunque está claro que finge muy bien, la noto alterada, muy controladora y obsesiva.

Sus hijos, sin embargo, me han dado mucha pena. La mirada del niño es perturbadora, diría que no está acostumbrado a las visitas, y la bebé de primeras está tan crispada como la madre, pero, en cuanto le cantas con mimo, se duerme y es tiernísima. Todo esto es magnífico. Me viene muy bien porque, aunque resulte duro de presenciar, gracias a ello no voy a tener ningún remordimiento.

84

Martes, 30 de septiembre de 2025
Ocho días antes de los hechos

No rivalices con ella porque te sacará los ojos y habrás perdido la batalla» es un mantra que me repito una y otra vez. Intento tenerlo presente, sobre todo a la hora de acercarme a su marido. Si quiero ganarme a Raúl, no debo ser muy evidente para que él no se dé cuenta y parezca que es algo que solo se imagina ella. Así hasta Paula dudará y no podrá irritarse demasiado. La ropa recatada que me hace llevar mi jefe me ayuda en mi propósito.

Ya puedo afirmar que a Martina la tengo en el bote. No sé qué ha hecho con esta niña durante estos meses, pero en un día ya la veo más espabilada. A la bebé no le han hecho ni caso. Una cosa es atenderla y otra dedicarle tiempo de verdad. La pobre lo necesitaba.

—Ay, mi niña, pobrecita mía, ya verás cuando luego salgamos a la calle. Te va a encantar —le digo bajito cuando nos quedamos a solas. Ella me sonríe, es un sol.

A Paula se le ha iluminado la cara cuando, nada más entrar, le he dado mi DNI para que le sacara una fotografía. Me controla todo el rato, aunque yo hago como que no me doy cuenta. No me avisa ni me recuerda las tomas, tampoco comprueba si he cambiado a la

bebé, y no sé si es porque no le importa, porque se le olvida o porque me está probando. Por si acaso, apunto las tomas en un cuaderno para no equivocarme, no puedo asumir ese riesgo. Sería una falta gorda. No va a pasar.

Lo que está claro es que ayer no me equivocaba y, como me habían avisado, Paula no está bien. Me mosquea que me vigile tanto, me da miedo que sea demasiado lista, sepa mis intenciones y esté buscando el momento para darme mi merecido. Alguien así de retorcido no actuaría de una forma normal, yendo de frente como haría la mayoría.

Una de las veces en que aparece, cuando le estoy dando el biberón a la bebé, me cuenta que cuando Martina nació no se le agarraba al pecho. Normal. La pequeña le tenía que haber dado un buen mordisco, aunque fuera sin dientes. Casi he vuelto a cagarla porque le he soltado que, aunque no lo creamos, los más pequeños lo perciben todo. Y para rematarlo le he dicho que hay muchos dramas relacionados con los bebés. No me he podido aguantar. Le hablaba de Martina, por supuesto, una criatura que vive prácticamente secuestrada en esta casa.

Pero no debo despistarme, tengo que volver al tema y en cuanto puedo le pregunto por qué no puedo salir con la niña a la calle. Me dice que no es por nada en especial. La muy mentirosa, me dan ganas de soltar una carcajada y agarrarla del cuello. ¿Cómo se puede ser tan mala y tan cínica? Aunque me viene genial que trate de engañarme, no habrá ningún problema. Me pone excusas tontas cuando le propongo salir a pasear con Martina, pero no se resiste mucho y termina por aceptar. Me funciona el ser tan inocentemente pesada. Intento que sea en el horario que me han encargado, pero

ella insiste en que tiene que ser antes de la una. Hasta el día siguiente no va a poder ser. Es un engorro, pero se lo agradezco igual. Ya me extrañaba que todo fuera a resultar tan fácil, aunque en realidad está siendo coser y cantar.

85

Me voy a volver loca. Por mucho que quiera hacer las cosas bien, esta tía es tan enrevesada que las acabo haciendo mal. Está todo el día encima y siento que es lo que está buscando. Aunque quizá me he extralimitado en mi empeño por ganarme a Ethan y en demostrarle a ella que las cosas también se pueden hacer de buenas. En mi intento de devolverle la sonrisa al chaval la he vuelto a fastidiar.

Todo por un malentendido. Como Paula estaba trabajando en su habitación y llevaba un rato sin salir, he pensado que igual se había quedado dormida. Así que he esperado con la puerta abierta a Ethan para que no la despertara al llamar y le he preparado un bocadillo que se ha comido en el salón. Incluso he bromeado con él en la puerta con que le íbamos a pegar un buen susto a mamá, pero que a ella le iba a encantar lo bien que lo habíamos hecho todo. Lo que pretendía ser algo inofensivo se ha convertido en el susto del siglo, porque, al no escuchar la puerta, Paula ha pensado que a su hijo le había pasado algo grave. Ha aparecido en el salón totalmente desencajada. No entiendo cómo se asusta tanto con lo mal que lo trata.

Martina se está adaptando genial a mí. Apenas llora ni tiene mamitis. Normal. Tampoco el síndrome de Estocolmo ni busca el

afecto de su maltratadora. Ethan, por su parte, libra una constante guerra interna con su madre. Anda que no ha disfrutado al verla tan nerviosa. Cuando vives de esta forma, reírte es lo único que te queda. Aun así, tengo que cuidar mi relación con él.

Casi se me saltan las lágrimas cuando, al terminar de revisarle los deberes, me ha agradecido la manera en la que le he hablado, sin imponerle nada. A pesar de su chulería es un chico frágil y muy sensible. No es más que una víctima que necesita cariño. Me reconozco tanto en él que quiero abrazarlo todo el tiempo.

Antes de acabar mi jornada, pido disculpas a Paula. No se me puede olvidar que ella ha de ser mi aliada, no mi enemiga, por mucho que la deteste. Pero me doy cuenta de que debo ser cuidadosa, porque salta a la mínima y todo le ofende. No sé todavía si es porque se siente cuestionada o agredida. Aun así me he ofrecido para repetir la operación mañana y seguir acercándome a Ethan; me preocupa de verdad este chico. No le ha parecido mal, pero tiene que ser después del paseo porque… ¡sorpresa! Quiere que el chaval venga con nosotras. Mi jefe me va a matar cuando se lo diga, pero no quiero desanimarme. He de pensar en positivo: veinticuatro horas más y habré conseguido la parte más importante. Paula me da las gracias por este primer día. Para mí ha sido terrorífico, una montaña rusa, pero para ella debe de ser lo habitual. Cuando estoy a punto de montarme en el ascensor, me frena y suelta la bomba: quiere saber si tengo redes sociales.

86

Miércoles, 1 de octubre de 2025
Siete días antes de los hechos

Ayer salí del paso con el tema de las redes sociales como pude. Paula se quedó un poco mosca cuando le dije tajante pero sonriente que no tenía ninguna cuenta. Claro que tengo una, solo que sin foto y con mi apodo de adolescente seguido de un par de números. Cuando hui de Tenerife, borré la que tenía y abrí esta, que utilizo para seguir viendo lo que suben mis conocidos, pero sin dejar rastro ni que sepan de mí. Por mucho que me busque en Instagram, no me va a encontrar en la vida, igual que los demás. Me hace gracia que pensara que se lo iba a dar. Al final, de tan lista que se cree es la más tonta.

La jornada de hoy está siendo horrible, y eso que yo me dejo la vida en ser excelente en mi trabajo para que no pueda reprocharme nada. Me ha pedido que no me disculpe todo el rato. Tomo nota. Solo así no despertaré sospechas y cuando cometa algún error no me mandará directamente a la hoguera. Soy silenciosa y lo tengo todo recogido, incluso lo que no me compete, pero la muy zorra no me dice que no lo haga. Está pendiente como un ave rapaz, pero eso no lo ve o se hace la loca.

Hoy es el gran día. Paula me deja salir con Martina a la calle, aunque en el último momento me dijo que fuese por la tarde y que viniera también Ethan. Solo espero que las ansias que debe de tener el chico por salir me sirvan para que se pierda un ratito y me deje el campo libre. Mi jefe está avisado y no ha querido abortar la misión.

Cuando llega el niño, ya lo tengo todo preparado. Me sorprende que Paula esté tan por la labor de que salgamos. Si lleva tanto tiempo reteniendo a sus hijos, ¿por qué actúa así? Me huele a gato encerrado. No me encaja con la información que tengo, aquí está pasando algo. Aunque lo que me descoloca del todo es cuando Ethan suelta que no quiere venir porque tiene deberes. Yo me ofrezco al segundo a ayudarlo, este mocoso no me va a joder el trabajo hecho. Pero ella interviene: que mejor lo dejemos para otro día porque tampoco hace tan buen tiempo. No puedo disimular y se me borra la sonrisa de golpe. Menuda jugada me ha hecho, ¡qué cabrona! Si quiere guerra, la va a tener.

Le pido permiso para hacer la merienda del chico. No voy a darme por vencida; aún no tengo la confianza de Paula, pero poco a poco. Empezaré entonces por su hijo. Necesito que Ethan confíe en mí para que me obedezca si le pido que se dé una vuelta por el parque o lo que se me ocurra para quedarme sola con su hermana. Seguro que, cuando su madre vea que los niños no la molestan y que todos seguimos haciendo lo que ella quiere, no le importará que salgamos un ratito, el suficiente para hacer lo que mi jefe tiene planeado.

Paula continúa trabajando en su cuarto y yo le he propuesto a Ethan merendar algo infalible antes de hacer los deberes. Cuando le he dicho que se trataba de tortitas y un batido, me ha mirado anonadado. Después, en la terraza, se le saltaban las lágrimas con

cada bocado, ¡y eso que las he tenido que hacer saludables, que si se tomara unas normales…! Incluso me ha confesado que tenía muchas ganas de salir conmigo, pero que su madre le había pedido que no lo hiciera y no quería llevarle la contraria.

Todo se ha ido a la mierda cuando ha aparecido Paula hecha una furia y se ha llevado el plato a la cocina, pensaba que lo estaba atiborrando a azúcar. Ha tirado la merienda y todo. Yo no he parado de disculparme y le he explicado de buenas formas que las tortitas eran de avena. No hemos ido a más, pero le ha sentado como el culo ver feliz a Ethan. Le ha dado rabia que a ella nunca se le hubiera ocurrido esa opción *healthy* de merienda.

Ya pensaba que la cosa no podía empeorar, pero el chaval ha presenciado nuestra discusión en la cocina. Sin embargo, aplaudo internamente cuando escuchamos el portazo; cuanto más mala le parezca su madre, mejor persona le pareceré yo.

87

Mi jefe pretende sonar comprensivo, pero noto su decepción cuando le cuento el percal. Le parece una cagada que no salgamos de paseo con Martina. Encima habíamos quedado a una hora concreta y ya había dado una excusa para salir del trabajo.

«No te desanimes, lo estás haciendo bien. Cada cosa a su tiempo. Ya llegará el momento», me dice en un audio cuando le informo. Sin embargo, al rato cambia de idea y, después de la bronca por las tortitas, me escribe que quiere ver a la niña. Necesita ya una prueba gráfica, y lo entiendo. Hay mucho en juego y le está costando su dinero. Aun así intento evitar riesgos y le recuerdo que Paula me lo tiene prohibido, pero no cuela. Tengo que hacerle fotografías a escondidas.

Paula está trabajando en su habitación, así que aprovecho y llevo a Martina a la terraza para que tampoco me vea Ethan. La siento en su trona y le hago un par de fotos. Pero no hay demasiada luz y, como no puedo poner el flash y no para de moverse, salen borrosas. Por fin saco una en la que no sale desenfocada. Entonces caigo en que el dormitorio principal queda a mi espalda. Qué fallo he tenido. Si Paula se asoma, puede verme. Me giro de golpe y acierto a ver que se mueve un poco la cortina. Cómo he podido ser tan idiota, joder. Piensa rápido, Yurena, piensa rápido. No tardo en dar con la

solución: se las envío rápidamente a Paula al teléfono, antes de que haga confabulaciones. Dejo a Martina en el salón y voy hacia el pasillo. Me la encuentro consultando el móvil. Ethan está asomado a la puerta de su habitación y diría que tiene miedo.

Trato de disimular como puedo. Le digo que la niña estaba tan guapa que quería que la viese. Me pongo en plan sumiso y la informo de que las borro inmediatamente. Paula mira a su hijo antes de contestar y se controla. Me dice que son bonitas y que mientras sean para mí no hay problema.

Sí, son bonitas, sí, pero se equivoca en lo último. Le envío un emoticono sonriente con las mejillas sonrosadas al teléfono para quitar un poco de hierro al asunto, a modo de agradecimiento, y, cuando me mira, le sonrío y la saludo con la mano moviendo los dedos arriba y abajo con energía. Ay, Paulita, si supieras quién va a ver esas fotografías, te arrepentirías de no haber destruido mi teléfono en este preciso instante. Eso te pasa por haber sido una chica mala, muy mala.

88

Cuando ya pienso que no pueden pasar más fatalidades y que puedo retirarme hasta el día siguiente, Paula me la devuelve, y con creces. Me frena, antes de entrar en el ascensor, y me demuestra que esto va de mal en peor: no solo no me deja salir con Martina a la calle, sino que, además, ahora quiere mis referencias.

Recibo la petición como una catástrofe porque significa que no se fía de mí. Pienso en cómo le voy a decir esto a mi jefe sin que ponga el grito en el cielo. Menos mal que le he podido mandar las fotos de la bebé en tiempo récord y esto nivelará la balanza.

Aun así, intento hacerle chantaje emocional a Paula, pero me explica que no es porque yo haya hecho nada malo, sino que las han pedido su marido y su suegra. ¡No contaba con una suegra! No sé si es cierto, pero, si de verdad tienen tanto poder, voy a tener que trabajármelos mucho para que no intervengan más. Confieso que no he avanzado demasiado con Raúl.

Como sigue insistiendo, le recuerdo que no puedo pedir nada a la agencia porque no saben que estoy trabajando con ella. Y es cierto. No me han visto en su vida. Es terca como una mula, me dice que le vale con hablar con alguien de alguna de las casas en las que haya estado. Me pongo nerviosa, tengo que salir del paso como sea. Me invento que el teléfono de la agencia donde guardo los números está

en mi casa y que cuando llegue le enviaré alguno. ¡A ver qué hacemos! Sigo actuando en un perfil bajo y le pido permiso para mandárselo por WhatsApp; cuanto más humilde parezca, menos sospechará.

Tan pronto como salgo a la calle lo aviso de que estoy llegando. Me meto en el parque y me dirijo a la zona más oculta, donde me está esperando. Aunque estoy agobiada, le hablo con claridad; al fin y al cabo, le tengo cogido por los huevos, bastante estoy haciendo ya. Es toda una hazaña convivir casi todo el día con una psicópata encerrada en una casa. Pero no se lo toma tan mal como yo pensaba.

—Hubiese preferido que no fuera una opción con la que contáramos, pero hay una alternativa.

Me recuerda con detenimiento el motivo de la misión. Cuando termina una parte de la dramática historia y de los daños colaterales que ha supuesto, me dicta los siguientes pasos que daremos. En primer lugar, me pide que le envíe un audio dándole las gracias a Conchita, la protagonista de lo que vamos a hacer. En segundo lugar, cuando él haya hablado con ella, me avisará para que le dé su contacto a Paula y esta podrá llamarla. Me repetirá todos los detalles para que tome nota de lo que Conchita va a decirle y lo tenga claro en el caso de que ella me pregunte en el futuro. Se nota que lleva tiempo calculando cada paso, porque lo que me cuenta mi jefe suena perfecto, pero no deja de parecerme algo retorcido, aunque nada parecido a como actúa Paula. Igualmente, seguro que mañana ella me recibe con los brazos abiertos.

89

Jueves, 2 de octubre de 2025
Seis días antes de los hechos

Hoy el recibimiento ha estado a la altura de mis expectativas y no puedo dejar pasar la oportunidad de pedirle salir a pasear a Martina. Casi me pongo a dar gritos como una loca cuando me dice que sí. Ya de perdidos al río, así que aprovecho el momento para lanzarle un órdago y, aunque a mi jefe le viene mejor a esta hora, le pregunto a Paula si prefiere que espere a Ethan para salir los tres. Estoy de suerte porque, además de decirme que no, he redoblado la confianza que tiene en mí.

Eso sí, se pone seria para explicarme que tengo que bajar en ascensor siempre y entrar y salir por el garaje, nunca por el portal. Ella estará pendiente del teléfono. Yo asiento con una sonrisa cuando me indica cómo hacerlo, pero conozco de sobra la mecánica, porque todos los días hago ese recorrido. Después me explica que ha leído que hay un pederasta muy peligroso y que no quiere que permita que ningún hombre se acerque a la niña. Y, si fuera con Ethan, igual, que nadie se acerque. Yo le digo que descuide, que voy a proteger a su hija como si fuera mía, pero voy a hacer justo lo contrario.

Me dirijo con la niña a la zona del Retiro que mi jefe marcó como punto de encuentro, al fondo, con pequeños caminos flanqueados de árboles altos y frondosa vegetación. Lo que sucede ahí lo vivo como un auténtico triunfo, aunque me produce también una serie de emociones que no había experimentado hasta ahora. De hecho, me doy la vuelta para dejar solo a mi jefe con Martina, pero me mantengo cerca, vigilando.

Estoy tan feliz por haber logrado la parte más complicada del plan y encima haber sido testigo del entusiasmo con el que Martina lo mira todo que se me olvida avisar a Paula para que me abra el garaje y entro directamente con mi llave. Me doy cuenta de la metedura de pata cuando abre la puerta, pero improviso que me ha abierto una señora que salía en ese instante.

Lo que me espera a continuación me pilla desprevenida: la suegra de Paula ha venido a meter el hocico, no le ha debido de valer la llamada de Conchita. Pues que tenga cuidado, no se lo vaya a pillar con una trampa. Dolores no para de lanzarme pullas, es una mujer muy desagradable. Pero no solo se mide conmigo, sino también con Paula, que a su lado me parece que no puede tener más paciencia. Cuando crees que has conocido a alguien malo, descubres que siempre hay alguien peor.

La suegra cuestiona mi nacionalidad y mi experiencia, menos mal que Paula me defiende y menciona además la historia que le contó Conchita. Me he puesto nerviosa porque ha habido un momento en que he pensado que tenía que contársela yo y he tenido miedo de que se me escapara algo que no encajase con la versión oficial. Lo he pasado tan mal que necesito ir a la cocina a beber agua y recomponerme. Paula me lee el pensamiento y me echa un cable

con lo de cambiar a la niña. En cuanto les doy la espalda, borro mi estúpida sonrisa y mato con la mirada a Dolores, a quien veo reflejada en el cristal de la puerta. Pero no debo dejarme llevar por el rechazo que me provoca ni perder la perspectiva. Hay que ponerse en su lugar y entender su sufrimiento al ver a sus nietos aquí encerrados. Normal que se lo recrimine a Paula y que le siente mal que a mí de repente me permita salir con Martina. Solo que le pueden los celos y eso le quita la razón, aunque en realidad la tiene.

Para no quemarme, me pongo a preparar algo de cena. Es un buen momento para demostrar mis dotes culinarias, al fin y al cabo, ¿no dicen que se seduce por el paladar? Voy recogiendo sobre la marcha para que esté todo presentable y saco la basura. Ethan ya ha vuelto y hace los deberes en el salón junto a su hermana y Dolores, que me mira por encima del hombro cuando paso por delante.

Cuando la suegra decide marcharse, la acompaño hasta el recibidor con la bebé. Enseguida viene Paula y vivimos una situación tensa cuando su suegra se ofrece para ayudarla con los niños y ella le dice que para eso estoy yo. Dolores se merece que por una vez Paula y yo estemos en el mismo bando. Cuando, por fin, cierra la puerta al salir, oímos un grito.

Desde el marco de la puerta contemplo a Paula intentando ayudar a su suegra, tirada en el suelo y completamente ida por el golpe. Dios mío, desde aquí puedo ver que hay algo de líquido en el suelo y con la luz diría que tiene un tono azulado. Quizá se haya salido jabón de la bolsa de basura. Maldita sea, justo ahora que ya puedo salir con Martina a la calle. Me ha tratado tan mal que van a pensar

que he sido yo. No puedo permitir esa sospecha o me echarán a la calle.

90

No hay mal que por bien no venga. Gracias al accidente que ha sufrido la suegra, tengo la oportunidad de ganarme a Raúl y a Ethan. Aprovecho que Paula no está pululando para conquistarlos con mis artes en la cocina y convencerlos de que no se les pase por la cabeza que yo haya podido dejar ese líquido aposta para que se cayera Dolores, aunque no me hubiera importado. No he sido yo, jamás correría ese riesgo, y siempre hay que saber bien quién es el enemigo.

De hecho, me pregunto si no habrá sido Paula. Juraría que ha estado todo el tiempo en su habitación, pero podría haber salido un instante sin que la viéramos y prepararlo. Me perturba que haya sido ella y que me use como tapadera; alguien que es capaz de inventar y actuar a diario como lo hace ella podría hacer esto sin ningún esfuerzo. Aunque creo que lo que ha pasado es que la bolsa de basura que saqué goteó.

Los dos hombres de la casa me dicen que el guiso está espectacular y me invitan a sentarme con ellos. El niño está preocupado por la salud de la abuela, se nota a la legua, y su padre le consuela diciéndole que no es nada, pero lo cierto es que Paula no ha llamado todavía para dar el parte médico. Yo estoy pendiente de ayudar en todo lo que puedo, salvo en acostar a Martina. El

dormitorio del matrimonio es línea roja, solo paso a hacerles la cama, y eso cuando está la muy jeta para vigilarme. Además, Raúl podría interpretarlo mal. Es el momento de irme, pero no voy a desperdiciar la oportunidad de estar un poco a solas con él. Así que, aunque insiste en que me vaya a descansar, yo le explico que estaré más tranquila si me quedo hasta que vuelva Paula.

Raúl sale a la terraza y me ofrezco para prepararle una infusión. Él se muestra muy agradecido. Confiesa que se alegra mucho de que esté con ellos en casa, se trata de un paso importante para la familia y ha sido una buena decisión. Por poco se me saltan las lágrimas al escucharle. De pronto me siento mal, muy mal. Este hombre es una víctima, al igual que sus dos hijos. No se merecen esto. Pero alguien tiene que pararle los pies a Paula. Además, estoy convencida de que con el tiempo nos lo agradecerán.

Por fin llama ella. El pronóstico de Dolores no es tan grave como esperaban, a su hijo se le ilumina la cara.

—Necesito un vino.

Antes de ir a buscarlo a la cocina, me mira, por si me trae uno, pero declino la oferta. Hay que poner límites, a ver si me va a salir el tiro por la culata. Charlamos un poco más, me pregunta qué tal han ido estos días y me aconseja: «No te tomes muy en serio lo que te diga, a veces se agobia demasiado, pero es buena persona». Asiento y le sonrío, pero no pienso igual. Su mujer no es una buena persona. Creo que ha pasado tantos nervios que no controla lo que siente, le sale la risa tonta y me la contagia, y cuando habla de su madre se emociona. Yo le consuelo y poso la mano sobre su brazo, pero la aparto enseguida.

Sobre las once llega Paula, lo sé porque Raúl mira su teléfono y corre a recibirla a la entrada. Ella se extraña al verme y en cuanto puedo me disculpo por no haber limpiado el suelo del recibidor por si se había derramado algún líquido, aunque no sea ese mi trabajo. Es lo que precisamente me dice Raúl, que no me preocupe, que ha sido un accidente. Está bien escucharlo para pasar página. Sin embargo, ella me mira intensamente, pero no sé si es cosa mía. Me quiero ir ya. Así que le echo coraje y, aprovechando que tengo a Raúl en el bolsillo, le pido a Paula las llaves para mañana. Ella trabaja fuera y me viene genial; además, no nos vamos a quedar aquí encerradas. Tenemos una misión que cumplir. Eso mismo le dice Raúl a Paula, que lo normal es que tenga unas llaves por si pasa algo o tengo que salir. Ella accede, que lo había contemplado, recalca, pero creo que no es cierto, lo dice por orgullo. Manda a Raúl a por el llavero a su habitación y nos quedamos solas.

Me siento incómoda. Trato de ganármela diciendo que le he dejado preparado un guiso canario sorpresa, pero me responde que no tiene apetito. Mantengo el tipo y me ofrezco para quedarme también mañana más tiempo si me necesita. Paula se viene abajo, está agotada y se le han puesto los ojos llorosos. ¡Esta es la mía! Hago de tripas corazón y la abrazo mientras la calmo. Por primera vez veo a esta mujer vulnerable y con tan poca resistencia que siento que podría apretarla hasta dejarla sin aire, pero se separa de golpe para preguntarme dónde había ido antes de que su suegra se cayera, me oyó avisar que salía de casa.

Lo sabía, sospecha que he sido yo, o me quiere usar como tapadera. Pienso corriendo en alguna excusa y me hago la tonta, pero prefiero no mentir y confieso que he ido a tirar la basura.

¿Acaso es un delito? De vez en cuando está bien airear los trapos sucios para que no huelan, Paulita.

91

Viernes, 3 de octubre de 2025
Cinco días antes de los hechos

Hoy es un día especial para Paula, tiene la primera reunión con el equipo para exponer su trabajo, lo ha repetido veinte veces antes de irse. ¡Y yo creía que solo eran egocéntricos los actores! Debe de ser cosa del gremio.

Al llegar a mi cita en el parque con Martina, mi jefe me dice que tengo una misión especial. Tenemos que aprovechar que está trabajando fuera para fisgonear en su ordenador. Cuanta más información tengamos en su contra, mejor, por si es necesario chantajearla. Nada más llegar, me pondré en marcha. No hay nadie en casa y es el momento ideal. Si tengo cuidado, nadie ha de enterarse.

Justo cuando estoy esperando el ascensor en el garaje, aparece el portero de la finca. En la entrevista le dije a Paula que le había conocido para que confiara en mí, pero fue mi jefe quien me habló de Rafa, por tanto, esta es la primera vez que nos vemos. Cuando le indico a qué piso voy, al hombre se le cae la baba con Martina. Apenas la ve, me cuenta; aunque no me lo dice claramente, noto que le parece extraño, está bien saberlo para el futuro. Yo le resto

importancia, no vaya a ser que nos fastidie la operación, y me presento como su canguro. Me lo quito de encima como puedo. Menuda cagada, espero que no hable con Paula. Mira que me insistió en que nadie podía ver a la niña, pero me ha abordado él, ¿qué iba a hacer?

Como me niego a asumir toda la responsabilidad, dejo a Martina en el carro en el salón para no despertarla y aprovecho que estoy sola para llamar a mi jefe. Este, con la frialdad que lo caracteriza, me da pautas para abordar la situación en el caso de que el fatídico encuentro nos cause problemas.

Después entro en el dormitorio de Paula y Raúl con la esperanza de que el portátil esté ahí. Es la primera vez que estoy aquí a solas. No soy nada cotilla y tampoco tengo instrucciones de husmear en su intimidad, pero ahora no puedo evitar abrir el armario de la ropa de Paula. Algunas prendas las conozco ya, sobre todo las del día a día, pero me llaman la atención los vestidos con escote que cuelgan casi al fondo. Tiene que estar muy atractiva con ellos, una mujer vestida así puede conseguir muchas cosas. Qué gracia que ahora vaya de todo lo contrario.

Encuentro el ordenador sobre el escritorio junto a la ventana. Me da cosa estar más tiempo aquí, así que me voy al salón y me ubico en el comedor. Esta tía lo ha borrado todo, no hay prácticamente nada, ni siquiera personal, y mucho menos algo relacionado con lo que me han mandado buscar. De primeras, solo encuentro fotos enormes de caníbales, muerte, sangre, terciopelo y el famoso cuadro de *Saturno devorando a su hijo*. ¿Por qué te proteges tanto, Paulita? En algún jaleo te habrás metido para poner tanta energía en eliminar cualquier rastro.

Suena el timbre. ¡Mierda, Ethan! Dejo el portátil a un lado y voy a abrirle, con la mala pata de que pasa por el salón antes que yo y se encuentra con la pantalla aún iluminada. Ahora sí que estoy jodida. En lugar de cuestionarme, se pega al monitor para ver las imágenes del dosier que tenía abierto su madre. Está fascinado y, mientras va pasando por las fotografías, le explico que tenía que hacer una transferencia y que me ha pillado justo cuando he terminado de hacerla… Improviso como puedo, pero no le importa nada, solo quiere descubrir el mundo desconocido que guarda su madre. Y, aunque sé que no se merece que la admire, sino todo lo contrario, lo veo tan interesado que no me resisto a echarle un poco de magia al asunto y le cuento lo que recuerdo sobre la pintura de Goya. Apuesto a que Paula no le ha contado nada sobre lo que hace. Desde que he llegado, ella no ha parado de decirme lo raro y complicado que es Ethan, pero es porque es incapaz de verlo.

¡¿Qué quiere si los tiene encerrados?! Y, pese a todo el tiempo que pasan juntos, diría que no le ha prestado ninguna atención. Es descorazonador. Estaba tan ocupada en resolver sus mierdas que se ha olvidado de sus hijos. Es mucho más sencillo culpar a Ethan que asumir todo lo que ha hecho mal. Bastante bien está el niño.

La pillada ha sido terrible y aún no puedo cantar victoria, pero ha merecido la pena solo por verle la cara. Es bonito ver que un hijo admira a su madre; para él este descubrimiento ha sido como un rayo de luz que ha irrumpido en la oscuridad en la que vive. En cuanto va al baño, meto en el buscador el nombre de mi banco para que aparezca en el historial. Después lo cierro y dejo el portátil sobre la mesa, no quiero volver a entrar en su habitación estando

Ethan en casa. Prefiero jugármela; si me pilla Paula, le contaré que lo encontré en el salón.

Poco después llega Raúl. Le pregunto por su madre; parece que está mejor. Espero que no demasiado para que se mantenga alejada de nosotros, al menos hasta que me vaya de aquí. El marido de Paula es encantador conmigo y muy correcto. Entra en el cuarto de Ethan y al rato vienen a verme con una sonrisa pícara. Los miro intrigada.

—Verás, Yurena, hay algo que Ethan te quiere preguntar —empieza a decir Raúl, que mira a su hijo para que se arranque.

—¿Te quieres quedar con nosotros dos días?

—¡Halaaa! ¡Paso a paso, que te has embalado!

Raúl me explica que tiene que irse de viaje a Toledo y, como Paula ha comenzado a trabajar y su madre no puede venir, me propone trabajar como interna esos días…

—Me quedaría mucho más tranquilo y a Ethan le hace tanta ilusión…, y seguro que a Martina también.

El niño me sonríe. Los tengo en el bote.

—¡Claro!

Ethan regresa a su habitación, y su padre y yo llegamos rápidamente a un acuerdo. Se me revuelven las tripas al pensar que tengo que quedarme por la noche con esta pirada, pero les he cogido cariño a los niños y me siento más tranquila si los cuido. Además, me viene de perlas el dinerito extra, ¡voy a poder empezar la siguiente etapa de mi vida por todo lo alto! Y, sobre todo, es un paso más para ser imprescindible, lo que llevo buscando desde el primer día. Pero siempre hay un lado malo: no se lo han dicho a Paula, es una sorpresa, y ella misma me ha dicho que las odia.

En cuanto Paula entra por la puerta comienzan los problemas. En primer lugar, se asusta cuando abro para que no despierte a Martina, le sienta fatal. Por eso le hago la pelota diciendo que he hecho tortilla de patatas…, bla, bla, bla, pero me corta tajante. Tengo la mala suerte de que justo se ha encontrado con el portero. Yo le he explicado la verdad, que nos hemos cruzado en el garaje, y se ha tenido que tragar su tono desagradable. Pero no se ha rendido y ha vuelto a atacar, esta vez con un golpe maestro: Rafa le ha dicho que no hay más niños en el edificio, y toda mi coartada se ha ido al garete.

Menos mal que había llamado a mi jefe y tenía claro qué argumentar si sucedía algo así. Siempre hay que intentar dar la vuelta a la tortilla con sutileza, pero, sobre todo, no debo mostrarme a la defensiva, violenta u orgullosa, porque eso me delataría. He de aparentar tranquilidad y humildad y tratar de provocarle empatía o incluso pena. Lo difícil es encontrar la empatía en un monstruo como esta tipa, qué cojones. No me complico, en estos casos lo más sencillo suele ser lo más creíble.

Le digo que me equivoqué de bloque el día que nos conocimos. Paula me mira no muy convencida, pero su gesto empeora al ver a Raúl tan pronto en casa con Ethan. Los dos están tan sonrientes que, por suerte, me eclipsan por completo. Pero, en lugar de ver el lado bueno, parece que le molesta. Le molesta que recoja, que haya hecho la cena, que no tenga que dar un palo al agua y que encima sus chicos estén felices, que duerma tanto Martina porque come bien y está tranquila, TODO. Pero lo que no soporta es que Raúl me invite a cenar con ellos. Eso le revienta. Su gesto se tuerce y me

invento una excusa. Ha sido muy grosera y Raúl me busca con la mirada para disculparse. Objetivo conseguido.

92

Lunes, 6 de octubre de 2025
Dos días antes de los hechos

No pensé que me fuera a costar tanto permanecer impasible ante lo que sucede en el parque a espaldas de Paula. Pero me resulta muy duro ver la estampa que tengo frente a mis ojos. Al fin y al cabo, Martina es una bebé indefensa, y, siendo justa, mi jefe tampoco está bien. Cada vez es más exigente, y sus peticiones, más complejas. Intento que no me afecte, pero es imposible. Ver cómo la mira y la toca…, siento un nudo en la garganta. No sé si Martina entiende lo que ocurre, pero estoy convencida de que un día todo esto le pasará factura.

Hoy además mi jefe se tiene que ir pronto y se le nota más irascible de lo normal. Está muy nervioso porque ha descubierto algo con lo que no contaba, pero tampoco es claro conmigo y no termina de hacerme partícipe de lo que se le está pasando por la cabeza. Está haciendo cambios en el plan que no me gustan nada. Es como si quisiera modificar algún detalle que no me ha contado, pero un obstáculo se lo impidiera. Si quiero seguir teniendo el viento a favor, no debo jugármela, y es mejor no demorarme demasiado.

Al volver al edificio, tengo que controlarme para no pasar por el portal. Si no lo hago no es porque no quiera que vean a la niña, sino para que no me vean a mí. Cuando entro en la vivienda con las llaves que me han dejado, oigo un llanto y gemidos que me recuerdan a cuando hablé con Paula por primera vez en el rellano.

¿Qué habrá pasado? Esta mañana estaba bien. Incluso no me ha puesto pega alguna cuando le he propuesto cocinar para ver si así almorzábamos juntas. Tengo que enterarme de qué le pasa por si me afecta. Toco a la puerta para decirle que ya hemos vuelto y ofrecer mi ayuda, pero me dice que está bien. No es cierto, me está mintiendo, pero no es eso lo que me molesta, sino darme cuenta de que me da pena. ¿Qué le voy a hacer si soy así? Por perversa que sea esta mujer, me cuesta presenciar el dolor ajeno.

La lástima que siento por ella desaparece cuando veo cómo habla a su hijo al volver del colegio. Quiere saber por qué ha estado mirando en su ordenador. Hay que joderse. Sabía que no me iba a ir de rositas por ese tema. La operación estaba gafada desde que me descubrió Ethan. Me alivia que piense que ha sido él, pero el consuelo dura poco, porque el crío me mira en un acto reflejo y a Paula no le pasa desapercibido. Entonces le ordena que vaya a su cuarto, tienen que hablar. No quiere que yo oiga lo que tiene que decirle. Se lo va a preguntar a mis espaldas y no sé lo que le va a contar. Tengo que actuar pronto para conseguir dirigir el relato.

Llamo a la puerta y desde el mismo marco confieso. Le hablo de una urgencia familiar, necesitaban una transferencia y no encontré la forma hasta que vi el ordenador en el salón. Le meto bien de drama, aunque no entro en detalles, y tengo suerte, porque ella reacciona de manera prudente y no pide explicaciones. Posiblemente lo asocie

a las dificultades que, según Conchita, yo había vivido en el pasado y no se atreva a preguntar. Para que no quede ningún fleco coleando, le cuento también la razón por la que Ethan descubre el dosier, y ahí le meto poesía al asunto. Sé que he logrado guiar la narrativa y que he salido airosa. Empiezo repitiéndole que lo siento mucho y acabo con que Ethan alucinó con su trabajo, y hasta le aconsejo que le cuente más, porque creo que les iba a servir para estrechar lazos. Lo que estaba siendo una táctica termina por ser verdad. Cuando me descubro dándole un consejo, me regaño a mí misma. No puedo olvidar cuál es mi trabajo aquí, que poco tiene que ver con ayudar a esta manipuladora profesional.

93

Martes, 7 de octubre de 2025
Un día antes de los hechos

Mira que ayer traté de venir pronto del parque y estar de buenas para que no se torciera la relación con Paula, pero al final siempre pasa algo. Hoy está más distante que nunca y noto que me evita. Para colmo el día ha amanecido con el cielo muy gris y se ha puesto a llover, lo que me faltaba. Además, mi jefe ayer estaba muy ansioso, pero no es nada comparado con cómo me habla hoy. Por suerte Paula está encerrada en su cuarto y puedo hablar en el salón sin que me escuche.

—No podemos retrasarlo más. Está pendiente porque la he avisado. Ayer no pudo ser, pero hoy…, hoy no me puedes hacer esto.

—Está lloviendo y además ella está de malas. Es cagarla.

Trato de que la conversación dure lo mínimo, pero me pone muy difícil negarme a salir ahora con Martina.

—Escúchame, es el momento, tenemos que aprovechar ahora que es temprano y no está Raúl. No se lo he confirmado, pero sé que está esperando y no podemos hacerla esperar. Cuanto antes se la llevemos, antes estaremos de vuelta.

—Es demasiado arriesgado…

—¿El qué? No lo entiendo, ¿qué ha cambiado en estos días? Es parte del pacto. De hecho, el objetivo fundamental. Para eso te pago este dineral.

Tiene razón, me estoy resistiendo porque de pronto el plan no me parece tan bueno. Estoy muy expuesta, me da miedo que se impacienten y vayan a por mí. Por no mencionar que estos niños me importan y que quiero lo mejor para ellos.

—No voy a salir lloviendo para que se ponga mala. No lo voy a hacer. Tengo que colgar.

—Estate pendiente del teléfono. Si deja de llover, ya no habrá más excusas.

Me quedo con un profundo malestar. ¿Qué sentido tiene seguir haciendo algo que me provoca esta inquietud? Aunque supongo que viene dado por el riesgo implícito de la operación.

Al rato, en la cocina, me encuentro a Paula preparándose un té. Es evidente que sigue preocupada por el incidente de Ethan ayer en el colegio, y no sé por qué motivo le cuento que a mí me pasó algo parecido cuando era pequeña. Me obsesioné con *Twin Peaks* y no paraba de hablar de las partes más truculentas con mis compañeros, que se morían de miedo y se quejaban a sus padres y a los profesores, y al final me caía siempre una buena bronca. Me sorprendo a mí misma por hacerle esta confesión que no tenía preparada. Pero lo que menos me esperaba es que Paula también fuera una forofa, y hemos acabado hablando entusiasmadas de la serie.

Tampoco había pensado pedirle perdón de nuevo por lo del ordenador, pero me había quedado con ganas de contarle bien cómo me gustó ver a Ethan tan interesado, encima en algo relacionado

con su madre. Le digo que ojalá le hubiera grabado la cara al ver su trabajo. Y, aunque sé de sobra que no debería implicarme tanto y menos con Paula, que es nuestro principal objetivo, le acabo diciendo que igual su hijo termina trabajando con ella en el futuro.

Me esperaba una reacción más eufórica, pero lleva un mal día, dice, porque le cuesta concentrarse y necesita avanzar. Como está bloqueada, se lanza a contarme la trama y los personajes principales, y, conforme la voy escuchando, descubro a una Paula muy diferente a la que me habían pintado, distinta también a la que yo he conocido hasta ahora. Ha bajado la guardia y, sin armaduras, aparece una mujer agradable, apasionada y atractiva. Muy atractiva. Está claro que, si se lo propone, te puede volver loco, aunque no sé de qué me extraño, la mayoría de los narcisistas capaces de los actos más espantosos son así.

Por un momento siento unos celos enormes. Me gustan su casa, su familia, su trabajo, ¿cómo puede ser tan desagradecida y no valorarlo más? Al final volvemos a David Lynch y a *Delicatessen*, película que le propongo porque me pega totalmente para el enfoque que busca. Nunca la había visto así de entusiasmada. Se mete de lleno otra vez en el trabajo y la dejo.

Entonces me llega un mensaje de mi jefe. Tengo que salir hoy con la niña. Es muy importante. Está volviéndose demasiado dependiente, no puede engancharse de esta manera o perderá el control y conseguirá que todo se vaya a la mierda. Pero no puedo negarme; por mucho que me fastidie, él es el que manda y tenemos un plan trazado que hay que cumplir. Así que, cuando Ethan vuelve del colegio, como además ya no llueve, anuncio que salgo con Martina y que los dejo solos.

Paula está tan de buenas que parece otra, por lo que me dispongo a salir sin más testigos, pero Ethan salta que quiere venir conmigo. No puede ser, ¡¿por qué todo tiene que ser siempre tan sumamente complicado?! Dice que va a por el balón y nos vamos. Joder, me he relajado tanto que no contaba con esto. Ya sabía yo que no es bueno improvisar, es mejor esperar y hacer las cosas bien. Ahora no le puedo decir que no. No hemos salido de casa y ya sé que su presencia será un problema.

94

Ethan parece ajeno a mis constantes movimientos de cuello en busca de mi jefe. Me pone muy nerviosa pensar que nos podría estar viendo sin nosotros sospecharlo. Sin embargo, Martina nota mi estado, o quizá solo sea que tardo en atenderla porque voy fijándome para no tomar el camino equivocado, y se pone a llorar. La cojo en brazos y le pido a su hermano que tire del carro un momento mientras la coloco en una posición que me resulte cómoda para hacer las dos cosas sin problema. No falla; como siempre, la mira serio, sin mostrar ningún tipo de cariño hacia ella. Me resulta de lo más descorazonador, pobre cría. Aunque qué le voy a pedir a él, bastante bien ha salido. No es más que el reflejo de lo que ha ido viendo en ella todo este tiempo.

Por suerte, antes de entrar en los caminos laberínticos donde la vegetación es más espesa, hay una gran explanada perfecta para los toques de balón de Ethan. Además, hay un par de chavales más, y, aunque no intercambien palabra, él se esfuerza por impresionarlos. Aprovecho su estado de concentración para darle unas instrucciones simples.

—Ethan, voy a ir un momento para dentro, a ver si consigo dormir a Martina. Me gusta mucho esa zona porque está más tranquila y cae siempre. Espérame aquí, por favor. No te muevas, ¿me oyes?

—Ajá —responde como un autómata.

—Tardo cinco minutos, no te muevas.

Pongo el turbo hasta que lo encuentro en la zona más oculta en la intersección de varios caminos. Nada más acercarme me arranca a Martina de los brazos y tengo que frenarme para no devolverle el gesto. Sobre todo porque la bebé se pone a llorar. Joder, no me lo pongas más difícil.

—¿El chaval?

—Me tengo que ir, está esperando. ¿Qué es eso tan urgente?

Intento que me dé a Martina para calmarla, pero él no la suelta. Con el berrinche de fondo, sigue empeñado en llevar a cabo esa variación en el plan acordado, lo que me descoloca por completo. No puedo creer lo que estoy oyendo.

—Sabes perfectamente que eso no es lo que pactamos —lo interrumpo.

Miro hacia el camino por el que he venido, tengo que volver antes de que aparezca Ethan. Le repito que tenemos que darnos prisa, si el niño nos ve será un problema grave. Pero él insiste en alargar la conversación para tratar de convencerme. Se acerca mucho para mirarme a los ojos, intenta ser tan convincente que da miedo. Aunque sus argumentos son comprensibles. Me encuentro en una encrucijada que me está matando por dentro.

—Tú sabes lo que hay en esa casa, está a punto de explotar. Una mujer así cambia de la noche a la mañana y no hay que ser compasivos. Piensa en lo que ha hecho y en las expectativas que hay puestas en esta bebé. Lo sabes desde el primer día. —Callo, no quiero problemas—. No hay que esperar, lo va a averiguar. Tiene que ser ya.

—Es muy arriesgado; si algo falla, irán a por mí. Yo seré la responsable…

—No, no va a ser así…

Lo interrumpo, le cojo a Martina de los brazos y la dejo en su carrito.

—No tengo tiempo. No cuentes conmigo, no quiero saber nada más de esto. Ya tienes lo que querías, tira de las fotos y del material que tenemos y hagamos las cosas como me dijiste; esperemos a ver qué te dicen sin tener que implicarme a mí.

Mi jefe me replica con mayor insistencia, pero, gracias a mi vista de halcón, veo aparecer a Ethan a lo lejos, que camina hacia nosotros. Le hago un gesto corriendo a mi jefe mientras doy varios pasos hacia atrás para que el crío no piense que estábamos juntos. El niño nos ha visto, manda narices. Esto es una cagada monumental, mira que se lo he avisado. Entonces mi jefe echa a andar en la dirección en la que viene Ethan. Rezo para que pase de largo, pero no es así, se para a su lado y habla con él lanzando miradas hacia todas partes. Qué manera de complicar las cosas. Por favor, que no me meta en problemas. No sé lo que le está diciendo, pero el niño se ha quedado completamente tieso, diría que tiene miedo.

En cuanto se aleja voy hacia Ethan, pero no le digo nada. No sé si es la mejor opción, pero opto por actuar como si no hubiera sucedido nada. Si le quito importancia a lo ocurrido, tal vez él no se la dé. Pero hago todo el camino de vuelta con ganas de comerme las uñas hasta los nudillos. Justo antes de llegar a la puerta del garaje me llega un mensaje del jefe:

Miro a Ethan, que tiene la mirada ida, y me siento fatal. Esto es demasiado; si pasa algo, no quiero ser la responsable. Estoy preparada para combatir una situación así, pero no para ponerme a la altura de Paula y acabar actuando casi como ella. Aunque, como mi jefe siga así, tendré que hacerlo. No me quedará otra opción.

95

Al entrar en casa, hago que Ethan coja a su hermana mientras guardo el carro en el armario. La observa de nuevo de esa forma extraña. Espero que no la culpe a ella de lo ocurrido por haber salido de paseo. Lanzo una mirada a ese cuadro que cada vez me inquieta más, es como si esa mujer lo analizara todo. Un día le voy a dar la vuelta.

Paula llega alegre y me siento tan mal que no puedo controlar el impulso de quitarle a la bebé de los brazos a Ethan para dársela a su madre. Pero él ni se inmuta, está hierático, y ella se da cuenta. El chico pone la excusa de que va a hacer los deberes, seguramente no quiera contarle delante de mí lo que ha pasado. Tengo que intervenir, así que me ofrezco para ayudarlo, llevándome también a la bebé con la disculpa de dejarle a ella trabajar cuando lo que pretendo es evitar que hable con su hijo antes que yo. Debería haberle suplicado en la calle que no contara nada, pero pensé que disimularía al llegar y que ella no se enteraría. No estoy mucho rato a solas con Ethan. Lo veo tan frágil que me reconozco en él, siento que desconfía de mí, aunque no puedo afirmar que no sea cosa mía. Trato de calmarlo, de hablar con él, de cubrirme… Finalmente le digo con mucho tacto:

—No te asustes, que no te va a pasar nada. Te lo prometo.

Después me voy, sé que Paula estará esperando y no quiero alarmarla más. Además, tengo que tranquilizarme para sonar convincente cuando llegue el rapapolvo. Salgo a la terraza con Martina. Me llega un mensaje nuevo de mi jefe. Quiere hablar conmigo para terminar la conversación que ha finalizado tan abruptamente por la presencia de Ethan y me pide que no deje de informarle si el chaval cuenta algo para tenerlo en cuenta.

Le respondo que no puedo hablar con él, que mejor mañana, pero él no contempla ese escenario y me cita por la noche. Odio que, cuando le rebato algo, apenas me dé lugar a réplica. La manera en la que se ha dirigido a mí en el parque me ha revuelto las tripas. Esa mirada no me ha gustado un pelo, sobre todo porque me ha recordado a alguien a quien he tratado de olvidar con todas mis fuerzas, pero que, por desgracia, aún no he sido capaz de hacerlo.

Finalmente quedamos en que lo llamo cuando se hayan dormido todos. Observo a Martina y siento lástima, porque al final nadie piensa en ella, es solo una bebé que me mira esperando a que le diga algo. Me ha devuelto la sonrisa, le hago carantoñas y le muerdo los mofletes como tanto le gusta, y se ríe a carcajadas. Tengo que controlar la pena que me invade de pronto al pensar que yo podría haber tenido una bebé como esta. No puedo flaquear precisamente ahora.

Como era de esperar, al poco aparece Paula. No se anda con preámbulos, enseguida quiere saber quién era el hombre que ha hablado con Ethan y el motivo por el que yo no he hecho nada para impedirlo, ya que ni siquiera me he acercado para que su hijo no tuviera miedo. No voy a quemar todos los cartuchos, le voy a quitar importancia. Le digo que no he reaccionado porque apenas han sido

unos segundos y que, como estaba con el balón, imaginé que estarían conversando sobre fútbol. Mientras me estoy explicando llama Raúl, lo que faltaba. Le cuenta el incidente y llega la peor parte: quieren avisar a la policía. No puedo permitirlo. Nos la jugamos. Saben que hay un hombre, un posible pederasta, que se ha acercado a Ethan estando yo delante; blanco y en botella. Preguntarán a su hijo y les dará su descripción, caerá primero él y después yo. Tengo que actuar pero ya. Le suplico que no llame, que tengo algo que contarle.

Me he alterado tanto que no me he dado cuenta y me he quedado muy pegada a la barandilla con la bebé. Paula me pide que me aleje. Y me aterra estar convirtiéndome en ella. De pronto, me viene a la cabeza la primera vez que la vi desde el parque, asomada en la terraza con Martina al filo del abismo.

Tengo que volver a mi perfil bajo, ese que siempre me funciona. Desde ahí le explico mi versión de los hechos, cómo hablaba con ese hombre hasta que ha aparecido Ethan…, pero estoy tan nerviosa que olvido decirle quién es. Paula quiere saberlo, así que hago caso a mi jefe y le digo que es mi novio. Intento resultar convincente, pero ahora a ella le preocupa que mintiera en la entrevista cuando le dije que no tenía. Improviso como puedo. Le explico que llevamos meses, pero que no es una relación formal, que, como paso mucho tiempo con ellos, me echa de menos. Busco su empatía, pero mi comportamiento le resulta injustificable.

Me suelta que si me daba miedo que me pusiese de patitas en la calle y, antes de terminar la frase, me quita a Martina de los brazos. Es sentir que me aparta de ella y rompo a llorar. No entiendo qué me está pasando. Ahora mismo estoy tan tocada que me imagino sin

la niña o sin Ethan y se me cae el mundo a los pies. Entonces desaparecen los filtros y por primera vez le digo la verdad:

—Me daba miedo volver a querer quitarme la vida.

Es decirlo y noto cómo el corazón me golpea fuerte. Pero ella no me abraza, me mira con frialdad. Me asusto, y no solo porque asumo que ya no hay vuelta atrás y que la operación se ha ido definitivamente al garete, sino porque siento que tengo otra vez frente a mí a la mujer a la que me describieron. Me mira con firmeza, y yo estoy rota. Me ha engatusado y tendido una trampa, como me alertaron que haría. Ha conseguido que caiga en sus garras. Pero ya no tengo nada que perder y le sigo hablando con el corazón. Por lo menos que se dé cuenta de que no soy como ella.

—Es que, por primera vez en mucho tiempo, soy feliz… Lo he pasado muy mal.

Algo cambia al escuchar mis palabras y me consuela con calidez, como he hecho yo estos días con ella. No sé si es una táctica como la mía, pero ya he perdido el control y me abro en canal. Le cuento que tuve un aborto, que estaba de seis meses cuando perdí a mi bebé y que mi pareja me dejó tirada. Nada es verdad. Pero la pena, el dolor y la emoción son auténticos. La realidad es mucho peor. Es el verdadero motivo, más allá de la necesidad económica, de haber aceptado este trabajo. Paula se emociona y abraza fuerte a Martina. Sigo confesando sentimientos verdaderos con este relato del bebé que perdí y le expreso mi deseo de ser madre.

Ahora es ella la que me dice que siente lo que me sucedió. Le agradezco su comprensión y le digo que hacía mucho que no era tan feliz. Es cierto, aunque no haya sido cien por cien fiel a la verdad, necesitaba hablar de ello.

Pero la escena no ha acabado porque Paula se lanza a abrazarme y, al hacerlo, la cara de Martina se pega a la mía y me hace una de sus pedorretas. Es tan tierna que las tres nos echamos a reír, y mientras las observo me pregunto qué es lo que me ha pasado. Dios mío, al sentir a Paula tan cerca he fantaseado con besarla. Hace meses que no salgo con ninguna chica, mi estado anímico me lo impide. Pero convivir con ella, pese a los continuos altibajos y el estado de alerta en el que me hallo, también me está permitiendo conocer una parte de su personalidad que desconocía.

Cuando deja de estar a la defensiva, resulta cariñosa y despierta toda mi empatía. Y pensaba que quería algo con su marido…, qué ingenua. Viéndola así me cuestiono si es cierto todo lo que me han contado. Pero no puedo entrar en esas conjeturas o me será complicado seguir con este plan. No puedo olvidar la otra cara de la moneda, porque los hechos hablan por sí solos. Tengo que agarrarme a eso si no quiero titubear y arruinarlo todo en el último momento. Aun así, me permito decirle algo que me encoge el corazón y que no me puedo guardar para mí:

—Tienes mucha suerte de tener a tu hija. Disfruta mucho de ella.

Paula abraza a Martina como nunca antes había hecho en mi presencia. Lo que aviva mi gran conflicto. No puedo verlas así sabiendo cómo terminará su historia gracias, en parte, a mí. No puedo estar aquí, se me parte el corazón.

—Voy a hacer la cena.

96

Una vez superada mi recaída sentimental, me vuelvo a poner manos a la obra. Cada vez falta menos y debo ser implacable o acabaré con la cabeza como unas castañuelas. Tengo que mantenerme fría, Paula se merece todo lo que le va a pasar.

Cuando se recogen en sus dormitorios, después de desearnos las buenas noches, muevo el sensor que avisa si Ethan se levanta de madrugada para poder salir sin problema a la terraza a la hora que me ha dicho mi jefe y terminar la dichosa conversación.

Puntual como siempre, salgo del cuarto de los niños. He comprobado que Ethan sigue dormido y enciendo la linterna del móvil para llegar hasta la terraza sin chocarme y hacer algún ruido que me delate.

La conversación empieza en un tono mucho más relajado que las últimas veces y sus argumentos son más comprensibles. Quiere que nos veamos mañana y que le lleve a la niña, pero promete no intervenir y respetar el plan original. Esa es la única manera de hacer las cosas bien y de que yo salga impune. El único requisito es que tengo que apañármelas para que sea por la tarde porque él no puede por la mañana. Yo acepto, pero ya no me gusta tanto la idea de servirle en bandeja a Martina, aunque me haya prometido que solo es para pasar un último rato con ella. Vuelvo en silencio hasta la

habitación y me acuesto junto a Ethan en la cama nido. Ahora que duerme no me da la espalda como ha hecho al acostarnos.

El timbre de la puerta me despierta de madrugada. Me asusto tanto que me levanto sin saber dónde estoy. Ethan no está a mi lado, y de pronto caigo en que se me olvidó colocar el sensor en su sitio antes de acostarme, por lo que habrá salido de la habitación sin que nos hayamos dado cuenta, ¡me cago en todo! Solo espero que no sea la policía para avisarnos de que se ha lanzado por la terraza.

Abro la puerta y una mujer en bata y con pelos de loca tiene a Ethan a su lado. Está dormido, pero consigo hacerle entrar y llamo a Paula a voces para que venga. El niño se queda de pie con la vista fija en el cuadro de su abuela, que a su vez parece estar mirándome a mí. Ahora mismo odio a esa mujer, su presencia me intimida, es como si lo viese todo. Me da miedo que sepa lo que me traigo entre manos y tengo que esforzarme por borrar de mi cabeza la idea de que me va a castigar. Paula responde a mis gritos y aparece asustada.

Yo aprovecho que está hablando con la vecina para escaparme, poner corriendo el sensor en su sitio y volver a tiempo para ver cómo, cuando Paula se despide de la mujer, Ethan se mea encima sin dejar de mirar a su abuela. Es lo que faltaba para rematar la jugada, ahora su madre se desesperará aún más y me acusará de ser la culpable de los hechos. Pero esta vez sí funciona que me haga la tonta. Como el sensor está en su sitio, Paula cree que no funciona bien. Me he librado por los pelos. Una vez más, las imprudencias de mi jefe nos han puesto en peligro. Hasta que me harte, y estoy ya a puntito.

97

Miércoles, 8 de octubre de 2025
Día de los hechos

Me levanto convencida de que hoy comienza una nueva etapa. En cuanto lleve a Martina por última vez a mi jefe, las cosas volverán a su cauce y solo tendremos que esperar. Pero en el desayuno veo que el día no puede empezar de peor manera.

Paula recibe una videollamada de Raúl, que quiere hablar con Ethan, y lo que parece una tierna escena se vuelve de lo más violenta cuando el padre de familia le recrimina haberse inventado el suceso del día anterior en el parque. Como no podía ser de otra forma, el chico salta y se defiende, pero Raúl se lo rebate con el argumento de que yo he dicho que no fue así. Lo peor llega cuando Ethan me pide que intervenga para apoyarlo. Está tan desesperado que resulta amenazante en sus formas. Pienso que no hace falta que diga nada, porque lo va a hacer Paula y seguramente cuente lo que le expliqué anoche. Pero me sorprendo cuando no interviene, tal vez para que su marido no la pague conmigo. Me la juego y digo que Ethan se alarmó, pero que no pasó nada, y aprovecho para pedir perdón a Raúl por haberlo importunado.

La conversación termina con Ethan lanzándome una mirada asesina, como las que le dedica a su hermana, y saliendo a toda leche hacia su habitación. Su madre le pide que no se enfade, pero ambas sabemos que podíamos haber evitado la bronca que se acaba de llevar. Me reconforta darme cuenta de que Paula me necesita tanto que prefiere no poner en juego mi futuro con ellos.

Después del episodio en la cocina, vienen más sorpresas. La primera es que, antes de irse al colegio, Ethan, que sigue de morros, le pide a su madre ir solo, sin que lo acompañe yo. Pero lo que más me extraña es que, después de lo de ayer, quiere volver a venir con nosotras de paseo con la excusa de montar en su patinete eléctrico.

Ayer odié a mi jefe por meterle miedo, pero cuando me pidió que nos viésemos hoy me di cuenta de la suerte que había tenido, porque había sido la mejor manera de evitar que Ethan nos quisiese acompañar. Por eso me choca tanto que incluso con la bronca que le acaba de echar su padre y la mirada asesina que me ha puesto quiera venir. Ha de haber alguna razón que desconozco y no me gusta un pelo. Tengo que encontrar la manera de deshacerme de él, al menos un rato, para terminar de una vez por todas este calvario hasta que llegue el momento oficial. Aunque me quedo con el lado bueno: me acaba de brindar la excusa perfecta para salir por la tarde, como me había pedido mi jefe.

Paula me suplica que hoy no nos metamos por los sitios de ayer y que, por favor, nada de novios. Aunque mi jefe no se altera tanto como esperaba cuando le cuento el contratiempo que vuelve a protagonizar Ethan, es tajante cuando me pide que busque la forma de librarnos de él porque no quiere andarse con prisas. Yo le digo que no habrá problema.

Cuando Ethan vuelve del colegio, llega la siguiente sorpresa: Paula suelta que va a venir un rato con nosotros al parque antes de irse a trabajar. ¡Bum! Aún no había resuelto cómo librarme de su hijo y ahora tengo que deshacerme también de ella. No sé cómo se lo va a tomar mi jefe. Aunque lo que me preocupa no es que quiera venir, sino que lo haga porque se huela algo. No puedo olvidar todo lo que hizo en el pasado. No obstante, pongo la mano en el fuego por que solo desea estar con sus hijos. ¿Por qué me lo pone tan difícil?

Lo peor es que, si viene con nosotros, no sé cuándo podré avisarlo. Como tarde en llegar o le deje plantado, no me lo va a perdonar. Pero por fin la suerte me sonríe un poco, porque, antes de salir de casa, Paula recibe un correo y nos anuncia que tiene que quedarse un rato más. Sin pensármelo dos veces, me invento que me he dejado las toallitas de Martina para enviarle un audio a mi jefe. Cuanto antes conozca la situación, mejor reaccionará si se tuercen las cosas. Más le vale que sea así.

Confío en que todo va a ir bien, pero, antes de salir, me encuentro con la mirada de la madre de Paula, que no me quita ojo desde las alturas. Me sonríe de tal manera que parece saber lo que estoy a punto de hacer. Solo espero que no me lo impida.

98

Quiero estrangular a Ethan. Mira que lo aprecio y que me da pena su situación, pero es que no hay vez que no complique las cosas. Ha sido bajar por el ascensor y decir que tenía que subir otra vez para ir al baño. Le he insistido en que fuera en el parque, pero no ha habido manera. Niño mimado, que tiene que hacer caca en su baño porque le da asco ir al del resto de los mortales. Ha subido y ha tardado una eternidad. Bueno, tampoco tanto, pero lo suficiente como para conseguir que las cosas se tuerzan más todavía. Yo le he esperado en la puerta del ascensor rezando por no cruzarme con ningún vecino o con el portero, estoy demasiado nerviosa. Por suerte nadie nos ha visto.

La tarde está un poco gris, Martina observa todo lo que hay a nuestro alrededor desde el carro. A nuestro lado, Ethan va montado en su patinete eléctrico. Da vueltas alrededor de nosotras en silencio. Podría ser un juego, pero resulta inquietante y lo recibo más como una amenaza. Sin embargo, no tener que darle conversación me permite reflexionar para urdir una buena excusa que ponerle a Paula y quedarme un poco más con los niños en el parque y darle esquinazo a Ethan al menos por un rato.

Pronto llega la solución a la segunda cuestión. Al entrar en el parque pasamos junto a un puesto en el que hay de todo: bolsas de

patatas, frutos secos, refrescos… A Ethan se le van los ojos hacia una caja con sobres de la liga de fútbol. El día que vino su abuela, le regaló varios y estaba entusiasmado. Mira por dónde, hoy va a ser su día de suerte. Seguimos avanzando hacia el punto de encuentro que me ha enviado Paula por el móvil cuando recibo un mensaje. Es de mi jefe.

Os estoy viendo, me muero por darle un bocado a esa pequeñaja

Doy un respingo y me giro en su busca, pero no lo veo. La sola idea de saber que nos está vigilando y que nos sigue de cerca me pone muy mal cuerpo. Se le ha ido la cabeza y nos la jugamos. Ya hemos tenido varios avisos, pero se cree por encima del bien y del mal, o no lo quiere ver. Pues conmigo lo lleva claro si se cree que me va a amedrentar.

Paula no nos hace esperar y aparece disfrazada de una forma tan evidente que resulta ridícula. Si ella supiera… Por mucho que se oculte, no le servirá de nada. Ethan le enseña lo mucho que corre con el patinete y ella se muestra divertida. Yo estoy inquieta, no quiero que descubra a mi jefe. Me aseguro de que no esté por los alrededores, pero Paula se percata de mi vigilancia y es peor. Tengo que disimular o voy a cavar mi propia tumba. Lo hago cuando madre e hijo se montan en un columpio giratorio. Me quedo con Martina en brazos y sonrío con todas mis fuerzas mientras rezo para que Ethan se caiga y se lo tenga que llevar al hospital.

—¡Adiós, mamá! —grito a Paula agarrando a Martina para que se despida con la mano—. ¡Adiós!

—¡Adiós, cariño!

—¡Adióóós! —respondo mientras invoco un accidente.

Vamos, vamos, vamos, que Ethan salga disparado, porque si es ella tendría que hacerme cargo yo. Parece que me ha leído la mente y empuja con más fuerza para aumentar la velocidad.

—¡Agárrate bien! —grita Ethan.

Madre e hijo se ríen a carcajadas. La escena es entrañable, pero a mí me está provocando un malestar que no soy capaz de describir. «¡Vamos, al suelo!», imploro. Pero hay un contratiempo que me impide seguir mirando. Martina se ha hecho caca. Quiero asesinarla, es que no me falta una. Pero, cuando me alejo con ella para cambiarla, me alegro de que haya sucedido porque no podía más. Dicen que pisar una mierda da suerte; espero que la del pañal me la dé, porque la voy a necesitar.

99

He tenido que buscar una zona en la que hubiese un poco de césped mullido para no manchar la muselina. Cuando estoy inclinada cambiando a Martina, aparece Paula con la cara desencajada y, pese a que no estoy haciendo nada malo, me da un vuelco el corazón porque es como si de pronto hubiese intuido el destino de su pequeña. ¡No puede ser! Después de este susto, no va a colar que me quede con la bebé, no se va a separar de nosotros y querrá que volvamos todos juntos cuando tenga que marcharse a trabajar. En cambio, nos dice que debe irse ya porque va a pasar antes por casa. Al final el pañal me ha dado suerte. No quepo en mí de la alegría, ya me he quitado un peso de encima. En cuanto me deshaga de mi jefe, voy a poder dormir a pierna suelta.

Ethan da un abrazo fuerte a su madre y a Paula se le cae una lágrima. Yo le sonrío cómplice, pero ya no entro a valorar nada. Estoy agotada, solo quiero alejarme un poco de todos ellos para tratar de recomponer mi vida sin grandes conflictos. Martina también quiere su ración de atención y su madre se la da. Si me dicen que esta familia es la misma que me encontré hace unos días cuando empecé a trabajar para ellos, no me lo creo. Están irreconocibles y, en parte, pienso que es gracias a mí. Eso me hace sentir bien, pero también mal. Demasiado mal.

—¡Adiós, mamá! —digo mientras muevo la manita de Martina al tiempo que lo hace también Ethan.

—¡Adiós! —se despide Paula.

Yo le sonrío; odio reconocerlo, pero me gusta demasiado, por eso tengo que poner cuanto antes tierra de por medio. Se aleja y, cuando ya no la veo, sé que ha llegado el momento de entrar en acción. Saco mi teléfono y, mientras Ethan da vueltas con el patinete, escribo a mi jefe.

Se acaba de ir. Lo que tarde

No lo he especificado, pero no me llevará mucho tiempo llegar hasta nuestro discreto escondite ni tampoco tardaré mucho en conseguir que Ethan desaparezca. Vuelvo a tener suerte; no me equivocaba, el gancho de los cromos es infalible. Recuerda dónde estaban y acepta mis diez euros encantado, aunque con un gesto serio, muy diferente a como me ha mirado durante estos días atrás.

Conforme me adentro en la zona más densa de vegetación, siento que el ambiente se oscurece, que me estoy metiendo en la boca del lobo. Aunque ya es demasiado tarde, porque lo hice en el instante en que acepté ser cómplice de todo esto. Solo me quedan unos días y todo habrá pasado. Únicamente tengo que colaborar para que se quede contento y me pague lo que me debe. A no ser que siga en sus trece. Entonces habrá llegado el momento de que me conozca de verdad.

PAULA

100

Miércoles, 8 de octubre de 2025
Día de los hechos

Cuando abro los ojos y recupero la consciencia, suplico que todo haya sido una pesadilla, pero no es así. El policía sigue a mi lado y nos disponemos a ir a la comisaría en la que Ethan me espera acompañado de un equipo de psicólogos infantiles.

Me cuenta que me han conseguido localizar gracias a Rafa, el portero. Mi hijo les ha señalado nuestro edificio y el portero les ha dicho que me dirigía al garaje que me había recomendado. Me han estado llamando, pero no lo he oído porque había bajado el volumen del teléfono y luego no tenía cobertura. Enseguida pienso en mi marido. Tampoco consiguen dar con él, y le informo de que lleva dos días fuera de Madrid por trabajo. No sé si es porque sigo aturdida, pero no me gusta el gesto de sospecha que ha esbozado. Me gustaría mantenerme firme, pero no puedo parar de llorar mientras le escucho.

Una mujer ha llamado al 112 cuando ha visto a un niño desesperado que corría por el Retiro pidiendo ayuda. Le ha preguntado varias veces si se encontraba bien y qué le había sucedido, pero el crío no decía palabra. Hasta que ha gritado que algo había ocurrido

con su canguro. En un principio, pensaban que se había perdido al dejarle solo su cuidadora y que se había asustado mucho. Pero después de llevarle a comisaría, mientras intentaban ponerse en contacto conmigo, han conseguido que se abriera un poco más.

Ethan les ha explicado que la canguro también cuidaba a su hermana, Martina, una bebé a la que paseaba en su carrito, y que poco antes yo había estado con ellos. Se lo confirmo y les digo el lugar exacto. Aseguro que no noté nada fuera de lo normal en Yurena, al contrario, tanto los niños como ella no podían estar más felices. Mi hijo también les ha contado que la canguro le había dado dinero para que se fuera a comprar unos cromos de fútbol que había visto al entrar en el parque. Él ha obedecido y, como iba con su patinete eléctrico, ha tardado muy poco, y entonces ha sido cuando la ha descubierto escondiendo el carro de su hermana en una zona frondosa. Cuando se ha acercado, ella se ha ido corriendo con la niña en brazos. La ha seguido y la ha llamado varias veces, pero la canguro le ha ignorado y ha atajado por zonas en las que el patinete no podía avanzar.

Insiste en que la ha llamado más fuerte, a gritos, para que parara, pero ella ha hecho lo contrario, ha acelerado el paso sin darse siquiera la vuelta. Así que ha dejado el patinete tirado y la ha seguido como ha podido hasta que ha llegado justo para verla subirse con la bebé en un coche oscuro que la estaba esperando en una de las entradas del parque y que ha salido a toda velocidad. El policía me explica que les ha extrañado que nadie ayudase a Ethan, pero han realizado el recorrido y han comprobado que se trata de una distancia corta y poco transitada a esa hora en un día de diario. Me parece que estoy dentro de una película. ¿Cómo ha podido pasar

esto? Tiene que ser un error. Mientras me esfuerzo por contener las lágrimas, le hago preguntas sueltas al agente, algunas inconexas, pero es que no puedo creerlo.

El policía me cuenta que Ethan está en shock y que no recuerda la marca del vehículo ni la matrícula. De momento, no saben si ha podido ver al conductor, no logran que lo describa. Me dice que seguramente se calmará al verme y que entonces le podrán enseñar distintos modelos de coche y colores para tener una idea más concreta que los ayude a localizarlo.

Que no me preocupe, que encontraremos a la niña, me dice. Necesita que le dé la documentación que me facilitó la canguro cuando empezó a trabajar en casa. Por suerte llevo una foto de su DNI en el teléfono, menos mal que no me pide el contrato, porque no hay ninguno. Me señala que por ahora es suficiente para empezar a buscar. También ayuda que Ethan les ha descrito a Yurena; con el retrato robot que han hecho están intentando encontrar testigos. De momento, solo hay testimonios que los sitúan a los tres entrando en el parque, pero como ocultó el carro en una zona poco transitada nadie ha aportado más información. Están centrados en encontrar más testigos, me explica. Quiere darme esperanzas. Pero su intento de calmarme no surte efecto porque cuando le pregunto si hay una cámara de seguridad en la puerta por la que escapó me dice que no, y sé que eso va a dificultar mucho las cosas. Mi mayor terror se ha hecho realidad.

101

Nunca había visto a Ethan así, tan pálido y como si se le hubieran afilado los rasgos. Sus ojos denotan miedo y compartimos la misma incertidumbre. No sé lo que dura nuestro abrazo; en cuanto su cabeza toca mi pecho, siento cómo llora escondido en mi regazo.

Me gustaría decirle que todo va a ir bien, pero tengo tanto miedo que no puedo mentirle. El policía no me ha dado una explicación convincente que indique que encontrarán a mi hija. Pero no tengo tiempo para consolar a Ethan porque el agente que me ha traído le pide que salga para hablar conmigo a solas.

—Tenemos alguna información sobre la canguro que quiero compartir con usted. Nos hemos puesto en contacto con la familia de Yurena, les hemos podido localizar gracias al DNI que nos ha facilitado. Su madre nos ha contado que no tienen contacto con ella desde que vino a vivir a Madrid. Hemos comprobado que no tiene antecedentes. Al parecer no estaba pasando por una buena racha porque, según su madre, se enteró recientemente de que no puede tener hijos.

—Espere, agente, ella me contó ayer que había perdido a su bebé a los seis meses de gestación, pero no me dijo nada de que no pudiera quedarse embarazada otra vez… Me explicó que su novio no

la apoyó en esos momentos difíciles. No sé si les sirve de algo esta información.

—Esa historia no es del todo cierta. —Me preparo para lo peor—. Verá, Paula, Yurena no se quedó embarazada de su novio. En ese momento no tenía pareja y en cualquier caso ese novio no existiría porque su madre nos ha contado que le gustan las mujeres. Nunca ha tenido una relación con un hombre…, al menos, que ellos sepan.

No me puedo creer lo que estoy escuchando.

—Pero…

—Sufrió una violación al volver a casa una noche que había salido a una discoteca. Un hombre empezó a seguirla por la calle y a llamarla «princesa» a gritos. Al final consiguió interceptarla por el camino y la llevó a un descampado, donde la violó con extrema violencia. No se sabe si fue por los desgarros y contusiones que sufrió en los órganos reproductores durante el ataque o por una enfermedad de transmisión sexual que le contagió, pero, después de eso, Yurena se quedó estéril. Nunca podrá tener hijos. Según nos ha dicho su madre, le encantan los niños y siempre ha querido ser madre.

No puedo hablar, solo me vienen flashes en los que veo a Yurena mordiendo y besando a Martina. ¿Cómo no lo he visto venir? ¡He metido en casa a una mujer inestable que me ha robado a mi hija! Porque está claro que ha ido directa a por mi bebé, sabía que la tenía en casa y forzó el encuentro. Por eso se empeñaba en salir a la calle con ella. Pero ¿por qué ha esperado tantos días para hacerlo? No lo entiendo, ¿cómo me puede estar pasando esto?

Ahora mismo odio a Raúl. Si me hubiera hecho caso desde el principio cuando compartía con él mis sospechas, no estaríamos así.

¿Dónde diablos está? ¡¿No estaba tan preocupado la última vez que hablamos?! ¿Por qué no ha cogido el teléfono a los policías? Yo lo he intentado hace un momento y ha salido el mensaje de que está apagado o fuera de cobertura. Bueno, no puedo culparlo, a mí también me engatusó. Consiguió que al final confiara en ella como en nadie. Con todo lo que me he esforzado en ocultar a la niña y no ha sido suficiente. Pero ¿cómo sabía de la existencia de Martina? Tal vez habremos coincidido con ella alguna vez entrando en el coche algún día que tocara pediatra. Nos vería desde la calle o dentro del garaje, pero ¿cómo pudo acceder al interior de nuestro bloque? Alguien la ayudó. Se me ilumina una bombilla: ¡su novio! O lo que sea el hombre que estaba ayer en el parque, porque ya no sé qué creer. Con todo el susto no me había acordado. Pero lo único que tengo claro es que ese hombre existe. Todo ha pasado tan rápido que no he hablado de él a la policía.

—Tengo algo que contarle —le digo al agente, que me mira sorprendido.

Le relato lo mejor que puedo todo lo que me contó Ethan sobre el extraño episodio de ayer en el parque con aquel tipo, al que más tarde Yurena reconoció como su novio. Le doy todos los detalles que recuerdo y lo que me explicó la canguro sobre él. El policía se queda pensativo.

—Ese hombre puede ser la persona que la esperaba en el coche, ¿verdad? —le pregunto intrigada.

—Sí, pero es posible que haya más sorpresas. —Se levanta con energía—. Vuelva con su hijo e intente por todos los medios que se calme. Yo iré a verlos en breve, necesitamos que hable. La colaboración de Ethan va a ser fundamental a partir de ahora.

—¿Sabe quién es?

—Por favor, vaya con él y no le diga nada a ningún familiar ni a nadie de su círculo cercano. Las primeras horas son fundamentales en casos como este, y, si los secuestradores saben que los estamos buscando, podrían querer huir y deshacerse de la niña. Confíe en mí. —Hace una pausa, luego me pregunta—: Paula, ¿ha podido hablar con su marido?

—No, tiene el móvil apagado.

—¿Es normal?

—Se habrá quedado sin batería. Debe de estar a punto de volver. Ya le he dicho que estaba en Toledo por trabajo y que regresaba hoy a casa. —Siguen sin gustarme las caras que pone cuando se refiere a mi marido—. ¿Por qué lo pregunta tanto?

—Debemos tener toda la información que podamos del entorno de Martina.

No me lo creo. ¿Sospechan de Raúl?

102

Me muerdo el labio inferior para no echarme a llorar, no quiero desmoronarme delante de Ethan. Él me necesita fuerte. Pero por dentro me quiero morir, necesito abrazar a mi bebé, saber que Martina va a volver a casa. Fantaseo con la idea de que la urgencia con la que el agente se ha marchado se deba a que esté cerca el momento de encontrar a Yurena y a su cómplice. Sin embargo, cuando lo veo aparecer de nuevo en el cuarto donde esperamos Ethan y yo, me doy cuenta de que no es así. Se sienta frente a nosotros y posa en la mesa una carpeta que trae consigo, pero que no abre.

—Ethan —mi hijo levanta la vista levemente—, te voy a enseñar una fotografía y necesito que me digas si conoces a la persona que aparece en ella.

El policía saca de la carpeta una foto del tamaño de un folio y la extiende para que podamos verla de cerca. El hombre que aparece en ella me resulta muy familiar, le he visto antes, pero ahora no sé dónde. Ethan lo mira serio, pero no dice nada. No ha cambiado la expresión desde que nos hemos abrazado. La psicóloga que le ha atendido dice que es algo normal, está en estado de shock, y si no se muestra más angustiado es porque nos cree cuando le

aseguramos que todo se va a solucionar. Aunque también es posible que de forma inconsciente esté bloqueando su malestar.

El agente continúa dirigiéndose a él.

—Ese hombre que ves podría ser el responsable de la desaparición de tu hermana…

—No ha desaparecido, se la ha llevado Yurena. Yo lo he visto —le contradice Ethan.

—Lo sé y te creo. —El policía me mira, supongo que es importante transmitir confianza, sobre todo cuando se dirige a un menor—. Antes nos has dicho que alguien la estaba esperando en un coche, ¿verdad? —Ethan afirma con la cabeza—. Necesitamos saber si este es el hombre que ayer te habló en el parque cuando estabas con Yurena y tu hermana. Tenemos indicios para pensar que podría ser quien la esperaba en el coche y que realmente fuera el cabecilla de la operación, pero solo tú puedes decirnos si es él.

Ethan se fija en la imagen, no pestañea y traga saliva.

—Porque pudiste ver bien al hombre que estaba sentado en el coche, ¿verdad? —Mi hijo asiente—. ¿Lo conocías?

—Sí.

Una duda me provoca un escalofrío… Dios mío, dime que no es Raúl.

—Es él —responde mirando la foto—, es el hombre que vi ayer en el parque. Estaba buscando a Yurena, porque se mete siempre en la zona más escondida y hay muchos caminos pequeños que se cruzan —comienza a relatar nervioso—. No la veía, pero, cuando por fin la encontré, me pareció que estaba con un señor. En un principio no distinguí nada, pero el hombre empezó a caminar hacia mí y dudé de si se conocían o no, porque parecía que las había pasado de

largo. Entonces me preguntó por mi hermana, pero estaba tan cerca que me puse nervioso. Mi madre me había avisado de que hay un hombre por ahí suelto que hace cosas terribles a los niños y pensé que venía a por mí y…

—Tranquilo, tu madre ya nos ha contado —le calma el agente—. Ya habrá tiempo para que nos lo cuentes despacio, ahora tienes que descansar y pensar que vamos a encontrar a tu hermana. Una cosa, no te dijo nada que pueda ayudarnos, ¿verdad? Intenta hacer memoria, es muy importante, Ethan.

Mi hijo pone cara de concentración.

—Solo me hizo un par de preguntas, nada más.

—Bien. Gracias, Ethan, lo estás haciendo muy bien. Cuando te vea tu hermana, te va a agradecer mucho que nos hayas ayudado tanto.

«Ojalá», pienso yo. Ahora es a mí misma a quien odio por minimizar las advertencias. Raúl me va a matar cuando se entere de que este tipo habló con Ethan, que yo lo sabía y que, además de no intervenir y permitir que se fuera con la canguro otra vez al parque, como si nada, esta mañana he dejado que pareciera que todo se lo había inventado él y no le he defendido cuando le ha echado la bronca.

El policía me hace un gesto para que le acompañe fuera, yo le obedezco y la psicóloga se queda con mi hijo. Le sigo hasta su despacho, que está justo enfrente de donde nos encontramos.

—Paula, voy a serle sincero; aún es pronto, pero no quiero mentirle. Ahora mismo barajamos dos escenarios: el primero, el hombre que esperaba en el coche es el pederasta que Ethan ha reconocido en la foto…

—¿Y la otra? —pregunto agobiada.

—¿Su marido tendría alguna razón para querer llevarse a su hija?

Lo miro incrédula, no me puedo creer que sea cierto que sospechen de él.

—Pero ¿no ha escuchado a mi hijo? —le digo alterada.

—Sí, pero tenemos dudas. No lográbamos que lo describiese, ¿recuerda? No podemos descartar otra hipótesis: que Ethan esté protegiendo a su padre y nos esté mintiendo. Conteste, por favor, a la pregunta que le he formulado antes.

Los dos escenarios son devastadores. Claro que hay una razón para que Raúl actúe así, pero nadie la conoce y no es el momento de contarlo. Me quiero morir.

103

He mentido al policía. Le he contado que Raúl y yo tenemos nuestras discrepancias, como cualquier matrimonio; que soy una madre bastante estricta con los niños, aunque después de lo ocurrido me he quedado corta, y que eso nos genera conflicto. Pero que no hemos discutido por nada más ni estamos en fase de separación ni nada por el estilo. Por supuesto que omito aquello que podría haber hecho que Raúl desapareciera con Martina… Dios mío, ¿se ha enterado y quiere protegerla porque también teme que se la lleven? Creo que he hecho bien mintiendo al agente y que no se centren por ahora en él. No quiero que salga de su radar, pero prefiero que se ocupen ahora de ese cerdo del pederasta antes de que se pongan a escarbar en nuestra vida y salga a la luz todo lo que llevo meses ocultando. Las cosas de casa han de quedarse en casa.

El policía, de momento, deja a mi marido de lado y continúa con el otro escenario. No he reconocido al pederasta porque la fotografía que ha enseñado el policía a Ethan es actual y la imagen que yo vi de él en el vídeo de Instagram, en el que una de sus víctimas alertaba de que estaba en libertad, era un retrato de cuando fue detenido décadas atrás. El agente me refresca la memoria. El hombre que buscan cumplió condena, entre otras cosas, por violar y

matar a un menor que era vecino y amigo de uno de sus hijos. El niño llevaba un año desaparecido cuando encontraron los restos dentro de la depuradora de la piscina en el jardín de la urbanización en la que vivían. Esto abrió la veda y acumuló más de diez denuncias de vecinos, amigos y compañeros de sus hijos. Pero lo peor de todo es que también abusó de ellos. El resto de la historia es tan nauseabundo que le pido al policía que pare. El caso es que su hijo pequeño estaba obsesionado con él y la policía piensa que podría estar colaborando con su padre en la actualidad.

—¿Se refiere a que podría haberlos ayudado a llevarse a Martina? —pregunto acongojada.

—Entre otros.

—¿Cómo?

—Dada la orientación sexual de Yurena, no pensamos que él sea el novio, como le contó a usted, sino su jefe.

—¿Su jefe?

—Presuntamente. Lo que sí sabemos es que ella no trabajaba para Nunú, como le hizo creer. Lo hemos comprobado, nunca han tenido en su plantilla a ninguna Yurena y tampoco la reconocen. —Cada vez me siento más estúpida y detestable. Si no aparece Martina, no voy a ser capaz de vivir con esta culpa—. Pero sí podría trabajar para la agencia de canguros que este tipo tenía organizada. Tenemos una decena de denuncias de clientes y creemos que todo el material que se obtenía podría estar yendo a parar a redes de pederastas que pagan dinerales por ello en la Deep Web. Hasta esta semana no hemos logrado unir todos los hilos y saber que él es el fundador.

—¿Se ha llevado a más niños? —pregunto espantada.

Si es así, necesito saber qué ha pasado con ellos.

—No, su hija es la primera. Pero siempre hay una primera vez. De momento, han denunciado otro tipo de actuaciones.

Percibo que no entra en detalles para que no me sugestione, pero es imposible no hacerlo, tengo ganas de vomitar.

No me puedo imaginar lo que estará pasando mi bebé. Quiero preguntarle cuál es su hipótesis sobre por qué han secuestrado a Martina, si cree que se la han llevado para que Yurena consiga ser madre o si está relacionado con esas redes de pederastas que acaba de mencionar. Pero no lo hago, no quiero escuchar la respuesta. Si me dice la verdad, probablemente me derrumbaré horrorizada, y, si me miente, lo notaré y pensaré que es mucho peor.

—¿Usted tiene redes sociales? —interrumpe mis pensamientos.

—Sí, claro.

—¿Y comparte fotos de sus hijos?, ¿de Martina?

—No, de Martina nunca y de Ethan hace años que no. Prácticamente no subo nada, solo cotilleo.

—Pues bien hecho, aunque pensaba que quizá podría haber sido el lugar donde vieran a la niña. Hay que tener mucho cuidado con las redes. Son el escaparate perfecto para pederastas de este tipo. La mayoría de los discos duros que recopilamos de tipos así están plagados de imágenes que cuelgan padres que tienen su perfil abierto. Es como un catálogo, eligen a su víctima y van a por ella. Suelen ser madres con bebés recién nacidos, que siguen páginas de maternidad y a influencers que hablan de sus hijos, las ven interesadas y les ofrecen sus servicios. Les mandan el enlace o un privado. En su caso no sé cómo la…

—Seguramente me vieran con ella de paseo.

Miento, no le voy a decir que apenas salía a la calle antes de que Yurena llegara a nuestra vida. Como pensaba, tuvo que vernos dentro del edificio, o quizá me siguió en alguna visita al pediatra. No puedo decir nada más, intento procesar lo que me acaba de contar. Todo está siendo tan precipitado que tengo la sensación de que escucho lo que dice, pero solo lo oigo, no lo capto y mucho menos lo comprendo. Como me pasa a veces en el médico. Quiero entender si el nivel de gravedad de lo que me cuenta es tan desorbitado como me imagino. No me puedo creer que esto nos esté ocurriendo a nosotros. Yo misma avisé a Ethan del peligro de que el pederasta estuviera suelto para que estuviera ojo avizor, pero no imaginé que su víctima sería Martina. Ni que Yurena se fuera a portar así con nosotros cuando la hemos cuidado como a una más. Entonces me asalta un pregunta que no me había hecho hasta ahora.

—¿Piensa que podrían haberle hecho algo a Ethan y que no nos lo haya contado?

Tampoco sé si estoy preparada para esta respuesta, pero ya es tarde. No he podido controlarme.

—Eso lo sabremos durante los siguientes días. Almudena, la psicóloga, va a seguir muy pendiente de él. No se preocupe.

¿Cómo no me voy a preocupar si una red de pederastas se ha llevado a mi hija? No me quiero ni imaginar lo que ese monstruo hará con ella.

JOAQUÍN

104

Sé que es la indicada en cuanto la veo entrar. Tiene los mismos rasgos finos y angulosos, presididos por esos enormes ojos que se me clavan en cuanto la miro. Su voz suena más fuerte, pero el acento y el ligero seseo son perfectos. También me gustan sus buenos modales, aunque, conforme habla, voy notando que tendré que atarla en corto. Le insistiré en que baje un poco su energía. Debe resultar dócil y agradecida, Paula tiene que confiar en ella, verla como una aliada, nunca como una rival. Es perfecta, desprende firmeza pero es tranquila. Tiene personalidad, es educada y también directa. Es fuerte y atractiva, pero resulta tierna. Es vulnerable, algo le ha pasado, pero no necesito saberlo. Lo único que me interesa es que encaja a la perfección con la historia que tengo pensada para ella. Sobre todo porque, por lo que me cuenta, está absolutamente sola, por no tener no tiene ni redes sociales. Lo que la convierte en una auténtica joya.

Disimulo lo mucho que la necesito cuando me dirijo a ella, pero mis ansias me juegan una mala pasada y sueno algo rudo y maleducado. Noto que no le gusta nada y se pone a la defensiva. Sobre todo cuando le digo que el trabajo es ligeramente diferente de lo que ponía en el anuncio. Tengo que aclarar rápidamente que no estoy buscando nada sexual, y ahí afloja. Yo también lo hago, la

miro a los ojos y le cuento lo que espero de ella en términos generales, pero antes de que me tome por loco le narro mi historia, el motivo por el que la necesito para llevar a cabo la operación que tengo planeada.

—Yurena, sé que de primeras suena un poco marciano, por eso es fundamental que te cuente lo que he sufrido para que entiendas el porqué de todo esto. Voy a intentar ser breve, pero puedes preguntarme lo que necesites y, por supuesto, te iré repitiendo y desarrollando aquello que sea importante para desempeñar tu trabajo.

»Paula y yo nos conocimos hará algo más de dos años en una cafetería que hay al lado de mi oficina. Era una mujer muy atractiva, y lo sigue siendo. Como yo tampoco me puedo quejar, empecé a saludarla y a tontear con ella. Fuimos hablando cada día un poco más hasta que una tarde que estábamos los dos solos nos sentamos juntos. Ese fue el comienzo. Así fue como, poco a poco, nuestras citas casuales se fueron oficializando.

»Ella iba una hora, dos veces a la semana, los martes y los jueves. Me dijo que era el único rato en el que podía escaparse para tomar un café. Para mí verla era el mejor momento de la semana, y juraría que también para ella. Hasta que un día coincidimos en el parking cuando ella volvió al coche para coger un paraguas porque empezaba a llover, y acabamos juntos en el mío. A partir de esa primera vez, fuimos repitiendo en el aparcamiento e incluso, algún día, en mi piso.

»Con los meses, la complicidad y la confianza entre nosotros fueron creciendo y compartimos momentos y pensamientos muy íntimos. Ella me confesó que estaba casada, de ahí nuestras

restricciones de horario, pero que su marido últimamente viajaba mucho y estaban muy desconectados. También me dijo que llevaba años sin trabajar y que no le sentaba bien. Era víctima de un conflicto constante porque quería recuperar su vida anterior, pero no deseaba hacerle daño a su marido. Pese a que me estaba enamorando, me propuse ser realista y no hacerme demasiadas ilusiones, pero ella era la que me demandaba y me hacía saber lo a gusto que estaba conmigo. Tanto era así que caí en sus redes y yo también me sinceré con ella, le conté que siempre había querido ser padre, pero que no había encontrado a la persona adecuada para formar una familia. Ella no se mostró incómoda ni me paró los pies, y eso me llevó a hablarle de la culpa que sentía por cómo eso afectaba a mi madre, de lo sola que está en el pueblo, de lo mucho que espera y lo feliz que le haría tener nietos.

»Paula me dijo que era muy afortunado por tener una madre, aunque fuera lejos. Ella perdió a la suya de adolescente. Al principio no me contó nada más, pero con el tiempo me confesó que la atormentaban aún los motivos de su muerte. Había algo oscuro en ella, mucha culpa. Por la forma en la que después ha actuado, me atrevo a decir que seguramente ella fue la responsable. Pero solo me habló de cuánto la echaba de menos, aunque no me quiso detallar mucho más. Era evidente que tenía una tremenda carga. Únicamente añadió que recordaba de ella su olor a coco y su acento canario susurrado. Recuerdo que tenía los ojos empañados mientras me enseñaba en su teléfono una fotografía de un retrato de su madre que tiene colgado en su casa.

»Entonces sucedió algo que cambió por completo las cosas. Un fin de semana que había ido a ver a mi madre, que vive a hora y media

de Madrid, Paula me llamó por teléfono. Me pareció muy raro, porque apenas lo hacíamos. Ella no quería dejar rastro de nuestra relación, incluso se compró un móvil de prepago. Además, al ser fin de semana, estaría con su marido. Así que, aunque me pillara animando a mi madre, porque acababa de llegar y la había notado más apagada que nunca, decidí contestar. Paula estaba muy nerviosa, sonaba acelerada, se interrumpía a sí misma y empleaba un tono tan bajo que me era imposible entenderla bien. Además, en el pueblo la cobertura es horrible y no entendía lo que quería decirme. De pronto la escuché con claridad, me decía que estaba embarazada. Recuerdo cómo el corazón se me llenó aún más de amor y casi me pongo a llorar allí mismo. Me dijo que tenía que colgar y que me llamaría cuando pudiera. "Te llamo… cuando pueda". —Mientras hablo, me doy cuenta de que Yurena me escucha atenta, estoy seguro de que sabrá ponerse en mi lugar—. Te puedes imaginar la alegría que sentí en ese momento. Siempre había soñado con ser padre, pero, sobre todo, con la cara que pondría mi madre cuando se lo contara. Después de tantos años viuda y conmigo viviendo lejos, sabía que le devolvería la ilusión de vivir. Así que no me pude callar y le hablé de ella, de cuando nos conocimos, de lo mucho que nos gustábamos y de que estábamos esperando un bebé. Quizá debería haber sido más prudente, pero interpreté esa llamada como una necesidad imperiosa de hacerme partícipe de la noticia porque, al igual que yo, ella también estuviera embriagada de felicidad. Pero no fue así. Tardó un par de horas en volver a llamarme para decirme que me olvidara de lo que me acababa de contar. Yo me quedé anonadado. ¿Cómo que me olvidara? No podía ignorar que iba a ser padre, ¿cómo podía pedirme algo así? Yo le

pedí una explicación; si estaba embarazada, teníamos que hablar para… Pero ella me interrumpió. Tenía que cortar, solo me quería informar de que no estaba esperando un bebé. Que lo sentía, que había sido una confusión. Que había repetido el test dos veces más y que las dos habían dado negativo. Se mostraba muy seca, parecía otra persona, y en ese mismo tono me dijo que había llegado el momento de acabar nuestra relación, que no se sentía cómoda traicionando a su marido y que no podíamos volver a vernos. —Yurena me mira con la misma desconfianza que me produjeron a mí las palabras de Paula—. Te puedes imaginar cómo me quedé. Unas horas atrás era el hombre más feliz del mundo y había conseguido compartir esa alegría con mi madre, y, de pronto, me había vuelto a quedar solo. Pero lo peor no era eso, sino que había algo que me hacía pensar que no era sincera conmigo. Tenía serias dudas porque mi intuición me decía que estaba mintiendo. No sabía si estaba pensando en abortar. Encima mi madre estaba pletórica. No podía darle esa noticia. Me planteé aprovechar la llamada y confesarle que mi pareja me había llamado para decirme que acababa de sufrir un aborto. Pero es que la iba a dejar con el ánimo por los suelos, me parecía una tortura para ella. Así que finalmente callé, a la espera de buscar una explicación más elaborada en otro momento, porque me había pillado todo tan de sopetón que era incapaz de pensar con lucidez.

»De vuelta a casa ese mismo día, mientras conducía, me imaginé de nuevo siendo padre junto con Paula, todos los momentos con los que había fantaseado después de la primera llamada y que no había tenido más remedio que borrar con la segunda. Y mantuve la esperanza de que cuando entrara en razón me volvería a llamar para

contarme la verdad. Puse en su boca frases como "me asusté, pero ahora sé que es lo mejor", "no quería hacerle eso a mi marido, pero este momento tenía que llegar tarde o temprano…".

»Sin embargo, eso nunca ocurrió. A partir de ese momento dejó de venir a las citas y el teléfono ya no daba tono. Aparecía siempre apagado cuando llamaba. Pero un día me crucé en coche con ella. Yo iba de camino a la oficina y reconocí su automóvil, estábamos muy cerca y decidí seguirla. Paró en un semáforo y me coloqué un poco por detrás, en el carril de al lado. Casi me muero cuando vi que había un niño sentado junto a ella, debía de tener unos diez u once años y llevaba puesta la equipación del equipo de fútbol que entrena al lado de mi oficina. Lo identifiqué enseguida porque varios compañeros llevan a sus hijos a jugar allí y había visto fotos, algunos incluso habían pasado por el despacho para ver a sus padres después de entrenar.

»Así descubrí que tenía un hijo y que me había estado mintiendo todo ese tiempo. No iba a la cafetería para escaparse y tomar un café, sino porque el niño entrenaba justo al lado, dos veces por semana, en un equipo de fútbol, y, por no quedarse en el coche, ella pasaba la hora que duraba la clase tomando algo ahí. Supongo que no me lo contaría para que yo no la juzgara o saliera espantado.

»El descubrimiento podría haberme servido para poner distancia y hacerme ver que no era alguien que me conviniera. Sin embargo, esa mentira avivó la duda sobre si era cierto lo del falso positivo o si, como yo tanto deseaba, Paula estaba embarazada. Todo eso me llevó a seguirlos hasta el edificio en el que vivían, pero no pude verla bajar del coche porque entraron por el garaje del bloque. Sé que es un poco intenso todo…

—No, no. Tranquilo. Yo también vengo de algunas experiencias bastante intensas —me dice muy empática.

—Ahí empezó mi cruzada. Tenía que averiguar si la persona que me había traicionado me ocultaba que esperaba un hijo mío… Me acercaba hasta su edificio varias veces al día para intentar hablar con ella. Solo quería que me escuchara y que me contara la verdad. Pero cuando, por fin, la vi, iba acompañada del niño y, aunque me moría de ganas, no me acerqué. A Paula por poco se le salen los ojos del susto que se llevó cuando se percató de mi presencia. No tardó en escribirme desde el número de siempre para pedirme que no volviera a ponerme en contacto con ella ni la siguiese. Yo le recriminé que me hubiera mentido y respondió que nunca más volviera a acercarme a su familia. Y eso hice los siguientes días, me centré en el trabajo para bloquear mis emociones; sin embargo, no podía quitarme de la cabeza lo ocurrido. El destino no quería que la cosa se quedara así y un día, mientras iba al parking después de salir del trabajo, pasé por la puerta del polideportivo donde entrenaba el hijo de Paula y lo vi con varios chicos, todos ellos vestidos con la equipación del equipo. Me llamó la atención, porque el resto le rodeaba y él les hablaba cabizbajo. No pude evitar simular que charlaba por teléfono y me paré muy cerca de ellos para escuchar lo que les estaba contando: era una despedida, les explicaba que tenía que dejar el equipo porque su madre estaba embarazada y debía guardar reposo. Ya no iba a poder llevarle más a entrenar.

—Madre mía —me dice Yurena sin poder controlarse.

—¡Su madre estaba embarazada! —le repito—. Y de una niña que se iba a llamar Martina. Así fue como me enteré y supe el sexo y el

nombre de mi propia hija. Aún hoy me parece increíble que me hiciera eso. Estaba convencido de que lo hacía para que yo no le viera la tripa. Se encerró en su casa y apenas salía. Yo hacía guardia desde la calle de enfrente y veía salir a su hijo acompañado de un hombre que tenía que ser su marido. Pero ella utilizaba siempre el garaje para entrar y salir en su coche sin que pudiera pararla. Suena muy extremo, pero eso solo fue el principio de todo lo que Paula era capaz de hacer.

105

Yurena permanece atenta mientras le sigo contando lo que ocurrió a partir de que descubriera por su hijo que Paula estaba embarazada.

—Mi madre casi se derrite cuando le dije que era una niña, y el nombre también le gustó mucho. Lo más difícil fue tener que darle largas con excusas creíbles para no llevar a mi pareja embarazada al pueblo para que la conociera. Fue muy doloroso, porque la única forma que encontré de justificarlo fue contándole que tenía un embarazo de riesgo y que debía guardar reposo absoluto. Esto hizo que la pobre mujer viviera pendiente de su estado de salud, pero las fotos que le enviaba compensaban el disgusto. Encontré una influencer que compartía cada segundo de su embarazo en redes y sus fotos públicas me sirvieron para mantenerla al día. El verla tan contenta en cada imagen hizo que dejara de preocuparse tanto y vivía con ilusión todo el proceso, esperando el momento en que conociera a su nieta. Ese era el problema, que tarde o temprano esa criatura iba a llegar a este mundo y yo anticipaba que ni siquiera iba a poder verla.

»Le di muchas vueltas al asunto, lo más importante era saber si yo quería luchar por ese bebé, y no tenía ningún tipo de duda. Como te he dicho, antes de que naciera ya se había convertido en mi

cruzada. Esa criatura era sangre de mi sangre y merecía disfrutar de ella y poder criarla como Paula. Aunque el hecho de que mi madre lo esperara con tanta expectación fue otro de los motores que me llevó a luchar, deseaba que hubiese justicia y formar parte de la vida de Martina desde el mismo momento en que naciese.

»Lo primero que pensé fue abrir un proceso legal para solicitarle a un juez que ordenara una prueba de paternidad que dejara constancia de que yo era el padre. Pero para ello no basta con la mera declaración del demandante y no tenía ninguna prueba que demostrara que habíamos tenido una relación, solo llamadas perdidas y mensajes sueltos y bastantes inconexos de un móvil que no se podía demostrar que fuera de ella. Pensé en los camareros de la cafetería en la que nos conocimos, pero el encuentro sexual se produjo al poco tiempo y, a partir de ese momento, nos saltamos los cafés y quedábamos directamente en el parking. Además, poco después, el local pasó a ser un Starbucks y ya no tenía forma de localizarlos. Cuando vino a mi casa fuimos también muy discretos. Así que estaba perdido. Para obtener la orden piden fotografías, cartas, vídeos o algún testimonio de amigos, familiares o testigos que acreditaran que no me lo estaba inventando. Sin indicios que fundamentaran una duda razonable no tenía nada que hacer. Pero no me di por vencido. Sí, estoy dispuesto a mover cielo y tierra para poder ver a mi hija y, al menos, compartir la custodia.

»Pasaron los meses y sabía que Paula había dado a luz, la veía desde la calle asomada a la terraza con la bebé en brazos y salir con ella en el coche familiar junto con su marido y su hijo los fines de semana. Imagínate qué impotencia tan grande, tener tan cerca a Martina y no poder verle la carita ni abrazarla.

—Me lo imagino —me responde con los ojos húmedos.

—Perdóname, no pretendía hacerte llorar.

—No te preocupes, no es solo por eso. Me recuerda algunas cosas que he vivido.

Tengo la tentación de preguntarle, pero temo abrumarla y que se vaya. Aunque pienso que para lo que le voy a pedir es importante que le toque, que lo entienda y quiera ayudarme.

—Tenía que lograr acercarme a ella, de la forma que fuera, y, si no podía ser a través de Paula, lo haría gracias a su marido o a su hijo. Necesitaba entrar en el edificio y entablar conversación con alguno de ellos, y, aunque me impusiera mucho más, me parecía menos arriesgado acercarme a Raúl; el niño podría asustarse y delatarme. Además, si lo hacía bien, podría sacarle más información sobre Paula y la niña y sobre las rutinas de la familia para construir un plan que no hiciera aguas.

»La misión parecía imposible, pero encontré la forma de hacerlo: alquilar una plaza de garaje en el edificio. El portero es un encanto y me dijo que en cuanto se quedara una libre me avisaría. Tuve que esperar meses, pero hace muy poco me dio la buena noticia.

—¿Y pudiste hablar con él? —me pregunta intrigada.

Le sonrío y me devuelve la sonrisa de manera cómplice.

—Yo entro muy pronto a trabajar y no podía propiciar el encuentro por las mañanas, así que esperé un par de tardes hasta que averigüé la hora a la que volvía él. Solo tenía que llegar un poco antes y aguardar en el garaje para subir en el ascensor juntos, no todos los días, pero los suficientes para que pareciera que coincidíamos muy a menudo y fuéramos ganando confianza.

»Al principio solo nos saludábamos, pero al cabo de los días nos presentamos. Por cierto, para él soy su vecino Tomás. Poco a poco empezamos a hablar del trabajo o comentábamos algún partido. Yo a veces llevaba el maletín, y otras una mochila de deporte y le decía que venía de nadar o de jugar al pádel, y él me decía que a ver si un día jugábamos un partido. También llevaba bolsas con algo de compra… Él se bajaba en su planta y yo siempre subía, jamás me preguntó en qué piso vivía. Un día le hice un comentario sobre la educación actual para aprovechar y preguntarle si tenía hijos, y me contó que había sido padre por segunda vez. Era muy duro hablar con él y saber que estaba disfrutando de lo mío. Tenía que esforzarme por que no se me notara todo lo que se me pasaba por la cabeza cuando me hablaba de Martina. Cuando salía del ascensor, yo lloraba desconsolado sabiendo que mi hija estaba a escasos metros de mí y no podía verla. Si no hacía algo pronto, ese hombre se convertiría en su padre y yo no la vería crecer.

Cuando pronuncio estas palabras, Yurena rompe a llorar y a mí se me saltan las lágrimas también.

—Ay, lo siento, de verdad… —se disculpa.

—Más lo siento yo, créeme —le digo mientras le ofrezco un pañuelo—. No era un buen trago ver al hombre que me estaba sustituyendo frente a frente, a una distancia tan corta, y escucharle hablar de ella como si yo no fuera nadie. Pero, si eres persistente, consigues las cosas, y gracias a esas pequeñas pildoritas que me daba en lo que duraba el corto trayecto en el ascensor encontré la clave para recuperar a mi hija…, y ahí entras tú.

106

El marido de Paula fue quien me habló de que su mujer necesitaba ayuda con los niños, sobre todo para ocuparse de la bebé, pero que se negaba a contratar a alguien. Ese fue el detonante para trazar mi plan. Me comentó que la había visto metida en una página de una agencia de canguros muy famosa que no paraban de anunciar las influencers y que aparecía en todos lados, aunque no especificó el nombre. La idea de que la canguro viniera de ahí era la baza perfecta. Paula tiene el perfil cerrado, pero solo tuve que buscar en las agencias más conocidas, y Nunú se lleva la palma, casi todas las famosas la siguen y entre sus miles de likes encontré los de Paula. No sabía al cien por cien que fuera esa a la que se refería su marido, pero tenía la prueba de que a ella le gustaba.

No obstante, la conozco bien, he padecido la frialdad con la que se comporta, y sabía que necesitaba tocarle la fibra. Nunca la he visto más emocionada que cuando me habló de su madre. Un día incluso me cantó la nana canaria que le tarareaba y yo fantaseé con que se la cantaríamos a nuestros hijos. Al llegar a casa la busqué y después de que me dijera que no había embarazo la escuché de vuelta en el coche, a lágrima viva. Me acordaba de la foto del retrato, de sus ojos enormes y del pelo muy cortito. También de que vestía de rosa. Todo esto se lo explico a Yurena para que entienda el

motivo por el que quiero cambiarle la imagen y que suavice su acento y sus maneras.

—Tenemos que conseguir que le recuerdes a ella para que te abra las puertas de su casa —le digo con convicción.

Le señalo asimismo lo fundamental para no espantar a la madre de mi hija, cómo tratarla y garantizar que el plan que he trazado nos lleve a recuperar a Martina. Insisto sobre todo en lo que les está haciendo a esos niños y a su marido. Si es capaz de comportarse así con su propia familia, qué no llegará a hacer a otros. Los ha encerrado en casa y les hace vivir en una realidad paralela fundamentada en una cruel mentira.

—No se puede ser más retorcida —sentencia Yurena.

—Y cruel, porque estamos hablando de sus propios hijos. Tu ayuda significa mucho para mí, ya te he explicado tus honorarios y las recompensas que tendrás cuando vayas cumpliendo los objetivos. Te lo detallaré todo con más precisión, pero necesito saber si estás conmigo en esto y si estás segura de querer encontrar justicia para Martina.

—Sí, quiero. —Yurena imita en su respuesta la solemnidad del altar.

Tengo ganas de abrazarla, pero me limito a sonreír.

—No sabes cuánto te lo agradezco. Entonces entremos en materia. Para lograr nuestro objetivo es muy importante que tengas claro los pasos que seguir. Si quieres ayudarme a recuperar a mi hija, una vez que empieces a trabajar para ellos, tienes que conseguir una muestra de saliva, ya te diré cómo, para llevarla a un laboratorio y que puedan confirmar nuestro parentesco. Después te ganarás su confianza y te harás imprescindible, así te necesitarán y

confiarán plenamente en ti; de esta forma, no te pondrán límites y nunca dudarán de tus intenciones. Para eso es primordial ganarte a su marido y a su hijo. Elige tú el orden. Del primero necesitas que te apoye por si ella se huele algo, que es muy lista. Podrías seducirle…

Me interrumpe con fuerza.

—¡Ni hablar!

—No digo que tengas que hacer nada, solo que le guste estar contigo, muéstrate comprensiva, porque su mujer no lo es, así lo tendrás en palmitas y nos facilitará mucho las cosas. En cuanto al chaval, si consigues que confíe en ti y que no te vea como una enemiga, sino como una aliada para luchar contra la tiranía de su madre, tal vez cuente más cosas e, incluso, declare en su contra cuando sea necesario. Ese crío debe de estar sufriendo mucho y se merece que le saquemos de esa jaula. —Yurena asiente afectada—. También tienes que conseguir pruebas que demuestren nuestro romance o la manera en la que trata a sus hijos, por si el test de paternidad no fuera suficiente para el juez.

—¿Quieres que la grabe y que haga fotografías?

—Con que busques algo que pueda dejarla mal…, quizá en su ordenador conserve alguna foto de las que nos hicimos con su teléfono y que se negó a compartir conmigo, u otra cosa que desconozcamos. Sabiendo lo que ha hecho conmigo, vete a saber… Pero, sobre todo, tenemos que conseguir que me den a la niña y que atiendan a su hijo. Si de paso su marido se entera de todo, la deja y le dan la custodia del muchacho a él ya sería la leche. Y, por último, lo más importante, aquí te llevarás un incentivo, ya te lo aviso; mientras esperamos los resultados del test, que pueden tardar de una a tres semanas en algunos casos, aunque el plazo habitual

es de siete a diez días laborables, tienes que conseguir que Paula te deje sacar a la niña a la calle para que yo pueda estar con ella. Te lo suplico. No puedo más, vivir así es horrible. Me muero por achucharla y abrazarla fuerte.

—¿Y si lo consigo antes que los demás objetivos? Me refiero a después de conseguir la muestra, claro, no creo que tenga problema con eso.

—Antes tendrás el dinero extra —le respondo sonriente—. Te pagaré más cuando me la traigas. Y en cuanto esté el resultado de la prueba, con los demás objetivos cumplidos, podrás desaparecer y yo podré probar toda mi historia.

Yurena me sonríe de vuelta con picardía.

—Me gusta. No se lo digas a mi jefe, pero con todo lo que me has contado lo haría gratis.

Sonrío para mis adentros. Esa es la actitud que necesito. Aún no le he cambiado la imagen y ya sé que he encontrado a la persona indicada para ayudarme a ejecutar mi plan.

107

Los días previos a que Yurena empezara a trabajar en la casa donde tenían secuestrada a mi hija se hicieron interminables. Llevaba meses sufriendo en silencio, y saber que podía estar cerca el momento de conocer a mi hija me provocaba unos nervios insanos. La imagen de la canguro no podía ser más exacta; le habían cortado el pelo tal y como pedí y vestía la ropa que le compré. Quedó incluso mejor de lo que me esperaba, se la veía cómoda en su rol. Yurena aparentaba una serenidad deliciosa, pero yo sabía que en su interior había una parte que no paraba de rugir y que necesitaba la excusa perfecta para dar un ansiado zarpazo. Y yo le había proporcionado la ocasión idónea para ello.

Además de demostrar que Martina era mi hija y que su madre me la había robado, otro de los motores de la operación era desenmascarar a Paula. El resto del mundo tenía que saber lo que nos había hecho y que esos niños crecían encerrados entre cuatro paredes. Y eso que todavía no conocíamos la magnitud de lo que les estaba haciendo. Pero yo le repetía esto sin parar a Yurena.

—Tenemos que arruinar la vida a ese monstruo, que se quede sola —me dijo mirándome a los ojos en uno de los momentos en los que no pude contener las lágrimas, como ocurría a menudo.

—Pero por lo legal, no te olvides —remarqué yo—. Debemos ser igual de sibilinos que ella.

Una vez en el interior del edificio todo debía ser sencillo, solo tendría que esperar un piso más arriba y simular un encuentro fortuito con Paula en el rellano. Yurena debía aparentar estar triste y, gracias a su parecido con la madre de Paula, captaría su interés. Luego debía presentarse como una canguro de primera y que buscaba trabajo. Pero no contábamos con que mi ex apenas saliera de casa, y pasaron horas y horas hasta que al fin Yurena entró en acción.

Cuando ya pensaba que estábamos gafados y que ese encuentro jamás se daría, sucedió el milagro… Se conocieron un viernes y al día siguiente Paula citó a mi cómplice para ese lunes. ¡Estaba dentro! Iba a conocer a Martina y a mandarme fotos de ella, a contarme cómo era y… ¡a hacerse con la muestra de saliva que necesitaba!

Decidimos que Yurena hablara lo menos posible para no asumir riesgos innecesarios. Eso sí, cuando salía de trabajar, yo la esperaba en la entrada del parque, en la zona llena de arbustos y en la que prácticamente no había luz, para que me informara de todo lo relacionado con Martina. Me había propuesto ser prudente y no alarmarme, pero bien pronto confesó que cantaba a la legua que en esa casa ni Paula ni Ethan querían a esa niña, que parecía que los molestaba. Eso me destrozó y avivó mis ansias de sacarla de allí cuanto antes.

Como suponía, Paula advirtió a la canguro que mi hija no salía. No se lo prohibió de forma categórica, lo que nos dio esperanzas para

insistir. Por suerte Yurena me trajo la muestra de saliva de la niña ese mismo lunes y la envié a analizar junto con la mía.

Sin embargo, mientras esperábamos los resultados, y pese a que por primera vez pude ver la cara de mi hija gracias a unas fotos que me mandó, las cosas se fueron complicando. Como me imaginaba, Paula no le quitaba ojo a Yurena de una manera obsesiva y desconfiada. A eso se sumaron algunos roces, celos y malentendidos que por poco provocaron que todo nuestro esfuerzo se fuera al garete. Aun así, fuimos superando cada uno de los obstáculos. Lo tenía todo bien amarrado.

Pasaron los primeros días y la tensión aumentaba. Yurena se mostraba más dura conmigo, menos sumisa. No me esperaba que reaccionase así. De hecho, se negó a ir al parque después de trabajar y pasamos a utilizar el teléfono para informarme y para que ella recibiera mis indicaciones. Me dolía sobremanera que Raúl fuera «excepcional», como ella misma lo calificó. No solo por los celos que me provocaba y lo mucho que me jodía saber que sería mucho más difícil competir en el futuro con un hombre como él, sino porque pensaba asimismo en lo mucho que le iba a hacer sufrir cuando todo saliera a la luz y se enterara de que Martina en realidad no era su hija. Al fin y al cabo, en realidad él no había hecho nada malo.

El miércoles la canguro tuvo un susto cuando Paula le pidió referencias. Habría preferido no tener que recurrir a mi madre para solucionarnos la papeleta, pero le vi el lado positivo. Le pedí a Yurena que le enviara un mensaje de agradecimiento. Mi madre no cabía en sí. Tuve que decirle, eso sí, que se refiriera a ella por ese nombre, que como era un trabajo eventual, en negro, prefería no dar el suyo. Siempre le había hablado de Paula, nunca pensé que las

cosas se torcerían. Mi madre es tan buena persona y tan inocente que ni le resultó extraño que justo la mujer que daba el trabajo a mi pareja se llamase también Paula.

Hasta el jueves no consiguió traerme a mi pequeña y me regaló uno de los momentos más inolvidables de mi vida. Pero la tarde acabó accidentada por culpa de una caída de la suegra de Paula, y otra vez puso su futuro en la casa contra las cuerdas.

Los días iban pasando y, aprovechando que mi ex trabajaría fuera de casa, le ordené a Yurena que dedicara esas horas para buscar en su ordenador algo que nos ayudara a hundirla del todo. Pero la muy lista no tenía nada que la relacionara conmigo o que pudiera comprometerla.

La siguiente semana no pudo empezar peor. Como me imaginaba, el lunes el laboratorio aún no me había llamado para darme el resultado de nuestras pruebas de ADN. Por otra parte, notaba que la actitud de Yurena iba cambiando conforme avanzaban las horas. Cada vez me contaba menos y hablaba de Martina como si fuera suya, la protegía de manera exagerada, haciéndome sentir como si yo fuera un extraño al que no le importara lo que le pasase. ¡Cuando precisamente era todo lo contrario!

Era consciente de que cada vez estaba más ansioso, más exigente y le hablaba fuera de tono, pero todo era por una buena causa, solo quería estar con mi hija. Ese día pude escaparme y ambos llegamos a tiempo a nuestro escondite en el parque, donde podíamos pasar desapercibidos. Pero Yurena tenía prisa y yo notaba que me miraba con otros ojos cuando abrazaba y besaba a mi niña. Aunque lo que hizo saltar chispas entre nosotros, en el peor de los sentidos, fue que le conté que la prueba de ADN no tenía validez jurídica si no

estaba hecha directamente en una clínica y no por nosotros. Le expliqué que en ese caso habría que hacer bien las cosas. Tocaba llevar a Martina a un centro, pero ella no me respondió. No fui contundente como otras veces, me ponía muy nervioso cómo me miraba y que anduviese con prisa.

El martes nuestros enfrentamientos subieron de intensidad. Amaneció lloviendo y ella se negó a acudir a nuestra cita de la mañana. Decía que Paula se opondría y que, de bajar, Martina se podría poner mala y sería aún peor. Sus argumentos resultaban coherentes, pero había algo que me ocultaba, y eso me repateaba. Tenía que conseguir llevarme a mi hija unas horas para acercarla al laboratorio. No había contemplado que ante un juez la prueba de ADN solo es válida cuando se realiza por un profesional en un centro, y yo había contactado con uno en el que la responsable me ofrecía mucha flexibilidad para llevarla; pero si me daba largas no llegaría a tiempo. Aun así, mi insistencia resultó efectiva: me citó para la tarde, pero anunció que Ethan se había empeñado en acompañarlas.

Cuando llegó el momento, el chaval se quedó dando unos toques al balón y ella aprovechó para ir hasta donde yo la esperaba. Recalcó no sé cuántas veces que no debíamos tardar mucho, y yo esta vez le conté con claridad que tenía que llevarme a la niña durante unas horas. Yurena se negó en redondo porque eso nunca lo habíamos acordado. Volvimos a discutir, yo le insistía en que debíamos actuar rápido antes de que Paula se oliera algo. Pero ella no paraba de repetir lo arriesgado que era, a lo que se sumaba que no tuviera tiempo, porque Ethan podía venir a buscarla y no debía vernos juntos.

Me puse firme, tenía que entender que, si la prueba no se hacía en una clínica, no tendría validez ante el juez, y ella me rebatió argumentando que, al menos, sería el detonante para exigir la prueba de manera oficial. Quería gritarle ahí mismo, pero, antes de que pudiera seguir suplicándole que entrara en razón, vi su cara de susto. Después me hizo un gesto para que me diera la vuelta y caminó un par de pasos hacia atrás para separarse de mí. El niño se estaba acercando a nosotros. Era muy posible que Ethan nos hubiera visto, así que tenía que hacerle creer lo contrario y, ya puestos, me iba a ocupar de que dejara de incordiar: si le metía miedo, ya no querría acompañar más a Yurena y a Martina en sus paseos.

Fui hacia él y le pregunté si estaba solo. Mientras me respondía, le mantuve la mirada tratando de ser lo más sórdido posible. Después le pregunté por su hermana, él estaba casi paralizado y contestaba con cuentagotas. Creía que mi cómplice lo llamaría para que se fueran, pero esperó a que yo terminara de hablar con él. Cuando vi que estaba muerto de miedo, me fui.

A los pocos minutos le envié a Yurena un mensaje para que estuviera tranquila, porque tenía la explicación perfecta para Paula: si el niño lo contaba, debía decir que era su novio.

Pero el que no conseguía estar tranquilo era yo. Estábamos entrando en una espiral de autodestrucción sin sentido y debía intervenir si no quería que todo se fuera al garete. Mi hija y yo nos merecíamos estar juntos y todo estaba en nuestra contra. Pero no podía hacer sentir a Yurena que ya no confiaba plenamente en ella y que con su actitud no me ayudaba. ¿Desde cuándo se preocupaba

tanto por Paula? Tenía la sensación de que en los últimos días se inquietaba demasiado por ella, se estaba pasando de la raya.

Así que, después de darle muchas vueltas, encontré la única solución. El miércoles por fin sería el día. Pero antes tenía que conseguir calmar las aguas con ella. Así que le envié un mensaje para vernos. Quería terminar la conversación que no habíamos podido acabar en el parque, con tranquilidad, y que me contara si Ethan había dicho algo y cuál era la situación dentro de la casa para tenerlo en cuenta. Ella me contestó que prefería hablar al día siguiente; me negué, tenía que ser por la noche, cuando se fueran a dormir.

Conseguí mantener el tono relajado que me había propuesto durante toda la conversación. No quería que sintiera que le imponía nada. Le dije que necesitaba ver a Martina al día siguiente solo para despedirme de ella. Le prometí que respetaría el plan original, por lo que no habría más modificaciones ni tendría que salir más de paseo con ella si no quería. Lo único que exigía era que nuestro encuentro fuera por la tarde porque no podía escaparme de la oficina, algo que no era cierto. Después solo tendría que esperar a los resultados de la prueba de paternidad sin volver a ponerse en riesgo. Ella accedió, no podía negarse. Pero porque desconocía mis verdaderas intenciones: no voy a despedirme de mi hija, me la voy a llevar.

108

Miércoles, 8 de octubre de 2025
Día de los hechos

El día está gris. Así que, con suerte, habrá aún menos gente de la habitual por la zona en la que Yurena y yo nos veremos esta tarde. Si no pensara que es mi única alternativa, habría cancelado el plan cuando me informa de que Ethan quiere acompañarla al parque para montar en su patinete eléctrico. Eso sí que no me lo esperaba. Ayer tenía que haberle amenazado sin andarme con chorradas. Pero, a fin de que Yurena no capte mi verdadero estado emocional, le digo que se las apañe para que nos deje solos un buen rato, porque no pienso despedirme de Martina a toda leche. Quiero tiempo para hacer las cosas bien sin llamar la atención.

Por la mañana, al salir de la oficina, compro una silla para llevar a mi hija en el coche y un carro plegable todoterreno y de gran tamaño para niños. Lo voy a necesitar. Es importante deshacerme del que tiene ahora y esconderlo muy bien para que, cuando me la lleve, busquen ese y no reparen en el mío. Para disimular lo llenaré con alguna manta, ropita, la bolsa con las cosas de Martina que siempre trae Yurena y los peluches que le tengo para cuando mi hija venga a casa.

Llego bastante antes a la cita. Aparco el coche muy cerca de una de las salidas laterales menos transitadas del parque y voy hacia la zona por la que siempre entra Yurena. Y sucede algo con lo que no contaba. Un contratiempo que lo pone todo en jaque y que puede hacer cambiar el rumbo de las cosas. Pero una vez más consigo adelantarme a los acontecimientos. Nunca antes me he alegrado tanto de pasarme de previsor. Gracias a mi puntualidad y a mi capacidad de improvisación tomo las riendas de la situación. Estoy exhausto, pero no quiero pensar demasiado en lo que acaba de ocurrir. Lo único que tengo claro es que solo había un escenario posible y, sin haberlo planeado, quizá acabo de conseguir la guinda del pastel.

A los pocos minutos, cuando creía que no habría más imprevistos, recibo otro mensaje inesperado de Yurena que me toca los cojones: ahora es Paula la que quiere ir con ellos. ¡Es la hostia! Si se lo huele, soy capaz de llevármela por delante. No puedo más, esto es una agonía, entre todos me están forzando a ser alguien que no soy, pero ¿qué esperan? No solo las madres pierden los papeles por sus hijos, los padres también somos capaces de hacer cualquier cosa por ellos. Yo daría la vida por Martina. De todos modos, la canguro dice que mi ex tiene que volver a casa pronto antes de irse a trabajar y que conseguirá librarse de Ethan.

Me escondo de nuevo entre los arbustos, donde Yurena me daba el reporte los primeros días al salir de trabajar, para que no vea el carro y adivine mis intenciones. Si piensa que lo traigo para llevarme a Martina, se dará media vuelta. Sé que es arriesgado, pero quería confirmar que no me estuviera mintiendo. Desde ahí los observo llegar, ella empuja el carro e Ethan da vueltas a su alrededor

montado en el patinete eléctrico. Ellos no pueden verme a mí. Ni siquiera cuando me busca después de leer un mensaje en el que le digo que los estoy viendo y que tengo unas ganas locas de darle un bocado a esa pequeñaja.

Me armo de paciencia, porque todavía me queda un rato largo para tener a mi hija y no debo cometer más imprudencias. Por ello decido ir ya hacia la zona más oculta, donde nos hemos visto estos días con la niña, y esperar a Yurena allí, con el carro oculto entre los matorrales. Recibo el mensaje que estaba esperando y me preparo para lo que viene. Ella no lo sabe, pero será la pieza fundamental para lograr salir de aquí con mi hija montada en mi coche y que nunca más la recuperen.

CONCHITA

109

Jueves, 9 de octubre de 2025
Un día después de los hechos

Ay, no me puedo creer que mi Joaquín vaya a traerme a la niña! Llevo tantos meses esperando que ya empezaba a creer que me iba a ir a la tumba sin conocerla. ¡La virgen, lo largo que se me ha hecho! Aquí en el pueblo, cuando esperas algo, los días se hacen eternos porque no hay mucho que hacer. Nada más que pasear y leer las revistas, porque la televisión enseguida la tengo que apagar porque no funciona bien la antena o no sé qué y la veo a saltos, me pone de los nervios.

Es que creo que me va a dar un parraque, Dios mío. Toda la vida he deseado tener nietos. Con lo que me gustan a mí los niños, que son la alegría madre, y yo solo pude tener uno con mi Antonio. Y mi Joaquín no ha tardado ni nada, siempre el último en todo. El condenado me ha hecho sufrir, pero se lo perdono. Faltaría más, con lo que ha pasado, el pobre mío, qué le voy a decir.

Cuando una cree que no le queda nada por ver, la vida vuelve a sorprenderla. Porque no me digas la mala suerte que ha tenido mi chico. Como siempre ha estado de buen ver, igual que su padre, novias ha tenido unas cuantas, vaya, pero la de tiempo que llevaba

sin encontrar una chica maja y que quisiera formar una familia, y cuando la encuentra pasa lo que pasa.

Ay, la pobre Yurena, bueno, ya no sé cómo llamarla, si Paula o Yurena, qué lío tengo, con lo guapa que era, con ese pelo larguísimo, esa piel de porcelana y esos ojos rasgados. Toda una belleza. Lo único que no me gustaba eran esos morros enormes que están tan de moda y que se ponen todas. No había una sola fotografía de las que me mandaba mi Joaquín durante el embarazo en la que no saliera sonriendo, y eso que la chiquilla estaba malita. Embarazo de riesgo, luego la niña a la incubadora; ella, que casi se desangra durante el parto y la enfermedad que contrajo después por culpa de esto, que no sé cómo se llama, pero mi hijo me ha contado que les ocurre a muchas mujeres ahora. En mi época también tenía que haber, porque anda que no se morían después de parir o contraían anemia y cosas parecidas, solo que no sabíamos el nombre.

Es que hay que fastidiarse, que haya tenido el accidente justo cuando ya estaba mejor y había vuelto a trabajar. Que le tuve que decir yo a la chica que me llamó para las referencias que tenía experiencia cuidando niños y todo el invento ese que me pidió mi hijo de que no había podido irse con la hija imaginaria que me pusieron y su familia a Londres. Anda que me meten en unos fregaos…, y yo que no tengo fin y me puse a hablar de más para resultar convincente, porque me puse nerviosa y pensaba que iban a darse cuenta de que les estaba mintiendo, y casi me voy de la lengua. Por poco la llamo Yolanda y no Yurena, el nombre que me habían dicho que utilizaba, porque el contrato era en negro y lo preferían; yo como no entiendo de esas cosas…, y le suelto que le

había pasado algo malo. Menos mal que me frené a tiempo y lo dejé en el aire.

De todas maneras esta juventud hace cosas que yo no entenderé jamás. Después de estar mala, con su hija tan pequeña, ¡se pone a trabajar cuidando a otro bebé mientras al suyo lo mete en la guardería! Que tampoco le decía yo nada a Joaquín, porque se me pondría hecho un basilisco; que si ella lo hacía porque tenía que ganar dinero…, pero yo le pedía que me trajera a la niña y así se ahorraba la guardería. La verdad es que era comprensible que la mujer no quisiera venir todos los días hasta aquí para luego volver y tampoco mudarse al pueblo sin haber estado nunca. Yo tenía esperanzas de que se enamorara de mi tierra cuando me llamó mi hijo para darme la noticia de que la habían contratado gracias a mí y que, en cuanto pudieran, vendrían a verme.

Pero no pudo ser. Un camión la arrolló en una rotonda una tarde al salir de trabajar. Es que es de no creer. Lo que lloraba mi Joaquín por teléfono cuando me lo contó, y ahora, mira tú por dónde, voy a tener que criar a Martina. Que no es que yo me alegre de lo que le ha pasado a la muchacha, no, por favor, Dios me libre, pero es que siempre quise tener una niña y vestirla como una muñeca.

Cuando aparece Joaquín con ella en los brazos se me saltan las lágrimas. ¡Ay, mi niña, lo que te he esperado yo no lo sabe nadie! ¡Lo que he rezado para que te trajeran! Es más bonita que en las fotografías, es que lo que ha cambiado. De bebé parecía otra, pero ya en las últimas que me envió estaba preciosa, como ahora. Marisol y Milagros se van a morir de envidia, que decían que estaba un poco canija cuando se las enseñaba. Es que lo que cambian los niños a esta edad, madre mía. Como siga tan guapa va a ir rompiendo

corazones por el pueblo. Mi hijo está más animado, lo ayuda verme tan feliz. Debe de ser una rueda, porque a mí verlo mejor también me sienta bien. Ha traído todas las cosas de la bebé y me explica sus rutinas, me las ha dejado apuntadas por si acaso. Él tiene que volver para trabajar mañana, todo ha sido tan repentino que no ha tenido más opción que traerla aquí, y bendito sea.

Antes de irse me promete que va a hacer todo lo posible por volver cuanto antes y que va a mover hilos en la oficina para teletrabajar más días y pasar la mitad de la semana con nosotras. Es que no puedo estar más feliz, mi niño y mi nieta aquí conmigo, con lo sola que estaba yo desde que se me murieron las perritas. Lo pasé tan mal que, por mucho que me gusten los perros, me hice la promesa de no volver a tener nunca más.

Para llevar años sin dar un biberón, bañar y acostar a un bebé no lo he hecho nada mal. Mi bombón duerme como el ángel que es en el carrito, luego la llevaré a la cuna que he puesto al lado de la cama. Yo he cenado pronto un caldito que tenía y ahora veo un poco la televisión antes de acostarme para estar con energía cuando tenga que darle el biberón de madrugada. No se ve nada mal, espero que dure, está acabando un programa que hay por las tardes antes del telediario. Y están hablando de un suceso: por lo visto una canguro se ha llevado a la bebé que cuidaba en el parque del Retiro. ¡Santo Dios! Pero en qué mundo vivimos, cómo se puede hacer algo así, no quiero ponerme en la piel de esa madre… ¡Esos padres, sin su hija! No hay derecho.

En la pantalla ponen una foto de la criatura desaparecida, cómo se parece a… Martina. ¡La niña también se llama Martina! Miro a mi nieta, que duerme ajena a todo, y vuelvo a fijarme en la pantalla.

Después apago la televisión, no quiero saber más. ¡Qué casualidad que se llamen las dos niñas igual, hay que ver! Ay, esto de los nombres… Mañana voy a tener que afeitarle la cabeza a mi bombón, como le hacía a su padre cuando tenía su edad. Marisol y Milagros se echarán las manos a la cabeza, pero ya les diré que después le saldrá el pelo mucho más fuerte y estará preciosa. Cuando le quite la pelusilla, parecerá otra. No la va a reconocer ni su padre.

PAULA

110

Miércoles, 8 de octubre de 2025
Día de los hechos

Se ha hecho de noche y todavía no tengo noticias ni de Martina ni de Raúl, lo cual me inquieta a partes iguales. De momento no le he contado nada a Dolores, bastante mal está la mujer ya. Pero no es tonta y sabe que algo ha tenido que pasar para que yo la llame para preguntar si su hijo está con ella. Yo le he quitado hierro al asunto, le he dicho que Raúl se había quedado sin batería y, como era un poco tarde y todavía no estaba en casa, había pensado que quizá había ido a verla. Pero la realidad es que salió de Toledo después de hablar conmigo, he localizado a un compañero suyo y me lo ha confirmado. Seguramente la llamada perdida que tenía era para avisarme. Se angustiaría tanto que prefirió llegar antes de que me fuese al Casino. Lo que no sabemos es si llegó hasta aquí, ahora la policía está intentando contactar con el conductor que le traía. Tengo ganas de que me llamen para darme alguna novedad. Por el momento siguen buscando a Yurena y a ese pederasta repugnante. Pero ¿por qué el teléfono de mi marido continúa apagado?, ¿dónde está? Ya debería haber llegado. La pregunta del agente se repite una y otra vez en mi cabeza: «¿Su marido tendría alguna razón para

querer llevarse a su hija?». Todo lo que me tranquiliza, como la llamada para alertarme sobre la canguro, me perturba al mismo tiempo, porque podría tratarse de una coartada.

La incertidumbre me está devorando. No me puedo creer que todo esto sea verdad. He insistido a los policías para que me dejaran quedarme en la comisaría hasta que dieran con Martina o averiguaran algo nuevo, pero la psicóloga me ha dicho que, dado el estado en el que se encuentra Ethan, era mejor que volviera con él a casa. No me separo del móvil y, aunque no soy creyente, rezo sin parar para que me llamen cuanto antes y me digan que puedo ir a recoger a mi bebé.

Antes de salir de la comisaría, el policía me ha avisado de que hay que prepararse, porque puede que la resolución del caso no sea rápida, aunque esperan que tenga un feliz desenlace. Me ha pedido paciencia y que no me venga abajo. También que los avise si tengo noticias de mi marido. Que sea positiva, porque van a ser días muy duros. Y, sobre todo, que cuide de Ethan, que, además de lo afectado que está, es un testigo clave en el caso y van a necesitar su colaboración.

Ahora estamos los dos en la terraza de casa, a oscuras, pegados a la barandilla y con las manos entrelazadas sin decirnos nada. Cada poco tiempo le aprieto fuerte con los dedos para aguantar el llanto, pero se me escapan las lágrimas y, aunque no me mire, sé que sabe que estoy llorando. Debería decirle que se acueste, que tiene que descansar, pero no me quiero quedar sola porque tal vez me suba a una silla y haga una locura. Además, me ha pedido aguantar

despierto hasta que llegue su padre. Desconoce las sospechas que recaen sobre Raúl y tampoco me atrevo a preguntarle si le está protegiendo y era a él a quien vio en el coche en el que huyó Yurena. Me niego a pensar en mi marido y la canguro juntos porque me corroe la ira. Disimulo. Hago como si ese escenario no existiera.

Le cuento a Ethan que su padre sigue de viaje, que va a volver tarde porque tenía reuniones hasta última hora y que no le he querido decir nada para no asustarlo. Que como van a encontrar a Martina enseguida no merece la pena que esté con este sinvivir en el que estamos nosotros ahora. Ethan me ha mirado de una manera extraña, no sé cómo interpretarlo… Espero que no sea porque sabe que están juntos, pero mi deber es intentar tranquilizarlo.

No puedo dejar de pensar en Martina, pero tampoco en Yurena y en las últimas horas que pasamos juntas. La veo sonriéndome en el parque, diciéndome adiós con la mano de mi hija: «Adiós, mamá». Pero ¿cómo se puede ser tan sumamente cruel? ¿Por qué no hice caso a mi instinto y mandé a la mierda a Raúl cuando me hizo pensar que todo eran cosas mías? Si lo estaba viendo, maldita sea. ¿Por qué después he ignorado a mi marido cuando me ha advertido sobre ella? Pero es que Yurena ha sido…, no encuentro la palabra…, maquiavélica.

Ayer utilizó su historia y la transformó para darme pena, y yo piqué el anzuelo. Mira que sospeché de su comportamiento, pero al final confiaba en ella, incluso llegué a cogerle cariño. Hay que ser desalmada para regodearse así, poniendo tanto empeño en cuidarnos, en formar parte de la familia y hasta en conseguir hacerme ver a mi hija no como una carga, sino como una bendición, para robármela unas horas después. Hay que ser abominable…

Aunque yo también lo he sido, por eso me fastidia tanto, porque me reconozco en ella. De algún modo, yo también le he robado a Martina a su verdadero padre. Soy víctima de los mismos actos que yo he cometido. Me avergüenzo, llevo casi dos años haciendo las cosas muy mal, pero no me quedó más remedio que intensificar mis mentiras si quería mantener a mis hijos a salvo de ese obseso.

Me arrepiento tanto de haber dado lugar a esa situación…, pero me pilló muy perdida. Me sentía anulada y me parecía que ya nadie me veía, apenas tenía relaciones sexuales con mi marido, estaba muy baja de ánimos y necesitaba atención. Así que cuando Joaquín empezó a adularme, con lo atractivo que es, me hizo creer que todavía resultaba interesante y sexy para los hombres. Me aportó la confianza que necesitaba en ese momento.

Todo eso era muy injusto para Raúl, ahora lo sé. El policía me ha hecho dudar con sus insinuaciones, pero siempre he creído que me quiere con locura, y yo a él. En aquella época mi marido llegaba aún más tarde a casa y muy estresado, no conseguíamos entablar una conversación sin acabar discutiendo. Joaquín era todo lo contrario. Era un disfrutón, tenía horarios flexibles y siempre estaba de buen humor. Le hacía feliz verme, eso era evidente, y me hacía sentir muy bien. Lo que teníamos era perfecto, porque, aparte del sexo ocasional, hablábamos mucho. Las dos horas que nos veíamos a la semana eran como mi terapia antirrutina, le confié sentimientos que ni mis seres más cercanos sabían de mí. Compartí mis miedos y parte de mis traumas con él. A veces necesitas a alguien extraño e imparcial para hacerlo, porque parece que no te juzgará como los que te conocen bien, aunque después te la puedan jugar. Al principio Joaquín se resistió porque le confesé que estaba casada, aunque le

dije la verdad, que no estábamos atravesando una buena racha porque tanto viaje y tanta responsabilidad nos estaban pasando factura. Pero después le fui dando más esperanzas, realmente me gustaba y me encantaba sentir que se iba colando por mí. Me dejé llevar y disfruté sin ataduras.

Pero, cuando supe que estaba embarazada, fue como si me dieran un bofetón de realidad. Lo sospeché al no venirme la regla y noté los mismos síntomas que viví durante las primeras semanas de gestación de Ethan. Inmediatamente pensé en el incidente que tuvimos Joaquín y yo un mes antes, cuando después de acabar dentro de mí, al separarse y ponerse de pie, empezó a caer semen. Enseguida comprobé que también yo tenía restos y me fui a limpiar corriendo. Él se disculpó, se había roto el preservativo. Pero yo estaba muy cabreada por no habernos dado cuenta y haber llegado hasta el final.

Cuando me hice el test de embarazo a escondidas aquel sábado, porque no podía aguantar sin saber si estaba en lo cierto o no, me temblaba la mano. Al ver el resultado, directamente me quise morir. Me puse tan nerviosa que no pensé en la repercusión que tendrían mis actos. El bebé podía ser de mi marido, llevábamos años sin usar protección, desde que tuve un aborto al poco de nacer Ethan, pero lo cierto es que he ido cumpliendo años y no habíamos logrado volver a concebir. Además en esa época, con tanto viaje y estrés, nos acostábamos de Pascuas a Ramos. Yo solo pensaba en el semen de Joaquín chorreando por mi vagina. Tenía que ser de él. Lo primero que hice fue comprobar que mi marido y mi hijo no estuvieran cerca y llamar a Joaquín para contarle que quería abortar. Qué absurdo, lo llamé para decirle que estaba embarazada, pero que

no quería tener el bebé, ¡como si él ya supiera lo que pasaba y me estuviera forzando a tenerlo, cuando era imposible que tuviese idea de lo que estaba sufriendo en esos momentos! No pude decirle que mi intención era terminar con el embarazo, pues tuve que colgarle precipitadamente cuando Ethan entró en la habitación. No tenía que haberle dicho nada…, ¡¿para qué decírselo si pensaba abortar y dejarle?! Pero estaba fuera de mis cabales y cuando lo quise arreglar ya era demasiado tarde. Reconozco que no me porté bien, que se me fue de las manos y que no contemplé la repercusión de mis actos. Ahora me doy cuenta de que le utilicé como un parche para que supliera mis carencias y necesidades. Yo no quería hacerle daño, realmente me gustaba, pero nunca habría dejado a Raúl por él, con o sin embarazo. Era algo que estaba destinado a terminar.

Después vino el acoso, lo veía vigilándome cerca del portal cuando salía o entraba con Ethan. Nunca le conté que tenía un hijo, por lo que temía que su enfado creciera aún más y sus medidas se radicalizaran. Para mis adentros me consolaba con que todo terminaría en cuanto abortase, pero no pude. Yo no quería a ese bebé que me recordaría siempre lo mal que me porté con Raúl; sin embargo, cosas del destino, fue precisamente él quien me impulsó a no hacerlo.

Una noche, después de asearme en el baño, cuando fui a meterme en la cama, mi marido me miró con una sonrisa que hacía tiempo que no le veía. Sacó el brazo de debajo de las sábanas y me enseñó el test de embarazo. Por Dios, con los nervios, se me había olvidado tirarlo y no sabía ni dónde lo había dejado. Ya no había vuelta atrás. Llevaba años muriéndose por tener otro hijo y había intentado convencerme con la excusa de darle un hermanito o una

hermanita a Ethan. Yo me moría, sí, pero solo de pensarlo. Deseaba borrarle la sonrisa de un plumazo, mirarle a los ojos y contarle la verdad: que no podíamos tener ese bebé porque no era suyo y que yo, además, no me veía capaz de volver a ser madre. Aún tenía mucho que resolver. No era el momento de criar a otro hijo… Sin embargo, no se lo dije, no podía volver a defraudarle. Me pudo su alegría y su entusiasmo. Pero, sobre todo, la culpa y el malestar por haberlo engañado, no se lo merecía. Por eso no aborté, porque me convencí de que se lo debía a Raúl. Era mi manera de compensarle por todo lo que le había hecho en silencio. Esa noche me acosté pensando que tenía que romper en pedazos el volante de la cita que tenía para abortar a finales de semana.

Me odio con todas mis fuerzas por haber deseado tantas veces que Martina no viniera al mundo y, una vez que nació, haber fantaseado con volver a estar sin ella. Solo quería que estuviésemos nosotros tres: Ethan, Raúl y yo. Necesitaba regresar a mi vida antes de las meteduras de pata, las mentiras y este sufrimiento constante que se ha prolongado hasta ahora. La de veces que la habré mirado pensando en lo que nunca debí hacer o sintiéndola como un obstáculo que se interponía entre mis intereses familiares y profesionales.

Porque, aunque ahora sé que la quiero con toda mi alma y que daría mi vida por volver a estar con ella, lo cierto es que no aprendí a ver a mi hija como una bendición hasta que llegó Yurena a nuestras vidas. Me hizo quererla para torturarme después, acaso como venganza por tener lo que ella nunca tendría, o vete tú a saber.

Y yo preocupada por Joaquín, escondiendo la cabeza como una tortuga y arruinando la infancia de mis hijos. A Martina la he tenido encerrada desde que nació para que él no supiera de su existencia. Tenía que pasar el tiempo suficiente para que le costara calcular la edad de la niña en caso de que desconfiara. Ha sido durísimo; me he vuelto loca, lo veía por todos lados y me aterraba que viniera a por nosotros, como cuando me esperaba en el portal.

Me da tanto miedo que espero no tener que acudir a los medios y salir en televisión para que me ayuden a encontrar a Martina, porque, si la recupero, tendré que extremar las precauciones, ya que Joaquín sospechará lo que le llevo ocultando desde que le dije que era un falso positivo.

Todos estos meses de espanto, maltratando a mi pobre Ethan para nada, para que al final me esté pasando esto. Cada vez estoy más convencida de que esta pesadilla que estoy viviendo no es más que un castigo divino, y que mi madre está detrás de ello. Yo pude evitar su muerte, pero no lo hice, no la creí en el peor momento de su vida.

Le he dicho a Ethan que iba un momento a beber un vaso de agua, pero necesito ir al recibidor y mirarla a los ojos. Mi madre sufrió muchísimo, aunque nadie lo diría por la expresión tan bonita con la que me mira desde las alturas.

Se suicidó porque descubrió que mi padre estaba teniendo una aventura. Padecía una depresión crónica y eso fue la gota que colmó el vaso. Yo estaba cansada de sus idas y venidas por su delicada salud mental, de sus constantes llamadas de atención y de tener que cuidarla siempre. Por eso, cuando me lo contó, le quité hierro al

asunto; que eran imaginaciones suyas, le dije. De hecho, creo que ella sospechaba que yo lo sabía, pero que también se lo ocultaba.

Desde que Yurena entró en esta casa, he tenido muy presente a mi madre, no solo por su parecido físico, sino porque siento que la canguro ha sido su instrumento para que viviera en primera persona su misma agonía.

Tal vez esté sacando las cosas de quicio. Resulta increíble que mi madre haya orquestado toda mi desgracia desde el más allá, pero ¿acaso no es todo demasiada casualidad? Desde luego me ha hecho sufrir igual que yo la hice sufrir a ella. He sentido esa impotencia que se experimenta cuando estás viendo algo muy claro y la gente que te quiere parece ciega o te toma por loca. Siempre pesará sobre mis espaldas el remordimiento y la duda de saber qué habría sucedido si yo la hubiese creído cuando compartió conmigo su dolor al sentirse traicionada por el amor de su vida. Si hubiera sabido cómo reaccionaría, le habría prestado más atención. No la habría dejado tan sola para que se quitara la vida.

Lloro al acordarme de esa última discusión que tuvimos horas antes de que se suicidase. Yo le grité que dejara de inventarse cosas y que no hablara así de mi padre, que necesitaba ayuda y que la buscara en otro lado, porque yo ya no podía más y se iba a quedar sola…

Mi madre era muy religiosa, pero estoy segura de que, aunque tuviera grabado a fuego que Jesús nos perdona todo, ella murió sin perdonar. Siento que todo este tiempo, desde esa pared en la que sigue presente, me ha estado juzgando y me ha crucificado porque sabe que Martina es fruto del pecado. Quizá por eso me la ha

arrebatado, aunque ella me diría que tal vez estaba escrito que Ethan debía ser hijo único.

Vuelvo a la terraza junto a él y agarro su mano con más fuerza. Mi pequeño ya está hecho un hombre y me necesita. Es curioso, después de todo lo que ha ocurrido ya no temo que mi hijo venga por detrás para decirme algo y me empuje sin querer, tirando a Martina al vacío, como hizo con sus hámsteres. Ahora Ethan está aquí, pegado a mí, me está abrazando como lo hacía antes. Voy a tener que hacer de tripas corazón y cuidar mucho de mi pequeño, el pobre no va a olvidar nunca lo que ha vivido esta tarde.

ETHAN

111

Diario de Ethan

Lo que ha pasado esta tarde es lo más fuerte que he vivido nunca. No soy capaz de escribirlo… Ni siquiera aquí. No puede quedar registrado en ningún lado. Por lo que pueda ocurrir… Me da mucho miedo que salga a la luz. No voy a escribir más… Tendré que esconder o tirar estás páginas…, aún no lo he decidido.

Ya hemos vuelto a casa y mamá está en la terraza mirando hacia el parque, lo lleva claro si se piensa que va a ver a Martina desde aquí. A saber dónde estará ahora.

Me siento mal por verla así, como cuando se cayó la abuela por mi culpa y tuvo que irse con ella en la ambulancia… Quise decirle que lo sentía, pero me iba a echar la bronca. El líquido azul que había en el suelo era de la bebida energética que me bebo muchos días cuando regreso a casa del colegio. Ella odia que tome «esas mierdas», y yo estaba tan despistado pensando en mis cosas que no me di cuenta de que la tenía en la mano hasta que llegué al descansillo de casa.

Le di un trago corriendo y la tiré en el cuarto de la basura antes de que me vieran, pero se me cayó un poco al suelo… No le di importancia y no lo limpié. Ni siquiera me volví a acordar hasta que mis padres me contaron que se había resbalado con algo azul. Lo mal que lo pasé después pensando que algo muy grave le podía haber ocurrido a la abuela por mi culpa…

Voy a salir con mamá a esperar a papá. La abrazaré muy fuerte para consolarla…, pero también para combatir el miedo que todavía tengo y que voy a tener durante un tiempo. Porque sé que, cuando vea el parque desde lo alto, me trasladaré de nuevo ahí, escondido entre los árboles de ese laberinto tenebroso, y

reviviré toda la pesadilla. Veré primero a Yurena y después cómo Martina se aleja de mí para siempre.

112

Miércoles, 8 de octubre de 2025
Día de los hechos

Mamá y yo estamos cogidos de la mano mirando a la inmensa oscuridad que ocupa el parque. Aunque la noto hundida, siento que vuelve a ser mamá, la que tanto echaba de menos. Volvemos a estar como siempre. Antes de todo lo malo, lo que nos jodió a todos, salvo a papá, que nunca se entera de nada.

Yo lo supe el mismo día que mamá descubrió que estaba embarazada. Estaba a punto de entrar en su habitación cuando la escuché decirlo, y me puse tan nervioso que la llamé para disimular y que no sospechara. Pero, claro, quería saber a quién se lo estaba contando. ¿A qué venía esa cara de angustia y que no se alegrase? ¿Qué razón había para que no nos lo contara a papá y a mí, como sería lo normal?

No la volví a perder de vista ni un segundo. Estábamos viendo la tele los tres juntos y le dije a mamá que me iba a mi cuarto. Antes de abandonar el salón, ella ya estaba saliendo a la terraza con el móvil. Fui corriendo hasta su habitación y pude escuchar toda la conversación pegado a la ventana abierta. Le decía a un hombre que había sido un error, que se había repetido el test varias veces y que

no estaba embarazada. Pero que tenían que dejar de verse y que, por favor, no volviera a llamarla. Tuve que asimilar lo que acababa de escuchar mientras corría hacia mi cuarto antes de cruzarme con ella por el pasillo y que descubriese la cara de susto que se me había quedado.

No recuerdo cuántos días pasaron, pero muy pocos, cuando durante una cena papá y mamá se agarraron las manos por encima de la mesa y me dieron la noticia. ¡Estaban embarazados! Mamá nos sonreía. Yo la miraba y no me lo podía creer, ¿qué farsa era esa? Quería contarle todo a papá y borrarle la cara de idiota cornudo que se le había quedado. Pero me daba miedo que creyeran que me lo estaba inventando, que quería ser hijo único, que tenía celos o algo por el estilo e intentaba impedir que tuvieran al bebé. Mientras me hacían bromas sobre que iba a tener que cambiar pañales y levantarme por la noche para dar biberones, yo seguía analizando los contras de contar la verdad. Y supe que las consecuencias serían terribles.

Si papá me creía, acabaría separándose de mamá, y ¿qué ganaría yo? Lo único que deseaba era que las cosas volvieran a ser como siempre, aunque me doliera la traición de mamá. ¡Solo quería que ese bebé no viniera al mundo, que lo que hizo mamá nunca hubiera sucedido!

A esa sorpresa le siguieron otras tantas: mamá no salía de casa, decía que se lo había dicho el médico, y me borró del equipo de fútbol porque ni ella ni papá podían llevarme a los entrenamientos. Aquello no fue lo peor. No me dejaba hacer nada, todo le daba miedo a mamá. Me decía que me podían secuestrar o que podía sufrir un accidente, que era mejor que me quedara en casa, así que

dejamos también de bajar al parque con el balón o el patinete eléctrico, como solíamos hacer. Y llegó Martina y mi habitación se llenó de sus cosas. Y no paraba de llorar y mamá se volvió gris y ojerosa, como me esperaba. Todos pensaban, y lo siguen haciendo, que le tenía celos y que por eso también discutía con mamá, pero yo las odiaba a las dos por lo que me estaban haciendo. Mi casa se había convertido en el infierno y mamá era el demonio.

Hasta que un día llegó Yurena. Al principio me dio muy mal rollo que se pareciera tanto a la abuela del cuadro. Además, creí que era amiga de mamá y que las dos estaban igual de locas, pero después me di cuenta de que ella era diferente. Yo le importaba, me ayudaba con los deberes, era paciente y encima cocinaba de la leche.

Era un diez hasta que esta mañana me la ha jugado y he podido ver de qué iba en realidad. A mí no me toma el pelo, los dos sabíamos que ayer no vimos a aquel tío por casualidad. Se conocían, estaba claro, pero en el desayuno me ha dejado como un mentiroso delante de papá. Es que ni ella ni mamá me han defendido. Y eso que estoy seguro de que mamá se tomó en serio lo que le conté.

Por eso decidí ir al parque con ella y Martina, porque estaba seguro de que Yurena tramaba algo; pensaba vigilarla para tenerla pillada por los huevos y poder chantajearla si me la volvía a jugar. Yo estaba deseando que mi hermana se esfumara de mi vida, pero no consentiría que ningún pervertido le hiciese nada. Quería atrapar a Yurena y vengarme.

Supe que no me equivocaba en cuanto me mandó a por los cromos de fútbol. Era obvio que quería que me alejara para dejarla sola. Si no quería que se enterara mi madre, me habría dado el dinero al ver el puesto, al entrar, porque mamá todavía no había

llegado, y no habría esperado a estar en la otra punta del parque. Por eso no fui a comprarlos…

Cogeré alguno de los que tengo por si la policía me los pide. Aunque no creo, porque, si no lo han hecho ya, que he estado tantas horas en la comisaría… No sospechan de mí, y es normal, porque tienen mucha experiencia y saben que yo no he hecho nada. Solo he sido testigo de lo que pasó en el parque. No podré olvidarlo jamás.

Simulé que iba a por los sobres, pero me escondí muy cerca hasta que vi que Yurena se metía por los caminos de siempre. No me crucé con nadie, solo con una pareja que se estaba dando el lote en un banco, pero en la parte de arriba, la que da al camino principal.

Caminé, ocultándome, con el patín eléctrico en la mano para no cagarla. Ella llegó al punto de siempre. Y el hombre de ayer salió de entre los arbustos y le hizo un gesto para que se acercara. ¡Qué mentirosa! Si mamá me hubiera dejado tener ya mi propio móvil, habría grabado un vídeo para que la echaran al llegar a casa, pero daba igual, pensaba contárselo todo a mis padres, y esta vez me creerían.

Yurena obedeció y le entregó a mi hermana. Él la abrazó y la besó en los mofletes. Me controlé para no lanzarle una piedra a ese baboso, pero se pusieron a hablar y, como quería escuchar qué decían, me las apañé para quedarme muy cerca de ellos, completamente oculto entre los setos. Y el tío le empezó a decir que tenía que ayudarlo, que tenía que llevarse a la niña, pero Yurena se negó en redondo. Ese hombre le soltó que tenía que hacerle una prueba a Martina, que la del laboratorio la estaba esperando, y ella le decía que la había engañado, que no le había dicho que quería

llevarse a la niña y que, si lo hubiera sabido, no habría ido. Que tenía que marcharse. Entonces él la agarró de un hombro cuando ella le iba a arrebatar a Martina y le suplicó que entrara en razón. Le contó que se la iba a llevar al pueblo con su madre, que ahí había niños, todos los hijos de los amigos que se quedaron ahí, que se criaría rodeada de animales y naturaleza y que después la pensaba traer de vuelta para que estudiara aquí y tuviera todas las oportunidades.

Mientras hablaba, señaló un carro grande y cuadrado que estaba medio escondido entre los arbustos, de él sobresalían un par de peluches y una manta. Yo no estaba entendiendo nada, ¿por qué iba a hacer todo eso? Hasta que soltó una frase que me hizo entenderlo todo: «¡Soy su padre!». Era el hombre con el que había hablado mamá cuando la escuché decir que estaba embarazada, el mismo al que poco después le dijo que había sido un error. Le mintió, pero él lo había descubierto todo y quería llevarse a su hija.

Sin embargo, Yurena no se ablandó en ningún momento y se mantenía firme en su negativa. Entonces él le soltó que ella misma le había contado que mamá no quería a Martina, pero Yurena le contestó que ahora sí la quería. Al escucharlo, el hombre pareció que se daba por vencido y le pidió uno de los peluches de mi hermana, porque para él sería como si pudiese estar cerca de ella. Yurena lo miró un momento y se dio la vuelta para agacharse, mover la manta y coger un oso blanco. Entonces él tumbó con cuidado a mi hermana en la hierba y se abalanzó sobre Yurena. Los dos forcejearon un segundo y después él se apartó hacia atrás bruscamente, como si no quisiera que ella le tocara. Yurena tenía un corte en la garganta. Trataba de tapárselo con las manos y no

dejaba de sangrar. Se cayó de rodillas al suelo y luego de espaldas. Nunca olvidaré sus enormes ojos llenos de sorpresa y horror.

No podía creer lo que estaba viendo, no sabía qué hacer ni cómo reaccionar. Tener a ese hombre tan cerca con el cuchillo aún en la mano me daba terror. Pero ahí no se acabó la pesadilla. Sacó unos guantes del bolsillo y colocó bien a Martina en su carro, y después vació el carro grande que estaba oculto y metió a Yurena dentro. Era tan pequeñita que cupo sin problema. Luego la cubrió con la manta y sobre ella puso los peluches y la bolsa y todo lo que traíamos de casa en el nuestro. Después sacó un par de botellas de agua y las vació donde había sangre. A continuación, cogió a Martina y se apartó un poco del lugar en el que había matado a Yurena. Regresó a por una bolsa con ropa. Desvistió a mi hermana y la vistió toda de rosa, el gorro también. Mamá no soporta ese color. Por último, se alejó con Martina en brazos mientras tiraba del carro con la otra mano.

Yo no hice nada. No pienso que Yurena se mereciera algo así, aunque me la hubiese jugado. Sin embargo, las palabras de ese señor me hicieron pensar. Él era el padre de Martina, pero ni mamá ni la canguro le permitían verla. Tal vez yo habría hecho lo mismo que ese señor. Yo no quería que la matara, pero sí quería salir a la calle y que se acabaran las imposiciones y todo lo que llegó cuando nació ella.

No es que odie a Martina, pero soy más feliz sin mi hermana en casa. Quizá sea un poco lío, pero es que también deseo lo mejor para ella, y lo que podemos ofrecerle nosotros no lo es, por mucho que mamá la quiera. No puede seguir encerrada.

Cuando todo pasó, no tenía claro qué iba a hacer; casi no podía hablar, pero sabía que no lo iba a delatar. No quería que la trajeran de vuelta porque, ya lo dijo él, Martina se merecía un futuro mejor. Por eso cuando encontré a la mujer, la que llamó a la policía, me chivé de la canguro. Y cuando llegaron los agentes les expliqué todo lo que le han contado a mi madre esta tarde, o sea, que había visto a Yurena llevarse a mi hermana, que había dejado tirado el carro y que se había montado en un coche oscuro que había arrancado a toda velocidad.

No han puesto en duda lo que he contado, pero no me esperaba lo que ha sucedido después, cuando ya ha llegado mi madre y el policía me ha enseñado la foto de aquel tipo, ¡me lo ha puesto en bandeja! De pronto tenían al hombre que conducía y nunca buscarían al padre de Martina. Además, me he librado del gran lío en el que me estaba metiendo.

Ahora abrazo a mamá, va a necesitar que esté con ella. Pero a mí no me importa, lo haré como siempre lo he hecho y seguro que, como estoy tan triste, me vuelve a llevar a entrenar y haremos todo lo que solíamos hacer antes de que naciera mi hermana.

Lo único es que me da un poco de pena Yurena, todo el mundo la recordará como la canguro que se llevó a la bebé que cuidaba. Y la seguirán buscando viva. Lo siento por ella, aunque para mí no ha sido tan malo. Como dice mamá, podría decirse que esta tarde he matado dos pájaros de un tiro.

PAULA

113

Miércoles, 8 de octubre de 2025
Día de los hechos

Ethan se ha dormido, pero yo cada vez estoy peor. La policía ha contactado con la agencia de chóferes y afirma que el conductor dejó a mi marido en la esquina del parque frente a nuestra casa antes del secuestro, por lo que sus sospechas podían ser ciertas. Me pregunto si Raúl me descubrió, quizá Joaquín se lo contó. Ese hombre es capaz de cualquier cosa. Todo cuadraría. Mi marido contrató a Yurena para que lo ayudara a llevarse a Martina por miedo a que nos la fueran a quitar. Joaquín podría haberle amenazado con que iba a conseguir una prueba de paternidad o algo por el estilo. No quiero ni pensar en el disgusto de mi marido. Estoy tan preocupada y abatida que pienso que tal vez yo protegía a mi hija del exterior y a lo mejor el monstruo estaba en casa. Aunque ¿con qué derecho puedo llamar eso a mi marido después de lo que le hice? ¿Por qué no apareces? ¿Dónde estáis?

No dejo de darle vueltas al asunto. Tal vez mi intuición era la acertada y existe una relación entre Yurena y mi marido. Aunque, por otra parte, tampoco tendrían por qué estar juntos. Yurena podía ayudarlo igualmente. Además, en comisaría me han dicho que ella

es lesbiana. Quizá él se lo contó y la canguro hizo lo que creyó que debía hacer. En ese caso, Ethan podría haber mentido para encubrir a su padre. Aunque no lo creo, vuelvo a ponerme en lo peor. Mi hijo sería incapaz de mentir en algo tan grave, se habría querido ir con ellos. Está conmigo y me aprieta la mano en sueños porque tiene miedo y me necesita, como nunca antes. Pero ¿por qué Raúl me avisó de que Yurena era peligrosa? ¿Fue para que yo no sospechase nada? No tiene sentido.

Tengo demasiadas dudas y pocas respuestas. Pero entonces suena el teléfono. Es el agente.

—Paula, tengo una noticia que darle.

—¿Es mi marido?

—Lo hemos encontrado.

JOAQUÍN

114

Jueves, 9 de octubre de 2025
Un día después de los hechos

Miro a mi hija dormir y sé que ha merecido la pena todo lo que he tenido que pasar. Ha sido demasiado rápido. Conseguí meter a Yurena en el maletero del coche envuelta en la manta que llevaba en el carro. Para ocultarla sin problema, estacioné en la plaza más recóndita de la planta baja de un parking cercano al parque, en el que sabía que no había ninguna cámara de seguridad. Después monté con cuidado en el automóvil y comprobé que Martina seguía bien. Ahí estaba, en el asiento trasero, en su sillita reglamentaria, medio dormida y con una bonita sonrisa. No ha podido portarse mejor, ha estado muy tranquila, como si todo hubiese sido un juego entre nosotros.

Cogí la carretera y me dirigí al hotel de citas en el que había reservado una habitación para pasar la noche. No quería arriesgarme a que me vieran entrando en mi edificio con un carro tan grande y una bebé que no habían visto antes. Si daban la noticia en televisión, pensarían inmediatamente en mí.

Ese lugar era perfecto: no tenía recepción y podía acceder desde el coche, nadie sospecharía que mi cita iba a ser con mi hija y no

con una amante.

Ahora estoy disfrutando de mis primeros momentos como padre. Me he estrenado dándole el biberón y se ha dormido en la cuna portátil que he puesto a mi lado. Estoy nervioso y me mantengo pendiente, sin moverme apenas para no despertarla. Aun así, se ha puesto a llorar en un momento de la noche y he pensado que tal vez tenía hambre, por lo que le he vuelto a dar de comer. Después la he cambiado. No he podido dormir apenas, pero ha sido mágico. Mi primera noche con ella.

He venido a ver a mi madre, casi le da algo cuando la ha visto. ¡Menudos lagrimones ha soltado! Su nieta la va a hacer tan feliz… Está tan contenta que apenas me ha preguntado nada, solo quería enterarse bien de las rutinas. Se lo explico y lo dejo todo apuntado en un cuaderno.

No me he podido quedar mucho porque todavía tengo trabajo que hacer. Le he prometido que volvería pronto y que haría lo posible por teletrabajar más días y pasar con ellas al menos la mitad de la semana.

Tengo que ocuparme de Yurena, que me espera en el maletero del coche. No me alejo demasiado, aunque lo suficiente para que el lugar elegido no se relacione con la casa de mi madre. Escojo esa zona porque está llena de parcelas abandonadas, con construcciones que casi no se tienen en pie, algunas prácticamente demolidas y otras en ruinas…, y con pozos profundos, ahora llenos de agua por las recientes lluvias.

Por fin estoy en casa. Me he dado una ducha y me he preparado algo sencillo para cenar mientras veo el telediario. Quiero comprobar si hablan de la desaparición de Martina. Me he hecho un bocadillo que devoro mientras atiendo a lo que dicen en las noticias. De momento nada, y estoy bastante tranquilo, juraría que nadie me vio matar a Yurena, y, si Paula hubiese sospechado algo, me habría llamado, aunque con ello estaría reconociendo que me había mentido y que tenemos una hija juntos.

¡Ahí está! Veo la foto de Martina en la televisión y noto que el corazón se me acelera. Están hablando de ella. Dicen que se la ha llevado la canguro. Ponen una foto de Yurena y otra… de un hombre que no conozco… Un momento, ¿qué? Informan de que es un pederasta que estuvo en la cárcel y al que buscan desde hace meses por dirigir una red de pedófilos, que ha abusado de niños pequeños que estaban a cargo de sus supuestas canguros.

No me puedo creer lo que estoy escuchando, afirman que a mi hija se la han llevado entre Yurena y ese tipo, y lo que más me sorprende es que se basan en el testimonio del hermano de la niña, que, según afirman, presenció con sus propios ojos cómo la canguro salía corriendo.

Ahora aparece un plano del parque mientras explican parte de su testimonio. El niño asegura que vio a la canguro esconder el carro de su hermana entre unos arbustos, salir corriendo y montarse en el coche que conducía el pederasta.

Una foto de los dos hermanos llena ahora la pantalla, pero no miro a mi hija, solo me fijo en Ethan. Me pregunto por qué habrá dicho eso; lo único que sé es que a partir de ahora los dos guardamos el mismo secreto. Aunque me preocupa que en algún

momento se pueda ir de la lengua. Esto no es lo que me esperaba en absoluto.

Aún falta una pieza crucial. Cuando pienso que tal vez el puzle no se complete nunca, por fin hablan de ello: la canguro es implacable, el ángel exterminador. No solo se ha llevado a la niña en su fuga, sino que también ha matado al padre de la pequeña, que permanecía desde ayer en paradero desconocido.

Según han contado Paula e Ethan, la canguro siempre salía con la bebé con el carro por el garaje para evitar las escaleras del portal y sería ahí donde se encontró con su víctima. Parece que el incidente podría haber sido fortuito y ejecutado de manera improvisada. El niño había subido para ir al baño mientras ella lo esperaba en el garaje. En ese momento habría entrado Raúl, que volvía preocupado por el comportamiento extraño de su empleada, con la mala fortuna de encontrarse cara a cara con su asesina, que debió de actuar con rapidez al ver que el padre de la criatura había descubierto sus intenciones. Un vecino encontró su cuerpo oculto entre dos coches ayer por la noche cuando iba a coger su vehículo para ir al hospital en el que trabajaba de guardia. El cadáver presentaba una herida de arma blanca en el cuello.

Ay, Raúl, no le guardes rencor a tu vecino Tomás. No era su intención que acabaras así. En el fondo no eras culpable de nada, solamente tenías algo que no era tuyo. Pero no te preocupes, eso es agua pasada. Ya está solucionado.

Menos mal que soy previsor y llegué pronto para vigilarlos. Cuando estaba haciendo guardia frente al edificio, vi que Raúl se bajaba de un coche y esperaba en el semáforo para cruzar la calle visiblemente alterado. Tapé bien todo lo que llevaba en el carro con

la manta y no dudé en acercarme a él haciéndome el encontradizo. Le dije que iba a sacar un montón de trastos en él y le pregunté si le pasaba algo. Me contó que estaba preocupado por su mujer y sus hijos. Que tenían problemas con la canguro y que quería llegar cuanto antes porque temía que les pudiese pasar algo. Pensé en quitarle hierro al asunto, pero iba tan decidido que, cuando se puso verde el semáforo, le ofrecí abrirle y que entrase por el garaje para que no tuviese que dar la vuelta hasta el portal. Me lo agradeció y entramos juntos; yo iba unos pasos por detrás de él. Por suerte no había nadie. No podía arriesgarme a que nos cruzáramos con Yurena y los niños o con algún vecino, así que rápidamente me puse los guantes y le clavé en la yugular el cuchillo que llevaba para la canguro. Me miró sorprendido, sin entender absolutamente nada. Con cuidado lo arrastré y lo dejé escondido entre los dos coches más cercanos. Limpié la zona echando agua de las botellas que llevaba para después, y, aun así, tuve que acercarme a la esquina donde el portero suele tener un cubo con una fregona, una escoba y alguna otra cosa más para el mantenimiento y fregar a toda leche. Dejé el suelo hecho un asco, pero por lo menos ya no tenía el tono rojizo de la sangre. Después me quité los guantes y salí a toda prisa con el carro para volver a rellenar las botellas y esperar a mi cómplice. En ese momento no calculé el riesgo que corría; actué como un verdadero autómata, pero no me arrepiento porque todo ha salido bien.

Tengo que celebrarlo. Abro una botella de champán que tenía reservada para una ocasión especial. Que sea una red tan organizada de pederastas hará que sea difícil dar con el jefe y supuesto autor del secuestro de Martina. En el caso de que lo hagan

y niegue su implicación, aunque demuestre que no conocía a Yurena, seguirán buscándola viva con la bebé. No les será fácil averiguar cuál ha sido su final.

«Una asesina anda suelta y nunca la van a encontrar». Estoy pletórico porque me doy cuenta de que mis temores son infundados y que la posibilidad de que el crío pueda contarlo es poco probable. Seguro que está feliz por que hayan matado a la asesina de su padre y al menos haya tenido un poco de justicia.

Ay, chavalín…, ¡qué equivocado estás! Tendría que hacerle lo mismo a su madre. Si ella no hubiera jugado conmigo y no se hubiera aprovechado, nada de esto habría ocurrido. Si hubiese sido sincera… Y, si no hubiera extremado sus medidas, yo tampoco habría tenido que llevar al límite las mías. Ella es la responsable de todo lo ocurrido.

No se puede tratar a alguien como si fuera un juguete, un mero parche; jugó con mis sentimientos para darme esperanzas y en cuestión de segundos desapareció. Sí, lo tenía planeado. Rompí aquel condón antes de ponérmelo, ¿qué quería que hiciera si no había forma de que avanzáramos en nuestra relación? Yo le había repetido que quería ser padre y ella no me dijo que no. Pensé que, si se lo planteaba, no se atrevería, pero que, si se lo daba hecho, daríamos el paso que necesitábamos para formalizar nuestra historia y crear nuestra propia familia. Y me equivoqué. Pero ella se equivocó mucho más al robarme a mi hija, eso no se le hace a una madre, pero tampoco a un padre. Es un acto vil, egoísta y cruel, y ha de tener consecuencias. Querida Paula, siento decirte que, aunque te joda, el karma existe, y a veces te acaban pagando con tu misma moneda. Así que seguiré solo, sin encontrar el amor, pero tú has

acabado igual que yo. Tú tienes a tu hijo y yo a la mía. Estamos en paz. Espero que sigas encerrada en tu torre de cristal y que, como querías, nuestros caminos no vuelvan a cruzarse nunca más.

Doy un trago largo al champán y pongo un poco de música de fondo mientras reviso los correos que no he podido atender durante el día. Cuando termino con la bandeja de entrada, voy a la de no deseados. Hay un e-mail de la clínica. Es el resultado de la prueba de paternidad que me consiguió Yurena en su primer día. Lo abro y busco directamente el veredicto:

NEGATIVO

Martina no es mi hija.

Agradecimientos

Escribir *La canguro* ha sido una aventura maravillosa. En primer lugar, quiero dar las gracias a Penguin Random House por seguir apostando por mí. Especialmente a Gonzalo Albert y a Ana Lozano, por estar ahí, plantearme el reto y darme la libertad de jugar y afilar los temas para que la novela creciera hasta límites que ni yo mismo podía imaginar al principio.

Tengo que agradecer también a todas las personas del equipo de Suma y de los diferentes departamentos de la editorial que después han puesto su granito de arena en el proceso para que el resultado final esté por encima de nuestras expectativas, como Pablo Gracia y Carla Martín. Pero, en especial, a mis compañeras de batalla y risas, Marta Martínez y Silvia García, quien, además, en ese arduo ping-pong de correcciones siempre se convierte en una gran cómplice.

No podría haber escrito este libro si no hubiera conocido a distintas mujeres que han trabajado en casa; primero las que eligieron mis padres para que me cuidaran de pequeño, y después las que he elegido yo. Les quiero agradecer a todas ellas su trato, su amor y su entrega. Como digo en la dedicatoria, muchas de ellas viven alejadas de sus familiares, y eso no les impide volcar todo su amor en mí o en mi familia. No imagino mayor sacrificio que dejar de ver a tus hijos para que no les falte de nada y, sin embargo,

tener que cuidar de los de otros. Ojalá se os reconozca siempre este esfuerzo y os sea devuelto.

Por supuesto, quiero agradecer a todos mis familiares y amigos que, igual que con mis anteriores libros, han vivido este proceso de creación como si fuera suyo. Me escuchan hablar de la trama, de las diferentes opciones, atienden mis dudas, mis subidones y aguantan que deje de verlos para dedicarme a escribir. Soy un privilegiado porque sé que vivís mis logros como si fueran vuestros. Tengo mucha suerte. Os quiero mucho.

Hablando de suerte, no hay mayor premio que tener lectores fieles que esperen tus libros. No sabéis lo afortunado que me siento. Gracias por leerme con tanta pasión, pero sin olvidar el espíritu crítico que me hace querer mejorar. Os agradezco infinito que recomendéis mis libros y que me ayudéis a que la familia se vaya ampliando. Gracias de corazón.

No me olvido de todos los festivales literarios, mesas redondas, ferias del libro, periodistas y profesionales de diferentes ámbitos que cuentan conmigo y, aparte de brindarme experiencias inolvidables, me ayudan a mantener un contacto directo con mis lectores (no lo puedo disfrutar más) y a llegar a un nuevo público. Gracias también al equipo de Cursiva por potenciarlo.

La imagen del libro es fundamental, quiero dar las gracias al diseñador Martí Sanchís por su cubierta tan potente y magnética. Ilustra a la perfección lo que quería trasmitir con mi historia.

Otro de mis lujos es poder contar siempre con Romero de Luque y Sandra Espín para el retrato de autor. Qué bonito también verme crecer a través de vuestros ojos y que me sigáis acompañando. Sois unos artistas y aún mejor gente.

Gracias por comprar el libro, espero que hayas disfrutado mucho leyendo.

Los trapos sucios se lavan en casa.



Vivo encerrada con mis hijos desde que nació mi pequeña.

Solo salgo en contadas ocasiones.

Siempre por el garaje.

Protegerlos es mi prioridad, pero necesito ayuda.

No va a ser fácil.

He de encontrar a la persona adecuada.

Una canguro que entienda la importancia de mis normas.

Que no haga preguntas.

Que no cometa errores.

Nadie, ni siquiera mi marido, puede descubrir la verdad.

De lo contrario, me veré obligada a actuar.

Pablo Rivero. Licenciado en Comunicación Audiovisual, interpretó a Toni Alcántara en la serie de TVE *Cuéntame cómo pasó*. Ha participado en películas como *De tu ventana a la mía*, de Paula Ortiz; *Proyecto tiempo*, de Isabel Coixet; *No me pidas que te bese porque te besaré*, de Albert Espinosa, o *La noche del hermano*, de Santiago García de Leániz. En teatro, ha formado parte de montajes como *La caída de los dioses*, dirigido por Tomaž Pandur; *Los hijos se han dormido*, dirigido por Daniel Veronese; *El sirviente*, dirigido por Mireia Gabilondo —las tres en el Teatro Español—, *Fausto*, también de Tomaž Pandur, para el CDN, o *Cortázar en juego*, dirigido por Natalia Menéndez en el Teatro de la Abadía, entre otros. Debutó como novelista con *No volveré a tener miedo*, a la que siguieron *Penitencia*, *Las niñas que soñaban con ser vistas*, *La cría*, *Dulce hogar*, la novela corta *El editor*, *La matriarca* y *El rebaño*. *La canguro* es su novena obra, un thriller inquietante sobre la salud mental y la conciliación. Su narrativa ha sido comparada con la de Pierre Lemaitre y en sus historias explora los territorios más oscuros de la conducta humana.



Primera edición: diciembre de 2025

© 2025, Pablo Rivero
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Martí Sanchís i Aibar
Imagen de portada: composición fotográfica a partir de imágenes de © iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87512-51-4

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks

X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La canguro

Paula

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3. Diario de Ethan
- Capítulo 4
- Capítulo 5. Diario de Ethan
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23. Diario de Ethan
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28. Diario de Ethan
- Capítulo 29
- Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34. Diario de Ethan
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41. Diario de Ethan
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46. Diario de Ethan
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57. Diario de Ethan
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65. Diario de Ethan

Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69. Diario de Ethan
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Joaquín
Capítulo 75
Yurena
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98

Capítulo 99
Paula
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103
Joaquín
Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Capítulo 107
Capítulo 108
Conchita
Capítulo 109
Paula
Capítulo 110
Ethan
Capítulo 111. Diario de Ethan
Capítulo 112
Paula
Capítulo 113
Joaquín
Capítulo 114
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Pablo Rivero
Créditos